

EN LA SOLEDAD
DEL SILENCIO

CLEMENTE FERRER ROSELLÓ

EN LA SOLEDAD
DEL SILENCIO



CORREO ELECTRÓNICO:
clementeferrer@clementeferrer.com

PÁGINA WEB
www.clementeferrer.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del «Copyright» bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

© 2003, Clemente Ferrer Roselló
INSTITUTO EUROPEO DE MARKETING, COMUNICACIÓN Y PUBLICIDAD
Pantoja, 14. 28002 Madrid
ISBN: 84-89369-23-2
Depósito legal: M. 12.861-2003
Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Printed in Spain-Impreso en España



JUNTA DE GOBIERNO

Agencias de Publicidad

McCann-Erickson

Tandem DDB

Centrales de Medios

Mediaedge:cia

Iniciative Media

Socios Protectores

Burger King	Optimedia
Comunica con A	Promometro
Creativos de Publicidad	Publimetro
Doblehache	Publinova
Draft Worldwide	Q&A Grupo Comunicación
Electrolux Home Products	Red Cell
Grupo Liga Financiera	RENFE
Guerrero & Partners	Saatchi & Saatchi
Iniciative Media	Scania Hispania
Made in Spain	Tandem DDB
Market Hole	Targeting Link Thinkers
McCann-Erickson	Unión FENOSA
Mediadge:cia	Volvo
Mosaic Iberia	Zapping
NCA Asociados	Zenith Media

Este libro es una realidad gracias a los socios protectores y a la colaboración de:

Arpa Asociados
El Corte Inglés
Eureka NW Ayer
Grey Iberia
His Master Choice

J. C. Decaux
La Banda Atnold Worldwide
Novomedia
Universal McCann

AGRADECIMIENTOS

En esta primera novela que escribo y publico, no puedo por menos que acordarme de mis colaboradores y amigos de tantos años de peregrinación por este valle de lágrimas. De entre ellos, quisiera acordarme en este momento, especialmente por sus desvelos para con este novel novelista que soy yo, de mi becaria actual, Elena Casero Díaz-Cano, futura gran periodista; de Manuel Pérez-Petit, periodista también y, sobre todo, amigo, y de Antonio Herrador... ¡Qué puedo decir de Antonio que no puedan ver los lectores de este libro! Que no puedo tener mejor portada que la suya.

Clemente Ferrer Roselló

Has alcanzado lo que con pasión anhelabas: contemplar, frente a frente, el semblante de Dios. Me encuentro ante ti, ante tu sepultura. Está cortejada por las hierbas del otoño, que se elevan sobre tu cuerpo inerte. Con mis diminutas y frágiles manos de niño las voy separando, percibiendo como si desgajara parte de ti mismo. Dejo claveles rojos en lo alto de tu tumba. Mamá está en el Cielo por su bondad natural; tú, por tu grandeza de espíritu, por haber nacido con un corazón magnánimo, engendrado para amar.

Conservo con querencia ese manojito de hierbas que trepaban cerca de tu panteón. Inmortalizan tu sonrisa, que me colma de felicidad, y me recuerdan tu entereza, que me lleva a estar inquebrantable; tu simpatía, que me estimula para sentirme victorioso; tu distinción, que me llena de complacencia; tu gran corazón, que me encamina a ser magnánimo. Papá, todo en ti era noble y excelente.

Fuiste galán con la naturaleza y con todas las esencias afables y sublimes que prevalecen. Tu corazón pugnaba por lo exquisito. Te hallabas concebido para conquistar, te entregabas con apasionamiento; gozabas cada momento de tu existencia. Siempre te comprendí y te excusé, pero yo no deseaba seguir tu pauta: lo prohibido, que no debe ser amado, no tiene bondad ni está dotado de hermosura.

Un día al atardecer me aseveraste: «Nacho, hijo mío, la Creación es encantadora y exquisita, puesto que ha brotado de las manos del Todopoderoso. Trata de arrullar todas las substancias con genuino afecto; en ti radica la tarea de separar el espino, que emponzoña, de la buena semilla». ¡Qué preeminencia la tuya! Albergó en mi pecho de impúber una gran pleitesía por todo lo que me inculcabas, infundiendo en mi quebradizo corazón exquisitas ambiciones para un conspicuo conocimiento del mundo.

Tuviste gran habilidad para amar y ardiste en demasía. Una tarde te encontrabas ávido por desplegar tu brío y con magnánima reciedumbre me dijiste: «Cuando te seduzcan, ama de verdad, ya que lo que se goza con arrebató es mucho más deleitoso».

Tus progenitores, mis apreciados abuelos, te concedían la mayoría de tus antojos, eras el benjamín de la familia. De mayor sufriste mucho. Todos tus hermanos vivían una existencia hartó quebrada. El mayor partió para rastrear una provechosa posición, feneciendo en un terruño solitario. La siguiente siempre estaba borracha. La tercera consanguínea era depresiva y se inmoló proyectándose al vacío desde el balcón de su casa y la última de tus hermanas se divorció y se enlazó con otro varón. Penabas por ella, que se hallaba «en infracción fulminante e irrevocable, sentenciada a las tinieblas, a la lobreguez más hundida, si Dios no dispone del antídoto conveniente».

Papá, ¡cuánto sufriste! A pesar de todo, prevaleces como un ganador ingénito, tienes desenvoltura al alternar con las gentes, te beneficias de una agudeza privilegiada y tienes un miramiento pulcro, henchido de piedad, ya que, en tu pubertad, jamás fuiste amado.

¡Qué gran singularidad la tuya! Poseías una flema muy enérgica. Gozabas de una formidable entereza. Para que te comprendiera, me repetías: «Hay que poseer raza en las arterias, lo que tú no conquistes nadie te lo proporcionará».

Una vez me descubriste un pujo que mantenías recóndito en tu corazón: «Nacho, cuando muera anhelo que me amortajes desnudo

con un sudario albo, muy blanqueado. Ambiciono arribar a la audiencia con el Omnipotente tal y como concluyo, con mis únicas integridades y con alguna que otra irregularidad, que tú vislumbras a la perfección».

Acto seguido de tu tránsito al Edén, me fui a vivir con los tíos. La hermana de mamá no aceptó aquello que me habías indicado. Yo deseaba que se cumpliera tu última voluntad. Pero ella no te amortajó. Te engalanó con el terno de tus esponsales y con tus mejores zapatos negros, y aunque la corbata no entonaba con el traje, parecías un rey. Estabas colocado en el féretro en posición de firmes, como en el ejército. Como si quisieras que pasaran ocultos tus pensamientos de amor a lo trascendental. En realidad, no deseabas que pusieran en tus manos ningún efecto fervoroso. La religiosidad la escoltabas en lo más profundo de tu alma; estabas henchido de una benevolencia a Dios sin fronteras.

En una ocasión estabas enfermo. Yo era muy pequeño y te acaricié con las manos. Pero evitaste bruscamente ese roce. Nunca me besaste. En otra ocasión sí que te besé: me habías regalado una carabina de aire comprimido. Tras el beso, lleno de ternura infantil, cambió el tono de tu semblante. Advertí que estabas jubiloso y afligido, al propio lapso, puesto que te había atrapado con un beso.

Eras de estampa esbelta, donairoso, aristocrática y eminente. Tu corazón, adiestrado para seducir con pasión, era de una euforia contagiosa que inflamaba todo aquello que te flanqueaba. A mamá también la adoraba. Pero tú lograste el Paraíso con bravura, con brega. Resistías con arrojo, poseías el coraje de un caballero.

Mantenías escasas amistades, pero exquisitas. Fuiste traicionado; tu dignidad quedó mancillada. En público se te culpó de tus devaneos, de un amor prohibido. Estaba contigo y me miraste. Como una ballesta templada saltaste y se suscitó un careo violento con tu interlocutor. No te apasionaba precisamente que mis castos oídos escucharan aquello. No estabas dispuesto a que nadie enlodara tu honestidad delante de tu pequeñuelo.

Ponderaste mi albedrío. Nunca me pusiste una mano encima. Jamás, aunque, como niño travieso, alguna vez lo merecí. Yo codiciaba que mi papá me regañara. Pero no: me alentabas y proporcionabas criterio para que aprendiera a iniciarme en el bien, para cuando llegara a mayor. Me decías: «Nacho, acuérdate de esta exhortación; debes utilizar tu albedrío con gran sensatez».

A pesar de ser oriundo de Sevilla y un apasionado devoto de la Macarena y del Cachorro, no te agradaba vivir en cristiano ni, de ningún modo, el régimen franquista. Tenías un ideario muy personal: militabas como republicano.

Temías a la guardia civil, en general, y a los picoletos, en particular. Yo no concebía el por qué. Les profesabas acatamiento y les tenías pavor, pero te detenías a su paso y entablabas con ellos conversaciones animosas. En otra de tus charlas conmigo me dijiste: «Nacho, ¿sabes por qué conservo una buena relación con la pareja de la guardia civil? Es mejor mantener lo peligroso cerca. Tener un amigote guardia civil es como conservar un duro falso en el bolsillo». Supe después que se trataba de una amistad de conveniencia, en la que tú actuabas sólo movido por tu propio interés.

Por gratitud hacia ti, batallaba por aprovechar el contenido de las lecciones que recogía de tus saberes. Llevabas a cabo un esfuerzo sobrehumano para sufragar mis estudios. Vendías tapicerías y alfombras por los cortijos de Sevilla. Esa ocupación honrada y digna no resistía ningún dispendio irregular. Tu economía personal no daba para mucho.

Una noche me propusiste: «Como mañana no tienes colegio —era el día del patrón—, puedes acudir conmigo a conocer haciendas, y hasta podrás aprender a vender tapices». Llenaste con ellos el vehículo del que te valías y, acomodado a tu derecha, me llevaste contigo, tal y como habías prometido la tarde anterior.

Parecías un encantador de serpientes, ilusionabas a los posibles compradores, cautivabas a las muchachas y despachabas los tapices

que acarreamos. Poseías una gran pujanza persuasiva y seductora. En el periplo me aseguraste: «Nacho, para vender con eficacia debes ser siempre honrado; lo contrario se tornará contra ti. La falsedad es dañina y la autenticidad origina siempre el beneficio».

Pocas veces me aventuré a referirte las intranquilidades que brotaban de mi corazón. Un atardecer, a tu regreso del trabajo, estabas alborozado y ufano. Habías logrado un gran triunfo de tu carrera como mercader: la venta se había duplicado esa jornada. Tu enardecimiento me alentó a contarte que ambicionaba ser vendedor y que quería vender ilusiones. Al oír esto, me subrayaste: «Nacho, hijo mío, jamás suministres embustes; no se logra convertir la falsedad en verdad. La añagaza es inhumana, despedaza el origen de la humanidad».

Una vez bebiste una copa de más. Era la Feria de abril, con su gran diversión: hermosas amazonas, casetas, tenderetes, baile, farolillos, enganches y caballistas. Era única la Feria. Acudimos al Prado de San Sebastián con tres amigos tuyos. Yo estaba feliz y eufórico; me sentía el rey de la feria. Me acompañó a casa uno de tus colegas, y yo le dije a mamá: «No te inquietes por papá, sólo lleva una copa de más, volverá tarde, pero no te preocupes».

La hermana de mamá se casó con el sectario político. Tú no soportabas muy bien a su esposo; vuestras ideologías eran incompatibles. Él era un franquista fanático, lo que le inducía a descuidar sus modales. A mí no me respetaba porque era el hijo de un republicano. En mi ingenuidad yo entendía que eran tirrias entre almas adultas. La tía, que sí me amaba, me agasajaba con suculentas meriendas y me escondía cuando llegaba su marido. Una tarde me presenté, como de costumbre, a merendar. Llevaba puesta en la solapa una enseña republicana diminuta que había encontrado en un cajón en casa. La tía no tuvo tiempo para llegar a encubrirme. Su marido vio una sabrosa

merienda en mis manos, y con una mirada repleta de desprecio, al descubrir lo que llevaba puesto en mi solapa, me expulsó de su casa. La tía me acompañó en el camino de retorno. Yo sollozaba, no entendía nada, no podía percibir el germen de tanto resentimiento. Tú, papá, me confortaste con un lenguaje grave y rígido. Me dijiste: «No te inquietes, Nacho, cuando seas mayor lo sabrás interpretar». Poseías tal pujanza persuasiva que colmaste de sosiego mis entrañas y mi corazón reanudó su palpitación con brío. Me afianzaba en ti. Me cautivaba tu entereza y sensatez.

Un domingo fui exhortado por mamá a pasar el cepillo en la Misa. No solías venir con nosotros. Sisé una peseta y se la doné a mamá, para que adquiriera unas peladillas. Se enojó conmigo y me condujo al sacerdote y, postrándome, me apremió a la restitución de la moneda. Fue un buen escarmiento, aunque me enojé. Al contarte lo que había pasado, me dijiste: «De haber entregado la peseta a papá, habríamos consumido dos granizados. Posteriormente te hubiera dado esa calderilla para que mamá se la devolviera al cura. Cuando quieras dinero para adquirir golosinas, se lo pides a papá y siempre te lo dará. Jamás te quedes con nada que no te pertenezca».

Té apasionabas, hondamente, con la naturaleza. Me llevabas, con asiduidad, al campo para almorzar. Nos acomodábamos juntos, mientras mamá permanecía en casa, haciendo sus labores. Siempre querías estar conmigo, aunque nunca me besabas. En tanto ingeríamos las viandas aliñadas por mamá, admirábamos la luminosidad del sol, el firmamento añil; inhalábamos el aire puro. Me pertenecías, eras la existencia más querida por mí en todo el orbe. Colmabas toda mi ansia. Ante mi enflaquecimiento, eras mi robustez; en la tenebrosidad lóbrega, mi aurora; cuando lloviznaba y se escuchaban dilatadas troneras y gigantescas descargas, como destellos que descendían del firmamento, tú estabas a mi lado. Temblaba de miedo y me ceñía a tu cintura. Me aletargaba defendido. Junto a ti yo era capaz de dominar cualquier miedo.

Mamá te auxiliaba a despezarte extendiendo tus extremidades, ya que te punzaban. Escondido, escuchaba el chasquear de tu osamenta. Aquello significaba un gran alivio para tu padecimiento.

Entre luces nocturnas llegué un día al hogar. Me había distraído retozando con otros niños, y me levantaste la mano. Mamá se puso por medio y, sin quererlo, la golpeaste. Estabas furioso en aquella ocasión, pero el desenlace inesperado de tu reprimenda te hizo volver a tu ser de golpe. Pese a que te afectó mucho lo acaecido, mamá nunca le confirió ninguna trascendencia.

Papá, yo te amaba y continué anhelándote, aunque estés lejos. Te quería porque, a más de enérgico, tenías un corazón de oro, que te encaminaba a una caridad imperecedera hacia tus semejantes y te impartías con un sacrificio admirable. Me decía a mí mismo: «Cuando sea adulto, seré como papá».

Un fanfarrón, tras adquirir una alfombra, se propuso no reintegrarte su monto. Tomaste un mazo y te lanzaste sobre él. Satisfizo la cuantía del tapiz y se marchó acobardado. Así actuabas: aguerrido, valeroso, sin pánico de nada ni de nadie, con unas entretelas llenas de riqueza.

Volví al camposanto. Corté las hierbas que se habían desarrollado junto a tus restos perdurables. Recuerdo que no te aterrabas ante el ocaso. Puse claveles rojos sobre tu sepulcro, sin agua, para que la fragancia volara veloz hasta tu rostro. Recuerdo tus palabras: «No subestimaría residir en un cementerio y dormir dentro de un panteón desocupado, no tengo miedo».

Te abrí mi corazón, como cuando te conté con sonrojo —lógico en un pipiolo— que estaba enamorado de una chica de mi edad. Tu actitud me alentó a seguir hablándote. Gozaba sintiéndome seducido y no sabía ni cómo ni por qué ni para qué. Con tu asombrosa habilidad para comprometerte en una situación tan delicada, te acercaste a mí para que nadie conociera nuestros entresijos: «Nacho, el amor es sublime, amar es lo más grandioso de la creación, un alma sin cariño está

inanimada, aunque permanezca saltarina. Eres un pequeñuelo y ha germinado dentro de ti un deleite magnánimo, pundonoroso y rubicundo. El primer amor es el más espléndido y tierno, está repleto de dulzura. Ánimo, ese sentimiento no es ruin, sino maravilloso».

Continué relatándote dónde y cómo la descubrí. Me atendías con atención. Cuando te dije que mi primer amor pertenecía a la nobleza sevillana, pusiste tu mano sobre mi hombro: «Hijo mío, debes abandonar a esa chiquilla, no es factible que este romance continúe. Posiblemente no logres comprender lo que te digo, pero lo harás en el futuro. Esa niña es de una casta que domina sobre la tuya, de una clase social superior. No vuelvas a intentar verla, pues en la continuidad de esa relación sólo tendrás sufrimientos y penalidades. Es un amor imposible, olvídale». No discerní, lloré agriamente encerrado en mi cuarto.

Una persona te protegió para que salieras adelante. Nunca desdeñaste a tu benefactor. Todos los años, en su onomástica, le llevábamos repostería de hojaldre elaborada por mamá. Yo iba con vosotros porque su casa estaba fuera de Sevilla. No me ibais a dejar solo, ni con los tíos, y además yo era vuestro único hijo... La verdad es que no deseaba tener hermanos, pues cercenarían mis privilegios. En esa visita anual yo siempre era el agraciado, ya que ese señor me obsequiaba con veinte duros que yo guardaba, celosamente, en la faltriquera de mis zahones. Al regresar a nuestra morada te los daba a ti. Yo sabía que la tarta de hojaldre, rellena de cabello de ángel y cubierta de azúcar, te salía muy cara, pues mamá compraba todos los ingredientes y los elaboraba *ex professo*, con lo que el regalo extralimitaba tus posibilidades económicas. Yo no ambicionaba el dinero, te lo daba porque te amaba. Tú constituías para mí algo mucho más valioso que todo el dinero del mundo. Me sentía junto a ti el más opulento de todos los mortales.

Le prometiste a tu benefactor que, cuando muriera, irías todas las Navidades a su panteón para llevarle un ramillete de violetas. Para

mí lo extraordinario es que hasta tu muerte cumpliste, con fervor, tu promesa. Nunca fallaste en tus compromisos. Tu palabra era de ley.

Me apasionaba ser como tú, no ambicionaba asemejarme a mamá. Tú obtenías todas tus pertenencias con denuedo, mamá lo poseía por su extraordinaria abnegación. Gozabas de una gran virtud: siempre te esforzabas por superarte. Yo aceptaba tus flaquezas. Te amaba porque combatías. Anhelaba ser como tú: guerrear y triunfar. El donaire que poseías y la gran seducción eran la consecuencia de tu carisma evidente, que te conducía a ser una alma adorable.

En mi cuadrilla de amigos yo tenía mis pequeños problemas. Disputaba el liderazgo de la pandilla con otro mozalbete que me atormentaba la existencia. Era despótico conmigo, me desacreditaba asiduamente y procuraba zaherirme delante de los amigos. Yo ambicionaba liderar el clan de adictos, puesto que tú me habías adiestrado a pugnar para conseguirlo, a resistir para lograr los objetivos que me había propuesto.

Yo ya era algo mayor. En la víspera de uno de mis cumpleaños me obsequiaste con uno de tus ternos, arreglado por mamá. Era tu mejor traje. No podías gastarte el dinero que costaba uno nuevo, y querías lo mejor para mí. Te quería tanto y deseaba tener un corazón grande como el tuyo..., sólo había un motivo por el que esa idea me daba miedo: yo estaba dispuesto a luchar para persistir y vencer en la virtud y no caer, como tú, en un amor prohibido.

Soñé que me alistaba en el ejército, como voluntario, para poder plasmar en mi existencia, íntima y particular, todos tus adiestramientos. No sentía la necesidad de distanciarme ni de ti ni de mamá, pero me incorporaba al escuadrón de especialistas de Sevilla.

Lograbas, gracias a tus amistades en Sevilla, que me concedieran un pase de pernocta, que me habilitaba para poder dormir fuera del acuartelamiento. Retornaba al hogar, cuando te requería arri-

babas raudo, como el seducido trota al envite de su querencia, y colocabas la valija sobre tus hombros, enarbolando tu resistencia y poderío.

Papá, durante un tiempo ambicionaste subsistir, por inmersión con la creación, en el campo que tanto adorabas. Cargamos con todo lo ineludible y nos fuimos a vivir a un cortijo, feudo del mortal que tanto te benefició y con el que tan obligado te mantenías. Coincidieron unas primaveras repletas de desplazamientos, admirando el centelleo del sol, el cielo cerúleo y las estrellas en las anochecidas. Todas las jornadas regresabas a la casa con la satisfacción de la misión concluida, tras despachar todos los tapices.

Me solazaba atrapando gorgojos y salamandras. Eran mis triunfos, mis tenues éxitos. Perseveraba y pugnaba para aventajarme cada atardecer. En ocasiones fallaba y me inundaba de optimistas pujos para el día siguiente: resistir y no flaquear.

Admiraba los peces de la alberca. No me bañaba porque no sabía nadar, y, por otra parte, me lo tenías prohibido. La finca estaba llena de frutales. Me regocijaba cosechando las brevas adelantadas, las reinetas y las guindas. Las acarreaba, en una canasta de mimbre, para mamá, que me colmaba de besos.

Te postergabas a ti mismo y te prodigabas con los demás. Tu hermana, la que se zampaba aguardientes con extremado caos, arribó a la quinta para vivir con nosotros. Ni mamá ni yo la apreciábamos en mucho, pero entendíamos que era tu fraterna y la querías con todo tu corazón. Te desvelabas por ella. Un atardecer se embriagó más de lo usual y sentía ansias por bailotear. Comenzó una danza baldía susurrando una melodía pegadiza. Sentí vergüenza ajena. ¡Qué exhibición más dantesca! Tú me expusiste: «Nacho, no te inquietes, ella está ri-sueña, no tiene la impresión de proceder como un bufón. Alcanzaría el Cielo. El Creador la tomaría orondo de exultación». ¡Qué nobleza la de tu corazón! Tolerabas y excusabas, cubrías las fealdades de tu dilecta hermana, cuyo proceder yo reprobaba.

Cuando murió, tuviste el coraje de amortajarla. No lagrimeaste, puesto que tu cariño hacia ella era distinto. Era un amar sin querer, un cariño desamorado. Te hizo padecer hasta la saciedad.

El interés por la Creación: los astros, la luminaria y el cielo estrellado, te animó a plasmar la belleza y los encantos de lo no mancillado por hombre alguno. Tenías un ingenio fotográfico con el que acatabas los mandatos de tu espíritu y los hacías estampas de colores. Los hechizos de la naturaleza eran arrebatados por tu cámara. ¡Qué recopilación de instantáneas poseías, protegidas en primorosos y repujados volúmenes, repletos de sensaciones!

El día de tu tránsito al Reino Celestial no lloré. No te habías extraviado, residirías enlazado a mí de otra forma; en espíritu. En realidad, sólo estabas sumergido en un plácido y dulce sueño. La tía rezaba el Santo Rosario, y yo te velaba con una sonrisa en mis labios, como si no pasara nada. Permanecías más adentro de mí que jamás. Percibía en mi corazón tu gran ternura, tu señorío, tu donaire y magnitud de ánimo. El aroma de las flores que flanqueaban tu féretro se transmutaba en ese buen olor tan propio con el que tú, te perfumabas.

Tu hermana mayor, la amancebada, tenía un hijo y una hija. En cierta ocasión mi primo quiso abusar sexualmente de mí. Yo no entendía aquella actitud. Mamá me esclareció que los bebés no los traía, en una canasta, la cigüeña de París; eran el resultado del cariño de los papás. El comportamiento de mi primo me turbó. No le otorgaste ninguna trascendencia y me aclaraste el tema de la homosexualidad. No lo entendí realmente, no me interesaba. Un anochecer le zaheriste, con una sonrisa burlona, en presencia de mamá. Yo también me encontraba con vosotros. Lo despreciabas por su tendencia de persona afecta a su mismo sexo. Tu postura denotaba una protección de tu único descendiente.

En la conmemoración de la fiesta de Todos los Santos ansiaba visitarte y conversar contigo. No lagrimeé. Me sentía aislado de la humanidad. Advertía, dentro de mi corazón, la congoja del desaliño y el

desamparo. La tía, cuando te mudaste a la Gloria, me acogió como a un huérfano no apetecido y su consorte, el franquista que te maldecía, me degradaba y zahería, puesto que era el primogénito del hostil republicano. Puse en tu tumba unos claveles rojos. Experimentaba en mi corazón, en lo más hondo de mi alma, la ansiedad de un primogénito sin apoyo que acude a su único asidero: su progenitor, que se halla en la Eternidad. Te vislumbraba en mi imaginación: festivo, agudo, distinguido, con ese miramiento amable de un mortal que supo interpretar el amor. Comencé el soliloquio. Tú permanecías enlazado conmigo, inerte e insensible. Te pedí ayuda para poder sobrellevar las jornadas que me faltaban en la tierra hasta alcanzar y deleitarme con la Visión Beatífica, de la que te encontrabas repleto. Percibí, en lo más íntimo de mi corazón, tu silencio que me expresaba: «Nacho, caro retoño, sé animoso, ten brío, no permitas que las contradicciones del peregrinaje alboroten tu clarividencia. Siempre permaneceré contigo, te mantendré y te alentaré. Goza con pasión todo lo afable y lo dotado de hermosura, y no te apasiones por lo proscrito, aunque tenga una apariencia hermosa. Debes saborear todo lo tierno de la existencia. Te aseguro que el que no es dichoso en la tierra, nunca logrará serlo en el Reino Celestial».

Me revelaste: «Tienes que apasionarte por todo lo que te rodea, aulentarte de ti mismo. Descubrirás con agrado haber conocido el deleite con plenitud, al olvidarte de ti mismo y, en consecuencia, serás dichoso aquí, en el planeta, y posteriormente andarás conmigo por el Paraíso. Contemplaremos el rayo de sol, la constelación en la oscuridad y el océano añil, todo con pausa y sin fatigarnos».

Me tienes indicado que debo ser enérgico, cavilar las cosas en la soledad de mi silencio y trabar una imperturbable determinación, con las precauciones indispensables para llevar a cabo una libre acción. Deliberé irme de la casa de los tíos, fugarme de aquella esclavitud, de aquel existir sin hallarme. Pero no lo hice, fui cobarde. Tampoco disponía de capital. Espero que me comprendas.

Apareció por el instituto un ilustre profesor de la Universidad de Sevilla que habló sobre la familia. Me impresionó mucho. Me estremecí y saturado de congoja me sentenció: «¡No poseo linaje! El Altísimo determinó que tú y mamá me abandonarais en las malvadas garras de un franquista desalmado y de la hermana de mamá, que sí me apreciaba. A lo largo de la disertación determiné que cuando me hallara maduro y contrajera nupcias, con una moza agraciada, acaudalada e inteligente, nunca de la aristocracia de Sevilla, tendría numerosos descendientes, una prole nutrida. El Estado ofrece ayudas para ello, aunque yo tendré hijos por el amor apasionado que me unirá a mi esposa».

Guardo los volúmenes de fotografías que heredé. Cuántas evocaciones entrañables... Las fotos de mamá son fascinantes, se manifiesta como una muñeca encantada. Tú, por tu fuerte carisma y tu talante, transmites armonía y tranquilidad. Recuerdo los desplazamientos que realizábamos en bicicleta —antes de adquirir el pequeño utilitario—. Yo era tan pequeño que me transportabas en la mimbreira. ¡Qué bien nos lo pasábamos!...

Papá, en el silencio de las tinieblas, con la aflicción de la indolencia del bellaco franquista y en la nostalgia efímera, alucino contigo y con nuestras vicisitudes, con tus testimonios y mociones. Me encantaba tu forma de ser, siempre lograbas que yo fuera más dichoso.

Te instigué con una pregunta concreta: «¿Por qué baboseaste, con ardor, lo vedado, lo prohibido?». Tu respuesta fue fulgurante. Lo poseías hundido en tu alma. No me atañían los sensiblerías de mamá, te adoraba tanto que indultaba todas tus fragilidades pasionales. Me proporcionaste una enseñanza magnífica. Posando tu mano sobre mí, nos ausentábamos al campo, que era nuestro especial espectador de las cordiales y largas conversaciones. Me expresaste, con una dicción entrecortada y al oído, para que ni los pájaros pudieran escucharnos: «Nacho, es posible que no logres alcanzarlo. Procuraré razonar con transparencia y no afrentar tus virtuosos oídos. Me apasioné con lo in-

mundo, puesto que me beneficié de una fragilidad. La persona humana está dañada por nuestros originarios progenitores, Adán y Eva, por ese motivo permanecemos proclives hacia lo prohibido, ya que poseemos la naturaleza imperfecta y pobre. Estoy avergonzado de mi conducta y he llorado mucho, con aflicción, en numerosas ocasiones. No vale la pena malograr la armonía espiritual por una minucia que sólo conlleva un regusto pasajero y que luego pasa, colmando el corazón de desconsuelo, congoja y sufrimiento. Jamás ames lo prohibido». Esta orientación ha dirigido siempre mis pasos. A pesar de tu debilidad mi admiración hacia ti se acrecentó. Habías hecho un acto profundo de humildad. Te manifesté: «¿Cómo, siendo tan valiente y fuerte, vendiste tu tranquilidad por un plato de lentejas?». Tu respuesta fue categórica: «Cuando seas mayor podrás comprenderlo. No admitas en tu corazón ni un mal pensamiento sobre lo prohibido. No deliberes. No seas valiente, escapa cuando sientas las cinco garras de la pasión que te llevan a derramar en vano el néctar de la vida».

No me siento un niño desgraciado. A pesar del trato bárbaro del franquista, aprendí de ti a sobrevivir. Era dichoso, dentro de la aflicción de mi orfandad, puesto que combatía para prevalecer, seducir y conseguir ser un hombre de bien.

Papá, ¡cuánto padeciste! Grande ha sido la privación de ternura en tu existencia. Pagaste muy caro ser el niño mimado de los abuelos. Una mudez agria invadió tu alma de congoja y melancolía durante tu efímera pero fructuosa vida.

Cuando mamá se fue al Cielo, me dijiste que tenías que aprender a vivir en soledad. Instigado por tus insinuaciones, tuve el descaro de decirte: «Papá, jamás estarás solo. Permaneceré siempre contigo, debes batallar para superar tu pesadumbre estando cerca del Padre Eterno». Me brindaste una respuesta que me llenó de jactancia: «Nacho, ya eres casi hombre. Me enorgullezco de ti». En ese trance lloviznaba. El sosegado tintineo del agua que golpeaba, con amabilidad, los vidrios de las ventanas nos embargaba.

Yo acudía con mamá a la Santa Misa los días de precepto; tú te inhibías, afanado en tus quehaceres. Te planteé que acudiéramos a Misa los tres; en el colegio nos habían dicho que era provechoso asistir con los papás. Aceptaste y nos fuimos a la catedral. Celebraba el cardenal arzobispo de Sevilla. Cuando el prelado afirmó que nos diésemos la paz, yo esperaba un beso, pero sólo me ofreciste la mano. Todo lo contrario que mamá, que sí me besó.

Un día descubrí entre tus cosas un portapapeles que contenía fotografías pornográficas. En ese momento entendí que ésas eran tus debilidades. Quemé las fotos, y la verdad es que nunca se comentó nada en casa del asunto.

Durante la estación otoñal cohabitaba con un auténtico pánico con las tormentas. Tú me has infundido que no debo agarrar espanto a la peregrinación de esta vida, y mucho menos al tránsito a la Vida Eterna. Asimismo tenía espanto por cosas sin trascendencia para ti: a la oscuridad, al destierro y al franquista. Mi destino era inseguro, casi no poseía un porvenir. Me aleccionaste para el combate, y lo intento, pero en ocasiones me agoto y siento un estremecimiento profundo.

Sueño con aquellos largos atardeceres aguardando tu llegada. Trotaba hacia ti y comprobaba si habías vendido los tapices. Me ceñía a tu cintura y recorríamos el trayecto hasta el hogar con lentitud. Nos aguardaba mamá en el pórtico.

Tus enseñanzas me condujeron a tener coraje ante las contrariedades que encontraba en mi vida. Jamás titubeé; tras meditar una decisión, procedía con arrojo y con grandeza de ánimo, ahogando el mal que sufría. Esta fortaleza, adiestrada por ti, me trajo bastantes contradicciones. Siempre tenía algún enemigo que me aborrecía porque deseaba ser como tú me habías forjado: animoso, fuerte, preclaro, desprendido y eufórico.

Muchas veces he preferido el silencio a contradecir a mi interlocutor. Así no disgustaba a nadie ni yo perdía la paz. Me siento se-

guro cuando pienso: «¿Cómo haría esto papá?». Y procuro seguir tus enseñanzas.

Yo contaba con diez abriles cuando un día me llevaste al oftalmólogo a causa de una pequeña infección ocular. Al finalizar, me dejaste en el mirador de una cafetería, previa adquisición de un helado, y me dijiste: «Nacho, no te vayas y aguarda a mi regreso, voy a entrevistarme con un comerciante de alfombras. Volveré en una hora». Pero no conseguiste engañarme, sabía que estabas malgastando tu generoso corazón. Te estabas entregando a un amor prohibido. Reafirmé la invariable determinación de no abandonarme; son mucho más sublimes y hermosísimas las cosas que no están proscritas. Valía la pena ser perseverante en todo lo bueno. Siempre me dijiste que lo condenado envilecía y llenaba el corazón de congoja, de aflicción y de sufrimiento; por el contrario, cuando se ha amado lo bueno y lo bello, con ardor, se amplifica el placer y se estremece el corazón de dicha.

Con mamá cambiabas impresiones sobre cuestiones ordinarias. Eras cariñoso con ella, la amabas. La respetabas mucho, pero preferías partir conmigo, tu primogénito retoño, para deleitarnos retozando, trotando y brincando. ¡Qué dichoso era yo cuando permanecía contigo!

Me seducía trepar por la higuera que había en el jardín de nuestra casa. Mamá me proveía de una rebanada de hogaza y, encaramado en lo más alto, consumía el pan con brevas. Un día me advertiste: «Hijo mío, eres aún pequeño, no es bueno que expongas tu vida, te puedes caer y romperte una pierna o un brazo». A partir de entonces, antes de salir a trabajar, dejabas en una canastilla de mimbre los mejores frutos de la higuera. Siempre ibas por delante. Enseñabas con el ejemplo.

Lloraste cuando mamá yacía enferma y las elevadas malarías la guiaban al desvarío. Entre sus diversos transportamientos, masculaba

el Santo Rosario. Nos asistió la superiora de la clínica, quien, al contemplar el cuadro —tú llorabas, yo me mantenía sereno y mamá estaba enajenada, implorando a la Virgen—, se admiró del amor que había en los tres y de la santidad de mamá.

Me encanta ir a la Plaza Nueva, junto al Ayuntamiento, a escuchar las historias que cuentan los viejos mientras toman el sol sentados en los bancos. Esta mañana me he encontrado con uno que me ha contado: «Se trata de un personaje que arribó a Sevilla para amasar fortuna. Lo consiguió disfrutando de una elevada posición y una saludable fluidez monetaria. Pagó muy caro ese bienestar. En la corporación donde se afanaba su superior le acongojaba hasta el hartazgo. La última etapa de su vida fue sorprendente. Su entendimiento no enlazaba bien con la realidad. Extrapolaba todo lo que acaecía. Dañaba a todos los seres que le circundaban. No razonaba, y cuando lo hacía, vejaba a todo el mundo. Permanecía trastornado. Un hombre sin rumbo, una pena de ser humano que seguía impulsos instintivos que le llevaban a cometer necesidades imperdonables». Esta historia me ha llenado de amargura. He decidido poner todos los medios para no llegar nunca a una situación semejante.

El director del colegio nos ha dicho que cada alumno se beneficiaría de un tutor. Me ha tocado un maestro afable, jovial y muy inteligente. Yo le refiero todos mis pequeños problemas en el aprendizaje, con la familia y los amigos. En una de nuestras conversaciones me dijo: «Nacho, eres cordial y honesto, pero andas inaguantable. Sólo un factor destroza todas mis pautas especulativas: tu preclaro corazón, creado para amar grandiosas quimeras y sumas efusiones». Aquello produjo, dentro de mi corazón, una gran conformidad y, al mismo tiempo, una congoja insondable. Había logrado uno de los ideales de tus adiestramientos, pero sentía una excesiva aflicción a causa de que no he podido aceptar la exhortación del preceptor. Papá, lo mío gravita en emprender y volver a empezar. Te ratifico que seré fiel a tus amonestaciones, a tus fascinantes e incognoscibles fórmulas de

adiestramiento que me conduzcan a una acabada realización individual.

Tintineaba en mi espíritu un cántico y, al mismo tiempo, un grito aseverando que el sosiego andaba precedido del combate que conduciría al desenlace finito; el gozo de ser de utilidad en la peregrinación terrenal, sirviendo a los demás.

Cuando cavilaba en ti, en la magnitud de tu espíritu, en tu largueza, nobleza o lealtad, me notaba poderoso, vencedor y ufano. Era como un halo que emergía de ti y llegaba, de modo misterioso, a mi quebradizo corazón. Obtenía tal arrebató que, en esos momentos, hubiera sido idóneo para todo lo que fuera oportuno para alcanzar el triunfo, la observancia de un gran ideal, y lograr el asombroso colofón al que me habías conjurado.

Papá, te beneficiabas de una extraordinaria intuición y de una inteligencia tan sobresaliente que te implantabas en la mente de todos los que te cercaban. Conocías, casi a la perfección, las reflexiones de los semejantes que tenías cerca. Evoco, con alborozo, un careo que mantuviste en un coloquio después del almuerzo. Se presentaron en nuestra morada unos amigos de la niñez. Después de catar el vino añejo que elaboraste, uno de ellos te aseguró: «¡Tú no me conoces!». Con robustez y decoro aseveraste, como quien está en tenencia de la verdad: «Yo consigo exteriorizar tus circunstancias particulares y tu disposición anímica, siempre y cuando aceptes mis afirmaciones si son evidentes». Le revelaste con gravedad: «Aguantas una gran crisis de fe, no eres dichoso, tu disimulada euforia corresponde a un denuedo sobrehumano que realizas para esconder tu melancolía». Te manifestó que habías atinado y que no era posible que conocieras lo que le estaba acaeciendo. Habías acertado en un alto porcentaje. ¡Qué reputación lograste y qué orgulloso estaba yo con un progenitor tan carismático! Habías vencido; era lo usual en ti. El triunfo te acosaba.

Me encantaba admirar la lluvia, desde la ventana, pero me espantaban las troneras y los relampagueos. Resistía el terror. Tú per-

manecías apoltronado, fumando. Épicas boqueadas de humazo surgían de tu pipa, como la de los corsarios de las películas. Surgió de las profundidades de la tierra un chispazo, remontó y se entramó entre los nubarrones, se deslizó de nuevo al terreno, del cual había emergido, y fragmentó de cuajo un árbol que estaba lindante con la higuera. Fue estremecedora la vibración del suelo en su desplome. Te incorporaste velozmente y me pusiste a tu espalda para sufrir en tu pecho el golpe fiero del relámpago.

Me dieron vacaciones en el colegio y tú, aunque tenías que trabajar como autónomo, decidiste que durante el mes de agosto íbamos a viajar por España. Te apasionaba que yo consiguiera ver mundo. Nos presentamos en Valencia y concurrimos a una sesión del milenario Tribunal de las Aguas. Me apasionó todo. Surgió, franqueando el cortejo, el alguacil secundado por los síndicos y, por último, el presidente del mismo. El alguacil, ante los asistentes que se aglomeraban, pregonó la denominación de cada una de las siete acequias que toman el agua del río Turia, sobre las que tiene jurisdicción el Tribunal. Los labradores en litigio exteriorizaban sus imputaciones y se decretaba la sentencia delante de la multitud. Todo era muy lacónico. Comparecían como en la Edad Media, con sus blusas negras, típicas de los labradores que toman agua de los canales de las acequias. Parcos en locuciones: «Parle vosté y calle vosté». La prerrogativa de este histórico Tribunal de las Aguas es seductora; apoltronados los miembros del mismo en siete sitaliales, debajo del pórtico de la catedral, como testigos, los doce apóstoles que ornamentan el frontispicio. Adyacente se localiza la basílica de la Virgen de los Desamparados. Me acordé de la Macarena; son dos advocaciones marianas diferentes. Discerní lo ecuménico, especificado en lo regional. Almorzamos en un restaurante de la Albufera y, navegando remontados en la barca que deambulaba por entre las cañas y el barro, conseguí acariciar con mis manos, y con mis ojos admirar, aquellos andurriales que inspiraron la escritura maestra de Blasco Ibáñez.

También visitamos San Juan del Hospital, la Catedral, la Basílica de la Virgen de los Desamparados —me adquiriste una imagen de la Virgen—, la Lonja, impoluto gótico civil valenciano, y las torres de Serranos y de Quart.

Luego, fuimos a Ávila. La tierra de la Santa, así la llaman sus lugareños, la cuna de Santa Teresa de Jesús. Me hechizó la parquedad de los terruños de Castilla, sus bellísimas iglesias medievales y la longeva muralla; me regocijé de la panorámica que se posee de la misma desde los «Cuatro Postes». Allí evidencí que lo burgués y lo frívolo, enlazados, se mimetizan. Compramos las célebres yemas de Santa Teresa.

Asimismo me fascinó San Sebastián. La playa de la Concha, el casco viejo, su tradicional gastronomía y la insólita persecución de los policías a los alborotadores del orden público. Se solemnizaba la Semana Grande en la cuna de Chillida. Acudíamos para tararear, enlazados a la población donostiarra, la Salve. Nos vimos envueltos en una auténtica batalla campal. Papá, comprendí lo que tú me relatabas de los vascos y los catalanes: el problema de los nacionalismos.

Fue un periplo el de aquel agosto que recordaré con remembranza. ¡Cómo procurabas que me regocijara, ilustrándome! ¡Todo me lo esclarecías! ¡Qué culto eras! Incluso habías cursado la licenciatura en Filosofía y Letras por la Universidad de Sevilla, proporcionándome otro paradigma a secundar, un nuevo ejemplo, uno más, como siempre.

Idealizaba arrellanado en el jardín, bajo el árbol fragmentado en dos porciones por el relámpago de aquella noche tormentosa. En aquel lugar, en mi ocultación, aislado por una recóndita nostalgia, consideraba interiormente, en mis entrañas, ese varón venidero que tú habías perfilado. Soñaba ser denodado, valeroso, intrépido y con aspiraciones de servir a la gente, integridades que me habías infundido. Imaginaba, pero con los cabos bien amarrados, la proyección de los lances que convendría perseguir para lograr el objetivo que hábilmente planeaste.

Siempre he creído que, al ser hijo tuyo, había conseguido toda tu pujanza, tus atributos, tu hombría de bien y tu distinción. Me percibía como un triunfador.

Aquellos viejos que se soleaban en la Plaza Nueva me relataron las efemérides de otro personaje original: «Coexistía, hace unas añadas, un tipo sesentón, tan clarividente que no asimilaba cosas triviales, ya que todo lo aprendía de memoria; elegía muy bien las lecturas. Era capaz de deletrear el periódico puesto del revés. Andaba errando solo por los caminos, como Unamuno, con las zarpas trabadas a la espalda y la testa sesgada hacia abajo, mirando el pavimento, sin fijarse. Cavilaba, imaginaba y discurría. Experimentaba la dramática pesadumbre de no ser corriente. Precisaba conversar, pero nadie le aprehendía y, por tanto, no se le escuchaba. El botín de su peregrinación en la tierra, era igual a su frustración íntima. No lograba transmitir sus discernimientos. Había llegado a unas calidades de ilustración tan profundas que la melancolía y la mudez eran sus edecanes de periplo». Papá, deseo ser normal, no sobresalir de tal modo que no disfrute de la avenencia de los demás.

En uno de mis cumpleaños adornaste el jardín. Regaste las plantas, engalanaste la casa con farolillos y colgaduras y elaboraste, con la ayuda de mamá, un suculento pisolabis para todos los compañeros de mi aula. No procedías por resultar grato. Existía en tu magnanimidad el amor a tu descendiente que te encaminaba a la generosidad. Lo pasamos muy bien contigo, fuiste el animador de la celebración mientras comíamos. Mamá sollozó de felicidad. Todo lo llevabas a cabo por que me adorabas con delirio, yo lo sabía. Pero tampoco entonces me diste ni un beso, al contrario que mamá.

Mañana te visitaré. Cortaré las hierbas que proliferan en torno a tu cuerpo y las conduciré a mi habitación, percibiendo que un atisbo de ti estará más tiempo conmigo. Las colocaré con agua para que vivas

más asentado todavía. Ubicaré en lo alto de tu hipogeo unos claveles rojos. Permaneceré un buen lapso haciéndote compañía; a mamá la abrazaré en la lejanía. Antojo conversar contigo, referirte mis andanzas. Te miraré con los ojos del alma y te descubriré con tu dulce sonrisa, tu mirada franca y tu gallardía, la de insigne caballero.

Jamás tuve miedo estando contigo en la necrópolis, todo alborozado tornaba al hogar, repleto de pujanza, esperanza y ansias de vivir la existencia con ardor, lo provechoso y dotado de hermosura, jamás lo condenado. Posteriormente habitarla contigo, con idéntica plenitud, contemplando la faz de Dios.

Continuamente has ansiado lo mejor para mí. Cuando elegiste con mamá el colegio al que debía ir, no te preocupó cuánto costaba. No te importaba el gran sacrificio económico que aquella elección conllevaba, pues lo importante era el futuro de tu hijo. Le dijiste a mamá con firmeza: «Nacho se inscribirá en la más excelente de todas las instituciones docentes de Sevilla, se lo merece. No disfrutará de un gran patrimonio, pero sí le concederemos un lujoso adiestramiento para que, el día de mañana, logre valerse y situarse en su vida profesional».

Un cura amigo de la familia me dijo un día: «Posees una valiosa educación, andas muy perspicaz, con una gran capacidad de padecimiento y muy dadivoso con los demás. Triunfarás, actuarás como un personaje notable, eres un vencedor nato».

Tu talante era muy fuerte. Recuerdo lo que aconteció en un mesón típico de Sevilla. Después de comer, al solicitar el importe, el mesero se retrasó un buen rato. Le convocaste y, con el vigor que te definía, le aseveraste: «Usted estima que mi moneda no es valiosa, sostiene que es apócrifa». Nos recaudó, en el momento, y partimos. Mamá estaba asustada. Pensé que habías tenido razón, pero que habías sido un poco brusco son ese camarero inepto.

Ahora quiero evocar aquella amena velada en la que los invitados eran personajes muy dilectos. Alternaba un presbítero, un peda-

gogo y un periodista. Mamá seguía ojo avizor los pormenores para que el refrigerio transcurriera lo más afable posible. En la sobremesa me hallé de espectador, era un contertuliano menudo y delicado. Te enardecías con el deseo de que me instruyera de la sapiencia de aquellos amigos fraternales. Los contenidos que se trajinaron fueron muy dispares. Al mismo tiempo que el sacerdote, pretendía sacar la punta ética de todas las incógnitas que se esbozaban, el periodista demandaba un protagonismo insaciable y el didáctico pretendía inculcar, en nuestras inteligencias, los trances que aguantaba en su faena habitual. Me instruí mucho. Tú estimulabas a los tertulianos a que discutieran cuestiones de interés. El docente intentaba exponer su intranquilidad por el descenso demográfico de la burguesía que le conducía a un descenso de los alumnos internos que se inscribirían en su colegio. El eclesiástico interpretaba que la contrariedad demográfica era el resultado de la crisis moral en la que nos encontrábamos sumergidos. El periodista sólo ansiaba exhibir la perspectiva vital de la novedad informativa y su aspiración por efectuar conspicua su labor. Desempeñaba su quehacer de escritor en un rotativo y se le apreciaba recreado en su trajín; afirmaba: «El universo está desértico de paradigmas. Estoy inclinado a quemar mis naves y entregarme en favor de la humanidad. He triunfado, tengo dinero, pero no estoy satisfecho. Anhele repercutir más en la comunidad, llevar a mis lectores hacia lo armonioso». Me entusiasmó la disposición del periodista y escasamente la del ungido, que sólo aspiraba a inculcar aspectos éticos en todas nuestras conductas. Al pedagogo le interesaba persuadirnos de que el enigma demográfico de España era imparable y que se podía quedar sin trabajo.

Supe también que los bancos se afanaban en la compra de obras de arte y antigüedades, así como en labores sociales, para evitar las críticas de los no acaudalados que, de forma pertinaz, sostenían que los beneficios de estas entidades financieras se repercutieran entre sus asalariados. Te interrogué y aseveraste: «Estas entidades bancarias,

con avidez de ganancia, deberían aplicar un apartado de sus ingentes lucros a la formación de sus trabajadores».

Nos visitó un compañero tuyo de la universidad. Él acabó la carrera de Arquitectura; tú, de Filosofía y Letras, aunque te entregaste a la actividad comercial. Tu amigo pasaba por ser una genuina lumbre-ra, impresionaba por su inmensa retentiva. Su defecto era que hablaba sin reposo y abrumaba con multitud de datos. Con gran entereza le atendías: era tu apreciado compañero. Yo le aborrecía y menospreciaba. Jamás se interesó por mis aprendizajes. No atendía, no le atraían las cosas de los demás. Te lo razoné y digno, con un gran aplomo, me dijiste: «Conviene comprender a las almas, excusarlas y amarlas con sus carencias. El amigo de papá posee una angustiada imperfección; un descomunal complejo de inferioridad. Se trata de alguien muy dotado, que conoce cómo instruir espléndidamente, pero es incapaz de comunicar bien lo que habla. Es un dotado informador y un deficiente comunicador». Papá, me tranquilizaste, permanecí persuadido de que tu amigo sería un mal vendedor de alfombras. No ambicionaba ser como él. Me apasionaba ser como tú: inteligente, audaz, comprensivo, cariñoso, cordial, afable y generoso.

Recuerdo otro gran gesto que tuviste conmigo, pero esta vez fue en un sueño. Nos visitaba el Papa; el Vicario de Cristo arribaba a España. Su Santidad tenía una cita con Sevilla. Estaba prevista la beatificación de una religiosa. Jamás había admirado con tanta cercanía al Papa, me hacía una enorme ilusión presenciar el ceremonial. Mientras me llevabas me ibas explicando en qué se fundamentaba una beatificación. Con enorme aguante me ibas diciendo que la beatificación de una persona ya fallecida era el primer lance para otro postrero: la canonización. El santo es aquel que admira, sin reposo ni fatiga, el semblante de Dios. «Pero podría ocurrir que un alma sea predestinada, permanezca en la Morada Eterna y no haya sido santificada», me expusiste. Pensé, pero no me aventuré a manifestártelo, que tú no precisabas ser canonizado, puesto que yacías elegido, acá en la tierra. Por

tus buenas obras y tu gran corazón, ducho en el amor vehemente hacia las cosas valiosas y hermosas del universo. Yo creo que la Deidad no te pedirá cuentas de tus devaneos. Combatías para dominar tus flaquezas y dabas testimonio de tu bonhomía y tu fuerza interior... Aquel sueño me resultó premonitorio, bello, reconfortante y hermoso.

Otro día, ya no en el sueño sino en la vida, mantuviste una charla conmigo en la que me contaste que el éxito de tus ventas se lo debías, en parte, a un libro que habías leído hacía tiempo. Solicité que me lo proporcionaras para ser como tú: un prócer mercader. En tanto que a ti te estimuló, a mí me defraudó. No admitía la mezcolanza de lo trascendental con lo mágico y lo enigmático. Poseía un cierto contenido esotérico. Codiciaba ser el conspicuo vendedor del universo, pero sin sacar partido de técnicas que pretenden hipnotizar o conquistar las disposiciones con estilo subliminal. A ese arquetipo de mercader no me agradaba vincularme. Perseguía trajinar con autenticidad, prescindiendo de todo tipo de falsías. Cuando te expuse mis elucubraciones me alejaste del aprieto expresándome: «No te inquietes, Nacho, tú estudiarás una licenciatura universitaria y pertenecerás a la perfeccionada liga de los principales mercaderes del mundo, puesto que aplicarás tus privativas instrucciones para serlo. Papá, al no poseer un adiestramiento primordial sobre los métodos para trocar, tuvo que utilizar las destrezas de terceros; he subsistido como un filósofo que arrinconó su instrucción universitaria. Nacho, pertenecerás a la estirpe de los genuinos triunfadores».

Me acordé de ti en el sepelio de un emparentado próximo, al que se le proporcionó cristiana sepultura. Existía como un personaje muy valioso y de una enorme reputación. Concurrieron a su inhumación magnas representaciones de la política, la ciencia, la economía, inclusive un ministro del Gobierno. Una enorme afluencia de vehículos. Dos sacerdotes rezaban los responsos correspondientes. Yo abandoné la turbamulta de gentes apiñadas alrededor del féretro. Se aproximaba la concurrencia a los parientes para transmitirles su con-

dolencia. Todo era fingimiento, sólo pretendían quedar bien. Desaparecí de aquella efímera exhibición y caminé para encontrarme contigo. Me acomodé en la calzada, observé las hierbas que proliferaban a la redonda de tu cuerpo. No arranqué el ramillete de hierbas para colocarlas en nuestro hogar, en mi habitación. No te reporté los claveles rojos que suelo depositar en lo alto de tu hipogeo, sin agua. Era preciso para mí comunicarme contigo y referirte alguna de mis recientes peripecias. Me aletargaba la exigencia de descubrirte mi ansiedad por lo que cavilarán los personajes concurrentes al sepelio de tu pariente, al avistar un desfile tan afrentoso. Yo codicio estar contigo, que te albergas dentro de mí. Los otros estaban con los que no tienen vida, los que tienen vacío en su interior. Yo reposaba dichoso contigo, ellos habitaban en la aflicción de su pesadumbre. Papá, tu muerte jamás nos desunió. Te acecho con la misma e idéntica sonrisa de cuando corríamos por el ejido para admirar su verdor, el cielo añil y la luz de un sol radiante. Aquello era bonanza. La tramoya contemplada a la sazón, una genuina zafiedad.

Estacionabas tu reducido vehículo en una cochera. Un día el guardián, con lágrimas en los ojos, nos contó el último atentado terrorista contra un militar en Sevilla: los verdugos habían apostado una bomba para exterminar al coronel, explosionando el artefacto asesino en el mismo instante en el que unos padres llevaban a sus hijos a un colegio próximo. Hubo varios heridos. Entre ellos, unos chiquillos de pocas primaveras; uno de ellos sólo tenía dos años. El guarda opinaba, con una cierta carga de ojeriza: «Pienso que si los homicidas asesinan a dos personas, correspondería aplicar la ley del talión y finiquitar a dos terroristas de un plumazo».

Los mayores a los que visito en la Plaza Nueva me han contado historias que ensangrentaron mi corazón. La más notable consistía en que un varón justo, honrado, tenaz, leal con sus amigos y muy inteli-

gente, había sido atrapado en un amor vedado, más grave que los tuyos. Me horroricé. Continuaron afirmando: «Un individuo con ocupaciones gubernamentales, sin desertar de su estirpe, mantenía contactos libidinosos con otro varón». Otra peripecia era más tremebunda: un magnate desechó a su desposada y a siete descendientes y se unió a otro hombre. Una tercera historia era la de un sesentón que renegó de su cónyuge y sus hijos para enlazarse con una secretaria de su empresa, una chica joven de menos de treinta años. Cuando cortejaba a su manceba, de la que podría ser su abuelo, se abochornaba, se disfrazaba con unos ropajes goyescos. No hallo ningún cimientito a los comportamientos de estas almas. No es viable que la plebe esté tan degradada. No se consigue la bonanza ni el triunfo con una afectación de esta clase. Papá, cada crepúsculo que pasa te disfruto más. Me apasionaría ser como tú; valiente, cautivado por la vida, por todo lo excelente y lo armonioso, con tu hidalguía, nobleza, lealtad y generosidad. Una entrega a los demás con desdén de ti mismo, deleitarme de la luminaria del sol, del cielo azulino y las verdes praderas. ¡Qué admirable es la limpieza de corazón!

En el aeropuerto de Sevilla permanecemos aguardando a un conferenciante, entre el estrépito de los que venían de una zona a otra por los interminables corredores. Paseábamos, entre los dos, un gran rótulo con la contraseña escrita. Nunca experimenté tanto bochorno ni me figuré tan grotesco. Por corazonada exhibías la pancarta al viajero que gozaba de una cierta distinción; nos sonreía y desairaba con la testa, denotando que no era el personaje que demandábamos. Estuvimos dos horas buscando al catedrático. Sin lograrlo retornamos a nuestra morada. El docente nos había ignorado: había salido a la calle y tomado un taxi para trasladarse a su hotel. Jamás he sufrido tanto sonrojo.

Estaba sentado en el balancín, cerca de la ventana, hojeando «El Guerrero del Antifaz», que se disponía a aniquilar a los moros. Se plantó una visita y se trabó un parlamento del que me encontraba aje-

no. La trama me motivó y, disimulando, sostuve el interés. Tu amigo te refería que gozaba por haber fecundado cuatro hijos y una hija. Los varones se habían casado bien. Según te dijo, la intención de su hija era no casarse. Esto le henchía el corazón, pues le había preguntado por los motivos que le llevaban a esa decisión, y su hija le había contestado: «No me matrimoniaré para poderte mimar. Mamá no te elabora la cena y tú, jadeante después de una jornada laboral intensa, tienes que prepararte lo que vayas a comer, solo en la cocina, mientras mamá está sentada en el sofá viendo la televisión». Abandoné la lectura, mi mente empezó a calibrar: una existencia sin amor no es vida. El amor no se termina cuando se alcanza una plenitud. Precisamente es en ese momento cuando persiste encantador y pulcro; es auténtico y genuino. Me afligí al cavilar en unos cónyuges que culminan una peregrinación, preñada de primicias, con desamor.

Festejaba mi noveno cumpleaños y merendamos opíparamente con las empanadas que preparó mamá. Te regocijabas admirando mi enorme felicidad. El deleite de mamá era descomunal al ver tal bonanza. Estaba seducida por los dos. Al atardecer insinuaste la posibilidad de asistir al teatro. Mamá estaba muy pillada con las tareas de la casa y preparando la cena. Fui solo contigo. De regreso a nuestro hogar, te dije: «Papá, en este momento nadie se fija en nosotros, dame un beso de cumpleaños». Me objetaste con solemnidad, elegancia y mirada altiva: «Mira, hijo mío, eso son cosas de hembras, los hombres no se besuquean». No te percatabas de que aún era un chiquillo y que el anhelo de mi vida hubiera sido un beso de mi papá. Me fraguaste al crisol, como el oro. No te apasionaba formarme con ademanes poco hombrunos. Apetecías forjarme como un varón y era tu diminuto vástago. Únicamente engendraste un desnudo retoño y no te ubicabas inclinado a consentir que flaqueara en la caballerosidad de bien, que habías proyectado en mí. Jamás me solicitaste carta blanca para preparar a tu primogénito como líder. Un vencedor nato, como dijo nuestro amigo el cura.

No eras muy amigo de los clérigos, como exquisito republicano. En el ocaso de tu existencia requeriste al sacerdote de tu confianza; aceptaste la absolución y, del mismo modo, los santos óleos. Sollozando, me revelaste: «Soy indigno de tanta felicidad. No merezco permanecer entre los designados. Mi existencia ha estado inflada de tropiezos, de cariños denegados». Tenías tanto corazón que tu tránsito al Cielo aconteció mientras te visitaba un pariente tuyo quien, por tu mal talante, se había enojado contigo. Éste se presentó en el Hospital Virgen del Rocío de Sevilla, te proporcionó una caricia y puso su mano en tu frente. Yaciste de pura satisfacción, sentías en tu alma la indulgencia del ofendido, aquello no fue una muerte, fue un tránsito lleno de gozo. El funeral fue muy sencillo. No deseabas que se organizara mucho alboroto, querías ir a la presencia de Dios desnudo, cubierto con un sudario blanco y limpio. Apetecías la sobriedad. Papá, ya ves los giros que da la vida; concelebraron tu funeral, de cuerpo presente, tres sacerdotes, entre los que estaba también nuestro amigo. El entierro fue un auténtico duelo, ya que muchos allegados e inseparables acudieron para despedirse de ti con lágrimas en los ojos. Yo no lloré. Necesitabas mi amor, no mis sollozos. Sentí, con profundo dolor, que nunca me hubieses dado un beso. Te besé en la frente y no puse sobre tu pecho ningún signo piadoso. Me solías decir que «la piedad se lleva dentro del corazón»

Te comenté un día que pensaba invitar a tomar un pisco con tres compañeras del colegio. Me miraste con asombro. Cavilaste que principiaba a ser un hombre adulto. Mamá fue entrañable y cariñosa con mis amigas. Tú desapareciste: eran cosas de pequeñuelos que no te interesaban. Lo pasé de bien en mejor. Una de ellas, rubia y alta, muy agraciada, era la que más estilo ostentaba y la que alentaba la velada; las otras dos, más tranquilas, también compartían el agasajo. La menos esbelta tenía un gran corazón: era sentimental y apacible, se emocionaba ante cualquier fábula graciosa, poseía una sonrisa candorosa. La otra era morena y poseía una gran ecuanimidad; era una auténtica belleza.

Papá, no tienes muchos amigotes y los que mantienes son como hermanos. Pocos, pero muy selectos. Acostumbras a persuadirlos para que se reúnan en nuestro hogar para almorzar y mamá, dadivosa, afable y rellena de ternura, dispone todo lo preciso para la recepción.

No hace mucho vino una antigua compañera tuya de estudios. Licenciada en Derecho por la Universidad de Sevilla. Delgada, alta, de rasgos pronunciados y de mirada triste. Su sonrisa mostraba una cierta insatisfacción, no tenía armonía espiritual. Era muy amiga de sus amigos, subsistía fiel con los que calificaba como genuinos. Mientras la infusión y el coloquio, mamá seguía con sus quehaceres para que vosotros hablarais de vuestras cosas. Yo me proponía hojear «El Guerrero del Antifaz», pero me seducía especular sobre vuestro diálogo. Poseía una curiosidad morbosa por percibir la privacidad de una mujer tan interesante y tan peculiar. Fue narrando su vida y la atendías con solicitud, sin perturbarte y con una amable expresión en tus labios. Yo curioseaba sigilosamente. Era una mujer llena de dificultades personales, hogareñas y profesionales. Se casó y tuvo cuatro hijas. Se desunió y su segundo esposo le proporcionó cinco herederos. Se volvió a separar, con la lógica herida para los hijos pequeños: uno de ellos contrajo una dolencia mental, fue reconocido por un psiquiatra. Su segundo marido estaba siempre ebrio. Tu amiga ahora vivía sola en una casa que heredó de su familia. En lo profesional no estaba contenta, ya que en la Facultad donde daba sus disciplinas le otorgaron otro destino por su fama: impartir cursos monográficos en distintos Estados asiáticos. Era una misión agotadora. Pasaba la mitad del mes en alguno de los países que contrataban los cursos. En un determinado momento te expresó: «La pesadumbre será mi compañera en tanto que viva», y tú le glosaste: «Estoy de acuerdo con lo que me dices, pero no olvides que esa pena, compartida con Dios, será más digerible y gozosa».

Ganaba mucho dinero pero no se sentía dichosa. Disfrutaba, como legataria de sus progenitores, de un considerable patrimonio.

Tenía buenas entretelas, pero subsistía henchida de aflicción, ya que ignoró el amor. Te señaló: «Vislumbro que no poseo confianza en mí misma cuando tomo decisiones, titubeo siempre y cuando impongo alguna cordura, obro con firmeza pero sin conocer si es provechoso o nocivo lo que ejecuto o lo que formulo. Pero, contra todas las opiniones, sigo inmóvil en la solución que he asido. Cavilo, en mi melancolía taciturna, lo que han contribuido los demás, me persuado de que es beneficioso, lo forjo como mío y con idéntico ímpetu intento aplicar lo que antes no aprobaba». Me llenó de congoja saber que existía una mujer desdichada, mohína, sin ningún horizonte vital que le colmara las entrañas. Vivía en el desamparo y la congoja de quien no cree en nada. Dijo que era atea. Quería mejorar: «Abandonaré alguno de mis trajines, me entregaré con esplendidez a mis nueve hijos». De forma habitual, sus dos desposados consienten que los acoja. Consigue trasladarlos a su finca y regocijarse, todos unidos, un fin de semana. Concluí que tenías una amiga muy desamparada, henchida de nostalgia y de pesadumbre, con ansias de enamorarse y percatándose incapaz de proporcionar cariño, sin descubrir el valor trascendental de esos desasosiegos por querer bien. Experimenté piedad y conmiseración. Me despedí de ella con mucho cariño. Me sonrió con afecto.

Un atardecer me referiste que habías asistido a las exequias de otro gran entrañable amigo tuyo. El templo estaba hasta los topes. Muchos pésames y profusos saludos. En tanto, permaneciste inmóvil, aturdido y añorando los divertidos momentos que habías pasado con él. Me comentaste: «Nacho, hijo mío, el paso por este mundo es efímero. Debes vivirlo con pasión, con intensidad. Es trascendental que realicemos algo por la colectividad, que acometamos empresas que enriquezcan la sociedad y alegren y hagan más liviana la vida de los demás. Fundaré una asociación que sostendrá como finalidad EL DESARROLLO DE LA CONCORDIA ENTRE LOS MORTALES». Me inundé de júbilo al advertirte optimista y por la impávida determinación precisada y afligido por la privación de uno de tus predilectos amigos.

Al amanecer tornaré para acompañarte, tú permanecerás anhelándome. Volveremos a conversar de tantas cosas y admitiré tu patrocinio, hálito e ímpetu. Cortaré los matojos que crecen alrededor de tu morfología inerte, los llevaré a casa para colocarlos en un florero con líquido para percibir de ti el aliento que vivirá enlazado conmigo. También depositaré unos claveles rojos en lo alto del sepulcro para que arribe su fragancia cerca ti. Al amanecer te contemplaré, en mi imaginación, de buen humor y dichoso, enjuto, altivo pero colmado de una genuina sencillez, que nos conduce a considerar el barro con el que estamos hechos. ¡Qué bien estoy contigo, papá!

Con tu diminuto automóvil me llevaste a casa de uno de mis compañeros del colegio. Era el santo de uno de sus hermanos. Merendamos, se trabó un diálogo muy sincero y divertido. Contemplaba a la hermana pequeña de mi colega, muy afanada con los preparativos, y sentí una hinchada excitación. Me acordé de ti y de lo cándido y hermoso de la existencia. Nuestras sagacidades se descubrieron durante un dilatado instante, obró como una luminaria deslumbrante que invadió mis entretelas. Uno de los críos, presente en el agasajo, nos refirió que su mamá estaba enferma. Yacía con abatimientos desde que expiró su cónyuge; anhelaba fenecer. Una de las chiquillas dijo que estaba muy triste. Nos interesamos por la causa y aseveró que sus progenitores se habían separado y que no le apetecía residir con ninguno de los dos. Visitaba con asiduidad a su papá y más a menudo a su mamá. Optó por afincarse con su abuela materna. La mimaba, conversaba con ella, jugaba a las cartas, al chamelo y al ajedrez. Moraba en una finca y disponía de todo lo que alcanzaría apetecer, pero no era feliz.

Papá, la muchacha que habitaba con su abuela me acongojó. Me interpelaba por el origen de la separación matrimonial. ¡Tú jamás te hubieras desunido de mamá! Reflexioné: si precisara tomar una de-

terminación, seguiría el paradigma del compañero del liceo. Existir sin amor es muy angustioso. Él, al menos, percibía el cariño de su abuela.

En una de sus visitas nuestro amigo el cura te dijo que permanecía muy desamparado en la vida y tú, católico —no obstante, poco fiel— y republicano, le advertiste con prócer discernimiento: «Usted no precisa aprender a vivir con la soledad, ya que en todo momento usted coexiste como Ministro de Dios en la tierra». Opino que esa aserción procedió por una sublime y enaltecida iluminación. Cuando partió, me dijiste que le tenías celos ya que el sacerdocio es lo más excelso de este mundo. No practicabas la religión, pero tu fe era grande y, en tu corazón, albergabas un fuerte sentimiento cristiano.

Se hallaba mamá en el jardín; ella asumía el riego de las plantas y de las flores. Le sonsaqué a mamá si te amaba. Ella me estrujó y colmó de besuqueos. Persistí con mi interrogatorio. Precisaba percibir, de mi propia mamá, si te quería. Me corroboró que te adoraba tanto que sería capaz de perder su vida antes de perderte a ti. Te amaba con frenesí. Adoraba hasta tus errores. Me descubrió: «Mira, Nacho, papá es el ser más maravilloso que existe en la tierra. Tiene un gran corazón creado por Dios para amar. Es elegante, jovial, alegre, generoso y un hombre de bien». Qué alegría me dio mamá. Pensé en la niña que vivía con su abuela y que no tenía el cariño de sus papás. Yo sí lo tenía.

Pero me llegó mi angustia. Inicé mi orfandad, me trasladé para hospedarme con la hermana de mamá y con tu contrario político, el franquista. ¡Cuánta congoja tuve que sobrellevar hasta que logré emanciparme! Heredé una moderada riqueza, que los tíos tutelaban. Asumieron que recibiera una óptima educación y me instruí en lo que tú, en el catre del padecimiento, les indicaste. Tenía que ser «el mejor vendedor del mundo».

No concebía que los compañeros del colegio no anhelaran estudiar lo mismo que sus papás, ni entregarse a idéntica faena. Yo deseaba ser como tú. Seguir tus huellas y conseguir ser un triunfador.

A la sazón me ha acaecido algo que me ha alucinado. Permanecía reunido, en un sugestivo coloquio, con dos compañeras y otro amigo de clase. El debate estaba motivado porque el chaval había decidido no prestar sus apuntes de clase a las chicas. Aprecié todo lo opuesto a lo que de forma invariable me instruiste: una postura mezquina y un descomunal desprecio hacia los demás. Lo persuadí para que facilitara una copia de sus anotaciones. Me acordé de tus palabras: «Considera, hijo mío, que una postura egocéntrica y con ausencia de altruismo hacia tus semejantes engendra aflicción. La esplendidez sin limitaciones, disponiéndote para asistir a todos los mortales, te proporcionará una deleite tan magno que no precisarás de ninguna entelequia de este mundo. No lo margines, Nacho, depositate con esplendidez en los demás, debes ser magnánimo».

Yo aspiraba a ser como tú. Todo cuanto en ti duraba era perfecto, salvo en los menudos y alejados cariños vedados. Te acordarás de aquel día grandioso. Llegó el propietario de la exportadora de tapicerías persas. Mamá lustró nuestra casa y elaboró una comida adecuada para agasajar al comensal. Yo me ubicaba espectador y diligente para instruirme con todo lo que consiguiera de vuestro careo. Te alabó por los lucimientos profesionales, por las acuerdos que habías logrado. Manifestó: «Me hallo aquí para elogiarte por haber logrado el liderazgo en el elenco de transacciones de mercancías persas en España». Bromeó al hilo y aseveró: «Concibo que las haciendas de Sevilla son un buen alfondegueo, has alcanzado plagar, con magnificencia, ese hueco de oportunidades de comercialización».

Un día me hablaste sobre el pecado: «Atiende, hijo mío; la caída, al mismo tiempo que es una afrenta al Creador, es, asimismo, una injuria a los demás. El pecado deprava el corazón y lo satura de tormento, de congoja y de una honda desolación». Aquellas palabras ahondaron dentro de mí. Hice la imperturbable determinación de no desmayar y luchar para ganar el pináculo de la última etapa que me tenías forjado.

Te vino a ver nuestro amigo el sacerdote, y te comunicó que su hermano había muerto por un accidente automovilístico: «Moralmente estoy persuadido de que se halla disfrutando de la Visión Beatífica». Nos convocó a las exequias; me brindaste la fortuna de que te siguiera. Concelebraron cinco sacerdotes. La iglesia estaba llena de gente. Era un hombre muy querido. Me conmovió el aplomo con que nuestro querido amigo afrontó el sermón: «Mi hermano no ha muerto; vive. Permanece gozando de la gloria del Creador. Procedió con ejemplaridad durante su inviolada existencia, jamás se agravió, era virtuoso, desprendido y esmerado con los demás. Duele su pérdida, pero debemos estar, dentro de la aflicción de perder a un ser tan estimado, muy jubilosos, puesto que ha logrado la última meta a la que todos estamos destinados: contemplar el semblante de Dios». Yo salí de allí dispuesto a combatir para alcanzar los hitos que me habías señalado y, como meta final, llegar al Cielo.

He retenido en mi memoria lo que le dijiste al pusilánime y quebradizo compañero de trabajo —aquel que llevaba las ventas de Almería y que tanto se amedrentaba por todo y por nada—: «El mejor vendedor no nace; se hace. Lo significativo es el hábito de mejoramiento, domar las trabas que se asomen. Debes ser aguerrido y destruir el hombre viejo que llevas dentro de ti, y dar rienda suelta al hombre nuevo que nace en tu interior. Persiste en la brega y vencerás».

Acabaste la licenciatura con extremadas contrariedades. Los ahorros que acumulabas estaban concebidos por ti para que yo pudiera llegar en la vida lo más alto posible. Valorabas como substancial una excelente y sólida formación para poder triunfar en la vida profesional y personal.

Me acuerdo con emoción de tu gesta al servicio de la Patria a través de tu alistamiento en el ejército. Uno de tus camaradas prorrogó la ocupación militar e ingresó en la Legión. Por teléfono te anunció que se encontraba en Sevilla y que quería saludarte. Arribó al hogar; tú, de anfitrión, y mamá, afable y generosa, dispuso las viandas al es-

tilo campestre. Relató historias de la Legión. De entre ellas, hubo tres que me impresionaron: una noche, después de cenar, formaban para arriar la bandera y entonar uno de los famosos cánticos de la Legión. Algunos soldados se encontraban ebrios. Asimismo te refirió que cada batallón tenía un carnero al que lesionaban con todo tipo de barbaries, desde emborracharle hasta vapulearle. En cierta ocasión uno de los legionarios aporreó al animal y no pasó nada, pero luego, cuando estaban en formación, el carnero se lanzó hacia él y lo arrojó a un charco. Con sarcasmo, aseveraba tu camarada: «Estos rumiantes intuyen tanto como los taxativos legionarios. Entre cientos, reconoció al que le había apaleado».

Un sábado vino a casa un viejo compañero tuyo. La verdad es que él te quería a ti más que tú a él. Me alegró el espíritu tan optimista con que afrontaba su jubilación. Estaba deseando llevar a cabo todas las cosas que el trabajo cotidiano le había impedido realizar durante tantos años de vida laboral. Pensaba constituir una asociación sin afán de lucro para servir a los demás y, de modo especial, a los más débiles y desamparados, desde el punto de vista económico. Se trataría de una fundación, auspiciada por distintas compañías, que se aplicaría, entre otras finalidades, a ayudar a los alumnos a que pudieran costear sus estudios. Asimismo publicaría la tesis doctoral de los mocetones que acreditaran una palmaria y axiomática inclinación pedagógica y lucidez investigadora para cumplir esa actividad. «¡Qué insignes amigos conservas, papá!». Ambicionaba jubilarse para servir más plenamente a los demás. Ésa ha sido su trayectoria. Me evocó a ti cuando me revelaste que, asimismo, estarías dispuesto a organizar algo similar, con un señero propósito: «AYUDAR A QUE LOS HOMBRES PERCIBAN SU BONANZA».

Un día me llevaste al cine. Yo te pedí que viéramos una película para mayores, pues ya tenía doce años. Nos presentamos en la callejuela del Albero; lindante se localizaba un cine muy popular. Nos fijamos en los rótulos que indicaban la película titulada *Locura de*

amor. Hipé en múltiples trances, tú me alentabas para que no sollozara. Las inacabables dos horas que duró el celuloide permanecí filosofando sobre ti. Mi delirante imaginación te introducía como el protagonista de la película. Tu corazón es capaz de amar hasta lo proscrito. Tomé la resolución de no seguirte en los cariños prohibidos. En lo restante quedarías como mi mentor y guía.

Un día me presenté en casa sollozando. Sangraban las tramillas de mi puño derecho. Había sido humillado por otro chaval. Ambicionando ser valiente y vigoroso como tú, intenté darle un puñetazo tan fuerte que retrajo la testa y machaqué el tabique. Lloriqueaba no por la molestia, ya que chorreaba sangre mi mano, sino por amargura: había sido derrotado y abatido. No logré estar a tu altura. Me sugirió, ante mi desazón: «Mira, Nacho, en nuestra peregrinación hay que saber perder para poder ganar. Una afrenta no es funesta, esculpe tu carácter y refuerza tu bravura. Has incurrido en un desliz al procurar utilizar la violencia contra tu compañero. La violencia jamás se debe asumir para subyugar al adversario, si la empleas serás aniquilado aunque domines el primer combate. Lo que atañe no es triunfar en un irrisorio combate, lo trascendental reside en ganar la conflagración, alcanzar la meta final». Me dejaste calmado, plácido y con una enorme armonía dentro de mi corazón, desgarrado por la rabia y dolorido por el golpe.

Otro de tus amigos te invitó un día a almorzar. Fuimos los tres: mamá, tú y yo. Tu colega tenía una finca enorme. Para poder moverse por ella era ineluctable disponer de un vehículo todo terreno. Nos enseñó parte de su latifundio y las estancias que había edificado para sus nueve hijos. Tu amigo murió al poco de nuestra visita a su casa. Me llamó entonces la atención que una de sus hijas y su marido no se alojaran en el cortijo, sino en un hotel. Te propuse pasear entre las arboledas. Siempre que te inquiría sobre algo trascendente caminábamos por el campo para que nada ni nadie nos molestara. No concebía esa situación y te pregunté por ella. La respuesta fue, como

siempre, radical y enriquecedora, harta de magnitud: «La hija del amigo de papá no está casada por la Iglesia. Su progenitor, coherente con sus creencias, no tolera que dormite bajo la propia cubierta su unigénita concubina. Puede parecer muy cruel en ocasiones como ésta, pero muchas veces se debe actuar contra corriente si se es coherente con los principios o las convicciones personales».

A la vuelta de unas cortas vacaciones pasamos por un pueblo en que vivía un amigo tuyo. Le hicimos una visita que le alegró mucho, pero nos encontramos con la sorpresa de que estaba muy enfermo. Te pidió la mano, y la aferró con fuerza. Te aseguró: «Me estoy muriendo, pero mi familia no lo cree. Mañana quieren llevarme al policlínico para que me vea el médico. Padezco de cáncer de próstata. Dilo, por favor, que a ti te creerán. Me muero, me convoca el sueño eterno». Llegamos a Sevilla. Pasaron unos días y te volviste a interesar por su salud. Cuando llamaste, te dijeron que el mismo día de nuestra visita, por la noche, había fallecido. Aquello dejó una estela honda en el interior de mi alma. Me confortaste, animándome: «No te inquietes, Nacho, reposaba de bien en mejor, presto para el tránsito al Cielo. Acaricié el postrer viático y el perdón. Está muy cerca de Dios».

Anhelaba con ardor quedar contigo. Coloco en lo alto del hipogeo claveles rojos para que impetuosa arribe la esencia a tu semblante. Escindí las rozas que abrazan la cárcava y las llevé a la casa. Las deposité en un florero con agua para que se afincara, inherente a mí, una sombra de ti. Reflexioné sobre mi destino. Desamparado, recogido en la más irrefutable pesadumbre y en la elipsis más insondable y enigmática. Asilado por una tía que me aguantaba, con algún afecto, y su esposo, el franquista hostil tuyo por desacuerdos políticos. En la soledad del silencio permanecía ufano, puesto que te hallabas conmigo. Yacía en una melancolía custodiada y un mutismo preñado de cantos. Estando henchido de gozo, avizorando el semblante de la

Divina Majestad, enlazado con mamá, me envuelve tu compañía. Percibo tu corazón palpitar de amor hacia tu hijo.

Para fortificar mi arrojo, me pusiste a prueba en dos ocasiones. La primera me dejaste que vendiera una alfombra a una familia numerosa que tenía nada menos que diez hijos. Me llevaste a la finca. Por la pista, mientras conducías el automóvil pequeño, me endosabas tus conocimientos para hacer de tu unigénito el más conspicuo mercader del mundo. Comercializaría en solitario la tapicería a esa familia. Fue una iniciación magnífica: «No pretendas mercadear con los progenitores, trajínate a los de tu edad. No percibas que te están atendiendo las personas mayores. Tienes que poseer la seguridad de que vales para persuadir, convenciendo a través de la seducción. Te comprometes a regular el albedrío de los diminutos de tu tiempo para que ratifiquen la adquisición. Una vez lograda esta primera meta, la transacción ya reposa ultimada, los familiares lucrarán la alfombra por la presión de sus benjamines». Fue un triunfo, algo fantástico. Compraron la mercancía no por mis atributos de mercader sino por el denuedo y empeño que advirtieron en mí y por una parca conmiseración ante mi ahínco voluntarioso.

La segunda prueba de fuego acaeció en la Feria de abril. Aparte de las Amazonas montadas sobre elegantes corceles, el vino exquisito y las bambalinas, se efectuó una competición pirotécnica, de bengalas libres por los atajillos de la feria. Me adjudicaste un cohete de giras, avivaste la chispa, atrancaste la puerta y me dejaste a mi malandanza. Lo arrojé como supe, con mis apurados bríos. Lo acopió un perro viejo en resplandores de artificio y me lo retornó. Me agarre al portón sollozando; el cohete deambulaba a la redonda. Tú, fornido y valentón, aseguraste la contrapuerta hasta que se achicó el muy endiablado buscapies. Al avisparte tras el postigo, tenía la sensación de que regresaba de las mismísimas calderas de Pedro Botero.

En el liceo unos íntimos me exhibieron un preservativo. Tuve turbación, no alcanzaba a preguntarle nada a mamá. Tú, papá, po-

seías toda mi confianza ante situaciones como ésta, tan delicada. Exterioricé mi desengaño ante los demás que anhelan taponar las orígenes de la vida y me reconociste con distinción y enalteciendo el punto de mira: «Nacho, el mundo se está materializando y mendiga el deleite con un incontenente afán hedonista. Las personas, al obstaculizar la existencia a un latente preexistir, ansiado por el Creador, se ubican pervirtiendo su misma existencia y quedan zahiriendo al Señor. Rehusar la existencia de un ser innato es un parricidio. Tú no tienes más hermanos porque mamá, acto seguido de tu alumbramiento, sufrió una intervención terapéutica por una hemorragia interna. Hijo mío, no andamos como propietarios de la vida de los demás, jamás de los innatos y ni de los que aún no han sido engendrados. Los mortales nos comprometemos a ser medios en las manos del Dios de la vida y colaborar con Él a través de la procreación. Nacho, cuando seas mayor, jamás obstruyas las fuentes de la vida. Los descendientes son una genuina dádiva, son un querer del Altísimo».

Acariciaba once primaveras y escasos meses cuando mamá, tras un infarto cerebral, nos dejó y corrió al encuentro con el Salvador. Yo hipaba agriamente. Tú me confortabas. A mamá la adoraba en lo más hondo de mi alma. A ti te reamaba por tu caballerosidad, magnanimidad, talante humano y por tu excelsitud de ánimo. Acaso, el mío, yacía como un cariño ambicioso. Me alentaste: «Mira, Nacho, tú en todo momento has exclamado que mamá transcurría como una santa, yo asimismo permanezco persuadido de ello. No debes lagrimear». Al mismo tiempo que hablabas, se deslizaron dos grandes lagrimones por tus mejillas. «Mamá ya reposa en la Morada Celestial. Ella ahora es dichosa, el descomunal sufrimiento por su privación conviene trocarlo en un formidable sosiego, gozo y placidez. Debemos estar contentos, puesto que ya reposa inherente al Creador». Tus locuciones tranquilizaron mi alma. Sin embargo, tu corazón, constituido para seducir con pasión lo sublime y lo valioso, no logró soportar el salvaje golpe admitido y una mañana, sin perturbar, entre tanto leías junto a la fo-

gata de la chimenea, con la locución quebrada por una punzada en tu rumboso corazón, articulaste mi nombre: «¡Nacho, Nacho!». Tu tránsito a la Gloria fue tan vertiginoso que no logré reaccionar. Te amaba tanto que no lograba admitir aquella realidad. «¡Estoy soñando!», me advertía a mí mismo. Sin embargo, yacía en una evidencia y no en una quimera. Me encaré con Nuestro Señor y le expuse, con todo el ímpetu de un corazón agitado de un impúber desamparado: «Dios mío, te concedo mi indigente vida, pero se la restituyes a papá, que es excelente y vale mucho, yo no poseo ninguna cualidad, no valgo nada». Zarpaste de manera definida de este mundo, pero subsistes dentro de mi corazón, anegado por la congoja y el sufrimiento. Continuarás preexistiendo como mi adalid y mi guía en mi desdichada existencia. No hipé enfrente de tu cuerpo inerte. Me instruiste para ser bravío ante las terribles desazones. Ambicionaba sollozar pero no podía, una pujanza recóndita me inducía a no flaquear en un momento tan crucial de mi peregrinación. Me abandonaste en la más afligida soledad y en un penoso silencio. Me recogieron los parientes, con una mediana herencia que debían salvaguardar. A partir del mismo momento en el que me integré a sobrevivir en mi inesperado alojamiento, se entreabrió mi tormento. Me enclaustré dentro de mí mismo. Moraba en el entramado de tus erudiciones y persuasiones, que me estimulaban a batallar con arrojo y sin pánico a la negación ni a ningún ser efímero. Jamás a la hora suprema, puesto que, como me ilustraste, es Vida. «Mi fraterna la muerte me escoltaría hasta ti».

Evoco con añoranza mi Primera Comunión. Me ilustraron dos catequistas maduras que atañían a la distinguida hidalguía andaluza. Se ofició la Santa Misa en la Macarena, a la que tenías tanto fervor. Te revelé la enorme ilusión que me hacía la primera confesión con el cura amigo nuestro. Con la ingenuidad de un angelito te referí todo, inclusive la pena; radicaba en lograr de ti una confesión y que comulgara conmigo en esa jornada, tan conmovedora para mí. No te sentías diestro con los confesonarios y convocaste, con toda afabilidad,

con la simpatía que te distinguía, a echar un bocado un domingo a tu excelente leal clérigo. En la biblioteca, en el silencio y la soledad, le puntualizaste todas tus correrías y, de forma diferenciada, los cariños prohibidos, que yo trataría de no imitar. Aquél fue uno de los días más radiantes de mi vida. Permanecías gozoso y lucífero. Me abrazaste, sin proporcionarme el beso que tanto apetecía. Gozabas por haber consumado las conciliaciones con el Todopoderoso. El terno que adquirió mamá fue de marinero. Hubiera ansiado un uniforme de oficial, con innúmeros galones, para andar instruyendo las contiendas que atañería hostigar a lo luengo de mi peregrinación. Se presentó el magno amanecer y quisiste lo mejor para mí: le requeriste a uno de tus colegas que me llevara con su lujoso automóvil familiar. Tu vestimenta era la más egregia de todas. Varios anillos, tu bordón y los guantes. Parecía que fueras tú quien ibas a recibir la Primera Comunión. Te acomodaste a mi diestra, mamá se ubicó a mi siniestra. Para festejarlo nos acompañaste a uno de los mejores mesones de Sevilla, que se ubica frente a la afamada Torre del Oro, con una glorieta y un mirador a partir del cual se otea el brazo del río, que silueteaba nuestras efigies, y el paso calmoso del agua. Me hiciste la mejor de las dádivas. Mamá me besaba lucrando sus arrebatos maternos; tú, con honorabilidad, alzándome con tus membrudas extremidades, me diste un varonil pechugón de un papaíto a su diminuto retoño. Con qué sobriedad y distinción mimabas todo aquello que adorabas.

Una de las jornadas de coexistencia con los tíos sufrí la angustia de la displicencia y de la pesadumbre. Era el primogénito de su esquinado político. El vástago de un republicano. La tía me estimaba, ya que me hallaba como el heredero indiviso; huérfano de su consanguínea. Me cobijé en ti. Me trasladé a la necrópolis para avisparte. Coloqué en lo eminente de tu sepultura claveles rojos para que su aroma alcanzara veloz tu semblante e hilvanara tu cariñosa sonrisa. Las rozas se habían elevado por los aguaceros impetuosos. Con mis diminutas zarpas, delicadas y endebles, desgajé un ramillete que trajiné a la casa

para depositarlo en un jarro con agua. Un atisbo de ti perduraba próximo a mí. Con reiteración se repatrían en mi inteligencia aquellas locuciones, tan enriquecedoras y reconfortantes: «Nada ni nadie logrará desunirnos, ya que, después de esta vida, nos mantendremos ligados de continuo en el Paraíso. Nacho, ¿te acuerdas lo que aseveró la Santa de Ávila? «Cuán poco lo de acá y cuán mucho lo de allá». Asimismo aseguraba Teresona —como la citabas en el hogar— que el trance por este mundo es «como una mala noche en una mala posada». Diferentes son estas atractivas palabras: «Tan alta vida espero que muero porque no muero. Vivo sin vivir en Ti». Regresé a casa reconfortado.

Evoco la jornada en que te cumplió el regente de la institución crediticia donde atesorabas, guardada, tu fortuna. Te sugirió que vendría que admitieras su oferta de inversión. Aludió a distintas fórmulas. Poseías tanta expectación en el administrador de la entidad bancaria que le indicaste que podía colocar el capital a su antojo. Le exhortaste: «Cavila en que este talego es como si te atañera; te comprometes a especular este caudal como si fueras un padre con muchos hijos y escasos ingresos».

Uno de tus leales, de los que estimabas con fraternidad, te describió que iba a ser sometido a una intervención quirúrgica de corazón. Era su primera operación; experimentaba pavor, yacía aterrado. Te encontrabas con él cuando ingresaba en la antecámara de operaciones, tuviste la necesidad de llorar; tal vez nunca más lo vieras en la vida. Te alejaste: con Dios, hasta luego. «Nos reconoceremos en la Eternidad», reflexionaste. La operación quirúrgica fue un éxito, una caricia de Dios. Le amparaste durante horas, todas las jornadas. Aparte de las dolencias evidentes de una intervención, le cortejaba otro sufrimiento añadido: a su costado yacía un acompañante de habitación, franqueaba las noventa añadas de aguante y discurría con evidentes ausencias mentales. Estilaba reñir a todas las almas con las que se relacionaba. Los herederos que le cuidaban, permanecían ridiculizados.

Papá, mi coexistencia fue un itinerario hastiado de cuitas y jerigonzas. La tía me consideraba, aunque no me adoraba como mamá; el tío, tu rival político, me zahería. Consideré cobijarme en tus persuasiones. Me ejercité en la existencia con mi elipsis y nostalgia, inherente a ti y al Creador, con el que te ubicabas deleitando los emboques de melada. Soporté la acidez de la indolencia, descubriéndome, a mí mismo, en el completo destierro y ante un gran griterío silencioso.

¿Recuerdas, papá, el atardecer en que arribé del colegio todo ilusionado? Había alternado con dos pollitas, condiscípulas de aula, con las que me hallaba muy a gusto.

Intercambiábamos apuntes y zarpábamos de caminata al campo. Un día me insinuaste que las convocara para merendar en casa. Mamá, con la excelsa afabilidad de que era fiduciaria, elaboró unos deliciosos embrollitos con refrescos. Fue un exquisito tentempié. Rememorarás que te referí algún pormenor de cada una de ellas. Una era alta y elegante, agraciada y un poco mordaz, hechicera, de fuerte carácter y hábil con los trabajos que los educadores nos aconsejaban. La otra lozana poseía una expresión etérea, galana, distinguida, un poco bajita; su ingenuidad y ternura te sedujeron. Me esforzaré en imbuir dentro de sus almas y en sus voluntades las erudiciones que, con magnánimo denuedo, fraguaste en mi interioridad.

Los tíos, cuya relación era indolente y hartó inhumana, no adquirirían ropa para mí. Aprovechaba la que repudiaban los benjamines de sus amigotes. Estas circunstancias me atormentaban, vegetaba como un indigente. No conseguía resignarme con aquella desabrida condición. Me adiestraba profuso con ingente denuedo. Volví con saludables calificaciones en todas las asignaturas, prolíficas matrículas de honor. Tenía que concluir como tú anhelas: robusto, magnánimo, fornido y, sobre todo, un victorioso. Con un estudio comprometido, hondo e inexorable, lo conquistaría.

Nos visitó otro de tus incondicionales. Era como un consanguíneo, y mamá le asedió para que se quedara a cenar con nosotros. No

me agradaba su talante y menos que, a lo largo de la colación, ingiriera con ansiedad la bebida con la que mamá le lisonjeaba. Lo execrable fue el término de los opíparos manjares. A la hora de la infusión pidió una botella de licor. Tomó híbridas poncheras y poco faltó para que se embriagara. Deploré a tu amigote, aunque lo honraras como a un fraterno, una genuina e irrefutable displicencia. Tú me iniciaste a meter en cintura el albedrío, a ser enérgico y a aprender a despojarme hasta de lo indispensable. En cierta encrucijada me señalaste: «Nacho, hijo mío, en la supervivencia es forzoso robustecer el carácter con determinaciones enérgicas, aguerridas, un poco bravas y drásticas. Debes disfrutar del señorío sobre ti mismo y no consentirte ser manejado por las ligerezas. De forma concreta debes mantenerte enérgico en la probidad de la templanza. Un mortal ebrio malogra toda su solidez. Se desliza como un ente despreciable por los individuos que le ciñen».

Con alborozo y euforia me acuerdo del día en que me sugeriste congratular a uno de tus compradores que vivía en una alquería. Fue una tarde fascinante, harta de coloración. El cortijo permanecía pulcro; los vergeles repletos de flores, con unos surtidores graciosos de agua multicolor. Los corceles, de pura casta, correteando por el andurrial, ajustado para ellos. La ornamentación del cortijo era muy distinguida: moblajes antiguos y fastuosos lienzos. El refrigerio estuvo fantástico; quesos variados que correspondía ingerir con una neurasténica euritmia, con arreglo a su macidez; de los más flácidos a los sólidos. El coñac deleitaba el exquisito manjar. Te ubicabas radiante al avizorar mi fabulosa magnitud para enamorarme de lo afable y lo dotado de hermosura. Permanecías ahíto, ya que aprendía a existir gozando de las esencias saludables de la Creación; muy ufano, ya que admiraban tus primores la silueta de un victorioso, el que tú anhelabas para mí y que, con moderación, ibas diseñando. Al término del festín, apoltronados en torno al rescoldo, zampamos un caracolillo. El anfitrión nos lisonjeó con escogidos néctares. Culminó la reunión la proyección de una película en color. Fue maravilloso, papá, lo pasé de bien en mejor.

Papá, una condiscípula mía poseía un talante discordante en su conducta, ya que se carcajeaba y sollozaba al unísono; me turbaba. Reclamé una paráfrasis y me la proporcionaste: «Nacho, no olvides que a un alma no es sencillo percibirla, posee sus resplandeces y sus negruras, sus abatimientos y su benévola actitud anímica. En la peripecia de tu compañera, ante un lance cruento o sanguinario, hipa y sonríe a la vez. Reside risueña por confortar al alma objeto de una desdicha y, al mismo instante, lagrimea por la análoga penalidad. El ser humano es un enigma. Posee amores, zozobras y temores». Papá, salvaste mi espíritu de un abrumador desasosiego.

¿Te acuerdas de aquel vástago deforme? Nació con una incurable malformación física y padecía perturbaciones psíquicas. Me espanté y me fui trotando a tu pechugón para mendigar la respuesta al enorme sufrimiento de los progenitores y, asimismo, del impúber. Con una locución recia y compacta me alentaste para que comprendiera aquella amargura, expresándome: «Hijo mío, es complicado comprender que la Deidad tolere una realidad como la que hemos avizorado. Te revelaré que ese angelito es un erario para sus ascendientes; poseen la contingencia de donarse a un oriundo inerme. No es una punición de Dios, es una caricia divina a esa estirpe para que sepa prodigarse, con esplendidez a su retoño discapacitado. El Todopoderoso les proporcionará las resistencias primarias para poder sobrellevar, con optimismo, ese infortunio, desde el atisbo efímero». Me inundé de armonía y cavilé que, cuando fuera mayor, si tuviera un hijo incapacitado, me hallaría competente para mimarlo y adorarle más que a cualesquiera de los restantes descendientes; me desvelaría, lo acariciaría y le dispensaría un trato preferencial.

Papá, ¡cuánto te saboreo! ¿Te acuerdas de un tentempié en casa de uno de tus amigos? Con once abriles, me experimentaba como un huésped ennoblecido. A continuación de la manducatoria, entre tanto ingeríamos la infusión, te señaló que permanecía inclinado a proporcionar a sus seis benjamines lo mejor de su existencia. Conti-

nuó aseverando que su infancia fue infernal e insufrible; su papá renunció a su mamá y a sus hijos. Cohabitó con otra mujer. Tu incondicional jamás conoció a su progenitor. Poseyó una insuficiente instrucción, ignoró lo que era un abrazo, una emoción o una caricia de su ascendiente. Abrigaba, en lo más hondo de su alma, un feroz desamparo paternal. No había asimilado de su papá a ser fuerte y a combatir ante las hostilidades, a levantarse en las caídas. De ningún modo disfrutó de una mano protectora que le sacase de sus irrisorios aprietos. Tú, papá, de continuo me ayudaste y me protegiste de mis nimias angustias. En un arrebató de esplendidez, inconfundible en los caballeros de magnánimo corazón de oro como el tuyo, le aseveraste: «Dilecto camarada, acá tienes a tu progenitor. A partir del día de hoy seré tu mentor, te alentará ante las congojas, te levantaré en tus desplomes y seré tu alivio. ¡Ya posees un padre en quien descansar y aprehender los ímpetus necesarios para poder educar, con reciedumbre, a tus cinco herederos!». A partir de aquella jornada sus entrevistas se sucedían con asiduidad. Con enorme júbilo me transmitías las instigaciones, la cordialidad y la adhesión que habías prodigado con tu apreciado inseparable, con el que esparcías tu paternidad.

Tu amigo el clérigo te aconsejó que nos acompañaras a mamá y a mí a Misa los domingos y festivos. Había tomado la Primera Comunión y era provechoso ser ejemplar. El presbítero desconocía que nos manteníamos muy cerca de Nuestro Señor. Admitiste su admonición. Todos los festivos acudíamos a la Santa Misa de las doce del mediodía en la Macarena. Yo, con enorme fervor y tras exhibir mi alma en el confesionario, tomaba a Cristo sacramentado. ¡Cuánta bonanza guarecía mi menudo corazón! Me afligía, cuando el sacerdote argüía que nos otorgáramos la conciliación, que tú dieras un beso a mamá pero a mí no. Tendías con solemnidad la mano y me estrechabas la mía, que oprimías con nervio. Ni siquiera en la casa de Dios lo graba arrebatár de tu corazón un beso.

¿Te acuerdas de una vez que llegaste tarde a cenar y algo bebido? Mamá, al avizorarte en un leve estado de embriaguez, no te elaboró la cena y se fue a dormir. Yo te guisé el bocado en el fogón y te amparé. Consumiste un huevo cocido y una manzana. Yo te convidé a un bombón que tenía escondido y tú, suspirando, lo tomaste. Permanecemos de velada un afectuoso lapso. No precisábamos dormir, no hipábamos dormirnos, sólo estar juntos charlando. Me narraste que habías ido a tomar unas copas con unos clientes. Mamá había sido muy ruda contigo esa noche. Con lágrimas en los fanales, me aseguraste: «Nacho, en este momento, por primera vez en mi existencia, he percibido dentro de mi alma y en lo más insondable de mi corazón la desesperanza de la melancolía y la aflicción del silencio, descorazonado y dolido por el desamor». Ahora comprendo tus amores prohibidos. Dentro de mi ingenuidad de bisoño, te manifesté, con locución impávida, simulándote: «Papá, yo me ubicaré perenne contigo para protegerte, no me iré de casa para asistirte. Demandas ternura, afecto y estímulo. Estás hecho para seducir y ser adorado». ¡Cuánto te amo, papá!

Acostumbrabas a no invitar a casa a tus clientes, pero una vez hiciste una excepción. Apareció un terrateniente, encariñado contigo, propietario de una casa de campo. Llenó de tapices todos sus fastuosos aposentos. Asimismo poseía latifundios rústicos, obras de arte e inmuebles por todos los chiribitiles pomposos de Sevilla. Era propietario también de un asilo para la tercera edad, dotado con todos los adelantos técnicos y hermosos jardines. Mamá, solícita a los pormenores. Si bien se trataba de un excelente usuario de tus tapices, no era amigo tuyo. Le ponderabas. En la velada, que fue aorable, me instruí sobre la edad provecta. Tu cliente, que te desplegaba una magna estima y consideración, quiso abrirte su ánimo. Puntualizó que en el asilo de ancianos se destapaban escenarios que causaban genuino pavor. Uno

de los ambientes era el siguiente: todas las almas añosas se alimentaban escrutando el horizonte a través de un regio mirador, atinándose la trasera unos a otros, como desconocidos. La comida acontecía en silencio. No subsistía ningún diálogo. La socarronería era la vulgar protagonista. Un corro ceñido de eruditos se segregaba del resto y chorreaba sobre porfías de moda. Del mismo modo te transmitía que los efímeros añosos, a lo luengo de los lapsos, conquistaban exiguas animadversiones y que se atormentaban la existencia: hoy por ti, mañana por mí. Aseveraba que dos mujeres doctas, con una licenciatura universitaria, porfiaron con pasión y casi llegaron a las manos. Otro de los longevos tuvo que ser operado por una insuficiencia vascular que le encolerizó el arranque: a cada cortesía proporcionaba una impertinencia. Andaba mohíno, se le había amortiguado la ternura. En total se hospedaban en el albergue unos sesenta longevos. Caballeros y señoras; algunos matrimonios. Descollaba una hembra intrépida, vehemente y de modales fanáticos. Era muy perspicaz. Cuando departía con alguna de las inquilinas, bregaba con hosquedad temas intrascendentes, se irritaba con las zarandajas. Al mismo tiempo que originaba agravio, lesionando a su interlocutora, ella penaba innúmero, ya que poseía un esplendoroso corazón, muy emotivo. También relató que un viejo octogenario ostentaba una probada perturbación senil y procuraba predominar y quedarse yerto por encima de los que le flanqueaban y ser el eje de interés. Padecía un individualismo tan recargado que su careo incomodaba. Era vasallo de los demás y pretendía ser prócer. Padecía mucho, causaba en los que le rondaban la aflicción del estoicismo y la pesadumbre. Por acabamiento, narró la jácara de una de las afincadas más congénitas: tan sólo emergía cuando acudía al figón, se rememoraba una holganza o se hilvanaba un celuloide. Languidecía aislada en su alcoba, abstraída con sus heterogéneos apegos. En vacío se embriagaba, juntada con su acerba tristeza y honda sordina. Al término de la plática le urdiste una lacónica elucidación sobre los variopintos lances: «Mira, cuando los

progenitores no son pródigos y taponan las fuentes de la existencia, no coadyuvando con la Deidad en la procreación, mueren desamparados en un asilo, repletos de congoja y de sufrimiento. No hallan el cariño de sus edecanes ni el afecto de sus legatarios, ya que fueron unos narcisos. Qué vidorria más acerba y qué congoja tan aguda, unos varones y unas hembras que han florecido dignos para seducir y, en el crepúsculo de sus albas en este terruño, se atinan desahuciados y sin esperanza, con un descomunal desdeño a la supervivencia. Se mantienen anhelando que el Salvador tenga conmisericordia y los arrastre a la ciudad eterna. Se habitúan a asegurar que reposan lapidando el trecho, y al mismo tiempo esperan su extinción. Han abandonado el aliento por existir, ya que han aniquilado el cariño, la donación a su prójimo. Han obrado desdeñosos y cohabitan con la aflicción de la melancolía, en una elipsis lúgubre. Para que retorne la bonanza a sus entrañas deberían aprehender zarpar de sí mismos, desdeñar los desvaríos, arrancar las heterogéneas excentricidades congénitas, excluir las jerigonzas y que progresen en la adoración al Omnipotente, asistiendo a los fraternos del universo. De esta forma se hallarán muy ufanos y culminarán su subsistencia en este orbe henchidos de júbilo y cordialidad». Cuánto me ilustré, papá.

Acabamos al anochecer. Dejaste que se afirmara tu corazón, urdido para querer, le aportaste consejos muy atinados para que los transmitiera a los regentes de su asilo. Todos añosos, dolientes, con alifafes y desabrigados por sus retoños. Enlutados y viudas repletas de ausencia y cedidas al olvido.

Reconozco, papá, que procedí con torpeza, ya que, durante unas cuantas arrancadas, no coloqué claveles rojos sobre tu sepulcro, cuando te acompañaba. Te torturé, fue un correctivo repleto de cariño, sin malquerencia. La tía me relató que, en una de tus correrías idílicas —que jamás remedaré— fecundaste un vástago, mi natural. Rehusaste reconocer a tu hijuelo, adorabas tanto a mamá que no apetecías su congoja. Te prendabas de lo provechoso y atrac-

tivo. Yo te perdono y exonero. Abrigué la curiosidad por no pecar de ignorancia sobre mi consanguíneo natural; habitaba en una quinta en los aldeaños de Sevilla. Hubiera urdido su adhesión, ya que circulaba tu raza por sus arterias. Le adoraría, si bien muriera en la aflicción del disimulo, con la incapacidad de poderle revelar que era mi hermano.

Te encontrabas inclinado a gastar palabras conmigo de manera confidencial. Relatarme lo que sostenías dentro de tu alma. Vagabundemos por la campiña. Amantes de parlotear mucho y contarnos prefijadas jocosidades me apuntaste, siempre distinguido y con locución notada: «Hijo mío, un dramaturgo castellano del Siglo de Oro declaró que “donde no hay amor, pon amor y sacarás amor”. El trato origina el amor. Cuando un mortal retiene cierto ahogo en el vínculo con su prójimo, el talante para rebasar el obstáculo reside en prodigar afecto, sin anhelar la calderilla de la egolatría. Cuando se procede con este estilo, siempre se percibe amor, en demasía. Nacho, qué magnífico es ser dichoso en la peregrinación, en los escasos intervalos de estadía en este terruño. Lo lograrás siempre que te dones a tu prójimo y te desdeñes a ti mismo. Otórgate con generosidad a los demás sin suspirar por el reconocimiento. Que sólo lo alcance nuestro Creador. Allí permanece el chiribitil de la placidez. No lo extravíes jamás, hijo mío. Lo reiteraba un autor anónimo: “cuanto más renuncias a tu propio yo, tanto mayor y verdadero es tu amor”».

Papá, mi vida con los agnados se consumaba de modo insufrible, atañían tediosas sus fijezas hacia mi indigente humanidad. Miraban al oriundo de un rajado infiel que, por ternura hacia su cónyuge, no exigió reconocer a su fruto natural. Tu delfín primogénito coexistía zaherido por ser el vástago de un republicano.

Al amanecer te acompañaré, ya te he condonado la punición con la que te escarmenté y colocaré, de nuevo, claveles rojos en lo encumbrado de tu hipogeo, sin agua para que arribe su fragancia y en-

vuelva tu semblante. Asimismo derivaré a la casa y colocaré en un jarro lleno de agua las rozas verdes que segaré y que proliferan más pujantes en torno a tu morfología. Al admirarlas en mi aposento, evocaré que algo de ti reside en el centro de mi corazón.

Una tarde de primavera nos fuimos a pasear por el campo, como tanto nos gustaba. Admirábamos los campos, las flores, el sol y el cielo, así como las cascadas de agua. Desahogaste otra de tus confidencias: «Nacho, te voy a referir cómo sinceré mi galanteo a mamá. Papá provenía de una estirpe más modesta que la de mamá, lo hartó como para no poseer prerrogativa para verla. Le redacté una carta de amor, me traslucí por escrito y con tinta escarlata. Mamá asintió a mi petición».

Te acordarás que no logré templar una risotada exuberante y nos mantuvimos ceñidos y riéndonos... ¡Tinta grana! Yo bufoneaba: «Aquello no era tinta roja, más bien tu sangre que ardía de amor por mamá».

Descubrí por fin tu amor prohibido. Se trataba de la cónyuge de un latifundista que vivía en una finca y a quien le habías vendido muchas alfombras y cortinas. La indómita beldad que raptó tu corazón te requería en su quinta para que le embalaras una flamante alfombra. Las conservaba apostadas en todos los rincones del cortijo, asimismo las pendía en las esquinas de su mansión. Ella no ambicionaba tu mercadería, suspiraba por ti. Tú, hecho para amar con pasión lo óptimo y dotado de hermosura, te dejaste seducir por sus señuelos. La vi: era muy atractiva, gallarda y de morfología esbelta. Alumbró ocho infantes; uno de ellos era mi consanguíneo, pero no conseguí identificarlo. Siempre te adoré y, después del develamiento, más aún. Te saboreo, ya que concebiste reelegir con acierto. Dominabas la conquista de lo valioso y bien parecido, no obstante yaciera proscrito. Jamás te seguiré por el atajo de las seducciones. Te amaba con tus lacras, que concebía como irrisorias lasitudes de un corazón de oro, concebido para galantear a la existencia, con enardecimiento.

Papá, ¡cuánto te has afanado! Bregabas sin tregua. Cavilabas sobre mí, por el porvenir de tu señero primogénito. Mamá anheló que adquirieras una casa con el caudal que tenías atesorado. Me hallaba en tus barbas. Con talante declamatorio y locución reposada, aseveraste: «Opino que es una insinuación atinada. Destinaremos los fondos a una vivienda en un buen sitio de Sevilla. La propiedad será de Nacho, y así la tendrá para cuando funde una familia y tenga estirpe, si la Deidad se la concede». Ofuscado, ante la ojeada lisonjera y un tanto inquisitoria de los dos, indiqué con un mohín fehaciente que aceptaba la dádiva. ¡Qué magnanimidad la tuya, papá! Urdiste mi destino universitario y la residencia en la cual viviría el resto de mi vida.

Mi coexistencia con los tíos yacía insufrible, preñada de desconsuelo en la soledad del silencio. En mis adentros sólo te escuchaba a ti; te mantenías como mi mentor. La consanguínea de mamá me sobrellevaba y su consorte, el franquista, me vejaba. Ante tanta animadversión me cobijé en mis primas, tres muchachitas chifladas de su lozano muñeco, su adolescente primo. Asimilé de ti el procurar ser zalamero con las entelequias que me cercaban, distinguido, amable, simpático, prudente, jovial y discreto. En un anochecer lóbrego, abatido por la abominación del pariente mecenas, me incliné hacia el ardor vedado. No respeté lo que cantidad de trances te había brindado: no seguirte en los cariños prohibidos. Estoy arrepentido y jubiloso al mismo tiempo. Con la más ingenua de mis primas, núbil, graciosa y de morfología esbelta, desparramé todo mi apasionamiento no por querencia, sino por escarmiento. Deseaba repararte de tanto ultraje. El tío franquista te ajaba y a mí me avasallaba. Procedí con sadismo. Te ruego me dispenses y me ciñas. Acudí a nuestro dilecto sacerdote, me confesé, me sinceré y quedé redimido.

¡Me acuerdo que, de ningún modo, te enfadabas con mamá! Siempre la honrabas. Alguna vez, por una descortesía os dijisteis algún epíteto. Contrariado, partías a trabajar. Luego, volvías casi de madrugada. Yo no lograba dormir, te aguardaba turbado. Apartando el visi-

llo de la ventana, entreveía tu inconfundible silueta. No caminabas: encadenabas una zanca con la otra, te tambaleabas; te encontrabas ebrio. Pero fueron contadas las ocasiones en que regresaste beodo a la casa. Me llenaba de aflicción al avizorar tu estado de dipsomanía. No me reconocías. Percibía un atisbo de indiferencia y una sonrisa burlona. Mi adalid, mi forjador, residía en otro espacio, irreal para mí. Papá, ¡cuánto padecía esas veces! No dormía hasta el amanecer. A la mañana siguiente, al evidenciar que las ilaciones con mamá permanecían parcas, te sugería irnos al campo. Te hallabas desconsolado. Yo relataba historietas para urdirte a estallar de risa. Pero no salías de tu íntima contrariedad. ¡Habías afrentado a mamá! Tu corazón magnánimo, engendrado para seducir con pasión, no sabía aguantar y con vivacidad un día me especificaste: «Nacho, soy ruin, un malévolo que ha vejado a mamá. La amo con delirio; hipo para que implores su perdón de mi parte. Que te encamines a la alcoba de mamá y consigas que me condone el agravio». Así lo concluí, mamá te exoneró. Os abrazasteis y colmasteis de besos. Permanecía radiante, ya que había recobrado lo que creía perdido. Subsistirías como siempre: distinguido, prócer, sincero, honrado y donado a los demás. Te hallabas preparado para desagraviar por la ofensa provocada. Fuimos juntos al teatro. Mamá eligió la obra y, cuando terminó la representación, nos desplazamos a la calle Sierpes y, en la más famosa cafetería, nos tomamos unos pasteles con vino dulce. Estaba muy contento, y el vino me mareó un poco. Era obligado festejar que mi papá, como el hijo pródigo, retornaba al adecuado sendero.

Un verano no pudimos salir de Sevilla. Me proporcionaste una enseñanza de original singularidad. Era la primera de las jornadas de sosiego, sin liceo ni tapices que trajinar. Mamá se sentía dichosa y muy afanada. Me aseguraste: «Nacho, estos asuetos serán los mejores de nuestra vida. Lo prodigioso consiste en cambiar de actividad; estar inactivo no es saludable. El holgazaneo es insolente. Mañana nos aprestaremos a introducir armonía en el jardín». Había estado aban-

donado todo el invierno, ya que no conseguíamos costear la retribución de un jardinero. Mamá se esforzó por disponernos el ropaje apropiado para una tarea que me seducía. Asimismo, ordenaba el hogar, cocinaba, acostumbraba a turbarnos con un toque excepcional, no usual por mi disciplinada asistencia al colegio y lo extenso de tu jornada laboral. Preparó a media mañana un ágape que nos restituyó los bríos para tornar a la tarea. ¡Qué bien lo pasé! A última hora, engalanados con distinción, dimos un paseo los tres por lugares que no habíamos frecuentado antes. Merendamos en una aldea y volvimos a casa al anochecer. Estabas expansivo, satisfecho y algo chispeante. Habías abandonado la compostura de siempre, tu altivez y tu distinción. Jamás te había avistado con el ropaje de un jardinero. Aparentabas un monigote. Siempre te ataviabas con originalidad para conmover a los usuarios de tus maravillosos tapices.

No llegaste a conocer mi colegio. Ni me llevabas ni me recogías de él. Eso siempre lo hacía mamá. Aseverabas: «Son deberes de las madres». Nunca asistías a las reuniones de padres.

Ya estabais juntos en el Paraíso, contemplando a Dios, y yo persistía con mis aprendizajes. Los parientes jamás me acompañaron al colegio. Me sentía desabrigado, en la más honda de mis angustias. Me acompañaba una de las dos primas mayores. La pequeña, a la que destiné toda la fogosidad de mi pasión por punición, no por cariño, jamás me acompañaba, le causaba turbación. Así transcurrían mis días, en un escenario inhumano y hostil. Me acordaba de ti y guerreaba para superarme, lucrar excelentes calificaciones y ser conspicuo en el liceo. No por soberbia, sino porque seguía obedeciendo un anhelo tuyo. No podía decepcionarte. Me sacrificaba hasta el agotamiento.

Disfrutarías desde el cielo con las óptimas calificaciones que entregaba a los tíos. Era habitual que obtuviera la calificación de sobresaliente o matrícula de honor. ¡Qué ufano te sentirías avistando,

desde la Morada Eterna, mi excelente conducta! Era lo predispuesto por ti y forjado por mí. Todo un triunfo. Tu holocausto ha valido la pena.

Se presentaron un día unos vizcondes muy distinguidos, circunspectos y con mohín de poco encariñados. Era un agasajo forzado y poco anhelado por ti. Todo lo que a ti te repugnaba, yo lo repudiaba. Me agazapé en el jardín. Tú, con la serenidad de siempre, me alentabas a que saludara a esos hidalgos que te hacían penar. Me expusiste: «Nacho, tu estilo no es digno de un hombre de bien. Aunque es una entrevista poco plácida, tú te obligas a estar con papá, mamá y esos próceres. En tu peregrinación te comprometes a quedar al cabo de la calle, ultimando posiciones indóciles. Compensa tolerar a las almas, excusarlas y estimarlas con sus lacras». Estuve en la velada con vosotros. De vez en cuando me retiraba para leer «El Guerrero del Antifaz».

¿Te acuerdas de tu hermana, la que tragaba tequilas sin freno? Residía sola en una finquita urbanizada en la cumbre de una colina. Nos encontrábamos con cierta periodicidad y se regocijaba. Siempre me tenía dispuesto un grácil agasajo. Cuando sufrió una embolia, arribó a nuestra morada: anhelaba morir junto a su hermano, y así fue. Fue puesta en la tumba donde yacía podrido su cónyuge. Yo no la amaba. Me besaba más que mamá, que renunció a darme besos para que tu hermana no me los diera. Apeataba a licor y me causaba tormento. Sus mimos eran el resultado de la regalía etílica y no del cariño.

Con magna alegría recuerdo los vasos de leche bien caliente que me acercabas a la cama. Un atardecer de otoño llovió en abundancia. Arribé a casa empapado. Mamá me mudó la ropilla y me acomodó cerca de la lumbre. Me agravé, empecé a trepidar y los temblores me metieron en el lecho. Continuó durante cuatro días el catarro, tenía calentura, pero fueron unos anocheceres perennes. Durante la jornada me guarecía mamá; me llevaba el desayuno, el almuerzo, un tentempié y la cena. El tazón de leche caliente con almíbar, luego de adormilarme, era de tu prerrogativa. No tolerabas que

nadie se quedara con nosotros en tanto ingería la taza de leche ardiendo. Me narrabas cosas de tu fajina, me relatabas fábulas, hasta un anochecer zapateaste para mí. Era muy dichoso. Deseaba con ardor tu retorno. Interpelaba a mamá si habías arribado, ansiaba estar contigo. Me donabas la armonía y bonanza que precisaba. Te referí que me punzaba mucho la testa. Me advertiste, con afecto y un atisbo cariñoso y solícito: «Hijo mío, eso que penas no es mortal. La existencia te causará sufrimientos mucho más sangrantes. No debes dejar de lado que, cuando surja el sufrimiento, debes sacar partido de esa eventualidad para hallarte jubiloso. Te lo impone Dios para acrisolarte y, por tanto, es valioso». Al poco tiempo, comenzó a remitir la fiebre.

Papá, siempre me has aliviado, pero en este lance de modo especial. Jamás desdeñaré tu insinuación. Afrontaré el sufrimiento con alacridad y con una sonrisa en los labios, lo sostendré con pericia. Entendí que la tortura engrandece el cariño cuando se brinda al Ser Supremo.

Compraste una motocicleta —y fue muy efímero su aguan-te—. Me vedaste con firmeza que la usara. Cuando no permanecías en la quinta, la aprehendía y escapaba para practicar la aptitud. Sufriste un revés; patinó la moto por el temporal y te precipitaste de cabeza en una hondonada. Nos llamaron y fui con mamá para calmarte. Te hallabas en casa de los tíos, a la que dijiste que te llevaran a recibir los primeros auxilios, para importunar al franquista, tu adversario político. Cuando arribamos te encontrabas atendido, con los raspazos limpios y un aspecto bastante digno. Te ceñí, y sollozando me advertiste: «Nacho, lo que te hallas avizorando lo requería para mí y no para ti. Ésa era la mera causa por la que no anhelaba que montaras en la moto». Tu magno corazón apetecía lo bellaco para ti y lo provechoso para los demás. Expedito te desasiste del carromato; me habías pillado utilizándola.

Me venías fortaleciendo en la virtud de la abnegación. Te mantenías pendiente de mis fragilidades para espolearme. Me fraguaste al

crisol tal como se sana el oro. Me alentabas con un afán dadivoso para con los demás. Aceptaba tu estímulo a guerrear y vencer en lo cotidiano. Continuabas enderezando en mí a un vencedor regio. Un atardecer, de los que nos valíamos para deshincharnos y referirnos nuestros desembuches, oreándonos por el ejido, cuajado de seguridad en ti mismo y como pretendiendo empapar mi alma de esa certeza, me manifestaste: «Nacho, la renuncia a las cosas materiales te izará el soplo de Dios y te hará sentir más liberado. Vivirás muy jubiloso. Andarás muy ufano, ya que la inmólación a los antojos privados conforta la bravura y aguijonea el alma. Serás un hombre orientado hacia el bien».

Procuraba ser tal y como me tenías esbozado. Mi corazón existía repleto de anhelo pero, a la vez, con un cierto azoramiento, al desconocer el atajo que me incumbiría transitar. Tú estabas seguro de mi triunfo y yo tenía miedo a decepcionarte. Recuerdo tus palabras de ánimo cuando te dije que me sentía incapaz de lograr el objetivo señalado por ti: «Hijo mío, es obvio que poseas esa intranquilidad, ya que el objetivo es muy prominente y el camino de hierro un tanto punzante y arduo. Lo más significativo para ser el conspicuo mercader del universo, aparte de programarte muy bien desde el punto de vista práctico, reside en poseer entereza interior, percibir un arranque que brote de lo más hondo de tu vivir, conducido hacia el triunfo. Te comprometes a fortificar la porfía, sorteando todo aquello que la atempere. Te comprometes a ensanchar las entretelas para interpretar mejor a todos los mortales que te flanqueen. Compensa revivir la magnanimidad; procurar con esplendidez sin apetecer recibir ninguna recompensa. El sobresaliente mercader del universo no brota, se crea. Tú, Nacho, estás marcado a ser ese adalid; un ganador congénito».

Se presentó uno de tus amigos más verdaderos. Ocupaba un cargo en el Ayuntamiento de Sevilla. Le habías vendido unas alfombras persas. Traslucía una aflicción insondable y una ingente tribulación.

Tenía algunos problemas en el trabajo: unos compañeros le impedían desempeñar bien su labor, envidiosos que lo criticaban. Esa aflicción taciturna y refugiada en su melancolía —no lograba exponer a nadie sus enigmas— le persuadía a evaluar la honda aflicción del *desaire*, de la indolencia de los demás. Ese buen amigote me causó padecimiento y me desoló. Me alentaste asegurándome: «Nacho, tú jamás serás como el amigo de papá. Florecerás con el regocijo de durar, con anhelos de vivir la vida con pasión. No tendrás pánico ni a la peregrinación ni a la hora suprema, ya que, tras de tu tránsito al Edén, nos encontraremos aguardándote Nuestro Señor, mamá y yo, y te recibiremos con un pechugón a prueba de bombas. Sé dichoso, conviene urdir una atractiva existencia a tus semejantes y tu bonanza yacerá imperecedera». Zarpó la congoja, allanaste la cruzada de mi optimismo y conseguiste un notable estímulo para combatir y no ser un mortal ahíto de nostalgia, angustia y amargura por la incuria de los demás. Existiré como tú, un caballero repleto de sosiego, esperanza y con ambiciones por revivir con pasión el efímero trecho de la existencia.

Un día tuve un despertar triste. Disfruté de un sueño feliz que no logró ser realidad. Soñé con el final del mundo: un inmenso cataclismo devastaba la vida y la tierra y el mar se entreveraban. Todo era un infinito océano sin rumbo por el que flotaban los despojos de una humanidad declinada y demolida. Yo estaba abrazado a un flotador. De golpe vislumbré la sombra de una pequeña barcaza. No era un espectro, venías tú a rescatarme. Con tu gran fortaleza, me montaste en la lancha. Me quitaste la ropa, que estaba empapada, y me abrigaste con tu gabán. Por primera vez saciabas mi ansiedad por tus besos. ¡Qué feliz me sentía! Al despertar, yo no admitía que lo que había soñado no fuera realidad. Me afligí y lloré con angustia. Fui corriendo a contarte el sueño, y me dijiste: «Nacho, es hermoso soñar cosas sublimes. Pero no debes olvidar jamás que los sueños, sueños son. La vida es más rica y placentera que los sueños. Lo importante no es soñar, sino combatir para conseguir esos anhelos. Debes comprometer-

te a luchar, esforzarte y sacrificarte para que tus aspiraciones, tus sueños, sean una realidad. No debes sucumbir nunca a la tentación del voluntarismo, debes reconocer siempre que detrás de tu esfuerzo está Dios, que es quien realmente te sostiene, te ilumina y te lanza al éxito. Tú sólo posees el mérito de pelear para vencer y de poner los medios humanos. Te pondré un ejemplo: mira, Goya fue un gran pintor, un genuino maestro. ¡Qué absurdo sería que los pinceles le hubieran protestado, por soberbia, declarándose los autores de sus obras maestras!». Con tus palabras, no obstante, experimentaba en lo íntimo que aquel sueño podría convertirse en realidad.

En la época en que vivía con los tíos, en alguna anochecida rezábamos el Santo Rosario. En un lance la tía, que siempre dirigía el rezo, ofreció un misterio por la redención de tu alma. Aquello me agradó, pero me quedé de piedra al ver que tu adversario político no rezó ese misterio y aguantó taciturno todo el tiempo. Aquello me pareció cobarde y lo aborrecí con toda mi alma. Deploré al bellaco franquista y experimenté hacia él un fuerte rechazo. Siempre que estaba el tío en la casa, yo urdía alguna coartada para no estar presente. Era fácil desaparecer. Por ejemplo, podía excusarme por la proximidad de unos exámenes o porque estuviera preparando un trabajo para el colegio.

Hoy necesité visitarte y narrar alguna de mis inquietudes. Como siempre, llevé claveles rojos que coloqué en lo alto de tu tumba y talé las hierbas de la primavera que crecían alrededor de tu cuerpo. Sabía que algo tuyo llegaba a mí. No le puse agua a los claveles para que llegara pronto el perfume cerca de ti y me sonrieras. Las hierbas las coloqué en un jarro de agua para tenerte más tiempo cerca de mí. Antes de iniciar el habitual diálogo, comencé a llorar. Eran gemidos que brotaban de lo más profundo de mi ser. Quería comenzar y no sabía cómo. La tristeza que embargaba mi alma por la indiferencia y el

desprecio de los tíos y, de modo especial, de tu enemigo político me lo impedían. Después de mi visceral desahogo, inicié el monólogo. Sabía que me escuchabas atentamente. Te necesitaba, deseaba, ardientemente, ir pronto contigo, estaba muy cansado de la situación en la que me encontraba. También narré avergonzado la venganza cruel contra el tío, tu malvado enemigo político. Mancillé su honor a través de un desahogo pasional, sin amor, con su hija más joven, mi prima. Estaba confuso, tenía que aprender a vivir en la soledad del silencio, pero con Dios, ya que no podía tenerte cerca de mí. Asumí la verdadera y cruel realidad: estaba destinado a vivir en la soledad del silencio.

Te retirabas, con cierta frecuencia, a un lugar solitario para encontrarte contigo mismo y contemplar tu propia existencia. Analizabas tu comportamiento. Después de examinar los éxitos y fracasos, hacías un propósito firme: rectificar lo torcido. Al final de tu laica reclusión, tomabas una invariable decisión: volver a comenzar. Ser un hombre de bien, sin fisuras. En un momento de sosiego quise investigar sobre esa soledad voluntaria, y tú me dijiste: «Nacho, hijo mío, el hombre está hecho para amar, y el mejor modo de lograr ese fin consiste en la soledad, en el encuentro con uno mismo. En la más profunda soledad y en el silencio más absoluto, encontré a Dios. Nacho, sentí la necesidad de crecer en la hombría de bien, en ser más útil a los demás y olvidarme de mis pequeñeces. Elevar mi corazón a lo trascendental». ¡Qué gran lección me diste, papá!

Deseo narrarte algo que no te hubiera manifestado cuando tú estabas conmigo. Ahora que te encuentras, como tú querías, contemplando el rostro de Dios, me atrevo. Busqué una oportunidad para poder visitar el cortijo donde vive mi hermano natural, tu propio hijo, tuve la oportunidad de estar a solas con tu amor prohibido. Ella sabía que yo era tu hijo. Yo tenía poco más de doce años; su mirada hacia mí estaba preñada de un auténtico cariño maternal. Lleno de la valentía y el coraje que había aprendido de ti, le pregunté lo que pasó entre vosotros dos. La miré a los ojos y pude comprobar que deseaba

narrarme lo sucedido. Comenzó diciéndome: «Perdóname, Nacho, he sido infiel a mi marido. Tu padre fue el hombre más extraordinario que he encontrado en mi vida. Teniéndole a él como único testigo, nos está escuchando desde el Cielo, puedo decirte todo lo bueno, generoso, abnegado, cariñoso, delicado, elegante y atractivo que fue. Un hombre de bien. Me enamoré de tu padre con locura. Era un amor imposible y una pasión prohibida. Qué gran corazón tenía: era de oro, noble y leal. Estaba casada y había parido el primero de mis hijos. Pero no pude ser valiente y fui atrapada por los apasionados brazos de tu padre. Mi marido, que también le estimaba mucho, nunca conoció nuestra relación sentimental. Ahora que está contemplando, como él solía decir, cara a cara a Dios, no tengo rubor en manifestarte que le amo más que antes, ya que el amor de ahora es verdadero, sin ninguna pasión carnal».

Tengo que reconocer, papá, que no tenías mal gusto, ya que era muy guapa, de cuerpo esbelto y ternura angelical. Sabías que la valentía y la fortaleza no son eficaces cuando la pasión arremete violentamente. Para vencer, lo mejor consiste en escapar, huir y ser un cobarde.

En cierta ocasión te referí que estaba enamorado de una chica que veraneaba en una de las haciendas que solías visitar para vender las piezas de tu catálogo. Con gran paciencia y una extraordinaria sabiduría me dijiste: «Nacho, si observas que está seduciendo tu corazón y no es algo pasajero, corta inmediatamente. Ella, al terminar su descanso veraniego, tornará a su lugar de residencia dejándote desolado y con el corazón destrozado. Apártate ahora; después te arrepentirás de no haber sabido cortar a tiempo». Obedecí: corté mis relaciones amistosas. Fui valiente y no la volví a ver. Dejé de asistir a las fiestas que organizaba, en su cortijo, con sus amigos. Sentí una profunda soledad y un silencio tormentoso que embargó mi corazón.

Experimenté una impetuosa necesidad que brotaba de lo más profundo de mi ser: deseaba conocer a mi hermano. Tu amante tenía

ocho hijos y para mí era muy difícil llevar a cabo el ansiado desvelamiento. Con motivo de un festival benéfico que se organizó en su cortijo, indagué el modo de estar presente en el evento. En la fiesta saqué fuerzas de flaqueza y saludé, con mucha delicadeza, a tu amor prohibido. Me trató con primoroso cariño y le propuse un pequeño chantaje: «Quiero conocer a mi hermano y le prometo que jamás delataré, a nadie, su identidad». Comprobó con una mirada sagaz y muy femenina, capaz de leer en los ojos, llena de compasión, que no mentía; leyó en el fondo de mi corazón que mi propuesta era sincera. Me dijo, llena de ternura: «Nacho, si te comprometes a mantener la confidencia, debe quedar entre nosotros dos, te diré cuál de mis hijos es tu hermano». Le dije que se lo prometía por lo que más queríamos los dos en este mundo, aunque ya estabas en el Cielo; «por mi padre». Me contestó llena de rubor: «Tu hermano es el tercero». Lo miré, tenía tu estilo, era elegante, digno, altivo, fuerte, con una mirada limpia y un corazón dispuesto al amor, como el tuyo. Me acerqué a él y, con una gran emoción interior, le dije que era un amigo de la familia. Se acordaba de ti, de cuando les visitabas para venderles alfombras. Hice el firme propósito de lograr su afecto. Todo quedaba en la intimidad de tu amante y yo. Llegué a querer a mi hermano natural, tu propio hijo, tanto como a ti. Se podría aseverar que habías reproducido, fielmente, tu propia semejanza. Siempre que podía —aunque pocas veces tuve esa oportunidad— estaba con él. Algo de ti encontraba en tu hijo, mi hermano, y sentía añoranza de nuestras largas conversaciones por el campo, contemplando el cielo azul, las flores silvestres y el sol radiante.

... Hoy nos ha visitado un compañero de estudios: un arquitecto joven, alegre y lleno de vitalidad, de una inteligencia privilegiada y con una limpia ambición por triunfar en la vida. Nos contó, detalladamente, su trabajo absorbente: además de trabajar en un estudio de arquitectura muy prestigioso, lleva la dirección y el diseño archi-

tectónico de varios proyectos a título personal. Tiene una mirada viva, llena de bondad, generosa y afable. Cuando se marchó, después de una agradable tertulia, me dijiste: «Hijo mío, el trabajo es una labor muy digna, realiza y enaltece al hombre, le proporciona los medios materiales para poder vivir dignamente. Por el contrario, cuando el quehacer profesional absorbe completamente, ya no es provechoso. El trabajo debe enriquecer al que lo realiza y permitirle ejecutar otras actividades nobles e importantes, como atender a la familia, practicar algún deporte, fomentar las amistades, el enriquecimiento cultural y un tiempo, necesario, para la contemplación, para poder encontrarse con uno mismo y con Dios. El trabajo bien hecho dignifica al hombre y le proporciona bienestar personal y genera riqueza para la sociedad. Nacho, cuando seas mayor debes tener presente que el triunfo profesional, aun siendo importante, no debe empobrecer tu vida personal».

Con perplejidad y melancolía recuerdo al malvado empresario que, cuando sobrevino tu óbito y, anteriormente, el de mamá, deseaba tener un protagonismo desorbitado. De forma permanente buscaba la manera de participar, farisaicamente, en los eventos correspondientes: el velatorio, el entierro o los funerales. Yo estaba contemplando amorosamente a mamá y, pocos meses después, a ti. El miserable egocéntrico sólo deseaba que me fijara en él. Que me percatara de que estaba presente. Percibí su presencia, sentí desprecio hacia él. Yo necesitaba estar dialogando contigo y no existían, en mi ánimo, atenciones corteses. Eran momentos íntimos que no podía compartir ni aventar. Eran instantes irrepetibles que no podía desperdiciar.

Me contaste una anécdota que produjo dentro de mi corazón vergüenza ajena. Reíamos mucho al narrar lo sucedido. Tu amigo, uno de los verdaderos, como un hermano, te ayudó cuando tenías el pequeño vehículo deteriorado. Por acompañarte y llevar en su coche, un todo terreno, las alfombras persas percibía una cantidad demasiado

voluminosa en relación al servicio que te prestaba. Un día te dijo: «Mira, no puedo dormir por las noches, considero que la cuantía que estoy atesorando es un abuso y siento remordimiento de conciencia. A partir de ahora iré contigo y no me reembolsaré cuantía alguna. No puedo proseguir con la intranquilidad de un lucro así». Nos daba compasión el poco talento de tu amigo. No valoraba el auxilio que te estaba prestando y extrapolaba lo que percibía por la asistencia que te estaba prestando. Tú, con una cierta ironía, me dijiste: «Nacho, este pobre hombre nunca será millonario».

¿Recuerdas? Mamá estaba alucinando; después del infarto cerebral, llamaba a su prima, que la odiaba y que no la visitó, ningún día, durante su postración en el lecho del dolor. La llamaba por su nombre. Quería verla, quizás para pedirle perdón por nada, por la posibilidad de que, en algún momento, la hubiera podido ofender. Mamá te precedió. Estará bien en el Cielo.

Papá, era tan magnánimo tu corazón que aceptabas la amistad de un evangelista. Le tenías un elevado afecto. Un día le dijiste: «No intentes convertirme a tu religión. Soy católico, apostólico y romano. Siendo verdadera mi religión, no la practico. ¿Cómo intentas aspirar a convencerme de que abandone mi fe y me convierta a la tuya, que es falsa?».

Unos meses después del óbito de mamá, cuando el cortejo fúnebre se dirigía al cementerio, para darte cristiana sepultura, se acercó tu amigo, el rebelde cristiano, y me dijo: «Qué gran padre has tenido, imítale en todo lo que puedas. Después de sus palabras, tan sinceras, claras y acertadas, tuve una gran lucha interior y, por fin, me convertí al catolicismo. Nacho, tienes un mentor al que seguir y un norte que te orientará en la vida que se te avecina». Me emocionó, papá, percatarme de que, después de tu tránsito al Cielo, seguías haciendo el bien: ¡habías convertido a un hermano separado!

Hoy deseo abrirte mi corazón. Los primeros días, después de tu salto al Paraíso, me encontré en una quietud absoluta, no lloré, per-

manecí totalmente encogido. No podía reaccionar. Había perdido lo que más quería en este mundo. No te podía recuperar. Me animó el recuerdo de aquellas palabras que me silbaste al oído: «Nacho, cuando me vaya al Cielo te estaré esperando y allí seguiremos juntos. La muerte nos separará durante un corto espacio de tiempo. Además, yo estaré siempre dentro de tu corazón. Te motivaré a seguir viviendo con alegría y con la esperanza de culminar un final feliz». Tuve que aprender a vivir en la sombra y en el vacío que dejaste al marcharte, de una forma tan inesperada, a la Eternidad.

Ya han pasado unos meses y necesito volver a estar contigo para dialogar en mi monólogo. Siento una oscura desolación, como un aliento de muerte, cuando estoy delante de tu sepultura, junto a ti. No quise ligarme a esa situación. Soñé en los buenos momentos que pasamos juntos paseando por el campo, contemplando los verdes prados, las flores en primavera, el cielo azul y el sol radiante. Como siempre, corté las hierbas del otoño y deposité, en lo alto de la tumba, claveles rojos. Para que su aroma llegara pronto a ti, las coloqué sin agua. Regresé a casa reconfortado de la inhumana desolación que sentía en mi corazón, un vivir en silencio y lleno de soledad, unido a ti y a nuestro Dios.

Recordarás la visita que efectuamos a uno de tus colegas, vendedor de alfombras persas. Estaba en el hospital, se le había diagnosticado un cáncer de riñón. Le animó muchísimo verte; yo estaba a tu lado. En un momento determinado, de forma vertiginosa, te cogió la mano, abusivamente fraternal, y te dijo: «Me voy al Cielo. Me ha abandonado la Virgen». Le refutaste, como estando en posesión de la verdad: «La Virgen jamás abandona a un hijo suyo que está en el momento de su marcha a la Vida Eterna». Al salir de la habitación, me cogiste de la mano con fuerza y comenzaste a llorar con sollozos amargos que nacían de lo más profundo de tu ser. Yo, impresionado,

te pregunté la razón de tu tristeza, y me dijiste: «Ese buen hombre, buen vendedor de alfombras, ha caído en la desesperanza. El demonio se está adueñando de su corazón, provocando en él la orfandad maternal de Nuestra Madre del Cielo».

¿Recuerdas otro pariente tuyo que nos visitó? Era una filóloga prestigiosa que había triunfado en su intensa vida profesional. Ocupó altos cargos dentro de la Administración del Estado y también en la empresa privada. Muy inteligente, pero con poco sentido práctico. En la vida ordinaria no encajaba con las personas que la rodeaban. Poseía una fuerte personalidad y un desordenado afán de protagonismo. Yo estaba perplejo y no entendía mucho la actitud de tu prima. Te pregunté y, como siempre, unas palabras diestras iluminaron mi entendimiento: «Nacho, la allegada de papá tiene un gran complejo de inferioridad. En el ocaso de su vida se encuentra sola y sin poder desarrollar todas sus potencialidades intelectuales y ejecutivas. Busca algún tema que le esclavice para descargar su sabiduría. No sabe escuchar, difícilmente se comunica y nunca pregunta por los problemas de los que la rodean. Puede enloquecer por la brutal y salvaje fuerza de su egocentrismo». Me puse un poco triste, papá, yo no quiero ser como tu entrañable prima cuando sea mayor.

Deseo ardientemente introducirme en un tiempo que ya no existe; en la carta que le escribiste a mamá. Tras buscarla por todos los escondrijos de la casa y las gavetas más recónditas, por fin la encontré. Sé que sonreirás. Voy a leerla. Estaba escrita con trazo grueso y tinta roja: no era tu sangre como, en cierta ocasión, me mofé. Dice así: «Desde que te conocí no he dejado de pensar en ti ni un solo momento. Estoy consumadamente enamorado. Deseo que pidas a tus padres permiso para que te pueda visitar. Sé que mi posición, tanto social como económica, nos distancia, pero considero que el amor es el principal protagonista. Yo te quiero. Espero ansioso tu respuesta. Besa tu mano». Ya sé que mamá te contestó, a través de un portavoz, y que aceptaba esa limpia relación de amor. Luego te casaste con

ella. Papá, permíteme que opine sobre tu carta: «Parece elegida de un libro de la Edad Media. Es un poco ridícula, ¿no te parece?».

Sé —y quizás lo haya soñado— que con tu concubina del cortijo, por tener ese gran corazón tuyo, hecho para amar apasionadamente, pasaste momentos inolvidables. Como era un amor prohibido, lo viviste con más intensidad que con mamá. He hecho el firme propósito de no derramar mi pasión amorosa en un amor no permitido.

También he soñado que tuviste una gran tentación: abandonarnos a mamá y a mí. Deseabas unirme, para siempre, con tu amor pecaminoso. Te ganó ese gran corazón que tienes, hecho para amar. Cediste, definitivamente, con el amancebamiento y regresaste a casa con nosotros. Fue un sueño con un final feliz.

En otra ocasión almorzó en casa una compañera de colegio, de las fraternales amigas que tenías y, en la tertulia, mientras tomábamos el café, se sinceró contigo. Hablaba precipitadamente y sin rigor, necesitaba arrancar de lo más profundo de sus entrañas algo que era menester depositar en tu confianza. Era muy lista pero poco inteligente. Solía caer en sus propios engaños. Se creía superior y era execrable. Daba la sensación de certeza y supremacía y tenía un gran complejo de inferioridad e inseguridad. Un auténtico drama era su propia existencia. Necesitaba de la lisonja para poder sobrevivir a su propia nimiedad personal. ¡Cuánto sufría! La tristeza le aprehendía el alma. No era dichosa, ya que vivía pendiente de sí misma y de sus egolatrías. No tenía alucines ni cariños, era una pobre Satán con vida humana. Esa amarga supervivencia la tendía a los demás. No se daba cuenta al vejar a su interlocutor. Vencía por la fuerza, no por la persuasión, violentaba el albedrío de su semejante. Con la cólera acallaba a los mortales que dialogaban con ella. Te dije: «Papá, me ha entristecido esta mujer tan peculiar, desamorada, sin ilusión por la vida, en la búsqueda de la infelicidad. No ha descubierto que el gozo está en el servicio a los demás por Dios». Callaste, me abandonaste en el silencio

y oscuridad de la noche, la luz se hizo palabra y mensaje de esperanza. Respetaste mi libertad.

Heredé suficiente dinero; sin embargo, conseguí mucha riqueza en cosas pequeñas, recuerdos entrañables y piezas familiares. Esas pequeñas me llenaban el corazón. Recuerdo alguna de esas minucias: el saxofón que pertenecía a tu abuelo y que empleaste en la banda municipal de música de Sevilla; la carabina de balines que tenías velada; las pantuflas de odre las heredaste de mí y yo las volví a beneficiar y disfrutar; muchos libros —solías leer los mejores autores, era un gran tesoro cultural—; una fotografía mía de cuando estudiaba en el colegio; una pequeña mochila que utilizábamos para caminar por el monte y que mamá llenaba de manjares y ropa de abrigo; una enciclopedia universal señalada; un tablero de ajedrez, con figuras de marfil, con el que entablábamos grandes batallas, yo por vencerte y tú por ganarme —en ocasiones te dejabas dominar—; una imagen de la Macarena, a la que tenías tanta devoción, aunque no practicaras mucho la vida cristiana, y otras cosas más. Era como un baúl de los recuerdos empapado con tu vida.

En el pensamiento, sujeto al hilo de mi memoria, solía recordar aquel atardecer, aquella puesta de sol o un verdadero arco iris. Los días llenos de luz y los lunares que brillaban. Qué bien nos hallábamos: nos colmaban la vida de paz y de alegría, de sosiego. Las noches estrelladas cortejaban nuestras confianzas. ¡Qué momentos tan felices junto a ti, papá!

Un día de tantos paseábamos por el campo mientras unos pastores esperaban, pacientemente, la llegada del rebaño de ovejas. Al preguntarles qué se contaban, contestaron: «matando el tiempo». Lleno de energía, con la vitalidad habitual y con gran fortaleza, me dijiste: «Nacho, ha entristecido mi corazón la afirmación “matar el tiempo”. Lapidar el espacio en la tierra es el inicio de matarlo en el Cielo. La vida, con sus tiempos, es para gozarla, para saborearla en su total y ab-

solita plenitud. Matar el tiempo en la tierra es como agonizar estando vivo. Esa actitud lleva al hombre a despreciar los talentos que nos ha dado Dios, es malgastar el don de vivir en la nada. Asesinar el tiempo es la negación, la mortandad del alma». Gran enseñanza la tuya. No la olvidaré jamás. Seré siempre hombre operativo y contemplativo a la vez. Nunca mataré el espacio en el vacío; en los momentos de descanso lo emplearé en actividades que exijan menos bravura. Siempre aprovecharé el tiempo y nunca lo lincharé. Un famoso personaje alemán afirmó que el tiempo es oro, papá; creo que el período de vida de una persona es mucho más: es Eternidad.

Para forjarme en la liberalidad de las cosas de la tierra me llevaste a uno de los lugares más famosos y hermosos de los que nos beneficiamos en Sevilla. En el Hospital de la Santa Caridad están expuestos los cuadros de Valdés Leal, con tanta carroña encontrada en viva podredumbre, emparedada entre las uñas de la muerte. Aquello fue muy inhumano por tu parte, papá. Sentía un repetido sobresalto dentro de mi corazón. Por una parte, la gran belleza artística de un excelente maestro pictórico; por otra, la amargura al contemplar tanta nobleza humana convertida en harapos fétidos. Comprendí que la muerte es compañera de viaje y que, un día, cuando Dios quiera, vendrá a por nosotros y, sin piedad, nos arrastrará.

Hace pocos días me encontré con los adultos que se ponen al sol, y me contaron que «la hija de un terrateniente malagueño estaba desposada con un personaje importante. Habían procreado nueve hijos. El matrimonio vivía en Estocolmo. Durante las vacaciones estivales la esposa consiguió de su marido el beneplácito para visitar a sus padres y descansar contemplando el mar e inhalando su brisa. En Málaga vivía en casa de sus progenitores. Solían visitar, con frecuencia, a sus parientes. Se cautivó, con patética pasión carnal, sin ternura, del cónyuge de su tía, la hermana de su madre. Abandonó a su marido y a sus nueve hijos en Estocolmo y se amancebó con su tío. A lo largo de su disoluta vida, una sombra triste empañaba sus ojos».

Papá, volví a reflexionar, en lo más profundo de mis entrañas, sobre aquellas majestuosas máximas que, sabiamente, me transmitiste: «Nacho, el amor prohibido amarga la existencia y la llena de aflicción, de congoja y de dolor». ¡Nunca, te prometí, jugaré con un amor vedado! Siempre lucharé para rechazarlo.

¿Recuerdas? Un día me sugeriste, al disfrutar de un descanso en el colegio, que te acompañara a la clínica para una revisión médica rutinaria. El doctor, al examinar los resultados de la analítica, se estremeció y, con una grave voz castrense, te dijo: «Usted tiene elevado el colesterol y glucosa en la sangre; diabetes suave. Debe vivir un régimen gastronómico inclemente: nada de grasas ni lácteos. Tampoco puede ingerir todos los manjares que contengan fécula: pasteles, bombones, repostería casera, tartas y mermelada. Nunca alimentos que contengan nitrato de carbono como higos, plátanos y uvas». Le preguntaste, bromeando: «Con este plan tan austero ¿viviré muchos más años?». Te contestó: «Sí, algunos, pero se le figurarán interminables». Tú, papá, con un gran sentido común, me dijiste que lo acatarías en un cincuenta por ciento. A los endocrinos se les debe obedecer en todo sabiendo que dramatizan, ya que el doliente, por flaqueza, no suele cumplir el plan previsto por el médico. «Al consumir la mitad de lo predicho, estaré —me dijiste— cumpliendo, fielmente, lo anhelado por el doctor». Otra magistral instrucción, papá: aplicar en todo momento el sentido común. Hacer lo que es bueno y evitar lo perfecto. Me dijiste: «Lo mejor es enemigo de lo bueno».

Fuimos invitados a una exposición pictórica de un entrañable amigo tuyo, excelente artista y mejor persona. Con cuanta ilusión, entusiasmo y alegría nos rogaba que asistiéramos. Quiso que desfiláramos por su taller. Nos hizo una introducción de todos los lienzos que se exhibirían a los pocos días. Se trataba de copias de conocidos creadores que embelesaban por su extraordinaria calidad artística. Al ser «clonaciones», el precio de venta no era muy alzado. De regreso a casa, como siempre, me diste una pequeña lección: «Recuerda, Nacho,

con cuánta ilusión y entusiasmo nos ha glosado cada una de sus obras. Así debe ser tu vida el día de mañana; cuando desempeñes una labor, cólmate de ilusión. Un trabajo consumado con alegría y optimismo acaba siendo una obra maestra». En mi frágil y delicada imaginación de niño revoloteaba mi victoria latente.

«Crear un mundo para defenderte de su ausencia». Era la máxima lacónica de un amigo de mamá. Su vida no tenía sentido, estaba hueca. Coexistía en la más profunda soledad y pernoctaba en el lugar donde faenaba. Sus noches estaban preñadas de placeres hedonistas. Las comilonas eran auténticas bacanales. Llenaba la existencia de vaciedad y era desdichado. Indigente entrañable de mamá. Moría en un mundo cruel del que huía para intentar cimentar otro mejor. No era posible, estaba enmarañado en la locura de un vivir sin vivir. En su corazón resplandecía, por su ausencia, todo lo trascendental. Su alma estaba adormilada y las sagacidades muy despiertas. Papá, me afligió su vida disoluta, sin un horizonte claro en la vida. Me diste tu veredicto, como siempre, certero: «Nacho, el placer por el regodeo, el hedonismo sin fin o una vida desenfrenada, no puede conducir a ningún ocaseo bueno. La búsqueda de un mundo sin Dios es como intentar crear un universo falso, lleno de ilusión, pero lleno de una angustiada vaciedad. Huir de la verdadera paz, basada en lo trascendental, para el encuentro con una desdicha profunda que tortura y atormenta el corazón. El íntimo de mamá no supo amar en su momento, y le perseguiré durante toda su vida el desamor».

Quiero describirte algo que me horrorizó. La tía, estimulada por su marido, franquista y enemigo político, ambicionó eclipsar tus huellas de mi vida: retiró todas las fotografías que heredé de ti «para archivarlas», según me dijo. Supe, posteriormente, que fueron destruidas por las llamas voraces del fuego traidor, que ellos alimentaron con leña seca, llenos de odio y rencor. Tus entrañables recuerdos destrozados,

sin embargo, no pudieron quemar la imagen viva que tengo de ti dentro de mi corazón. Tal ferocidad para con un ser indefenso, ausente de esta tierra, ya que descansas en la Paz Eterna, fue inhumana. A partir de ese día me recogí en mi interior contigo, relegando el amparo de los tíos. Perdurabas dentro mí, ensamblado conmigo. Tu adversario político fue el perverso que suscitó ese gran dolor de mi corazón; la tía era un desnudo instrumento. El desprecio hacia tu refractario político se convirtió en piedad, hacia él, dentro de mi corazón. Me entristecía su avidez de venganza contra ti. Todo aquello hizo que me curtiera en el silencio y fortaleciera en mi soledad.

En todo momento tu mirada me acompaña y me llena de valor para recomenzar. Me espolean para vivir con fortaleza tus enseñanzas, consejos y confidencias. Sentí la necesidad de visitarte. Alrededor de tu cadáver crecían las hierbas salvajes. Había transcurrido algún tiempo, desde el último monólogo vivo que mantuve contigo. Con mis frágiles y pequeñas manos, corté ese buen puñado de hierbajos. Los llevé a casa para colocarlos en la mesa de mi habitación, con agua, para conservarte más tiempo cerca de mí. Como siempre, deposité en lo alto de la tumba, donde reposan tus restos mortales, unos claveles rojos, sin agua, para que muy pronto llegue su aroma dentro de ti y me sonrías.

Puse en circulación todas tus enseñanzas: la tenacidad, fortaleza, valentía y generosidad para atraer a mi entrañable hermano natural, hijo de tu apasionado amor prohibido. Lo conquisté: nos hicimos muy buenos amigos. Un día cualquiera me invitó a su cortijo y su mamá, tu querida, nos agasajó con un magnífico refrigerio. Ella me amaba como a un retoño, semejante al cariño que tenía con mi hermano, tu hijo natural. Me quedé solo con ella y, mirándola a los ojos, la interpele preguntándole cómo sucedió vuestra pasión amorosa. Me contestó: «Todo arrancó en una reunión ajena a los dos. Unos amigos nos presentaron y así se inició nuestro encadenamiento. Nacho, tú no eres hijo mío, pero te quiero igual que a mis ocho hijos, tú llevas su sangre, la misma que todos ellos». Papá, tuve la tentación de

abandonar a la tía, que me amaba por obligación, y al franquista, que me odiaba por ser hijo tuyo, el primogénito de un republicano. Deseaba vivir con la mamá de mi hermano natural, tu hijo, en el cortijo, pero renuncié, ya que mi estancia entre ellos podría delatarte a ti, ya en el Cielo, y a tu amor prohibido.

¿Recuerdas a esa otra colega tuya? Era una buena vendedora de alfombras persas. Nos visitó y apuramos juntos las viandas que preparó mamá. Me asombró su ignorancia y tosquedad. Al mismo tiempo, me impactó su extraordinaria inteligencia natural. Era desordenada y, sin embargo, conocía dónde tenía cada uno de los utensilios que empleaba para su tarea diaria. Poseía una simpatía arrolladora y no tenía miedo al enfrentamiento ante cualquier situación, siempre emergía victoriosa por su mirada limpia y su sonrisa amable, que captaban la atención de sus interlocutores, posibles clientes. Su aspecto desbordaba confianza y seguridad. Tenía un cierto atractivo bondadoso. Tú, papá, me comentaste: «Hijo mío, debes ser como la colega de papá, pero con una formación universitaria, de esta forma alcanzarás la meta final: ser el mejor mercader del universo».

Otro de tus compañeros de colegio, ingeniero de Telecomunicación, había triunfado en su vida profesional: ocupaba la presidencia de una gran empresa multinacional que le marcaba objetivos cada vez más ambiciosos. No pudo resistir la fuerte presión y se suicidó. Dejó huérfanos a nueve vástagos. Visitaste a la viuda para darle aliento y poder superar la crisis en la que estaba inmersa. Llevaste a cabo algunas gestiones para solucionarle el problema económico que la amenazaba. Papá, como siempre, me demostraste esa gran capacidad para querer y servir al prójimo. Al día siguiente se celebró el funeral. Me llevaste porque deseabas forjarme en el suplicio. Me impresionó una afirmación del sacerdote que ofició la Santa Misa: «Cada hombre es un misterio que sólo Dios puede llegar a interpretar y comprender». De regreso a casa te pregunté por la aserción del celebrante, tan misteriosa para mí. Con la paciencia que siempre te ha caracterizado y con una

entereza casi infinita, me respondiste: «Nacho, el hombre no es dueño de su vida, no puede eliminarse a sí mismo. La vida es un don que concede Dios. El compañero de colegio de papá tenía una enfermedad esquizofrénica, por lo tanto, no era dueño de sus actos, no dominaba su voluntad al tomar la decisión de exterminarse de este mundo. Ésa es la razón por la que el sacerdote afirmó que cada hombre es un misterio, ya que sólo Dios conoce y puede escrutar los corazones humanos. Nadie puede decidir sobre la vida de un ser, ni siquiera la misma persona, ya que es propiedad absoluta de Dios, como ya te he dicho». ¡Cuánto aprendí! Ese afán tuyo por adiestrarme al crisol, viviendo de cerca el dolor amargo de una viuda que permanece en el más absoluto desamparo. Me dejaste tranquilo y animado. Tú siempre me has guiado y dirigido hacia el buen camino.

Papá, qué desdichada es mi vida con los tíos y las primas. El dolor embarga mi corazón. Tengo que soportar humillaciones contra mí, pero más hirientes son las vilezas contra tu alma. Soy infeliz y tengo grandes deseos de marcharme contigo. Siento la más absoluta de las soledades y, a la vez, el más profundo dolor dentro de mi silencio.

Un cliente que te adquiría muchas alfombras, de origen gitano, nos visitó y almorzamos con él. Mamá se encargó de preparar los pucheros al estilo calé. Durante el café detalló algo que me desconcertó. Estaba casado con la hija de su hermana, con su sobrina. Tuvo que pedir los oportunos permisos eclesiásticos. Yo, intranquilo, te pregunté cómo era posible que se pudieran casar tío y sobrina. ¡Qué respuesta más acertada la tuya!: «Hijo mío, cuando llega el amor, ciega al hombre y elimina una parte de su voluntad, ya que se identifica con el ser amado. No caben razonamientos humanos para evitar que cometa esa irracionalidad. Al primer hombre sobre la tierra, Adán, Dios le proveyó de una mujer. Los hijos de nuestros primeros padres se tuvieron que casar entre ellos hasta llegar al mundo actual en el que vivimos». Como siempre, me iluminaste la mente y pude aprender un poco más sobre el amor. Tu misma vida era un derroche de amor a todo lo bueno, lo be-

llo y una entrega generosa a los demás. Prestabas servicios sin esperar nada a cambio. Tu corazón de oro te llevaba a la magnanimidad.

Un día le comenté a tu hijo natural que te llevaba claveles rojos y que, también, segaba la hierba verde que crecía alrededor de tu sepultura. Con el manajo de maleza me llevaba algo de ti, que conservaba, con agua, en mi habitación. Le pedí, a mi hermano, tu hijo, que me acompañara. Sabía que te alegrarías mucho. Él compró los claveles rojos y los colocó en lo alto de la tumba. Estaba convencido de que estarías sonriendo al ver a tu hijo, no reconocido por cobardía y, también, por el gran amor que derrochabas con nuestra entrañable mamá. Él no sabía que lo habías engendrado tú, que estaba con su propio progenitor. Comprendí que, al estar contemplando el rostro de Dios, las cosas de la tierra que te pertenecen, tu otro hijo, adquieren una intensidad mayor.

Un domingo por la tarde, sentados en el jardín, percibiendo el murmullo del agua que salpicaba sobre las rocas, te iba describiendo los últimos incidentes que me habían acaecido. Te relaté, ¿recuerdas?, que tenía dos enemigos en el colegio. Pacientemente me escuchabas. Seguí describiendo lo sucedido. Me despreciaban, calumniaban y, en alguna ocasión, llegaron a la violencia física. Aprendí de ti a ser fuerte. Paseábamos —como siempre que deseabas transmitirme algo importante— y, con voz reflexiva, me dijiste: «Nacho, quiero recordarte unas palabras de la Santa de Ávila: nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, quien a Dios tiene nada le falta». Esos dos chicos no pueden quebrar tus fuerzas, debes pensar que son envidiosos, no que son malvados. Si actúas así, tendrás paz en el alma y alegría en el corazón. No les hagas daño. Debes poner cariño donde no hay amor; coloca afecto y sacarás ternura».

Con el tránsito de mamá al Cielo te encontrabas vacío y en un espacio sin tiempo; mamá estaba con nuestro Dios. Se rompió tu

corazón en dos pedazos. Llorabas infatigablemente y no encontrabas la paz dentro de tu amargo dolor. Buscabas el sosiego y encontrabas la ausencia. Llamabas y te contestaba el silencio. Ansiabas el cariño y encontrabas la soledad. Tu sufrimiento era tan grande que no tenías un momento de quietud: siempre estaba presente mamá. Ella te ha perdonado todos tus amores condenados. Yo no los imitaré, lucharé para no caer y pondré los medios para dominarlos.

Mientras comías un poco, sólo para sobrevivir, aunque más bien jugueteabas con los fideos, las lágrimas ardientes manaban de tu corazón fogoso, hecho para amar con pasión. Cuán grande era tu dolor, lleno de soledad y amargo silencio. Tu corazón no pudo resistir y me dejaste huérfano, no por desamor sino por el gran amor que tenías a mamá. Te alzaste al Cielo sin darme un beso. Yo te di mi último beso en tu frente helada y sin vida; todavía lo conservo grabado en lo más profundo de mi alma.

Papá, ¿recuerdas a aquel profesor de la Universidad de Sevilla que nos dio en el colegio una conferencia sobre la familia? Volvió y nos habló de cómo educar la memoria. En un momento de la disertación dijo: «Sólo el nivel de mis desmemorias alcanza el de mis aprendizajes». Comprendí que este anciano profesor, experimentado, hablaba mostrando la nivelación de un sistema de vejez, llamado «desmemorias», con otro de juventud sin edad, denominado «aprendizajes». Fue un acto de aceptación de ventajas e inconvenientes. En el fondo estaba agradeciendo lo uno y lo otro.

Durante las fiestas navideñas me propusiste visitar a los ancianos del asilo de la tercera edad de tu cliente y rico en propiedades. Me deleitó la inducción. Consistía en implantarles, en su corazón, una agradable velada de Nochebuena. Acarreamos dulces, una película y nuestro aliento. Estaban solos —los hijos se encontraban de fiesta—. Permanecían en la más absoluta soledad y en una cruel indiferencia de unos para con los otros. Estaban esperando a su compañera de travesía: la muerte. Habían perdido el aliento por vivir. Cenamos con

ellos en un silencio sepulcral. Tú, como siempre, olvidándote de ti mismo, levantaste la copa del buen cava que les regalaste y brindaste: «Os deseo una feliz Navidad y que el Niño Dios nos llene de bendiciones en el próximo año». Todos chinchinearon con sus copas y bebieron un pequeño sorbo. Se les proyectó la película y, mientras tomaban los turroneos y mazapanes que les habíamos llevado, los más ancianos lloraban de alegría.

Un colega te llamó porque deseaba charlar contigo y recordar tiempos pasados, pero luego ocurrió todo lo contrario. Únicamente deseaba relatar sus triunfos. Tú, con la paciencia que te caracterizaba, le escuchaste atentamente. Dijo: «Como Sevilla no podía colmar mis ansias de triunfo, supliqué a mis padres que me dejaran ir a Madrid. Allí estudié Ciencias Económicas en la Universidad Complutense, donde luego, también, fui profesor, y me doctoré en Ventas. Posteriormente, llevé a cabo un máster en una de las escuelas de negocio más prestigiosas y he dictado muchas conferencias. También he desarrollado mi actividad profesional en diferentes empresas, en las cuales he ocupado cargos de responsabilidad. He viajado por casi todo el mundo y me he ilustrado copiosamente. A partir de mi periplo juzgaba con un espíritu más universal todo lo que acontecía. Mi razón se abrió al universo. La pasión por la comunicación comercial era fabulosa. Fui nombrado director general de una empresa dedicada a la fabricación de componentes electrónicos. Me persiguió el éxito y fui galardonado por diversas instituciones varias veces. La distinción que más me sedujo fue la del «Premio a la larga y brillante trayectoria profesional». He dirigido una acción comercial insana, he utilizado técnicas subliminales que anulan, parcialmente, la capacidad de elección del comprador, procedimientos inhumanos de condicionamiento que neutralizan el albedrío. Este grave error personal me ha llevado a escribir libros relacionados con el mundo empresarial. Fui estimulado por el libro que me regalaste un día de mi cumpleaños, *El mejor vendedor del mundo*. No me interesaban los métodos de persuasión y

seducción que utilizaba, pero, por el contrario, reconocí su calidad exquisita en el proceso de fascinación. El recuerdo del contenido de este libro me ha llevado a publicar muchos títulos. Soy un escritor fecundo y procuro ayudar a los demás a través de mis publicaciones. Mi primera novela ganó un premio importante. La vida me lo ha dado todo: un doctorado, premios, libros, dinero y prestigio. Me siento plenamente realizado. En la actualidad sólo deseo hacer el bien a los demás. He fundado, con otras personas que tienen las mismas inquietudes, una asociación sin afán de lucro, cuyo objetivo fundacional consiste en publicar libros de autores noveles, y es que nadie acepta divulgar sus obras, pues se trata de una inversión no recuperable. Editaremos una revista para dar a conocer las excelencias del apasionante mundo de las ventas a través de la acción comercial y, por último, convocaremos un premio literario para estimular a escritores novatos a que narren, a través de sus fantasías, lo que trajinan dentro de su corazón». Ambicioso proyecto profesional y personal. Tú, papá, deseabas para mí un extraordinario triunfo profesional. Ansiabas que conquistara las metas más ambiciosas, como tu compañero de colegio. Alta la cima, pero posible alcanzarla. Cuando se marchó, tras despedirse de mamá, me dijiste: «Nacho, hijo mío, ese personaje podría ser tu modelo. Sólo debo corregir de su ejemplo algo fundamental: en ningún momento ha reconocido el favor de Dios. Su triunfo profesional es debido a que el Altísimo le concedió los talentos suficientes para el éxito. Él se apropió de sus cualidades. En todo le debes imitar menos en esta incautación indebida. Tú, Nacho, serás importante, tendrás reputación y triunfarás, como dice nuestro amigo el sacerdote, siempre y cuando consideres que los dones que posees te los ha entregado Dios. Con la humildad serás un buen instrumento y vencerás en la vida. A Dios nadie le gana en generosidad».

Una compañera de colegio de papá nos narró sus pequeñas aventuras, casi infantiles. Su vida, triste y monótona, no tenía alicientes. Su educación era deficiente, basada en los estudios primarios,

aunque tenía una gran personalidad y sus aptitudes de caudillaje eran portentosas. Su relación con los demás era un monólogo. Aturdí a su interlocutor con palabrería torpe y mezquina. Su afán de protagonismo era su pauta de comportamiento en la vida. Hacía permanentemente el ridículo y nadie se lo podía advertir. El comportamiento rudo impedía que se la pudiera corregir. Sus intervenciones estaban prietas de inexactitudes que le desacreditaban. Era rufián e inhumana cuando no se participaba de sus criterios personales. Se encontraba tan vacía que la soledad era su único consuelo. Reducía su existencia a un permanente juego de azar en solitario. ¡De cuánta tristeza y amargura estaba transida su vida! Tú, papá, me elevaste la moral al implantar en mi corazón pensamientos que me serenaron: «Nacho, hijo mío, la compañera de papá nunca será feliz. No se percata de que lo único que interesa, en esta peregrinación, consiste en entregarse a los demás y olvidarse de sí misma. Su profunda amargura está provocada por su salvaje egoísmo, encontrando, como respuesta, el vacío general. Es una mujer sin amor, buscando algo donde existe la nada. La escasa formación intelectual, sin aficiones, con escasa riqueza cultural, sin amistades, la lleva a la soledad más despótica y a la pobreza de espíritu más taciturna. Vive en el destierro de su propio silencio. Para encontrar lo que tanto suspira debe buscar y encontrar, dentro de su corazón, a Dios. De esta forma volverá a ser dichosa y su alma encontrará la paz y el contento en lo mas profundo de su espíritu».

A los pocos días de expirar mamá me convocaste para exponerme algo de vital importancia para ti. «Nacho, me siento solo e indefenso, no puedo superar la privación de mamá. He dialogado con el sacerdote y he decidido marcharme unos días para asistir a un retiro espiritual que predicará él mismo». Me conmovió tal resolución. Me obligaría a vivir, durante esos días, con los tíos, ése iba a ser mi gran sacrificio, que aceptaba gustoso. A tu retorno, sentía curiosidad al con-

templar tu semblante radiante, alegre y optimista, con una indestructible sonrisa en los labios. Me faltaba vislumbrar lo acaecido. Me dijiste que habías cambiado de vida, y me contaste tu retiro. Deseabas encontrarte contigo mismo, junto a Dios, implorando su asistencia: «Nacho, lo más sobresaliente que concebí, antes de los ansiados días de reparación, ante mis confusas tormentas interiores, fue solicitar al sacerdote que me escuchara en confidencia sacramental. Llorando, le detallé todas mis malandanzas. Cuando llegó la trama de las infidelidades y la hostilidad contra mamá —eso que tú llamas amores prohibidos— lloré sin contención. Desahugué todo el dolor que tenía dentro de mi corazón. Me calmó el buen clérigo y me dijo: «Debes olvidar toda tu vida pasada. Acabas de comenzar una vida nueva. Dios ha perdonado todas tus culpas». Al día siguiente asistí a la Santa Misa y comulgué con gran devoción. Vino a mi mente la imagen de la Primera Comuni3n, de hace muchos años. Dormíamos nueve horas todos los días: he recuperado el déficit de sueño que venía arrastrando. La colación era descomunal, bien aderezada, de calidad y de una extremada lindeza en su presentación. Aparentaba un hotel de cinco estrellas. El predicador narró la vida de Jesús a lo largo de las diversas pláticas. Lo que más me sorprendió y, a la vez, me agradó fue que todo giraba alrededor de dos pensamientos fundamentales: la alegría de vivir y el amor a Dios y a los demás por Dios. Me hallaba atemorizado ante la inminente alocución sobre la muerte. Fue maravillosa. Dijo que la muerte es Vida. Consistía en trocar de morada de la terrenal a la celeste. Parlamentaba sobre nuestra hermana la muerte con tal sencillez y naturalidad que me regocijó esta realidad trascendental. Afirmó que el trance hacia lo divino reside en dejar este valle de lágrimas para el encuentro de nuestro padre Dios. Te lo relato con mucha anarquía, olvidando algunas cosas. Me apasionó la charla sobre el amor. Afirmó que Cristo fue obediente hasta la muerte y expiró en la cruz por amor a los hombres. La culminación de ese amor a los mortales consistió en que deseó quedarse entre nosotros, anona-

dándose al quedarse en el tabernáculo. Permaneciendo entre los hombres por su infinito amor. A partir de esa enunciación, todos los momentos libres acudía al oratorio y le hacía compañía. Miraba al Señor y Él me miraba. También nos platicó el predicador sobre la Santísima Virgen, destacando lo que le dijo al Ángel cuando éste le anunció que iba a ser la madre del Salvador, del Redentor del mundo: «Hágase». Aceptó la llamada de Dios para colaborar, de forma activa, con la Voluntad Divina: salvar al mundo entero, enviando a su propio Hijo, Jesucristo Nuestro Señor. Repitió en varias ocasiones que el deseo de Cristo de quedarse en la Eucaristía fue un delirio de amor. Me agradó tanto esta aseveración que estuve repitiéndola durante todo el día. Me entrevistaba con la Virgen en su coqueta ermita. Nacho, estoy preparado para aceptar lo que Dios quiera: la muerte que siempre tiene un nombre, un rostro y una historia».

Al terminar el relato me avizoraste, con esa penetrante y cariñosa mirada tuya, llena de amor hacia tu querido y único hijo. Pasado un momento, me dijiste: «Me olvidé comentarte el propósito que forjé al terminar esos maravillosos días de recogimiento: fui al sagrario y, de rodillas, mirando a Jesús sacramentado, le prometí derramar todo mi amor hacia los demás, no pensar nunca en mí mismo y aceptar las contrariedades poniendo cariño donde no hay amor para sacar afecto. Por último, aceptar las humillaciones que reciba, perdonando, en el mismo instante, sin rencor». Papá, recordarás que me puse a llorar y que, abrazándome a tu cintura, te dije: «Irás al Cielo. Lo afirmo con certeza moral, soy quien más te conoce de todos los seres que te rodean».

De nuevo he visitado la tumba donde reposan tus restos mortales. Compré los claveles rojos, los más costosos y bellos que encontré en la floristería. Merecía la pena este dispendio, ya que iba a encontrarme con el hombre que derrochó ternura para con su único hijo, un amor

auténtico y hondo, más intenso que la muerte. Deposité en lo alto de tu sepultura los claveles, ajando su lozanía en holocausto. Como siempre, corté las hierbas —esta vez, de primavera— que habían crecido alrededor de tu tumba, y así algo de ti trasplantaba a mi habitación. Las situé en un florero con agua. Tenías que permanecer junto a mí el mayor tiempo posible. Deseaba abrirte mi corazón. Sentía una gran desolación por la indiferencia y las humillaciones de los tíos. El miserable franquista me maltrataba y te insultaba. Yo no tenía protección, era un niño inocente, un ser débil que iba a reclamar tu fortaleza para vencer en esta titánica pelea. El tío no tiene corazón, ya que no sabe amar, es un tirano y un desalmado. Sentía la necesidad de llorar y lloré con prolongados sollozos delante de ti. Imaginaba tu sonrisa bondadosa, tu mirada afable. Sentía fuertemente tu abrazo. Mi desolación era profunda y amarga, mi soledad estaba anclada en mis atormentados silencios. Llegué a casa con el ánimo repuesto y preparado para pelear y luchar, como tú me enseñaste. Hice el propósito de apoyarme en tus recuerdos y en Dios, que me fortalecía.

El día que visitamos el asilo de la tercera edad del, ya amigo, terrateniente tuviste detalles de cariño con un anciano que últimamente se había incorporado y se encontraba solo y aislado. Te ganaste su afecto. Fue, junto a ti, el animador principal de la fiesta de Nochebuena. Era muy joven, quizás el menor en edad de todos los residentes. Hombre jovial, fuerte, sano y con todas sus capacidades intelectuales lúcidas. Los hijos, por su egoísmo, lo abandonaron bajo el techo triste y oscuro de una habitación del asilo. Le invitaste, otro día, a tomar café, y mamá, como siempre, estuvo llena de detalles. Me incorporé a vuestra tertulia. En un momento de sinceridad para contigo, el anciano, al que le habías devuelto la alegría de vivir, te dijo: «Esta Nochebuena ha sido la más feliz de toda mi vida, más gozosa que las celebradas con mis propios hijos».

Sin embargo, cuánta amargura y soledad, unos años después, en la fiesta de Nochevieja. Todo era egoísmo, indiferencia y desprecio.

Cómo me acordé de ti. Si hubieras estado con nosotros habrías llenado de paz, optimismo y alegría un ambiente en el que su único aliciente consistía en esperar, pacientemente, la llegada de nuestra hermana la muerte. De los más de sesenta ancianos y ancianas, la que tenía un desordenado afán de protagonismo lució el traje de gala nocturna y permaneció con nosotros tomando una copa de cava antes de la cena. No se daba cuenta de que nos estaba humillando a todos los que subsistíamos en la soledad y en el silencio. Ella se marchaba, invitada por unos parientes a una cena de Nochevieja.

En un arranque de sinceridad, después de tu encierro espiritual, me dijiste: «Nacho, los seres humanos intentan, por todos los medios, poner a la mujer en un situación digna dentro de la sociedad. Que tenga una notoria participación en todas las actividades cívicas, culturales, económicas y políticas. En el retiro descubrí que Dios tuvo en cuenta esta exigencia. Eligió a una mujer, la más excelsa, para que concibiera, por obra del Espíritu Santo, al mismo Salvador del mundo, a Cristo. La mujer más importante de toda la historia de la humanidad fue la Virgen, Madre del Redentor y que está junto a su hijo, en el Cielo, en cuerpo y alma». Se notaba que te habías escondido a meditar sobre lo trascendental. Tu vida se había transformado. Te habías convertido al bien.

Llamó por teléfono el buen hombre que vivía, en su angustiosa soledad, en el asilo de la tercera edad propiedad de tu amigo latifundista. Deseaba conversar contigo, desahogar un quebranto interior. Le convidaste a casa y, como siempre, mamá preparó unos espléndidos manjares. Me incorporé a vuestra tertulia. En un determinado momento te comentó: «En el asilo el servicio médico nos demanda una revisión anual. Acudí puntualmente a la cita con el doctor. Se ejecutó, en mi fatigada morfología, una exhaustiva analítica cuyo resultado fue muy ingrato: tenía diabetes. No era necesario medicarme, pero era imprescindible seguir un severo régimen alimenticio. Se lo expuse al responsable de la cocina, pero no hubo forma, y, varios días a la se-

mana, no me elaboraban el régimen indicado. Me resigné tomando menos cantidad de aquellos alimentos no permitidos». «¡Cómo me acuerdo de mi madre!», afirmaba el anciano. Me conmovió la congaja con la que narraba su decepción, sentía una completa apatía llena de una honda desatención desabrida. La angustia le atenazaba el corazón. Estaba esperando que llegara la muerte y penaba porque se rezagaba en llegar. Te prometí, papá, que tendría muchos retoños para que, en mi senectud, no me abandonen en un inhóspito asilo de ancianos de la tercera edad. Este viejo estaba recogiendo la sementera depositada en la médula de sus hijos: el egoísmo. Antepuso un mejor vehículo o una casa más confortable antes que fecundar un descendiente. Su egoísmo juvenil le ha llevado a una vejez llena de un irresoluto desamparo, a una ausencia profunda sin término, a un vivir sin codiciar vivir.

Papá, un día me hallaba turbado por una frase que me conmovió: «Lo valioso no consiste en poseer bienes, sino en ser uno mismo». Me diste una magnífica lección, que recordaré siempre: «Nacho, hijo mío, la tesis que domina tu mente es muy importante y de mucha trascendencia. En la sociedad materialista y hedonista en la que vivimos lo importante es el tener —el llamado consumismo—, y los mortales se olvidan de ser ellos mismos. El tener es algo finito y el ser preexiste en lo trascendental. El tener acaba en esta tierra y el ser llega hasta el Paraíso. Ser consiste en tener riqueza interior, en poseer capacidad para amar nobles ambiciones, desear la bonanza espiritual que llena sin saciar. Nacho, te lo mostraré de modo gráfico: Tenía un gran amigo, prestigioso escritor fallecido, que glosó que había triunfado debido a sus muchos éxitos profesionales como novelista. No te llevarás, le dije, tus textos a la otra vida. Permanecerán en la tierra y, tal vez, pasen al repudio. Nadie se acordará de ti. Debes llenar tu existencia, repleta de vacío, enriqueciendo tu espíritu y motivando tu inteligencia. Este vivir para adentro es lo que vale la pena, ya que nunca sucumbe. El conocido de papá agradeció los consejos y cambió de

vida. Dominó sus días llenándolos de contenido interior. Repleto de riqueza trascendental».

Tu fina sensibilidad ante las miserias humanas te condujo a colaborar en una sociedad sin afán de lucro. Su lema era «Servir a los demás». Recuerdo que marchabas al extranjero alguna vez que otra. La actividad principal de aquella asociación consistía en ayudar en los aspectos económicos, de asesoramiento y consejo, con aportaciones de todo tipo. Regularizabas todas las ayudas y las canalizabas para que llegaran a su meta final: los más necesitados de los países del Tercer Mundo. De retorno, me referías anécdotas maravillosas, te sentías plenamente reconfortado auxiliando a los demás y, de modo especial, a esas personas desposeídas de lo básico para sobrevivir. ¡Qué gran labor humanitaria llevaste a cabo! Cuando sea mayor, también colaboraré con una institución benéfica que ayude y sirva a los más necesitados, a los pobres, a los desvalidos, a los que no han conseguido lo imprescindible para alcanzar el grado de humanidad que merecían.

Un compañero del colegio logró un trabajo remunerado para sufragarse sus gastos, pero un día me contó desilusionado que el cacique del cortijo donde trabajaba lo había despedido. Yo le pregunté por las razones de aquella contrariedad, y me dijo: «Me aseveró que cesaba en mi trabajo porque, según él, soy un egoísta y sólo reclamo mis propios intereses, y que cuando no consigo lo que me propongo siempre tengo argumentos, pero los defiendo bruscamente, con agresividad. Y que cuando he conseguido mis objetivos no estoy contento y sigo demandando nuevos beneficios personales. Ultimó diciéndome, y fue algo que me punzó en lo más hondo de mis entrañas, que de no modificar mi talante, mi comportamiento, seré un malogrado en la vida, tanto profesional como particular». Papá, permanecí reflexivo. Tú me enseñaste la magnanimidad, todo lo contrario de la conducta del patrono de mi compañero de colegio. Cuando un interfecto es generoso y se entrega a los demás es feliz y se apartan todas las ansiedades que pueda tener.

Abismos de vileza encontraba en aquella pobre mujer que, después de abandonar al mejor de los amores —lo que más amaba en la tierra—, contrajo matrimonio con un varón que le doblaba la edad. La aflicción de un hondo desamor le impedía existir en armonía y sosiego. Apreciaba dentro de sus entretelas una afligida indolencia por las personas con las que se relacionaba. Se protegía con las uñas afiladas, su enorme sufrimiento le impedía la placidez, vivía como un cadáver, llena de vergüenza por su propia existencia. En todas sus conductas afloraban aristas que dañaban a todos los seres que le rodeaban, los queridos y los no amados. Todos eran víctimas de un corazón abrumado por el dolor.

Papá, vivías al filo del final de tu existencia. Con una mirada llena de ternura y compasión me diste uno de tus últimos consejos: «Nacho, no olvides que lo más valioso en la vida es ser dichoso, amar apasionadamente las cosas afables y hermosas del mundo. Ya te lo he dicho muchas veces: nunca te entregues a un amor condenado, porque atiborrará de tormento, desesperación y dolor tu corazón. Debes ser magnánimo y desprendido. Tienes que prodigarte hacia los demás sin esperar nada a cambio. Sólo debes pensar en los beneficios trascendentales, ya que es lo único por lo que vale la pena vivir». Lloré agriamente, acaso porque algo me decía en mi interior que estabas ya cruzando el último tramo de tu vida.

Por tu enraizada y virulenta ideología republicana sufriste en exceso. Tus enemigos políticos, entre ellos el tío, quisieron amargarte la existencia ennegreciendo tu horizonte, descargando un turbión encrespado de calumnias. Habían desencadenado un recio vendaval contra tu humilde persona. ¡Cuánto odio y violencia! La democracia en libertad plural era una utopía, algo inalcanzable. Tu corazón creado para el amor y la generosidad sumiría el dolor en el silencio. Siempre, papá, perdonaste las injusticias y olvidaste las falsedades. Y, pese a todo, no te sentiste nunca enemigo de nadie.

Un día quisiste que nuestro diálogo confidencial lo mantuviéramos correteando, descalzos, por la orilla de la playa. Acababa de dormirse el verano y comenzaba el otoño. La mar rizada y ligeros chubascos. Los vientos y las olas traían presagios de borrasca, tal vez de algo peor. Nosotros seguíamos nuestra gratísima tertulia ajenos a los eventos externos. Cesaron los vientos y amainó el temporal. Nuestra charla cada vez era más profunda; quizás los elementos, externos a nosotros, nos llevaban a una mayor intimidad. Ya de regreso a casa, se apagaron las últimas luces del día y todo lo ganaba el silencio.

Tras varias visitas al asilo de la tercera edad de tu ya amigo terateniente, examinando su situación y cavilando sobre todos los residentes, logré una resolución, quizás poco madura: «Estos longevos son seres humanos dolientes, sus almas están desamparadas». Me entristeció este pensamiento, papá. No deseo convertirme en un ser desilusionado y desencantado. Aspiro a estar preñado de deseos por vivir, con contentos y congojas, pero existiendo. ¡Qué bonito es vivir apasionadamente, con ilusión, la vida que Dios nos depara!

Estuve conversando con un profesional del apasionante mundo publicitario. Tú siempre me has infundido que tuviera cuidado con estos competentes profesionales por su capacidad de persuasión y seducción y por su deficiente cualificación moral. Este hombre, licenciado en Derecho y con diversos cursos especializados, estaba casado y había procreado cinco hijos. Su existencia estaba cuajada de bien por todas partes. También era culto. En un determinado momento me apuntó que un significado autor escribió: «Sólo es tuyo lo que es tuyo». Ilustró esta afirmación explicando que, en el mundo de la publicidad, muchos pretenden tener cosas que, en realidad, no poseen. Pregonan lo que no son y, habitualmente, olean en la opinión de sus interlocutores el más espantoso y grotesco ridículo. Siguió afirmando que otro autor escribió: «Eres rey de tus silencios y esclavo de tus palabras». Esta acertada aseveración la glosó explicando que también existen publicitarios que de tanto pregonar sus excelencias caen en el

más desalmado de los desprecios: no tienen credibilidad ni fiabilidad. Sus vacías palabras les llevan a su propia iniquidad.

Un anochecer recibimos una llamada telefónica de tu entrañable y buen amigo, el jubilado más joven del asilo de tu encariñado latifundista. Deseaba invitarnos a tomar un aperitivo. Estaba gozoso y satisfecho por tus múltiples y valiosas admoniciones. Fuimos. Yo tomé un jugo refrescante. La cháchara fue muy cordial y agradable, y, como no podía ser de otro modo, aprehendí un nuevo adiestramiento: cuando te donas a tu prójimo, sin esperar euforia de ninguna especie, se obtiene multiplicado el bien que se ha hecho. Una premisa tuya, papá, que recordaré siempre: «El amparo siempre engendra el bien y el estrago engendra el mal».

Teníamos unos vecinos en concreto con los que nos relacionábamos lo suficiente como para llevarnos bien. Nos ayudábamos recíprocamente cuando era preciso y manteníamos cordiales charlas. Un triste amanecer nos llamaron sobresaltados. Las llamas estaban devorando su hogar. Por suerte, la bóveda del cielo estaba embarrada de humaredas y fatídicos nubarrones, circunstancia que salvó la situación. Las caudalosas lluvias sofocaron el incendio. Al alba, no sabían cómo agradecer nos la inútil ayuda que les habíamos proporcionado. Comprendí que la mejor asistencia fue, sencillamente, arribar a su llamada y estar cerca de ellos en una situación de angustia. Nuestra sola presencia significaba para ellos una esperanza ante la desastrosa e implacable soledad de la catástrofe. Las aguas torrenciales de aquella mañana aniquilaron el fuego abrasador.

Papá, un día necesitaba hallarme conmigo mismo en una soledad silenciosa. Me adentré en un tupido bosque y tropecé con un árbol arcaico, de muchos ciclos de vida, como fondo numerosos árboles, todos cubiertos por una tenue niebla. Significaba la absoluta soledad, sólo el bosque, y el profundo silencio, la bruma como única compa-

ñera, como este monólogo que es diálogo, que viene de la vida y va a la muerte, que de la muerte vuelve y reposa en Dios, como todo lo creado y lo no creado, desde el comienzo de los tiempos.

Recordarás la visita del cirujano compañero tuyo de colegio que, lleno de tristeza, iba refiriéndonos sus intranquilidades y desengaños profesionales. Trabajaba en el Servicio de cirugía plástica y reparadora de un gran hospital de Sevilla. Su vocación real era la cirugía cardiovascular, pero nunca alcanzó sus propósitos. Contrajo nupcias con una mujer hermosa, acaudalada y docta, pero tampoco le satisfacía su ambiente familiar. Lleno de aflicción te describió su caótica situación: «No soy dichoso a pesar de poseer casi todo lo que codicio. Me encuentro lleno de angustias interiores por la frustración profesional. Gracias a Dios, no tengo contrariedades familiares, he tenido siete hijos, todos encantadores, y me deleito de disfrutar de una mujer extraordinaria. Cuando acudo al hospital voy sin estímulo ni motivación. Actúo como un autómatas que cumple escrupulosamente un horario y unos protocolos de actuación preestablecidos. No me realizo personalmente a través de la actividad cotidiana». Tú, papá, con una distinción digna de un ser entrañable, le aconsejaste: «No has sabido enfrentarte a la vida con la suficiente humildad profesional como para reconocer tus limitaciones, ésas que el Creador ha permitido. Has encajado mal tanto la situación particular como la profesional, porque tampoco tenías la humildad instalada en tu alma».

Al mediodía, durante el almuerzo, escogí la naranja más grande. Me observaste en silencio y, al crepúsculo, me invitaste a dar un vagabundeo por el campo. Tenías que manifestarme algo para cuando fuera egregio: «Al elegir la mejor de las naranjas has mostrado tu propia miseria. No debes olvidar nunca que el egoísmo produce congoja y aislamiento. Tu corazón debe estar inclinado a la magnanimidad, a dar lo mejor a tu prójimo. Con esta conducta percibirás muchas y gratas complacencias en esta vida. La esplendidez con los demás se recupera con abundantes bienes».

Un compañera de colegio se presentó en nuestra morada. Con entusiasmo, narró sus impresiones en relación a una reunión con sus colegas de trabajo. Dijo: «El aperitivo fue de lo mas inhóspito. La más joven habló con énfasis. Tenía obsesiones y puntos fijos en su imaginación. Durante la conversación pretendió, levantando la voz, tiranizar la situación. Se sentía incomprendida, desplazada y, por consiguiente, irritada. Experimenté en mi corazón una gran aflicción ante tamaño desequilibrio». Cuando se marchó tu amiga, te interpele: «Ante una mujer que se encuentra en esas circunstancias, dejando aristas que sangran la memoria, ¿cuál debería ser mi actitud?». Fuiste rápido en contestarme: «Mira, Nacho, cuando una mortal se encuentra en una situación como ésa, lo más importante es ser tolerante, escuchar, atender todas sus elucubraciones y, sobre todo, no contradecirle. Es una mujer con la que se debe tener una especial fraternidad. Debes darle todo el protagonismo. Es lo que necesita ese ser débil e inseguro, y se le debe dar, en justicia, lo que demande en cada momento. Proporcionate sin reservas y, de esta forma, lograrás la armonía y la imperturbabilidad interior».

Un gran escritor, unas jornadas antes de su tránsito al Cielo, deslizándose hacia la hora suprema con gran entereza, dijo: «Sé bien que estoy expirando, pero no de edad propecta, sino de amor». Gran corazón el suyo. Amaba, como tú, febrilmente el mundo. Sabía armonizar, a la perfección, la vida y la muerte. Se mofaba de la agonía, ya que sabía que era algo irreversible.

Te llamó tu amigo, el propietario del asilo de longevos. Tu corazón quedó partido en dos por la noticia de la muerte de uno de los moradores. Era de los más jóvenes, aún no llegaba a los setenta. Tu alma quedó desgarrada por el dolor. Me llevaste al velatorio y vimos su semblante afable: nos estaba sonriendo. En realidad, este hombre se hallaba en total desamparo. Se llamó a su familia y acudió un fraterno suyo, que lloró amargamente, sintiendo un vacío clamoroso en su corazón, cuando contempló los despojos de su hermano. Sollozaba por

desamor, puesto que él era el responsable de haberlo ingresado en el asilo y casi nunca le asistió. La excusa de que vivía en Logroño no era lo suficientemente real.

Tú no lloraste, pero tenías embargado el corazón por el padecimiento. Estuviste pendiente del hermano del fallecido y de su esposa. Los detalles fueron considerables. Después de dar sepultura a los restos mortales, los llevaste a visitar la Macarena y el Cachorro.

Se oficiaron dos misas de cuerpo presente. Me conmovió el fervor y la conmiseración de los concurrentes. Pasaron varios sacerdotes y todos rezaron ante su cadáver. Los colegas del asilo, al pasar por delante de su cuerpo frío, sin vida, inclinaban la cabeza con enaltecimiento y veneración. Tú llamaste al eclesiástico amigo nuestro para que también implorara por su ánima. Me encantó tu hidalguía, estabas pendiente de todos los detalles. Tomaste una rosa roja de una de las coronas de flores y se la diste al hermano, que la trabó con las dos zarpas y la acarició. La tuvo todo el tiempo entre las manos.

Muchos de los ochentones allí congregados rezaban, sin pudor, el Santo Rosario. En un momento de requiebro me dijiste: «Era un buen caballero, estoy moralmente seguro de que San Pedro le estará esperando en la puerta del Paraíso y le dará un pechugón de bienvenida para, después, llevarlo ante la Trinidad Beatísima». Me dejaste impresionado, una vez más. Estaba convencido de que este trance, para la mayoría de los compañeros del asilo, iba a suponer un revulsivo que les llevaría a una conducta más noble entre ellos. De hecho, han cortado de raíz sus egoísmos, y si antes, por ejemplo, comían y cenaban de espaldas, contemplando las montañas a través de un gran ventanal, ahora se han unido cuatro mesas en una y, en las comidas y cenas, se miran a los ojos. Aquel acontecimiento luctuoso cristianizó los corazones de sus camaradas de hogar y abandonaron, definitivamente, la desgarradora indiferencia, arrancando de su alma el narcisismo, que sólo les producía tristeza y aislamien-

to en su propia penuria individual. Aquel óbito convirtió al bien a todos los residentes. Estoy convencido de que intercedió ante el Altísimo por los viejos que quedaban todavía, sus antiguos compañeros.

Me llevaste al camposanto y, una vez inhumado el cuerpo inerte de tu amigo, te pedí visitar a mamá. Estaba muy cerca su hipogeo y accediste. Después te pedí licencia para suplicarle a mamá lo que tenía clavado en mi corazón. Consentiste, y dije: «Mamá, exonera a papá, permanece muy aislado y está arrastrando el peso de sus amos proscritos. Absuélele. Te amaba con toda su alma. Espérale, porque se ha cristianizado, ha sucedido un milagro en su comportamiento. Acudió a unos días de reclusión espiritual. Está en armonía con Dios. Cuando llegue a ti estrújale y ámale más que en la tierra». Me rodeaste con tus fuertes y robustos brazos, yo me abracé a tu cintura. Juntos nos alejamos de mamá con un punzante silencio de voces para siempre desvanecidas. Caminábamos solos entre las tumbas. Solté tu talle para romper ese salvaje silencio, hice corridilla y salté por encima de un mausoleo. Me sonreíste. Salimos de la necrópolis sintiendo una cierta alegría, charlando de nuestras cosas en confianza gozosa.

Me llevaste al funeral, que concelebraron varios sacerdotes, entre los que se encontraba nuestro clérigo amigo, que dictó la homilía: «Nos encontramos ante un cuerpo sin vida. No está extinto porque vive junto a su Creador. Poseía un gran corazón, sabía conquistar a todos los seres que le rondaban. Fue animoso, desprendido, sacrificado y jubiloso. Su optimismo contagiaba a todos. Supo domar el egoísmo y escrutar a Dios en las cosas ordinarias, y lo encontró en los quehaceres cotidianos, y lo amó con pasión. Fue un hombre forjado en la ternura, el amor le llevaba a apurar la belleza de las cosas más sencillas». De regreso a casa iba considerando que esas primorosas aserciones se formaban en tu vida. Estabas lleno de amor a los demás y te entregabas sin limitaciones a su asistencia.

Cierto día me hablaste de tu colega la petulante como «la mujer que mendigaba la alabanza efímera, vanagloria que se lleva, de un soplo, el viento de la muerte». Así la definiste. Nunca atendía y siempre clamaba. Se alzaba formando a los demás, fecundaba indiferencia. Era una permanente ostentación de sus atributos intelectuales. No supo aguzar el oído y encontró el silencio de sus afines y el desprecio de los indiferentes. Gran soledad la de tu entrañable colega. No supo amar y encontró la tristeza, la miserable escoria del egoísmo.

Un atardecer estabas sereno, afable, con ganas de fraguar a tu hijo en el bien; me dijiste con severidad: «Nacho, hijo mío, me gustaría exponerte algunos valores que debes tener presente a lo largo de tu peregrinación en esta vida —yo te miraba embelesado—. Las virtudes o valores humanos son imprescindibles para ser un vencedor. No mires nunca hacia atrás, lo pasado no volverá, el presente es irrecuperable y el futuro es lo que más interesa. Debes vivir la nobleza con toda la humanidad. La lealtad te llevará a sentirte poderoso, por encima de todo ser humano, que servirás con empeño. La caridad, el amor a todas las personas, incluso a tus enemigos. Un afamado escritor dijo al respecto: «Pon amor donde no hay amor y sacarás amor». La virtud de la fortaleza te conducirá al triunfo a pesar de las dificultades, y nada debe minar tu moral de victoria. Piensa siempre que eres un triunfador y que nadie podrá perturbar tu camino de hierro hacia el éxito. Podrás observar cómo las hormigas almacenan granos de trigo para el frío invierno que se les avecina: esto es la constancia, virtud o valor humano que te transportará a la paciencia, ya que grano a grano se pueden levantar grandes murallas. Debes vivir austeramente y, así, también vivirás la templanza, que consiste en sobrevivir con lo preciso, sin crearte necesidades inútiles. Los seres humanos siempre secundan a líderes capaces de dominar sus impulsos y apetencias salvajes; el dominio de ti mismo es esencial para el propósito que hemos trazado en pos de tu victoria en la vida. Ser veraz y sincero, abrir el corazón, siempre conllevará penosas situaciones. Sufrirás penalidades y

traiciones, pero sólo importa lo positivo, lo que suma, y olvidar el resto. La audacia, acicalada por la prudencia, te llevará a la consecución de tus planes. Y la laboriosidad, tu capacidad de hacer el trabajo bien, con idoneidad profesional, te conducirá a proceder con justicia para con los que estén cerca. Gozarás de mucho prestigio, serás el mejor mercader del universo, dejando tras de ti un reguero de brillantez y soltura».

Un editor, también compañero tuyo de la universidad, te visitó. Yo estaba con mi usual y fanatizada lectura de «El Guerrero del Antifaz». Me arrancó de la poltrona un hombre con tanta personalidad y elegancia. Abandoné todo y fui contigo, para estar cerca de un personaje tan interesante. Había fundado, en un polígono industrial de Sevilla, una importante empresa dedicada a las artes gráficas. Nos contó sus éxitos fulgurantes. Editaba revistas de gran difusión y otras de no tanta audiencia. Tenía buen corazón, una inteligencia privilegiada, escasa formación y una desorbitada ambición de triunfo. Te contó que, al principio, quedó desencantado con las personas que iba contratando, pues le trampearon. Fue litigado ante la Magistratura de Trabajo de Sevilla y perdió todas las apelaciones. Tuvo que volver a empezar. Con esta sombría experiencia, voces agoreras le llevaron a recelar de todo el mundo. Perdió la confianza en las personas y las explotaba cruelmente. Cuando los empleados que trabajaban a su servicio llevaban bastantes años de antigüedad, vendía los bienes inmuebles y la maquinaria a otra empresa, montada por él mismo, y liquidaba la anterior. No pagaba a los acreedores. Había provocado una quiebra fraudulenta. Llegó, por este sistema nada ético, a construir un gran imperio editorial.

Conforme iba narrando la historia, yo me estaba entristeciendo. Su conducta no concordaba con lo que me habías enseñado. El entusiasmo que percibí, en el primer estímulo, fue convirtiéndose en una absoluta y total displicencia hacia tu antiguo compañero de la Facultad de Filosofía y Letras. Sentía compasión por él. Estaba persuadido

de que no podía ser dichoso. Tú me has enseñado, papá, que el mal engendra la amargura y que el bien origina, siempre, la fortuna.

Su vida personal tampoco era gozosa. Contó que le intervinieron quirúrgicamente, de urgencia, de un infarto cardíaco. Por otra parte, su madre tiene una mala salud de hierro que le lleva a un vivir sin vivir. Pero lo peor se concentraba en él mismo. Había perdido todos sus amigos y se desprestigió ante el mundo editorial, en el que se recelaba de su poder y se le repudiaba porque lo había obtenido con el engaño y la barbarie. Cuando se marchó, me comentaste: «Nacho, este compañero de papá es un pobre desgraciado. No es feliz, tiene el corazón en una temblorosa negrura, como una pesadilla, proyectada en abismos estremecedores de desprecio».

Hoy, de nuevo, te visito en el cementerio de Sevilla. Siento la necesidad imperiosa de abrirte el corazón. No olvidé los claveles rojos, que deposito en lo alto de tu sepultura, sin agua, para que su fragancia llegue a ti y me sonrías. También arranco las hierbas salvajes que crecen alrededor de tu cuerpo, para llevarlas al hogar. Mis penalidades con la pariente que me soporta y su marido, tu adversario político, el mezquino franquista, que me aborrece, desprecia y maltrata porque soy el hijo de un republicano. El corazón del hombre, cuando no ama, se envilece. Papá, siento en lo más profundo de mi ser un suplicio lento y desgarrado. Todavía soy pequeño. No me puedo defender. Deseo progresar muy deprisa pero no puedo. Te quiero, papá, tu ausencia me martiriza; solamente me consuela el saber que estás junto a nuestro Dios y a mamá. Las hierbas silvestres las pondré con agua, en un jarrón, para tenerte más tiempo cerca de mí. En la soledad me siento menos solo. Y me alivian las palabras de un célebre escritor: «Las grandes elevaciones del alma no son posibles más que en la soledad y el silencio».

Sevilla dormía una calma blanda y tibia. De madrugada te desperté y te asustaste. No me pasaba nada, únicamente anhelaba estar

contigo. Me sentía seguro y muy poderoso a tu lado. El cielo estaba gris y la niebla avanzaba como aprisionando nuestros corazones. Una asfixia sutil penetraba en nuestro ser. Sólo tenía algunos pensamientos que me torturaban y me impedían dormir. Me colocaste en el centro de tu cama, mi diminuto cuerpo separaba el tuyo del de mamá. No aspiraba a seguir cavilando, deseaba trasponerme. Y lo alcancé al mirar, con mi inocente ternura, tu rostro apacible que dormitaba sereno y tranquilo.

Una nueva visita fue sufrida, afablemente como siempre, por mamá. Tú, con la caballeridad y garbo que te distinguían, acogiste con un abrazo a tu viejo amigo, residente en Madrid, capital de la Villa y Corte. En esta oportunidad festejamos su presencia con una succulenta paella. Estaba exquisita y repetimos un par de veces. Comenzó la tertulia con copa, café y un puro habano que tenías reservado para las grandes ocasiones. Tu entrañable amigo era un gran vendedor. Decía que era capaz de vender la Cibeles a cualquiera. No era un hombre culto. No había estudiado ninguna carrera universitaria. Su aspecto era bonachón. Decía: «Salgo todas las mañanas con mi malecón y debo regresar con las ventas previstas cerradas, pues depende de mis éxitos el sustento de la familia. Penó, combato y consigo los planes previstos». Parecía un encantador de serpientes. Cuando partió, quedé ensimismado por su capacidad seductora, pero tú, papá, me pusiste en el sitio exacto, diciéndome: «Mira, hijo mío, tú serás el mejor mercader del universo porque, además de la formación universitaria, te enviaré, si la situación económica lo permite, al extranjero. Allí estudiarás, si Dios quiere, un máster en marketing y ventas. De papá no heredarás una gran fortuna, pero sí los beneficios de todos sus desvelos».

¡Cómo recuerdo aquel momento en el que me razonaste lo malvado que es tener rencor en el corazón! Con gran nervio me dijiste que el odio pervierte y emponzoña el alma. Un personaje vengativo no es dichoso e impide la alegría a su alrededor. No se puede convivir

con un prójimo resentido que llena de tristeza lo que le rodea: su propia existencia. Es imperioso borrar de la memoria las injurias en el momento en que se nos ofende y anteponer el consejo que me diste: «Nacho, es necesario desterrar el odio, enmudecer siempre, implorar por el que nos afrenta, atarearse con tenacidad para olvidar y sonreír, aunque duela».

Llamé a tu hijo natural, mi hermano. Descolgó tu amor condenado, que me trató con extraordinaria delicadeza, como es su estilo. Acordé con mi hermano una visita. Llegué al cortijo y me invitaron a comer. Su madre me adoraba porque era tu unigénito. Salí a pasear por el campo con mi hermano y estuve recordando aquellos entrañables paseos contigo. Él no sabía que teníamos el mismo padre. Me apasionaba estar con él. Advertía tu estampa cuando me veía con tu retoño. Tenía tu carácter: era elegante, altanero, cariñoso, magnánimo, alegre y tenaz. Como tú, saboreaba todo lo provechoso y dotado de hermosura. Se zafaba de tensiones con el placer de vivir apasionadamente su existencia. Conversamos largo y tendido. Deseaba ardientemente ser su mejor amigo y lo iba consiguiendo. Me estimaba, no podía escrutar su corazón pero sabía que me tenía un genuino afecto.

Las personas longevas, que toman el sol apoltronados en los bancos de la Plaza Nueva, estaban hablando sobre el aborto. Uno afirmaba que era un asesinato: el ser no nacido, pero engendrado, tiene derecho a la vida. Otro de ellos me contó que un matrimonio ya de cierta edad iba a traer al mundo un hijo. El médico, malvado doctor, aconsejó abortar, ya que el bebé podría nacer con deformaciones. No consintieron en ello y les nació el noveno de sus hijos, que llegó lleno de vitalidad y sin ninguna malformación ni nada que se le parezca. Y ahora es la alegría de su casa, todos le quieren. Es una auténtica maravilla contemplar a esa familia. Cuando te conté esto, fuiste tajante: «Nacho, cuando se engendra a un ser en el seno de una mujer, en ese mismo instante es una vida humana. Nadie tiene ninguna prerrogativa sobre el no nacido. Es una criatura propiedad, estricta-

mente, del Creador, que ha consentido que se fecunde, ya que lo tenía previsto desde toda la eternidad. La interrupción del embarazo es una trasgresión espantosa, el homicidio de un ser desguarnecido que tiene derecho a la vida es una vileza. Las leyes que aprueban los gobiernos que van, directamente, contra la ley natural se desacreditan y se deben trasgredir».

Estuve una tarde de asueto revisando tus libros. La lluvia era torrencial, parecía que se habían rasgado los cielos en cataratas. La climatología me llevaba a estar mucho más concentrado, añorando remotos recuerdos, y decidí trasladarme en el túnel del tiempo. Tu talante era dado a las buenas letras. Había muchos clásicos en tu biblioteca: Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca..., y también autores contemporáneos de reconocida importancia: Galdós, Pardo Bazán, Azorín, Benavente, Unamuno, Ortega, Machado y algunos otros. Ahora que veo tu gran afición por las provechosas y escogidas lecturas, comprendo tu esfuerzo por exponerme el perfil afable y noble de la vida y colocar estables principios en mi existencia para el futuro que me acecha.

He soñado sobre la fugacidad del tiempo. Comprendí que era necesario aprovechar todos los lapsos de la vida. Cada intervalo de nuestra existencia es irrepetible e irrecuperable. El tiempo perdido ya no tornará, y es que aprehendí que el tiempo no solamente es oro, según un refrán alemán, sino que es mucho más: gloria. Al trabajo se le puede sacar inconmensurable provecho al proporcionarle una dimensión trascendental. Recuerdo borrosamente los pasajes de mi sueño, pero no las conclusiones a que me ha llevado. Estoy dispuesto a no perder ni un minuto, a no estar nunca ocioso y a explotar al máximo los talentos recibidos.

Otro de tus conocidos nos visitó. Mamá, afanada con sus manjares y disponiendo lo mejor. Natural de Barcelona, vivía en Madrid. Después de finiquitar todo lo que mamá había dispuesto, tomamos una taza de café y una copa de licor. No consentías que

catara el alcohol, pero, en esta circunstancia, probé un pequeño sorbo de tu copa. Empezó la velada. Era un hombre franco, leal, sincero, templado, generoso, laborioso y paciente. Sabías elegir muy bien a tus incondicionales. Te detalló lo que le había acaecido a lo largo del tiempo que había transcurrido desde vuestro último encuentro. Me enterneció que en su casa se montara, todas las Navidades, un belén. Cada año uno distinto, cada vez más creativo, no en vano tu amigo pertenecía a una asociación de belenistas de Sevilla. Tu entrañable amigo tenía seis hijas de entre unos cuatro y doce años de edad, y desde hacía un par de temporadas las invitaba a participar en la confección de su belén familiar. Luego, salía con ellas a visitar los muchos belenes que, en esas fechas tan particulares, se exponen en numerosos lugares de Sevilla. Lo curioso es que a las niñas ni se les ocurre pedir a su padre que las lleve al cine, porque se sienten dichosas con los paseos por el centro de la ciudad en esos atardeceres. Me pareció muy inteligente por parte de tu amigo esa manera de instruir a sus hijas en la fe católica.

Fuimos de nuevo al asilo de tu cordial amigo terrateniente, y estuvimos de coloquio casi toda una tarde. Uno de los residentes dijo que nadie le estimaba, puesto que, por haberse divorciado, ni su ex esposa ni sus retoños lo querían. Parecía muy triste, desde luego, pero tú le auxiliaste, proporcionándole una dosis de optimismo, al decirle que debía sobrellevar con ánimo la situación, con entereza, y que debía ofrecer a Dios su desconsuelo. De vuelta a casa me aseguraste que «un hombre debe aprender a envejecer, aunque es una de las asignaturas más dificultosas del arte de vivir».

Posteriormente al óbito de mamá, precisabas amparos y artimañas donde apoyarte permanentemente. Tu silenciosa añoranza te martirizaba, ensombrecía tu corazón. Los lloros se agigantaban y se convertían en sollozos interminables. Precisabas del amor de mamá,

que ya era ilusorio recobrar. Cuando se pierde una dicha es cuando se la aprecia más. Sufrías intensamente. Era el alma la que te dolía. Sufrías en silencio, eso sí. En un arrebato me dijiste: «Nacho, el silencio no es característica de la necedad, sino el honor de los sabios, quienes tienen la virtud de saber guardarlo». Quedé estupefacto aquello que me decías me parecía un acertijo. Me explicaste: «Una vez alguien escribió que “la palabra nace del silencio y en el silencio muere”. De hablar demasiado te lamentarás muchas veces. La virtud del silencio exige superabundante fortaleza, ya que la propensión del ser humano es la de manifestarse. Al hombre le corresponde ser un buen tutor de la palabra y del silencio».

Otra vez que estuvimos en el asilo de longevos de tu amigo pasamos mucho tiempo con un curioso personaje. Su vida había sido bastante disipada, e, incluso, estuvo en un correccional por participar en pillerías. Ya en los últimos años se había convertido al bien, y ahora se dedicaba por completo a ayudar a los demás. Se olvidaba de sí mismo y auxiliaba a cualquiera de sus compañeros cuando era preciso. A este hombre sólo le agobiaban sus deudas. Siempre había gastado más de lo que ganaba, y esto le pasaba factura. Conforme nos contaba su vida, más nos fascinaba. Luego, nos acompañó hasta la salida, nos extendió la mano y dijo: «Ésta ha sido la tarde más dichosa de mi vida. Es la primera vez que tengo una conversación en la que alguien intenta proporcionarme esperanza, júbilo y cariño». Y dirigiéndose a mí, aseveró: «Aprende fielmente el paradigma de tu padre, que de esta forma lograrás tus propósitos».

Un año nos fuimos de veraneo al mar. Arrendamos un apartamento en la playa de Gandía. Nos regocijamos de la dieta mediterránea y nos bañamos en unas olas cuajadas de imperturbabilidad y belleza. Fuimos hasta la costa valenciana en coche. El alojamiento era pequeño pero muy coqueto. Tenía una terraza pequeña pero lo bastante espaciada para nosotros tres. Había también unas mecedoras de mimbre y un veladorcito donde poner comer, tomar café o estar de

tertulia. Mamá encontró un mercado muy cerca del apartamento. Tuviste el acierto de encontrar una ermita para acudir a la Santa Misa. Mamá adquirió unos bañadores flamantes. Estaba todo dispuesto para disfrutar de unas vacaciones maravillosas. El primer día se presentó incomparable. Mamá se quedó en la casa y nosotros nos fuimos a la calle. Estuvimos paseando y aprovechamos para conversar. Fuimos a la playa. Estuvimos nadando y jugando, y nos reímos muchísimo. Así, en esa situación, con tu bañador, parecías bastante menos circunspecto y enseñoreado que de costumbre. Yo me reía, por ejemplo, de tus piernas largas, de que eras muy alto o de que realmente estabas fornido. Más tarde, volvimos a la vivienda. Estábamos realmente hambrientos. Mamá prefería tomar el sol en la terraza a ir a la playa. Aquel verano resultó inolvidable. Ella disfrutaba tomándose sus horchatas; tú, con tus habanos. Los domingos, después de la Misa, íbamos a comer a algún restaurante de la zona. Manteníamos larguísimas tertulias los tres solos o tú y yo, aunque yo, a veces, también charlaba con mamá. Íbamos al cine de verano y no seguíamos horario alguno: nos acostábamos y nos levantábamos a la hora que nos parecía. Recordaré aquellos días toda mi vida. Cuando tenga familia la llevaré allí alguna vez de vacaciones.

De vuelta en Sevilla, con la esplendidez que te distingue, invitaste a almorzar a un antiguo compañero de la milicia universitaria. Era creativo de campañas publicitarias. Te contó alborozado cómo había llevado a cabo un proyecto para una campaña en favor de la eutanasia que se iba a emitir en el extranjero. En el mensaje se daba por hecho que las personas mayores son un estorbo y que, si lo pedían, era mejor eliminarlas. Al marcharse tu colega, te mostré mi desasosiego por lo que había oído. Nos habíamos ido a caminar por el campo, y me consolaste: «Es normal que te atormente. El compañero de papá debe mantener a su familia y está obligado a obedecer lo que le indican en la empresa en la que trabaja. Sólo tiene una alternativa: hacerlo. Si no, tendrá que buscar empleo en otra compañía. Debes enten-

derle y perdonarle. Estoy de acuerdo contigo: de ningún modo una persona mayor es un obstáculo para la sociedad, sino un tesoro. Incluso llevarlos a un asilo es cruel. La eutanasia es una plaga maldita, pues no se puede ni se debe legitimar el suicidio ni el asesinato. La vida es lo más grandioso que impera en el universo y ningún organismo ni régimen puede imponer la eutanasia. Puede legalizarla, pero como va en contra de la ley natural, se deben desobedecer esas leyes. La vida pertenece exclusivamente a Dios, nadie la puede excluir o asesinar».

Preciso evocar ahora el día más horrible de mi vida: el de tu muerte. Habías padecido mucho: el mezquino franquista, las traiciones y el fallecimiento de mamá habían sido desgarrones que te alcanearon el corazón. Todos lloraban: los parientes, los amigos, los compañeros. Yo permanecía enhiesto frente a ti, sin convulsionar un músculo, llorando por dentro. El sufrimiento dejó sangrando mi corazón. Avistaba tu semblante plácido, en posición de firmes, como en el ejército. Hidalgo, noble, valiente, generoso, abnegado, magnánimo y lleno de ansias de vivir, así eras... Así eres, pues permaneces en mi alma. En realidad, nunca te fuiste.

Recuerdo ahora aquella anécdota tan simpática que me narraste de otro amigo tuyo que era presentador de un programa de televisión. Te dijo que su éxito y la permanencia por varias temporadas de su programa se debían a su humildad. No se prodigaba en fiestas, intentaba no ser noticia en las revistas del corazón y evitaba el protagonismo en sus entrevistas a lumbreras de la política, de la cultura o de la ciencia. Trabajaba y callaba. Ése era su lema en su carrera profesional. Te pedí que me mostraras en qué se asentaba la modestia profesional, y me dijiste: «Cuando un personaje público, como el presentador de televisión amigo de papá, tiene un desmedido protagonismo, se le hostiga por todos los flancos, exclusivamente por los celos que genera. Quizás, Nacho, la codicia es una de las más execrables pervers-

siones que pueda tener nadie. El envidioso enflaquece al ver la opulencia del triunfador».

Tienes muchos amigos y compañeros de la milicia universitaria de San Sebastián. Nos visitó otro de ellos, que llegó de la capital donostiarra empeñado en platicar contigo. Estuve atento porque vuestra conversación me atrajo. Tenía un hijo y una hija. San Sebastián es la ciudad de España con el índice más bajo de natalidad. Tu amigo era un financiero pujante y tenía posibilidades económicas para proporcionar una buena formación a sus hijos, quienes se educaron en excelentes y valiosos colegios. Luego, asistieron a la mejor universidad y, a continuación, partieron al extranjero para instruirse cursando un máster. En su familia no había problemas generacionales, aunque tu amigo te confesó con congoja: «Podía haber tenido más hijos, estoy bien situado financieramente, pero el egoísmo me lo impidió. Busqué la comodidad y evité complicarme la existencia. Temo que, cuando se casen, nos dejen en el olvido a su madre y a mí. Estoy convencido de que mi narcisismo lo pagaré cuando sea ochentón». Me impresionó su franqueza y su falta de doblez, de vasco auténtico.

Releyendo a Lope de Vega, me espeluznó el verso «A mis soledades voy, de mis soledades vengo; porque para andar conmigo, me bastan mis pensamientos». Papá, en la actualidad ya no estás conmigo, en cuántas ocasiones he advertido en lo más profundo de mi corazón que las grandes elevaciones del alma no son viables más que en el apartamiento y la soledad. Advierto que mi ánimo se enaltece hacia lo trascendental. No me colma el corazón, que se oscurece y, angustiado, busca al ser perdido para siempre. Nos encontraremos en la Eternidad, pero no dejo de necesitarte, papá. Mi angustia tortura mi corazón. Me gustaría ahora asimilar las palabras de ese grandioso escritor alemán que afirmaba: «La soledad es la suerte de todos los espíritus extraordinarios».

Te pidió consejo un neurólogo sevillano de gran reputación. Su dilema era sencillo y, al mismo tiempo, planteaba complicaciones. Se

había casado con una mujer a la que no amaba, y tuvo siete hijos. Se separó y, a los pocos meses, sedujo a otra mujer, con la que contrajo matrimonio civil. De esta segunda unión nacieron cuatro retoños. Pero le atormentaba pensar que estaba en una situación irregular. El primero de los casamientos fue pomposo, en la basílica de la Macarena, y su segunda boda fue un poco tristonza, en un banquillo ante el juez. Deseaba regularizar su vida conyugal. Solemnemente le aseveraste: «Amigo, obraste con debilidad. Cuando se contraen nupcias, es para una indisoluble existencia. Te aconsejo que si encuentras indicios para implorar la nulidad de tu matrimonio canónico, busques rápidamente un buen abogado matrimonialista y abandones en sus manos el conflicto. Ten optimismo y vive tranquilo». Esto bastó para reconfortar a tu amigo y para que yo, una vez más, me sintiera muy orgulloso de ti.

A los ancianos del asilo de tu amigo les proporcionabas una gran alegría. Eras para ellos un poco su esperanza. Una vez fuimos con golosinas para todos. Era un día de fiesta. Nos reunimos en un salón y, animosamente, contaste algunas historias. Fue una velada cordial y los dulces fueron lo de menos. De vuelta a casa me dijiste, con lágrimas en los ojos: «Nacho, jamás abandones estos encuentros, somos como una luminaria en la oscuridad de sus corazones». Y yo asentí.

En tu labor comercial conociste a un marino mercante retirado que, una vez, vino a visitarnos. Mamá dispuso unos manjares succulentos. Era un hombre simpático, achispado y sincero, muy distinguido, pero con poca lucidez para lo realmente importante. De espíritu pesimista y negativo, solía ver siempre lo menos bueno y no alcanzaba a vislumbrar lo mejor de la vida. Te contó su dilema: no conseguía un trabajo adecuado a sus aptitudes. Los trabajos anteriores tampoco le habían satisfecho lo suficiente. Finalmente, gracias a un importante empresario bien apostado, se colocó en un consorcio de ámbito nacional. Después se casó con una encantadora mujer de rango social. Fuimos invitados a su boda. La novia llevaba un vestido

blanco de cola y el novio iba con el uniforme de gala de la Marina mercante. La ceremonia fue majestuosa y estuvo dotada de gran esplendor. Me agradó coincidir con nuestro amigo el cura, que concelebró la eucaristía, y al felicitar a los novios les deseó que tuvieran muchos hijos, sin darse cuenta de que la novia era ya de una edad bastante avanzada como para ello. A consecuencia de esa anécdota, me dijiste: «Advertirás que el presbítero desconocía que los contrayentes no están para tener hijos. Verás, el matrimonio es un sacramento instituido por Jesucristo que es para toda la vida. Su fin es el de colaborar con Dios en la procreación a través del placer amoroso de los cónyuges. Lo contrario sería instrumentalizar el sacramento para el placer hedonista. Cuando un hombre y una mujer se aman de todo corazón y se casan, se transforman en una sola carne. Y son el uno para el otro. Renuncian a sus propios caprichos para compartirlo todo en esta vida, lo bueno y lo malo».

Papá, he soñado que estaba en el cielo contigo. Me acogiste con un gran abrazo. Y junto a ti estaban tus seres más queridos. En primer plano, mamá, asida de tu mano. La morada celestial despliega lo que ningún lucero percibió ni clarividencia figuró. Todo era fascinante. Reposábamos en la mansión de la Beatísima Trinidad, contigua a la morada de la Virgen y San José. Era una embriaguez sin reposo y sin fatiga. La felicidad era infinita. Éramos como ángeles, ni comíamos ni bebíamos. Sólo anidábamos en el amor...

Un día estábamos viendo un programa de esos que llaman «telebasa»». Apagamos el aparato y aprovechaste para instruirme: «Nacho, hijo mío, nos comprometemos a no derrochar nuestro tiempo atendiendo a la “telebasa”. Has visto que lo que da a entender es que el fin justifica los medios, pero sabes que esto es una atrocidad. Para lograr una gran audiencia consienten este tipo de programas. La audiencia concurre por frivolidad y porque ha perdido los valores en

una sociedad materialista y concupiscente. Al acrecentar la proporción de telespectadores son cuantiosos los ingresos publicitarios con que se lucra la cadena televisiva. Uno de los mayores anunciantes españoles, de los que más invierten en campañas, abolió los *spots* publicitarios que se estaban difundiendo en este programa, y comunicó a los medios informativos que su entidad no estaba dispuesta a colaborar en ese tipo de eventos». Con esto que me dijiste entendí, al menos, que el fin nunca justifica los medios.

Con asiduidad te premiaban por tus ventas. Tu empresa, por ejemplo, te recompensó una vez con un viaje a Madrid, con todos los gastos pagados, para toda nuestra familia. Nos pusimos muy contentos con la noticia de tu premio. Estuvimos tres días en la capital de España. Y nada menos que en el Hotel Ritz. Tu empresa alquiló un coche y lo puso a nuestra disposición. De lo que visitamos me deslumbraron varias cosas como el Museo del Prado, en el que disfrutamos mucho sin entender casi nada, y el estadio Bernabéu, pues yo era muy madridista, y sobre todo su sala de trofeos. Querías dar una vuelta por el monasterio de El Escorial y el Valle de los Caídos, y así lo hicimos, y te mofaste, como buen republicano, de Franco, cuya tumba estaba prevista al pie del altar. En esa misma excursión descendimos por el puerto de Navacerrada y nos presentamos en La Granja, y allí mostraste tu respeto por la monarquía, aunque con una cierta decepción que te causaba. Quisiste tomar el aperitivo en el viejo Madrid de los Austrias, y fuimos por el viaducto. La catedral de la Almudena estaba en construcción. Ante el Palacio Real, la Banda Municipal estaba actuando, y la estuvimos escuchando un rato. Nos encantó también la Puerta de Alcalá, la Cibeles, Neptuno, la estación de Atocha, pero la Puerta del Sol me defraudó. Mamá sólo quería ir a la cafetería Mallorca, donde nos comimos unos maravillosos pasteles. También quisiste enseñarme el estadio Vicente Calderón, del Atlético de Madrid, pero rechacé tu propuesta...

... Después de varios meses he vuelto a visitarte, en el cementerio de Sevilla; sobre tu sepulcro coloqué unos claveles rojos, de los más preciosos, en gratitud por aquel viaje maravilloso a Madrid. Igualmente corté las hierbas que se multiplicaban en torno a tus restos, y me las llevé a casa para tenerlas en un florero repleto de agua, así habitarás íntimamente en mi corazón. Vivía regocijado evocando tantas nostalgias y, a la vez, afligido por tu alejamiento físico. Mi punzada era como el martilleo del artista que cincela su obra maestra sin descanso.

Con gran angustia me acuerdo de que, para desagraviarte de las numerosas ignominias y animadversiones hacia ti por parte del franquista, embauqué a su hija pequeña esparciendo sobre ella mi frenesí. Actué por revancha, una caída ignominiosa de la que me arrepiento profundamente. Pero ahora sufro el acoso de la prima. Lucharé para no caer más en el infierno. La tía me soporta, pero el rufián franquista cada vez me reprueba con más ferocidad. Qué bien actuaste al mofarte de la tumba preparada para el cuerpo fenecido de Franco, aunque debes reconocer que no estuvo bien aquello, que fue una falta de respeto, y en una basílica.

Deseabas contarme algo importante. No me llevaste al campo como era usual. Nos sentamos en la biblioteca y me dijiste: «Nacho, quisiera transmitirte los atributos de un gran arquitecto para que, cuando seas mayor, procures imitarlos. Al terminar su carrera erigió su estudio arquitectónico y montó un equipo, para el que fichó a algunos de los mejores, a los más sobresalientes de cuantos conocía. Ganó el concurso de una importantísima obra que se iba a realizar en Sevilla. Trabajó con tesón, con muchísima ilusión, y siempre en equipo. Tenía un gran espíritu de sacrificio y le gustaba que todos los proyectos de su estudio estuvieran bien hechos y acabados. Era exigente con el grupo que trabajaba con él, pero también muy comprensivo con las circunstancias de cada uno. Fue capaz de crear un ambiente de camaradería que facilitaba mucho las cosas. Fue un hombre ejemplar, en definitiva. Actualmente, disfruta de un prestigio tan elevado que

todo el mundo quiere hacerle encargos. Triunfó en su trabajo profesional porque aplicó en sus equipos un modo de trabajar llamado humanismo profesional, que hace que la gente se sienta bien; pero también porque fue un trabajador incansable, innovador y capaz de ilusionarse como el primer día con todos y cada uno de los proyectos que le llegaban a su estudio». Desde luego, es cierto que el caudal humano es más valioso que el patrimonio social para una empresa. Si alcanzo a ser patrón, te aseguro que me comportaré como un humanista.

Soñaba otra vez. Recorriamos el Parque de María Luisa cuando vimos un cartel contra la droga que me produjo una agradable emoción, y tú me explicaste: «Nacho, la droga es la muerte, causa separaciones dolorosas y agonías desgarradoras. Esta campaña promocional pelea por la vida, que es sagrada, y contra la que nadie debe atentar. La droga es la muerte, la inmolación de adolescentes ingenuos e inocentes. Estos mensajes apelan a la sensatez individual de la juventud y les invita a emplear su libertad para poseer la valentía de vivir».

... Deposité sobre la losa que te cubre unos claveles rojos para que el perfume te alcance. Escindí los matojos que te cercan y los llevé a mi habitación, donde los puse en agua para que estuvieras más cerca de mí por más tiempo. Allí estuve contigo, pensando en mi destino. Huérfano, enquistado en una soledad déspota y cruel, provocada por mi convivencia con la tía y, sobre todo, con su marido, el franquista bruto. Sin embargo, en la soledad del silencio me ubicaba dichoso debido a de que permanecías conmigo, y éste era mi consuelo. Era una soledad acompañada por un silencio a voces. Admirando el semblante de Dios, con mamá, habitas dentro mí. Siento palpar tu corazón. Me siento el más privilegiado de los seres humanos...

Al alba, nos presentamos en una clínica de enfermos terminales, en donde estaba una amiga de mamá a la que le quedaban pocas es-

peranzas de vida, pues tenía una aguda dolencia pulmonar. Me llevabas, como siempre, para que me ejercitara en la escuela del dolor contemplando la soledad, la congoja y el silencio de los que estaban esperando con amargura la llegada de su hermana la muerte. Cuánto sufrí. Tenías el presentimiento de que me quedaría pronto solo en la vida, sin tu protección ni tu ayuda ni tu apoyo. La enferma, al ver a mamá acompañada por nosotros, ahogó en la alegría su sufrimiento. De vuelta a casa, mamá sollozaba. Tú conservabas el semblante adusto pero íntegro. Yo estaba desolado.

Un octogenario del asilo de tu amigo el potentado entró en una depresión y fuiste llamado. Acudiste de inmediato; tan importante era para ti el servicio a los demás que nada te impedía responder a las llamadas de auxilio que te hacían tus amigos. Saludaste al residente, conversaste con él y le alentaste a vivir. Yo estaba inquieto, aguardaba tu vuelta para que me narraras lo que había acaecido. Te interpele, y me dijiste: «Nacho, cada persona es un enigma y sólo Dios puede escrutar en sus entrañas. Estuve con ese longevo y le pregunté por su situación personal, a lo que él me dijo que en el asilo había cada vez mejor ambiente, lo contrario de lo que sucedía en su familia, en la que había cada vez más problemas, ante los que él no podía hacer nada, y que eso le deprimía muchísimo». Se turbó mi corazón por el sufrimiento de este anciano.

Al día siguiente, posiblemente afectado por lo sucedido en el asilo, me comentaste: «Hijo mío, debemos matar el egoísmo que roe nuestro corazón y lo deprava. Para ciertas personas la egolatría es el único motor de los actos. Opinaba Cicerón que el egoísta se adora así mismo, sin rivales, y que por eso el narcisismo es la mayor maldición de la especie humana. Por el contrario, la entrega a los demás, sin esperar nada a cambio, enaltece a los mortales. La generosidad con nuestros semejantes colma el corazón de júbilo. Quisiera que no olvidaras jamás que la egolatría produce tristeza y aislamiento en la propia miseria. Para ser dichosos tenemos que olvidarnos de noso-

tros mismos y entregarnos a los demás. No debes olvidar nunca, Nacho, que la humildad personal es el fundamento de la auténtica felicidad».

Uno de tus mejores amigos era el que se dedicaba a la publicidad. En realidad, era como tú: un vendedor, pero de ideas. Le estimabas y le admirabas. Una vez nos invitó a comer en su casa. Llegada la hora de la tertulia, que era mi favorita, le preguntaste por los famosos que se prestan, por dinero, a ser protagonistas de las campañas publicitarias, y él te contestó: «Determinados famosos intervienen en anuncios o campañas para, además de obtener succulentos ingresos, adquirir más fama y conseguir una mayor cota de popularidad. Es necesario que el artículo anunciado esté al mismo nivel que el personaje que lo fomenta. Existe un riesgo, desde luego, y es que el popular incurra en su conducta privada en un desliz, esto trascienda a la prensa, y su prestigio social se vea quebrado. En este contexto, sale perjudicada también la marca que anuncia». Me fascinó aquello, sobre todo, por la capacidad de seducción de tu amigo, mostrada en su forma de exponer las cosas, por ejemplo.

Años después, he pensado en algún momento sobre cómo las cosas se han ido aderezando cada vez más complejas conforme el mundo ha ido evolucionando. Esto se ve en la publicidad también, porque se prohíbe anunciar ciertos productos. Antes, con menos libertad, era impensable que pudiera ocurrir una cosa así, pero ahora esto nos parece lo más natural. Fui a visitar a tu amigo el otro día y le pregunté por ello. Me contestó que él opinaba que lo que acaece es que «existe una fuerte contradicción en esta materia. Al mismo tiempo que entran considerables cantidades en los caudales públicos por la venta de tabaco o alcohol, la propia Administración prohíbe su publicidad, ya que los califica como nocivos para la salud. Yo no dudo de que lo sean, sobre todo el tabaco, pero entiendo que, si está legitimada su comercialización, no puede prohibirse su publicidad. Otra cosa, por ejemplo, es que sea provechoso que se reglamente, de forma ex-

cepcional, la franja horaria en la que deben exhibirse anuncios de algunos productos en las cadenas de televisión. En una sociedad de libre comercio la denegación de la información mercantil, cualquiera que sea, es una forma de censura, lo cual es intolerable. Lo lógico sería prohibir los productos perniciosos para la salud y regular su producción, no su comercialización, si son legales».

Otro antiguo compañero tuyo, ahora profesor universitario, nos invitó un día a su casa a comer, y en la charla nos dijo que tenía problemas de relación con sus compañeros de claustro: «En tanto porfían sobre una cuestión significativa y le dan vueltas, yo ya tengo, normalmente, la solución al problema, pero no puedo exponerla porque humillaría a mis compañeros, con lo que suelo esperar a darla. Casi siempre, al final, se decide hacer lo que propongo. En ocasiones me acaece que siento indiferencia hacia los que no tienen capacidad para afrontar con un mínimo de lucidez una dificultad, pero yo luché para que ninguno vea que me determino superior a mis colegas. Invariablemente termino, no obstante, dominando la situación. Siento compasión por alguno de mis compañeros, que se esfuerzan por lograr los objetivos marcados, pero desprecio a los que creen tener en su mano la piedra filosofal y lo que tienen es un vacío absoluto». Papá, no me gustaría ser, intelectualmente, superdotado; deseo, ardientemente, ser una persona normal.

Entre los residentes del asilo de tu amigo había una añosa muy conflictiva, pero que era una auténtica autodidacta. Muy inteligente, pero poco lista. Tenía un desordenado afán de protagonismo. Muchas veces, por ejemplo, fingía tener un dolor para que se le prestara atención. Dramatizaba una pequeña dolencia para que las otras residentes y, especialmente, los hombres tuvieran compasión y se preocuparan por ella. A la postre, era una causa de conflictos en la casa. Conmovido por la postura de esa anciana te pregunté: «¿Cómo es posible vivir de esta forma?». Me alegaste: «Nacho, esta octogenaria es la imagen viva del dolor. Su egocentrismo le provoca congoja, soledad, y su an-

cianidad le origina una penosa tribulación». Con esto me resolviste la cuestión. Y me quedé satisfecho.

Papá, el amor prohibido conduce a la locura. De pequeño leí una edición de la Biblia adaptada para los niños. Me llamó la atención el rey David, que curioseó desde la azotea de palacio a una hermosísima moza, que estaba, desnuda, bañándose. La hizo llevar a su presencia y derramó toda su pasión sobre ella, que era la esposa de uno de sus generales. Quedó embarazada. El rey David procuró agasajar al oficial de sus tropas, que rehusó todos los regalos ofrecidos por el monarca y abandonó a su mujer. David, encolerizado, lo mandó a una guerra que tenía en curso, a primera línea de combate, y allí fue muerto por el enemigo.

... Mi añoranza me arrastra a un silencio insufrible y hondo. He venido otra vez a avisparte. Pongo sobre el mármol que nos separa unos claveles rojos y con mis manos frágiles, de niño pequeño, arranco las hierbas que te rodean para llevármelas a casa y ponerlas en un jarro con agua en mi habitación. Espero que el aroma de los claveles que te pongo alcance impetuoso tu semblante y me sonrías, como yo sonrío por tenerte más tiempo cerca de mí gracias a los jaramagos que me llevo...

... Quiero contarte hoy que ha venido al colegio un conferenciante con el que hemos tenido un coloquio. Todos interpelábamos sobre la cuestión central de su intervención, pero sus respuestas a nuestras preguntas destilaban agresividad y un deseo cruel de aniquilar otros argumentos que no fueran los suyos. Era sagaz y astuto, desde luego, pero sólo hacía rotundas afirmaciones, con lo que cerraba la puerta, de antemano, a cualquier posible debate ulterior. No consentía ninguna discrepancia. Creí ver que, con esa postura, reve-

laba su profundo desamor y su honda angustia vital. Era un hombre triste. Me produjo pena. Un tipo así no logra ser feliz.

El famoso filósofo Julián Marías ha dicho lo siguiente: «Hace bastantes años descubrí, con asombro, que en las enciclopedias no aparece la palabra “amor”». Lo comprendí, ya que el amor lleva al sufrimiento con regocijo. El amor consiste en la entrega a los demás, sin reservas, sin exigir nada a cambio. No se encuentra el vocablo «amor» en los manuales porque denota entrega y abnegación por el ser querido.

Un acreditado empresario cayó en un amor condenado. Una de sus empleadas, muy joven, flirteaba con él. Buscaba cualquier oportunidad de hallarse junto a su directivo y que él se fijara en sus bellos y rotundos atributos femeninos. Y consiguió seducirle. Papá, cuántas veces me has insistido diciéndome: «Cuando sientas que la pasión ha arrebatado tu cuerpo, no dialogues con ella, sal corriendo como un cobarde. Si le haces frente y decides ser valiente, serás derrotado». Conoces la inobservancia de mis promesas. Mancillé el honor de mi prima la pequeña, con quien no obré por amor, sino por castigo para tu enemigo político que te vilipendiaba. Pero ya mendigué tanto tu perdón como el de Dios.

«Llegará la hora inexorable de la muerte». Tenía cercano el tránsito al Cielo de mamá y, poco después, el tuyo. Quedé huérfano en los perversos dominios de los tíos. Tu corazón de oro, maduro para conquistar amorosamente las cosas sublimes y buenas de la creación, no consiguió soportar tan desmedida congoja, y te molían los agudos sufrimientos. Me instruiste para no tener miedo ni a la vida ni a la muerte. Un día me dijiste: «Hijo mío, he perdido a todos los seres queridos: a mis progenitores, a mis hermanos y a mamá. Estaría solo en este sanguinario vacío si no fuese por ti; la muerte nos arranca del corazón lo que más adoramos. Presto marcharé con ellos hacia el gozo eterno, lo sé. Deseo ver pronto al Altísimo». Me desolaste con esas desgarradoras palabras. Estabas llorando, y te prometí que haría todo lo posible para que fueras muy feliz mientras estuviéramos juntos.

Quiero hacerte una confidencia. Un inmigrante padecía en silencio, con paciente mansedumbre, la tiranía y esclavitud del dueño de un bazar. Con la promesa de legalizar sus documentos, ineludibles para poder afincarse en nuestro país, explotaba al expatriado con un salario grotesco, que consistía en un nimio porcentaje sobre las ventas que realizara. Su jornada era de doce horas diarias, y solamente descansaba los miércoles. Me presenté allí para adquirir una herramienta que precisaba mamá para llevar a cabo un arreglo en nuestra morada. El inmigrante bailaba al tiempo que sonaba una música de su tierra natal. Conmoverlo, le interpele por la razón de su regocijo, y me dijo: «Ayer fue mi día de descanso, hoy es la primera jornada de trabajo y, por este motivo, me hallo muy jubiloso. Mi patrón me estima mucho, trasiega todas las diligencias y trámites de mi inmigración a España y me retribuye lo justo». Me di cuenta de que ganaba, realmente, mucho más que en su país, y que sostenía a su estirpe con esta exigua soldada. Vivía dichoso y vivía muy desahogado, ya que, aun sabiéndose explotado, lograba salir adelante.

Evoco con enorme satisfacción la asistencia que le dispensaste a mamá en sus últimos anocheceres de permanencia en este mundo. La amabas tanto que me abriste el corazón cuando me dijiste que deseabas estar en su lugar. Por experimentarla dichosa hubieras sido capaz de cualquier cosa. Así de magnánimo era tu corazón. Y yo te aseguré que, cuando progresara y poseyera caudales, dispondría los medios para que mi futura cónyuge gozara del mismo bienestar.

Afligido, te mostré un problema que tenía. Unos compañeros del colegio me hablaron de que existían unos personajes llamados «adivinos», de los que nunca me habías hablado. Yo, naturalmente, negué la existencia de los mismos. Luego, en casa, me aseguraste: «Hijo mío, nunca te he comentado cuestiones que no fueran importantes para ti. Los adivinos, hechiceros o brujos son personajes que, ante la privación de valores morales en la sociedad, se lucran y montan negocios que tienen un cierto éxito por la afluencia masiva de almas

huérfanas de enjundias trascendentales. Las predicciones de los horóscopos no tienen fiabilidad, se diluyen rápidamente. Manejan engañosas con apariencia amable para fascinar la curiosidad. No se arriesgan y van sobre seguro, encadenando una generalidad con otra. Eso sí, estudian muy bien a las personas y sus comportamientos, para engañarlas mejor».

La pasión excesiva por el trabajo suscita un fuerte desequilibrio interno y origina sensación de angustia y agobio, falta de fuerza, ansiedad, mareos y apatía por las cosas sencillas. Un día me dijiste: «Nacho, cuando seas mayor y veas que tu dedicación al trabajo te somete más de la cuenta, debes ser valiente y retirarte a descansar. El trabajo es querido por Dios. El quehacer profesional realza a la persona, la perfecciona, es una maravillosa fuente de beneficios y contribuye a mejorar la sociedad. Pero el descanso es tan importante como el trabajo. Si no descansas, nunca podrás trabajar bien».

Un entrado en años fue ingresado contra su voluntad en un hospicio por sus descendientes. Éstos estimaban que allí iba a estar mejor atendido que en ninguna parte. Así fue, desde luego, en lo tangible, pero el longevo sintió el abandono de sus hijos y la amargura de la soledad. Tal cual llegó en el primer anochecer, sin liberarse, por lo menos, de los zapatos, se durmió. A la mañana siguiente, las heces le rodeaban el cuerpo. Dos celadores lo desnudaron, lo ducharon, le colocaron un pijama limpio y le volvieron a tumbar. Ésa era la primera cosa amable que este hombre recibía de personas a las que no conocía de nada. Al saber esta historia comprendí que el hombre tiene que ser tratado como lo que es realmente: un reflejo de su Creador, a cuya imagen y semejanza está hecho por Dios mismo.

La maestra de inglés del colegio, irlandesa de veintiocho abriles, bulliciosa y fascinante, acostumbraba a invitarnos a merendar. Vivía sola. Estaba soltera. Y no era feliz. Te lo expliqué y tu con atinada res-

puesta me observaste: «Nacho, la profesora irlandesa jamás logrará ser dichosa, ya que el goce en el planeta nada más arrancar se acaba. Conviene alzar el corazón a lo trascendental. A ella le da por beber y, con eso, se pone contenta, ¿sabes? Si renegara de la bebida, iría por mejor camino».

Lo mismo le sucedía a una maestra de una pequeña aldea gallega. Al tomar tierra todo era primoroso: la hermosura de la naturaleza, el sol que arrullaba, excepcionalmente, la diminuta población, el silencio que la acercaba a lo trascendental y el agua que golpeaba con fuerza viva las rocas del litoral. Pero llegó el momento de la indiferencia de los lugareños y, especialmente, de las coterráneas; la hora de la soledad real. La falta de comunicación con los autóctonos de la aldea fue terrible. La maestra cambió de actitud. Dejó de comportarse como una profesora y convirtió su vida en un permanente servicio a los demás. Estaba sola y en silencio, pero con Dios.

El profesor de literatura nos aconsejó que leyéramos la edición infantil del gran Cervantes. Y las obras me deslumbraron. Como disfrutaba de tu biblioteca, aproveché para saciar mi necesidad de leer, que se acrecentaba cada jornada. Mucho más aún cuando la heredé de ti. Entonces me dedicaba durante horas a bucear entre tus libros.

«En la clase de religión se ha estado hablando hoy sobre una cuestión apasionante: el infierno, el Cielo y el purgatorio. Me he quedado preocupado, pues el infierno me aterra, el Cielo me regocija y el purgatorio me es indiferente. Tengo miedo al infierno». Esto te dije, y me contemplaste con una sonrisa en los labios. Nos fuimos a pasear por el ejido y me dijiste: «Nacho, hijo mío, no debes temer al infierno. Debes vivir la esperanza del cielo. El infierno existe, es verdad, como es verdad también que Dios es infinitamente misericordioso y justo. Dios siempre perdona, como un padre a un hijo. Los que van al infierno son los que se empeñan en ir. Si el buen ladrón le pidió perdón a Cristo en la misma cruz, después de llevar una vida de fechorías, y Cristo le perdonó y le aseguró que

ese mismo día estaría con él en el Paraíso, qué no obrará con los escogidos como tú. Si eres humilde y pides indulgencia, te perdonará tu padre Dios. Nacho, preocúpate de tus semejantes y jamás te preocupes de ti».

Papá, padecí un pesadilla angustiosa, un sueño desgarrador sobre la mamá de tu descendiente natural, mi hermano. Soñé que había sufrido un percance mortal. Conducía su coche. Lloviznaba y la neblina impedía una óptima visibilidad. Se despeñó y cayó al fondo de un barranco. Murió en el momento. Me excité, aquello no merecía ser verídico; continué delirando. Fui al cortijo, donde había un gran duelo. Su marido y sus hijos estaban muy afligidos. Yo me preocupé, sobre todo, de mi hermano. Estuve todo el tiempo cerca de él, confortándole y alentándole. Le aseguraba que lo más valioso, en esta tribulación, era implorar a Dios para que se compadeciera del alma de su madre y la llevara pronto a su encuentro. Al sepelio asistió mucha gente. Mi hermano lloraba amargamente y con desconsuelo. Pero yo estaba allí. Todo fue un sueño.

Siguió la pesadilla, pasaron los meses, cada día era más sincera y profunda mi amistad con tu hijo natural. Nos presentábamos juntos a la mayoría de los parajes a los que acudíamos. Realizábamos excursiones. En una ocasión le relaté la verdad. Tenía necesidad de ello, y ahora que su madre no estaba con nosotros, era el momento. Por otra parte, tampoco mancillaba el honor de mamá al contárselo. En fin, que le conté lo que sabía por boca de su madre, que éramos hermanos. Se puso a llorar, y yo me asusté. Me dijo: «Nacho, son lágrimas de júbilo, yo deseaba ser tu hermano. Mi deseo se ha convertido en realidad. ¡Somos hermanos, hijos de un mismo padre! Cuánto te quiero. Ahora permaneceré perennemente cerca de ti. Guardaremos el secreto y no lo contaremos». Desperté con sudores de muerte. ¡No era una realidad, fue un sueño abrumador!

Otro de tus amigos vino un día a casa, pues quería charlar contigo. Te dijo: «Sujeto una gran preocupación. Como sabes, tengo un único hijo. A lo largo de mi vida no le he concedido el cuidado que se merecía y ahora lo estoy pagando. Le amaba, pero el trabajo me absorbía de tal forma que apenas estaba con él. Mi mujer hizo todo lo que pudo. Hoy en día me encuentro forzado a dedicarle todos los fines de semana, ya que sus amigos son toxicómanos. Su situación tomó tintes serios y estaba al borde del abismo. Lo he rescatado de esa tragedia, pero ha sido a costa de un total sacrificio por mi parte». Papá, me conmovió tu silencio ante la desgarradora narración, pero también la respuesta que le diste a tu amigo: «Tu hijo es un tesoro. El problema ha sido provocado por tu egoísmo. Debes sufrir en silencio y con mansedumbre. Conviene que seas muy magnánimo con tu hijo».

A la sazón experimentaba la necesidad de platicar contigo, sé que me percibes y que me hablas en lo más hondo de mis entrañas, siento como ascuas encendidas tus consejos en el interior de mi alma. Te traje claveles rojos, que coloqué en lo elevado de tu hipogeo, sin agua, para que su fragancia arribe veloz y te abrace y te alegres. Desmoché las hierbas que estaban alrededor de tus restos. Las llevaré a mi habitación y allí las pondré en un recipiente con agua para que estés más tiempo conmigo. Sentía la necesidad de estar junto a ti, por las razones que conoces tú incluso mejor que yo.

Se han agravado las relaciones con los tíos. Tu enemigo político, cada día que pasa, es más cruel e infame conmigo. Se desquita de ti a través de mí. Soy su víctima propiciatoria. Me instruiste para ser valeroso y siento que lo voy consiguiendo. No sólo cohabito con el dolor, sino que lo miro de frente. Papá, tengo una tentación espantosa, vivo al borde de contravenirte y resbalar por los senderos del amor prohibido por venganza. He seducido a mi bobalicona segunda prima. La he embelesado con mi mirada y mis palabras. No sabe que tolerarme en el amor es una táctica para deshonar la reputación y lastimar el co-

razón de su padre, tu adversario. Papá, que estás con mamá en la Gloria, auxiliame para que no deprave mi alma. Mendígale a nuestro Creador que me proporcione pujanzas para no sucumbir en lo que tanto apetezco: purificar tu memoria mediante la deshonra del marido de mi tía y de su hija, la segunda de mis primas. Deseo no caer en esta tentación. La tía continúa displicente, no percibe nada de lo que pasa. La prima mayor me acompaña al colegio y me trata con desprecio. Ampárame, papá, solicita a nuestro Redentor que me ayude.

Conservas un pariente lejano que vive en Barcelona, muy saleroso, perspicaz e intuitivo pero sin letras. Pese a su falta de conocimientos científicos, goza de una gran reputación, tanto profesional como social. En su linaje es el que soluciona cualquier tipo de crisis. Da soluciones salomónicas a todas las cuestiones embarazosas que se presentan. Se casó con una mujer agraciada, opulenta, lista y esbelta, pero no tienen hijos, puesto que ella es estéril. Tu pariente se ha jubilado y viven en una casa de campo llena de lujos, pero les falta la alegría de los hijos. Vinieron a vernos, y cuando se marcharon, te propuse caminar, fiel a nuestra costumbre, por el campo. Papá, precisaba saber por qué el Todopoderoso consiente que haya matrimonios que no puedan tener hijos. Observándome de arriba a abajo, me manifestaste: «Hijo mío, es un arcano que no te puedo esclarecer con precisión. Cuando Dios consiente esta circunstancia, es porque tendrá sus motivos o sus planes para esas personas que se han enlazado. La verdad es que no lo sé, Nacho». Pero a mí me alegró saber que no tenías siempre respuestas para todo. Es muy humano.

Lleno de congoja me enteré de la ejecución de un convicto. Una inyección letal puso fin a su existencia. A través de una gran cristalera se podía asistir al repulsivo espectáculo. Me dolió la maldad inagotable de los hombres. Se encontraban como espectadores de tan inclemente ejecución los parientes del reo. Experimentaban en su corazón una

tormentosa aflicción, degradación e ignominia ante la agonía de su consanguíneo en el cadalso de los condenados. Papá, me has enseñado que nadie, ni el mismo interesado, es propietario de su individual existencia. Se halla la cadena perpetua. Nadie es propietario de la vida de un ser humano, que es algo que exclusivamente pertenece a Dios.

Grande fue el arrojito del hijo de un profesor del colegio. Se enamoró de una chica, y ésta le avisó de que su mamá yacía sentada en una silla de ruedas; era inválida a causa de un accidente de tráfico. El pretendiente le declaró: «El amor está por encima de cualquier circunstancia». La madre fue a la boda de su hija en silla de ruedas, y estaba radiante de felicidad. Este joven novio poseía un corazón de oro, como el tuyo, alumbrado para querer.

Me dijiste que un amigo tuyo, de los más fraternales, había recibido un fuerte golpe. Trabajaba al frente del servicio de ventas de una empresa multinacional de ordenadores. El superior del que dependía no le defendió ante una determinación arbitraria sobre su conducta. Careció de la nobleza necesaria para ser equitativo ante una resolución injusta. Y aquello me dolió bastante.

Hablando de mi futuro profesional, me alentaste un día con aplomo y convicción: «Nacho, hijo mío, el trabajo ennoblece al hombre. El aburguesamiento le lleva al fracaso, tanto individual como familiar, laboral y moral. Sostenía Rousseau que el trabajo constituye un deber imprescindible para el hombre. Rico o pobre, fuerte o débil, todo holgazán es un ladino. La ociosidad, el no hacer nada, es una ofensa a la misma humanidad. El trabajo aleja de nosotros tres grandes y espantosos males: el tedio, el vicio y la miseria. Por otra parte, el trabajo contribuye al progreso de las naciones y al bienestar social. El hombre feliz es el que trabaja y pugna por realizar su trajín con excelencia. No lo olvides jamás, toda faena lleva en sí su recompensa, alegra el espíritu, proporciona la economía necesaria para sobrevivir y evita que la existencia sea espantosamente solitaria».

No quiero ser como el marido de una amiga de mamá que nos contó un atardecer cómo obtuvo su plaza de catedrático universitario. No tenía ilustración, ni siquiera la enseñanza media. Trabajaba en una compañía dedicada a la publicación de diarios gratuitos. Se acogió a un sistema de convalidación cuando surgieron las Facultades de Ciencias de la Información, con las tres ramas de Periodismo, Publicidad e Imagen, y logró, previa prueba, la titulación oficial que otorgaba, entonces, el Ministerio de Información y Turismo. A través de un íntimo amigo suyo, catedrático en dicha Facultad, consiguió su incorporación como colaborador en el departamento de proyectos editoriales. El reglamento de dichas facultades legalizaba la convalidación de las diversas titulaciones, que eran de tres cursos, por la licenciatura, de cinco. Tuvo que aprobar su acceso a la universidad por el sistema urdido para los mayores de veinticinco años. Posteriormente se presentó, y aprobó la tesina de convalidación, ante un tribunal constituido por cinco catedráticos, y tras superar un examen. Incluía el tener que matricularse en dos materias, ya que, analizada su documentación académica, el tribunal desnudó dos carencias en su formación. En el referido reglamento se indicaba que todos los graduados por las primitivas escuelas estatales de Periodismo, Publicidad y Cine que hubieran desarrollado una actividad educativa durante dos cursos, exhibiendo el testimonio pertinente, no tendrían que matricularse de esas dos asignaturas. Presentó la documentación y se le otorgó, instantáneamente, la licenciatura en Ciencias de la Información, rama de Periodismo. Como trabajaba de ayudante del catedrático secuaz, se inscribió en los cursos de doctorado y, sin acudir a ninguna clase, se le proporcionaron los créditos ineludibles para comenzar la tesis doctoral. Con los apoyos de diversos catedráticos, defendió el grado y coló como doctor. Disponía de todas los requerimientos reglamentarios para poder acceder a una titularidad en la aludida Facultad. Dos catedráticos llegaron a un acuerdo, que consistía en que uno tutelaba el tribunal del colaborador del otro y el otro hacía lo mismo con lo del

uno. Luego, quedó una plaza vacante de catedrático, y se la concedieron a él. La mayoría de sus colegas lo conocen. ¿Cómo puede ser posible que un ignorante obtenga una cátedra universitaria?

Era la festividad de los Reyes Magos. Tu amigo terrateniente, el del asilo, te pidió que fueras dar unos regalos a los residentes. Me llevaste contigo. Alquilamos unos disfraces; tú ibas de rey y yo te acompañaba de paje. Tu amigo preparó los regalos y envolvió cada uno de ellos en papeles muy bonitos. Engalanaron todo el asilo e instalaron unos altavoces para que la música se oyera bien. Resultó maravilloso. Tú, lleno de alegría y con una simpatía arrolladora, fuiste entregando los regalos que yo te iba pasando. A los longevos les dabas un abrazo y a las ancianas un beso en la mejilla. Al final tuvimos un ágape: unos refrescos, cava, caramelos y un roscón de Reyes. Regresamos a casa llenos de alegría por haber sido capaces de alegrar la vida, durante un rato, a un grupo tan deseoso de regocijo. Tu amigo envió a mamá un jamón de pata negra, en agradecimiento por todo lo que hacías por su institución.

En la Guerra Civil eras bastante joven y estabas lleno de vitalidad, te apasionaban las ideas republicanas y eras consecuente con ellas. Llegaste a ser comandante político, y, al concluir la contienda, fuiste encarcelado. Me dijiste que nunca asesinaste ni permitiste ningún fusilamiento y no maltrataste a nadie. Lo único incorrecto que llevaste a cabo fue saquear la casa de un personaje opulento, de la alta aristocracia de Sevilla. Los informes, según me contaste, eran más engañosos que Judas, el traidor que vendió por treinta monedas a Cristo. Estuviste condenado a muerte durante quince días. La angustia te doblegaba la voluntad. Mamá te llevaba todas las semanas un paquete de alimentos, ya que con la comida del penal no podías sobrevivir. El tribunal dictó sentencia en firme y te condenaron a treinta años y un día de cárcel. Tú, como siempre, tuviste recursos y redi-

miste la pena al incorporarte a la banda de música del presidio. Cada día se valoraba por dos. A los siete años quedaste libre. Fue una época entreverada de amargores terribles. Cuando comenzaste una vida normalizada, buscaste trabajo y sólo encontraste la amargura de la indiferencia, pero las contradicciones sólo te afectaron tangencialmente, nunca te hundieron.

Otro gran amigo tuyo, compañero de colegio, licenciado en Filología inglesa, se quedó en el paro. El liceo donde impartía sus clases había suspendido pagos por una mala administración de sus gestores. Era inteligente y un buen docente, aunque ya un poco mayor para buscar empleo. Mendigaba trabajo y no lo encontraba. Llamaba a las puertas de sus antiguos amigos y no le abrían. Lloraba su corazón en las horas de soledad y silencio, en el abandono total de tus allegados y amigos y en un total desprecio de los conocidos. Yo te pregunté, papá, por qué tanta vileza, y me respondiste, con sinceridad salvaje: «Hijo mío, eres todavía muy joven. No entiendes que el corazón del hombre, dañado por la naturaleza caída, es capaz de todas las barbaridades imaginables. Ante el dolor de los demás, en ocasiones, se endurece. Ésta es la condición del ser humano cuando no vislumbra en el otro a un hermano, todos somos hijos de Dios, y lo desprecia. No le preocupa su situación. El egoísmo produce tristeza y la entrega a los demás, prestándoles servicios y ayudándoles en sus necesidades, llena el corazón de una gran paz y el alma de una inmensa alegría. Siempre, Nacho, debes recibir a un hombre angustiado con una sonrisa en tus hocicos y una luz en tu alma, derrochando concordia y júbilo».

Hoy te vas a llevar una gran sorpresa, es el día de Todos los Santos, te visitaré con tu hijo natural, no reconocido, no por cobardía sino por amor a mamá. Ya somos muy amigos, somos hermanos. Nos hemos reído mucho en el cementerio de Sevilla, sin faltar al respeto de los difuntos que nos rodeaban, de un gitano que estaban enterrando. Debió de ser muy acaudalado, a juzgar por el sepulcro tan lujoso en el que había sido inhumado. Lloraban las gitanas como si

fueran plañideras, los hombres de negro y con el típico sombrero negro, los niños vestidos con las mejores galas, llena la tumba de flores y todos los familiares alrededor del difunto. Era un espectáculo verlos. Y no hemos podido soportar la risa. Que Dios nos perdone.

Hasta que llegamos al lugar donde reposan tus restos mortales, íbamos riendo con suavidad y discreción. A tu hijo natural le comenté que deberíamos llevar el doble de claveles rojos, pagados a medias. Le pareció bien. Las colocamos en lo alto de tu sepultura y arrancamos las malezas que habían crecido alrededor de tu cuerpo. Le conté lo que hacía en mi habitación: ponerlas en agua para que permanezcas más tiempo cerca de mí. Él me dijo que haría lo mismo, y repartimos las hierbas frescas en dos ramilletes. No hablé contigo ni te conté mis cosas. Grande era el regalo con el que te obsequiaba, llevarte a tu propio hijo, el que dio a luz tu amante. Se parece a ti. Tiene dignidad, elegancia, gracia en el decir, sabe estar, es valiente, generoso y, sobre todo, sabe amar con un gran corazón, como el tuyo. Estábamos felices. Volvimos a casa andando, los autobuses iban repletos. Charlamos de todo. Tu hijo me preguntaba cosas tuyas y yo, en la medida de mi capacidad, le iba contando todo lo que me brotaba del corazón. Estaba embelesado. Ya te quería tanto como yo.

Al día siguiente soñé. Fue una irrealidad maravillosa. Mi hermano y yo, con la ayuda de su papá, que está bien posicionado, nos marchamos de casa y fuimos a vivir a un apartamento que está cerca del colegio al que asistimos. Tu hijo está en un curso superior al mío, es un año mayor. Cuando me desperté le dije a Dios, enfadado, que no me gaste bromas tan pesadas.

Un filólogo y licenciado en Ciencias de la Información nos visitó. Fue encantadora la comida. Yo ayudé a mamá un poco más de lo habitual y preparé el aperitivo para antes de almorzar. Durante el café mantuvimos un diálogo impresionante. Casi un monólogo de tu amigo sobre la infancia. Un auténtico sabio. Dominaba todas las materias, cualquier tema que se tratara. Solamente tenía una laguna: el

deporte. Odiaba a muerte el fútbol, al que consideraba el opio de las masas. Pero conoce a la perfección las ciudades españolas que tienen un cierto arraigo histórico. Domina todo lo relacionado con Ávila, Toledo, Segovia, Salamanca y Burgos. Tiene un modo de plantear los temas que persuade, seduce y convence a sus interlocutores. Únicamente se le puede vencer a través de quiebros o chistes con doble sentido. No tiene sentido del humor ni tampoco flexibilidad mental o cintura para sortear una embestida dialéctica compleja. Domina totalmente las fechas de los acontecimientos históricos más relevantes así como también los nombres de los pensadores, políticos, economistas y eclesiásticos de la actualidad y del pasado. Tiene una inteligencia privilegiada, verbo fácil para transmitir lo que desea que se conozca, persuasión que convence y una sólida seducción que dirige fielmente a su interlocutor al lugar y tiempo que él desea. Tiene un fuerte temperamento y una gran personalidad, pero su delicadeza en el trato le hace más asequible a todo tipo de gentes de toda condición o nivel cultural, social y educativo.

Papá, me gustaría que me dieras tu opinión sobre la jubilación de los trabajadores. Es a los sesenta y cinco años, pero se han llevado a cabo prejubilaciones antes de la edad prevista. Te pedí tu opinión y me dijiste: «Verás, Nacho, aunque todavía estás muy lejos de tu retiro laboral, te daré mi opinión personal, que, cuando te llegue el momento, puede ser totalmente caduca porque hayan cambiado las cosas. En estos momentos el paro determina muchas de las actuaciones de los políticos. Se legisla para que se prejubilén antes de la edad legal, los sesenta y cinco años, para lograr que disminuya el paro. Por otra parte, las arcas del Estado están vaciándose, por lo que peligran las pensiones de los futuros jubilados. Los países más avanzados han pactado elevar la edad para jubilarse, y libremente una persona puede decidir retirarse del quehacer profesional a los setenta años, si así lo

quiere. La misma política se empleó con los profesores universitarios. Se les impuso la jubilación obligatoria a los sesenta y cinco años y, posteriormente, se ha vuelto al sistema de jubilación anterior: retirada de la actividad docente a los setenta años. A partir de ese momento pueden seguir como profesores eméritos. Pero pocos son los que continúan».

Un día, papá, estabas inspirado o, al menos, con deseos de transmitirme algunas ideas sobre la alegría de vivir. La calidad de vida no consiste en mejorar el bienestar material y trabajar menos, sino en conocer la propia capacidad y adecuar la actividad a esas posibilidades que cada persona tiene. Un pensador moderno afirmaba que se zafaba de tensiones con la alegría de vivir. Se trata de una actitud personal e interior de cada ser humano. El deseo de vivir apasionadamente la vida debe estar orientado por la idea de «dónde venimos y a dónde vamos». Nos creó Dios y a Él estamos destinados. Viviendo con alegría y optimismo, a pesar de las contradicciones, la dicha que produce el olvido de sí mismo ocupándose de los demás. También nos ayudará a vivir con una mayor calidad de vida el buen humor, que es una cualidad vital que nos libra del desaliento, llevándonos al optimismo y a ser emprendedores, incansables y noblemente ambiciosos. Yo, después de escuchar todas tus maravillosas afirmaciones sobre la alegría de vivir, te hice una sola pregunta: «Sí, papá, pero a un poco de gozo le sigue un gran sufrimiento». Me aclaraste que yo estaba equivocado: «Nacho, has olvidado en tu afirmación una palabra importantísima, el egoísmo. A un poco de alegría le sigue más felicidad si expulsamos de nosotros mismos la egolatría».

Son demasiados los millones de personas de todo el mundo que tienen el problema de la drogadicción, y la cuarta parte de las muertes de jóvenes tiene alguna relación con el alcohol. Se acusa a las campañas publicitarias de ser culpables del excesivo consumo de alcohol por parte de los jóvenes. Muchos jóvenes han perdido el norte, no tienen valores humanos, no encuentran alicientes sanos en la vida

y han olvidado los valores trascendentales. Debe la juventud regresar al disfrute de la vida a través de lo hermoso y lo bello que es vivir sin envilecer el cuerpo y, por lo tanto, el alma. Lo de las drogas es terrible.

Un amigo holandés, conocido en uno de sus viajes por nuestra tierra, te visitó. Venía a España para cerrar unos negocios y tú le invitaste a comer. Yo me ocupaba en mi lectura favorita: «El Guerrero del Antifaz». No me interesaba mucho tu amigo el holandés ni sus historias. En un momento determinado, dejando la lectura, me acerqué. Aquella conversación sí me interesaba. Te decía el extranjero: «Mira, viví unos años en España y lo pasé bastante mal. Me encontraba siempre en inferioridad de condiciones. En todo lo que hacía o afirmaba, se me miraba como el ignorante, el intruso y el inculto, por no estar embebido de la cultura española. Regresé a Holanda. Allí era uno más y se tenían en cuenta mis opiniones».

Me contaron un día las personas mayores que suelen tomar el sol en la Plaza Nueva una anécdota relacionada con la historia de la dictadura en un cierto país. Se trataba de llevar a cabo una limpieza étnica. El corazón endurecido y la ambición llevaron a que se cometieran allí auténticas atrocidades inenarrables. Al final, al dictador se le condenó por crímenes contra la humanidad. Tres fueron los sucesos que me narraron los viejos de las atrocidades que se llevaron a cabo. El primero consistió en que varios militares armados irrumpieron en un hospital y seleccionaron a cientos de personas, las llevaron a una pradera y las ejecutaron. En otra ocasión, por miedo a que se les asesinara, un numeroso grupo de hombres, mujeres y niños se escondieron en un bosque. En esas circunstancias parió una mujer embarazada. Fueron capturados y, sin excepción, los subieron a unos camiones del ejército, los introdujeron en una cabaña y la rociaron de gasolina. Después de sellar la puerta, prendieron fuego a la covacha y murieron todos, incluido el recién nacido. La última historia que narraron fue sangrante: un grupo de mujeres se encontraban confinadas para un espeluznante abuso sexual, eran violadas por los soldados constante-

mente. Una vez se cansaban de ellas, los mismos soldados las arrojaban a un pozo, y no fueron encontrados hasta varios años después sus despojos. Te pregunté: «Papá, ¿por qué tanta barbarie?, ¿por qué se llama “limpieza étnica?”», y tu respuesta fue: «Mira, Nacho, el ser humano es capaz de cometer todas las atrocidades que te puedas imaginar por limpieza étnica, por fanatismo o por un desordenado afán de poder. Cuando los derechos humanos se atropellan, de la forma que sea, el hombre se envilece, se ciega y no puede aquietar el frenesí de la espiral de la muerte. Se trata de no percibir, dentro de su alma, que el hombre, por ser hijo de Dios, tiene derecho a la vida siempre. Las ideas, del tipo que sean, racistas, xenófobas, políticas o religiosas, no justifican, jamás, el asesinato. Nunca se puede eliminar a un ser de este mundo, ya que es hijo de Dios».

Los tíos iban todos los domingos y fiestas de guardar a escuchar la Santa Misa con las primas, y me llevaban con ellos. Un Miércoles de ceniza la tía me pidió que la acompañara a recibir el polvo, que depositó el sacerdote encima de mi pequeña cabeza. Asistimos a la Santa Misa, aunque me explicó que no era día de precepto. Al imponer sobre mi frente la ceniza, haciendo una cruz, el sacerdote me dijo: «Polvo eres y en polvo te convertirás». Aquellas palabras me impresionaron, papá. E increpé a la tía, instigándola para que me explicara la razón por la que le gustaba que le dijeran esas palabras. Ella me contestó: «Nacho, no olvides que todos nos vamos a encontrar con tu papá en el Cielo. El cuerpo se separa del alma a los pocos segundos de la muerte. El alma espera, paciente, la resurrección de la carne para volver a unirse al cuerpo, pero de forma gloriosa; serán como ángeles, con la misma carne que tenemos ahora». El final no lo entendí mucho, y creo que la tía tampoco, pero afirmó rotundamente que era un dogma de nuestra fe.

¿Recuerdas a aquel amigo tuyo, compañero de la milicia universitaria, que se alistó en la Legión? Nos contó muchas cosas cuando te visitó y estuvimos almorzando. Me he acordado ahora, de repente,

de una de las anécdotas que nos refirió. El encargado del botiquín del batallón de legionarios no podía comprar bebidas alcohólicas, pues tenía una economía muy ligera de equipaje. Ante una situación tan desesperada, sustrajo una botella de antiséptico de noventa grados, la mezcló con agua y se emborrachó. Aquél brebaje era casi mortífero. No llego a comprender del todo cómo es posible llegar a tener una dependencia tan enfermiza, pero tampoco me explico cómo es posible que un teniente de la milicia universitaria, bien preparado y con gran prestigio, se incorporara a la Legión. Cuando nos volvamos a encontrar, ya en el Cielo, espero que me saques de mis dudas.

Tú, papá, nunca me has pegado, en ti nunca ha existido un maltrato hacia mi persona. Me contaste que existe un estudio sobre «Maltrato infantil en la familia» que refleja datos y estadísticas espeluznantes. Afirma el citado estudio que hay que defender a los niños de las agresiones de quienes tienen la principal responsabilidad de velar por ellos: sus progenitores. Es algo horrible que los fuertes maltraten a los débiles y mucho peor que los agresores sean sus propios padres. Seguía afirmando el informe que suelen ser malos tratos físicos, abusos sexuales o virulentos maltratos emocionales. Mostraba el dato de que, en España, algunos padres maltratan a sus hijos. Se debe defender a esos hijos, que son seres inocentes que sólo conocen a sus padres como su única fuerza, esperanza, ilusión, amor y suprema autoridad. ¡Cómo será, papá, el corazón de una madre que maltrata a su propio hijo! No debe tener entrañas, no existirá en el mundo un desamor tan grande. Su alma estará llena de odio hacia los demás. Será una persona amargada, triste, ebria, drogadicta o prostituta. No es posible que una madre, con una vida estable, pueda llevar a cabo tal atrocidad.

El esfuerzo de una persona le lleva a su propia libertad, a la capacidad de descubrir y desarrollar una vocación profesional auténtica. Por lo tanto, el principal derecho humano es el de vivir y ser persona,

con todas sus consecuencias. En esa libertad personal se encuentra la responsabilidad. Papá, la libertad humana es el origen de muchos bienes y muchos males. Dios la concedió hasta el extremo de que el hombre pueda rebelarse incluso contra Él. En la predestinación existe la libertad hasta los pocos segundos que separan el alma del cuerpo. En esos escasos momentos el hombre, empleando su libre albedrío, puede variar la voluntad de Dios. Es capaz de rebelarse o unirse a su Creador. Tú, papá, siempre me has concedido toda la libertad que yo necesitaba en cada momento. Siempre me explicaste que la libertad tiene una frontera, y que si ésta se cruza se pasa al libertinaje, que constituye la degradación de su propia capacidad de elección. Me dijiste: «Un famoso filósofo llamado Burke se preguntó: “¿Qué es la libertad sin la sabiduría y la virtud?”. Es el mayor de todos los males posibles, porque es demencia, vicio, desatino y carencia de tutela y freno».

Muchos jóvenes necesitan perder la conciencia de su propia existencia. Renuncian a la bebida en la discoteca y prefieren la vía pública para embriagarse. Muchos jóvenes han preferido emborrachar sus neuronas. Decía una abuela a sus nietos: «Si vais a empinar el codo, hacedlo aquí cerca, donde yo os pueda ver». El mal menor está en beber en la calle, la discoteca es el lugar donde las mafias delictivas y de la droga pueden acceder a los jóvenes sin tener que desplazarse demasiado. ¿Qué penosa situación! ¿Dónde están los valores que les inculcaron en sus familias? Quizás fuiste muy duro conmigo. No permitiste ningún desliz en este sentido. Tampoco necesitaba adormecer mi conciencia, era feliz contigo. Estaba en un hogar lleno de luz y muy alegre. Nunca te peleaste con mamá delante de mí. Un disgusto os separó unas horas.

Papá, la pornografía infantil es una plaga; la utilización de las personas y, en concreto, de los niños, para su explotación sexual es degradante. Te dije que no entendía tal aberración. Tú me explicaste que el sexo está destinado a la procreación. Yo insistí: «Pero ¿por qué se emplea con niños que no pueden concebir ni procrear?». Y tú me con-

testaste: «Nacho, hijo mío, el ser humano puede llegar a tal degradación que busca nuevas sensaciones a cualquier precio. No importa la destrucción moral de las vidas. Los niños dejan de ser personas normales cuando han sido explotados, como instrumento de placer, por otros mortales. Terminan en la delincuencia, la drogadicción o el terrorismo. La vida para estos niños, cuando son mayores, no tiene sentido. Los explotadores sexuales de niños deberían ser encarcelados para toda la vida. Nadie debe estar a merced de esos desaprensivos».

Una extraña infección, provocada por un hongo, ha destrozado los tejidos del rostro y ha consumido los ojos, la nariz, las mejillas y el paladar de un compañero tuyo de colegio. Quería visitarte, pero le avergonzaba, en cierto modo, su situación, algo paliada porque le han aplicado una prótesis, una máscara de silicona. En cierto modo, ha recuperado la ilusión de vivir. Le insististe y vino a casa. No le invitaste a comer, solamente a pasar un rato el domingo por la tarde, para que se sintiera más cómodo. Observé su mirada, no tenía vida, era fría, parecía la de un cadáver. Su rostro era una máscara cuidada, pero sin vida. ¡Cuánto sufría! Gran lección nos dio al afirmar, de sopetón: «Acepto, con alegría, la voluntad de Dios. Lo ha permitido y es para mi bien. Quizá me sirva para alcanzar el perdón de tantas maldades que he cometido a lo largo de mi vida. Estoy alegre porque estoy ganando el Cielo ya aquí en la tierra. La amargura y la tristeza me podrían apartar de Dios. Lo único que espero es su misericordia infinita y gozar de la Gloria eterna». Papá, ese amigo tuyo es un santo. Yo estaría triste y no saldría de casa por vergüenza. A este hombre, cuando se marche a la otra vida, se le debe canonizar.

Papá, siempre me hablas del egoísmo como un mal innecesario, pero que existe. Me sorprende la fuerza con la que me aleccionas. Un día me comentaste, paseando por el campo, lo que significaba para la humanidad el egoísmo: «El primer infierno es el que construimos con nuestras manos en la tierra, es el del egoísmo. Se va metiendo dentro de uno mismo y no se encuentra satisfacción en la propia existencia.

Se llega a una profunda tristeza, que es el despojo del egoísmo, y a un total y absoluto vacío. Nacho, no olvides que la egolatría produce, además de tristeza, el aislamiento en la propia miseria personal».

Un profesor, ya muy anciano, que disfrutaste en la universidad ha fallecido. Te emocionaste, le tenías un gran cariño. Fue tu asesor a lo largo de tu carrera universitaria. Me llevaste al funeral para que aprendiera en la escuela del dolor, como otras veces. Todos los familiares, como es costumbre, sentados en el primer banco de la parroquia donde se oficiaba la Santa Misa. En la homilía del celebrante principal, un antiguo alumno del profesor, ordenado sacerdote después de terminar la carrera, dijo: «El amor es más fuerte que la muerte. Las aguas torrenciales nunca apagarán el fuego de la caridad, esto es, del amor. La muerte es Vida». A mí me agradó esta afirmación. Pensé en lo que, en cierta ocasión, comentaste: «Se debe permanecer disponible a la misteriosa exigencia del amor».

También me impactó la semblanza que hizo del profesor en relación con las Bienaventuranzas. Él daba todo lo que tenía a todo el mundo. Era un hombre de paz, siempre tendía un puente en los conflictos. Sufrió la persecución en sus propias carnes: era extranjero y estaba exiliado. Luchó durante años por recuperar a su familia, que vivía en su tierra de origen, a varios miles de kilómetros de la universidad donde trabajaba. Concluyó el predicador afirmando que fue un hombre entregado a sus alumnos en cuerpo y alma, con total olvido de sí mismo. Compartió generosamente toda su sabiduría. Sucedió una pequeña anécdota: asistió al funeral, un poco de incógnito, ya que no llevaba escolta, un conocido político que fue alumno suyo.

Papá, estoy contigo, miro tu tumba y te imagino sonriéndome, digno, elegante y con tu hombría de bien. Lloro amargamente, como el rey David, la miserable tentación de hace unos días. Suspiro con profundos sollozos que nacen de las honduras de mi alma. Son alegres

y tristes a la vez. Ardientemente deseo abrirte mi corazón. A pesar de mi desazón no he olvidado los claveles rojos, que he depositado en lo alto de tu sepultura, para que su aroma llegue cerca de tu rostro, y también he talado un buen ramillete de hierbas, que depositaré en un jarrón, con agua, para tenerte más tiempo cerca de mí. Te cuento. Tu enemigo, el fanático franquista, te ha manchado el honor de manera vil y cruel sacando a relucir tus amores prohibidos, diciendo que fuiste un fracasado en tu vida profesional, ya que nunca ejerciste una profesión acorde a tu formación, pues te dedicaste a ser agente de ventas. Se ha mostrado inhumano y lleno de odio hacia ti. Y todo ello delante de mí. No podías defenderte, pues ya estás contemplando el rostro de Dios, y yo soy todavía un pobre niño sin fuerza ni poder alguno. Sólo existía una solución vengadora: manchar su honor derramando mi pasión sobre su segunda hija, mi prima, con la que había incluso programado una estrategia para cuando llegara el momento. Pero algo en mi interior me frenó en seco, justo cuando iba a cometer esa atrocidad. Tus enseñanzas y palabras me iluminaron, de repente, y me di cuenta de que lo que iba a hacer era una ofensa grave contra Dios y contra tu propia memoria, pues nunca hubieras aprobado el acto que yo estaba dispuesto a emprender. Toda mi pasión carnal estaba doblemente apasionada por la venganza, y me encontraba dispuesto a ejecutar una verdadera crueldad para desagraviarte. Sé que te pondrás triste y alegre tú también, porque aunque he sido valiente, generoso, digno, hasta el último momento no he huido de la ocasión, sino todo lo contrario, la he buscado. Ayúdame, papá, quiero ser fiel a tus consejos, a tus maravillosas enseñanzas. ¡Cómo te echo de menos! ¡Me dejaste muy pronto solo y desamparado! Dios lo permitió y Él sabe más. Le doy gracias por haberme ayudado a superar la situación, pero le pido ayuda para que no permita que regresen esas tentaciones perversas. ¡Qué difícil es todo!

Vino al colegio un conferenciante que nos habló de la vida y de la muerte. Decía que se muere como se ha vivido. En un determinado

momento afirmó: «Todos los hombres se sienten frágiles e indefensos ante el abismo de la muerte». Yo no estaba de acuerdo con esta aseveración. Tú me has enseñado que no hay que tener miedo ni a la vida ni a la muerte. También que nuestra hermana la muerte vendrá en el mejor momento para llevarnos a la presencia de Dios, que no es un impío y no puede permitir abatirnos desprevenidos. Dios nos llevará a su presencia cuando estemos sazonados y bien preparados. Él desea nuestro bien, nuestra felicidad y nuestra alegría. Un día me dijiste: «Nacho, bienvenida nuestra hermana la muerte, nos ayudará a trasladarnos de morada».

Estuvo con nosotros un africano al que conociste en un curso especial para vendedores, organizado por una importante universidad. Me extrañó que no utilizara, para almorzar, el cuchillo y el tenedor. Comía con las zarpas, con los dedos. Parece que es una costumbre de su país. Nos habló de la salvaje epidemia que en el continente africano está causando estragos. Nos dijo que, a pesar de todo, es fácil conseguir que cambien los comportamientos de vida. En África la cuarta parte de la población es seropositiva, esto es, tiene incubado el virus de la mortal enfermedad. La labor de formación se comienza con los jóvenes —nos dijo— comprendidos entre los diez y los doce años. «Les preparamos para asumir la sexualidad, enseñándoles a dominar su comportamiento, preparándolos para el casamiento. Con los matrimonios jóvenes se tienen reuniones para estimularles a la fidelidad y a ser honestos y responsables». La exposición me gustó, pero me entristeció el porcentaje tan abrumador de seropositivos que existe en el continente africano, de donde es natural tu amigo. «Esta enfermedad contagiosa —me explicaste— es llamada la plaga del siglo veinte, y está provocado por la utilización, *contra natura*, del sexo. También se genera esta enfermedad por la drogadicción, la homosexualidad y, a veces, a través de las transfusiones de sangre».

Te llamó tu buen amigo, el dueño del asilo, y te propuso que le acompañaras en una visita rutinaria, para estar, simplemente, con los

residentes y conversar con ellos. Tú, a tu vez, me pediste que fuera contigo. Llegamos en su coche: un descapotable de lujo. A nuestro encuentro salió el director. Dos mujeres, ya ancianas y muy veteranas, de las más asentadas del centro, se habían enfrentado verbalmente. Una de ellas había sido abandonada en un orfanato cuando se separaron sus padres. Había luchado mucho por sobrevivir a esa hecatombe familiar. En su propia soledad y en el desamparo fue creciendo y llegó a conseguir una aceptable posición social, pero nunca logró desprenderse de su angustia vital y de un complejo de inferioridad salvaje que la martirizaba. Siempre se había sentido superior a las demás, y ahora también, con lo que se había granjeado el rechazo del resto de las internas. La otra anciana procedía de una familia humilde, pero su tenacidad la llevó a obtener una buena formación académica y humanística, que le permitió llegar a ocupar la subdirección de la orquesta sinfónica de Sevilla. Sufría una depresión debido al excesivo estudio y a la presión de su trabajo, entre la música y la política, durante años, y era muy irritable. Por un detalle sin importancia tuvieron un enfrentamiento de varios días, en el que llegaron a dar gritos y portazos, provocando el escándalo en el resto de los moradores. La situación era insostenible, aunque los esfuerzos de los psicólogos para solucionar el asunto eran notables. Tu amigo te pidió que hablaras, por separado, con las dos ancianas. Así lo hiciste, y conseguiste que hicieran las paces. Papá, como sueles hacer siempre, con don de gentes, con tu extraordinaria capacidad para hacer el bien a los demás y con entereza de ánimo, solucionaste el problema. De regreso a nuestra casa, paseando por la calle, me dijiste: «Nacho, hijo mío, cuánta amargura milita en el corazón de esas dos ancianas. No tienen maldad alguna. Simplemente padecen el desprecio de sus familiares; están abandonadas en un asilo de ancianos, viven en la más absoluta soledad y en un abismal silencio. Únicamente Dios las podrá consolar para sobrellevar tanta amargura. Deben acudir a Él y pedirle ayuda».

La dirección del instituto está muy interesada en que nos formemos bien. Los temas de actualidad inquietan al director, que invita a expertos en diversas cuestiones para que nos vayan forjando, por medio de conferencias. Papá, la última de ellas me ha impresionado mucho. El título de la misma ya me estremeció: «La eutanasia, el derecho a la muerte». Comenzó diciendo que, de todo el mundo, solamente en varios territorios de Estados Unidos la eutanasia está legalizada, con la aprobación de la llamada Ley de la Muerte Digna, que es una norma que permite el suicidio con la cooperación médica. El enfermo debe solicitar la aplicación de la eutanasia, por escrito y, al menos, en dos ocasiones distintas, de viva voz. Los médicos deben persuadirle de otras opciones, como los cuidados paliativos. El final consiste en aplicarle una dosis letal de droga. Casi todos los pacientes que se acogen a esta Ley padecen cáncer. «Ha bajado —nos explicaba el conferenciante— el número de solicitudes y también son ya casi mayoría los pacientes que se retractan de haberlo reivindicado: este progreso ha sido debido a la mejora de los cuidados paliativos». Recordarás, papá, que llegué a casa destrozado, no tenía apetito y no descansaba en las anochecidas. Tuviste que intervenir y fuimos a pasear por el campo, donde no hay testigos y nuestros compañeros de viaje son los pájaros, el sol radiante, el cielo añil y las flores silvestres. Ante tu insistencia para que te contara lo que me estaba sucediendo, te dije: «Papá, estoy decepcionado. Los gobernantes de los Estados donde está legalizada la eutanasia son unos auténticos asesinos. No pueden legalizar que una persona, por su propia voluntad, se quite la vida, suicidándose a través de lo que llaman una muerte digna. Considero, papá, que no es digna sino indigna esa forma de dejar de existir. El Creador es el único propietario de las vidas de las personas. Estoy dispuesto a no obedecer esta ley aunque me encarcelen». Cuánta paciencia derrochaste conmigo aquel día. Estaba enfadado, excitado, violento e, incluso, agresivo. Finalmente, afirmé: «De todos los suicidios asistidos, realizados acogiéndose a la Ley de la Muerte Digna, son

responsables, ante Dios, los gobernantes y no los pacientes que solicitan la eutanasia». Me serenaste, papá, al afirmar que Dios sabe más y que nosotros no podemos escrutar en los corazones de los hombres, ya que cada ser humano es un misterio insondable.

«Al final de la vida se descubre lo que amó una persona». Con estas palabras iniciaste una larga conversación sobre el más allá, desde el más acá, en un momento en que quedé absorto. Comenzaste diciendo: «Nacho, nuestro destino está encaminado a lo trascendental. Debemos deslizarnos con entereza y sin tristeza hacia nuestra hermana la defunción. Sabes que la muerte es el tránsito hacia la nueva Vida, es un cambio de mansión. Pasamos de la casa de esta tierra a la morada eterna. No debes olvidar nunca que el fundamento de tu felicidad consiste en no tener miedo a nada ni a nadie, la vida es lo que es y la muerte tendrá lugar inexorablemente. Tal como se vive se muere. Es todo un compendio de un vivir lleno de amor destinado a conseguir que los que nos rodean sean plenamente felices, estén contentos y enamorados de su misma esencia. Ser un hombre preñado de amor se concreta en una entrega incondicional a los demás. No podemos pasar indiferentes ante un semejante que está junto a nosotros. Debes saber vivir, con apasionamiento, el verdadero amor: amar entrañablemente al mundo y amar a la gente. Nacho, un autor anónimo afirmaba: “Cuanto más renuncias a tu propio yo, tanto mayor y verdadero es tu amor”. La abnegación, la renuncia y la entrega por el ser querido es el amor más perfecto. Morir de amor es lo que elevará nuestro corazón a lo trascendental, al amor de Dios. Luego podría concluir, hijo mío, que la muerte es el final de una vida llena de amor a los demás por Dios». Tras este lapso, seguí paseando por el campo.

El sufrimiento, papá, la inmolación, el holocausto y el sacrificio son el modo de vivir en la vida con plenitud y saborear la felicidad. Yo

soñaba una vez más, aunque tampoco lo sé. Pero viniste y me hablaste al oído: «Hijo mío, en un momento determinado puedes encontrarte herido por una persona que, inconscientemente, no deseando dañarte, te hiere en lo más profundo de tu corazón. Te desprecia, desaira, olvida e ironiza sobre tu propia existencia. Es un enloquecido. Es el momento de sufrir heroicamente los alfilerazos de un vivir sin vivir. Empieza el pequeño calvario de esta tierra que, al decir de Santa Teresa, “es una mala noche en una mala posada”. Piensa en que esta pequeña contrariedad no tiene importancia cuando elevas el corazón pensando que el Cielo es para siempre. Vence, Nacho, este pequeño momento de ingratitud y desolación; perdona desde el primer instante al que te pueda, con o sin mala intención, ofender. No es nada en comparación con el mayor de los sufrimientos, la muerte de Cristo, la segunda persona de Santísima Trinidad, en la cruz. Una muerte cruenta la de Aquel que vino a salvar al mundo. Lo que nos pueda suceder, las pequeñas punzadas de la vida, nos sirven para alcanzar la paz en la tierra, son el comienzo de nuestro caminar hacia la vida celestial». Otra gran lección. Vale la pena llevar las pequeñas contrariedades de la vida para, mediante la expiación terrenal, alcanzar, ya purificado, la gloria divina. Los pequeños contratiempos son el comienzo de un final feliz. También me enseñaste que siempre se debe perdonar y olvidar las ofensas, ahogando el desgarró del mal con la exuberancia del bien.

Recuerdo a aquel amigo tuyo que te llamó porque codiciaba verte. Siempre has sido un buen confidente para los problemas de los demás. Vino y le invitaste a almorzar con nosotros. Tenía que contarte un angustioso problema personal. Llegó el momento, me aparté para que vuestra comunicación fuera más íntima. Leía «El Guerrero del Antifaz» mientras tomabais el café. Me interesó mucho vuestra charla, abandoné la lectura y, discretamente, me acerqué para aprender más cosas de la vida. Te decía que su tercer hijo era autista, un niño que vive su vida al margen del mundo, ausente de lo que sucede a su

alrededor. Tiene reacciones extrañas: grita, rompe todo lo que encuentra en su camino y gime desesperadamente. Vivía en un piso en el centro de Sevilla y sentía vergüenza por lo que pudieran decir o pensar los vecinos. Sufrió en lo más profundo de su corazón. Sentía la amargura y el tormento de su hijo. Durante noches enteras no podía dormir, y tampoco su esposa. Lo encerraban en una habitación hasta que la extenuación le calmaba y se quedaba dormido. Ante una situación tan difícil y agitada, consultó al médico y le aconsejó que se trasladara, con toda su familia, a vivir al campo, fuera de Sevilla. Vendió todos sus bienes y cumplió esa prescripción. El hijo autista se recuperó un poco. La casa tenía un gran jardín. El cortijo estaba rodeado por un débil muro. Una tarde saltó la tapia y desapareció. Los vecinos lo buscaron durante toda la noche. Al amanecer, lo encontraron calado hasta los huesos de frío, intentando dormitar junto al tronco de un árbol. Estaba lleno de miedo, helado por la baja temperatura, en un silencio sepulcral. Lo llevaron a casa y lo abrazaron para que entrara en calor. «Todo el derroche económico —decía— ha sido en vano. Los objetivos no se alcanzaron. Soy un esclavo de mi propio hijo». Papá, qué tristeza más profunda la de aquel amigo tuyo. Estaba casi en la profunda desesperanza. Tú, sabiamente, le dijiste: «Ese hijo, el último y, además, autista, será tu alegría. Llenará tu hogar de paz. Dios lo ha permitido para que salgas de tu pereza y aburguesamiento y te olvides de ti y tus caprichos para que, con generosidad, te entregues a tu entrañable y más querido hijo». Me llenaste de admiración por tu talante. Se marchó tu amigo de casa convencido de que el hijo autista era un tesoro que le había regalado Dios. Le brindaba la oportunidad de servir a un ser desvalido, ya que toda su vida había estado llena de egoísmos personales.

Papá, dentro del ciclo de conferencias que la dirección del colegio ha programado, nos visitó un investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, que nos habló de un estudio que ha elaborado sobre la juventud. Nos dijo que la adolescencia se

encuentra en una carrera de obstáculos y que por lo tanto demora, cada vez más, el abandono del hogar paterno. Afirmó que los principales problemas que se les plantean a los jóvenes actuales son la inestabilidad en el empleo, las dificultades de acceso a una vivienda propia y la comodidad del nido familiar. Todo ello lleva a retrasar la emancipación respecto de la propia ascendencia. Estas dificultades provocan también el retraso en la formación de los matrimonios. Te pregunté: «¿Qué será de mí cuando sea mayor y termine la carrera?». Ante mi pesimismo, me dijiste que yo no tendría ese problema. Y me quedé tranquilo.

Hoy he vuelto a soñar contigo, nos visitaba un médico muy amigo tuyo, con el que estuvimos de tertulia en el jardín, pues hacía un día radiante. Trabajaba con enfermos terminales, lacrados por una enfermedad contagiosa, en un hospital de Sevilla. Decía que «con el contacto con la muerte se contempla la belleza de la vida». Me gustó esa afirmación y, a la vez, me produjo perplejidad. Te pregunté y, como siempre, con una gran elegancia y dignidad, me respondiste: «No olvides que son enfermos que están velando el dolor y meditando el desamparo. Destinados a la muerte, irremediablemente. Tienen ganas de vivir, pero esto ya no es posible. Es lógico que se contemple la belleza de la vida al contemplar la muerte veloz de los enfermos terminales». El doctor les daba a todos y cada uno un consejo, y era que intentaran luchar por hacer dulce el sufrimiento, ofreciéndolo a Dios. Aquello me persuadió y convenció. ¡Qué gran amigo, un doctor que sabe estimular ayudando a sus enfermos a deslizarse hacia la muerte con entereza! Y lo que más me llamó la atención en ese sueño es que en él tú hablaste menos de lo habitual.

En uno de mis sueños, papá, me comentaste que una famosa escritora italiana, que llevaba vendidos más de trece millones de ejemplares, traducidos a cuarenta lenguas, dijo en cierta ocasión: «La fe

brinda la posibilidad de vivir la plenitud en cada instante de la existencia y de vivir ya, de alguna forma, las condiciones del Paraíso en la tierra». La escritora ha triunfado de forma tan rotunda porque cree en lo trascendental. Vive en la tierra con la certeza de que existe el Cielo. Estas vivencias personales son trasladadas a sus novelas y, por lo tanto, el éxito está asegurado. No es verdad que, únicamente, son novelas exitosas aquellas que narran sucesos escabrosos, eróticos o violentos. Solemnemente, como si fueras nuestro amigo el clérigo, te pusiste en pie y afirmaste: «Nacho, hijo mío, la condición esencial de la fe es no ver y creer lo que no se ve. Cuando la fe es viva y eficiente, puede trasladar montañas a los mares. Vivida de esta forma, la fe es tan densa que se puede partir con una daga sin que sangre. San Pablo afirmó algo que me entusiasma: “el justo vive de la fe”. Esa novelista italiana vive inmersa en una profunda fe y, por lo tanto, está persuadida de que Dios no la abandonará y triunfará en su carrera como narradora de realidades noveladas. Será mayor su éxito en la medida en que descansa todo su quehacer profesional en Dios. También ese modo de vivir en la tierra la lleva a tener un auténtico complejo de superioridad, está por encima de todas las demás escritoras. La seguridad que tiene en sí misma y en su obra la lleva a ser audaz, a no tener miedo a nada ni a nadie, a ser ella misma y a sentirse apoyada y ayudada por su padre Dios. Vale la pena apoyarse en el mejor Amigo, el que jamás traiciona. Y, por último, opino que, como consecuencia de esa vida coherente consigo misma, le llena el alma una alegría inmensa y una felicidad permanente: “existir en la tierra como si estuviera viviendo ya en el Cielo”». Fue uno de mis sueños más instructivos y premonitorios, según creo.

Tu amigo el terrateniente nos contó la historia de un asilo de ancianos que conoce; está en el norte de España. Nombraron un nuevo director que venía avalado por muchos éxitos económicos en las empresas en las que había trabajado, un ejecutivo dinámico de esos que gestionan sin pensar en las personas a las que les afecta su gestión.

Se llamaba Joseba, y llevaba todas las cosas a una absoluta y brutal síntesis que no tenía en cuenta ningún factor sensible de la organización que dirigía. Su lema era que «las cosas no son mientras no me hayan sucedido a mí». Su permanente actitud, propia del hombre que tiene cuatro ideas fijas y no consiente en que nadie las modifique, le funcionaba bien, era su estilo. Muy sangrante era contemplar su dureza en el trato, aunque siempre ponía una sonrisa, escondida tras su mostacho de tártaro. El abandono a la suerte del desvalido anciano y, después, el más absoluto silencio, el desprecio. Una anciana acudió a su despacho para solicitar ayuda y sólo encontró desasosiego. Poco después murió sin un diagnóstico claro. Pero no fue la única, porque otra de las residentes vio agravadas sus dolencias cardiovasculares tras una conversación con ese gestor, y tuvo un infarto esa misma tarde. Sola y desamparada se encontró la anciana, su único apoyo era el director del asilo donde vivía, y su crueldad le rompió el corazón en dos mitades. El mío, nada forjado en el dolor, se estremeció la conocer la historia. Tú, conociendo mi estado de ánimo y captando muy bien mis sentimientos, me dijiste: «Nacho, debes tener muy en cuenta que estamos de paso por este valle de lágrimas. Este mundo en el que vivimos es el camino para el otro, que es morada sin pesar. Cuando una persona, como el director de ese asilo, no consigue alcanzar esta realidad de forma vital, está desorientada y vive amargada en el desierto de sus desventuras. Nacho, el mal siempre genera el mal, ya te lo he dicho muchas veces. Este señor necesitaría rectificar su actitud o, de lo contrario, su destino está predeterminado, aunque tenga un triunfo momentáneo, a la soledad y a la amargura. Debe aprender que concebir la brevedad de nuestra existencia sin un antes y un después lleva al vacío».

Recuerdo, con pena, a un amigo tuyo. Capitán de caballería. Trataba mejor a sus corceles que a las personas. Tenía poca formación y menos cultura. De pencos lo sabía todo y de otras cosas nada o casi nada. Su profunda ignorancia le llevaba a decir que conocía mucho y

que descubría, perfectamente, el comportamiento y las intenciones de las personas. Opinaba sobre cualquier cosa, constantemente, y no tenía ningún criterio sobre nada. La ignorancia es el peor enemigo de los hombres. Conversar con tu amigo, el capitán de caballería, resultaba grotesco y antipático. Yo sentía vergüenza ajena al escuchar sus intervenciones dialécticas. Con gran sentido del humor, me dijiste: «Nacho, hijo mío, debes aprehender y disculpar al amigo de papá. No debes hacerte una opinión falsa de él. Posiblemente tenga un corazón muy grande para amar, mayor que el que supones».

Recuerdo con gran alegría otra maravillosa tarde que pasamos con tu amigo, en su albergue, que había sido premiado como el mejor asilo de mayores de Sevilla ese año, sobre todo por su buena asistencia sanitaria, su gimnasio y su sala de rehabilitación. El centro estaba atendido, permanentemente, por un equipo médico bastante cualificado, un buen plantel de enfermería y una sección de personal subalterno muy completa, con varios celadores y personal de mantenimiento y servicios generales. Las instalaciones eran muy lujosas y el servicio de cocina, aunque a veces había fallado, ya muy completo y había experimentado una mejora más que sustancial, incluyendo en su nómina, por ejemplo, a varios nutricionistas. Visitó el centro, con motivo del premio, el presidente de la Diputación Provincial de Sevilla. Todos los residentes se vistieron con sus mejores galas. Era una gran fiesta. Después de unas palabras de bienvenida por parte del director del asilo, la autoridad provincial dedicó a los presentes unas breves pero intencionadas palabras. Menos mal que acabó pronto, porque daba la sensación de que la casa de expósitos era un logro de su partido político, y no del esfuerzo de tu amigo. Al final, alegría, bambalinas, comida y bebida a discreción. A la hora de marcharnos, se acercaron algunas ancianas hasta la puerta para despedirnos. ¡Qué bonito era ver sus caras de afecto y agradecimiento para contigo, papá!

En el asilo de la tercera edad de tu entrañable amigo el latifundista sucedió un pequeño incidente. Una anciana, muy inteligente,

enferma y sin ilusión por vivir, observó que otra vieja, de su misma edad, no tomaba asiento a su lado, aduciendo que temía contagiarse de la enfermedad de la primera, aunque ésta no padecía ningún tipo de patología clasificada ni considerada como contagiosa. Tuviste que intervenir. La convivencia se hacía insoportable, el ambiente estaba enrarecido. Conseguiste que hicieran las paces y fueran muy amigas. La armonía llenó sus corazones de paz y de una fraternidad manifiesta. ¡Qué gran corazón, cómo te gusta hacer el bien! Tu entrega abnegada ante problemas sin importancia para nosotros, pero vitales para las dos pobres ancianas, ancladas en el desprecio de su prole y angustiadas por la amarga soledad.

Vino un conferenciante al colegio y nos habló de la verdad, la libertad y la humildad. Llegué a casa confuso, sin saber combinar estos tres vocablos a través de los cuales giraba toda la disertación. Ante mi confusión, me indicaste que te prestara mucha atención. Me dijiste: «Nacho, hijo mío, intentaré explicarte lo mejor que sepa, para que puedas llegar a comprender esta cuestión. Verás, la verdad y la libertad están unidas; una depende de la otra, la falta de una pone en peligro la otra. La causa más profunda de los males que padece la humanidad es la mentira. La humildad es la verdad y, según afirma el Apóstol de las gentes, “la verdad os hará libres”. No debes tener miedo, Nacho, a la verdad, aunque te arrastre a la muerte, ya que la verdad, el bien y la belleza son valores que elevan el espíritu a lo trascendental. Al profanar la palabra se puede aceptar la falsedad. Por otra parte, la mentira es fácil descubrirla y desenmascararla. Basta con enfrentarla con la verdad. Hay que ser humildes para conseguir ser veraces. En cuanto a la libertad, te diré que el hombre es más libre en la medida en que es más veraz. Orígenes fue por el mundo con una antorcha encendida en la mano y no encontró la libertad en ninguna parte. Se podría resumir que la verdad es muy difícil vivirla con plenitud y la mentira nos lleva al libertinaje». Me aclaraste bastante el tema, aunque algo de confusión seguía teniendo.

Recuerdo con absoluta claridad la visita que nos hizo una de tus compañeras de universidad. Había estudiado como tú Filosofía y Letras. Era profesora en la Universidad de Sevilla. Como siempre, mamá se preocupó de todos los menesteres para agasajar a tu invitada. Tenía una cierta curiosidad por conocer los temas que se iban a tratar en la conversación, después del almuerzo. Mientras se tomaba el café, se inició la cháchara. Estaba soltera y vivía con unos parientes. Necesitaba desahogar sus inquietudes personales. Vivía amargada, ya que tenía una enfermedad degenerativa. Iba muriéndose poco a poco. Creía que el sol, cuando emergía a la vía pública, se le arribaba y la chamuscaba viva. Estaba amenazada por la tortura de la idea de cómo sería su desenlace final. Atenazada a esta vida, notaba que se le escapaba de las manos. Sentía desprecio hacia los demás pero, a la vez, necesitaba de todos para sobrevivir. Ahogaba su amargura en distracciones nobles: fiestas con amigos, salidas a la montaña, asistencias a salas cinematográficas para encontrarse a sí misma en las películas. En un momento determinado habló de que no se podía comunicar con nadie de los que la rodeaban, puesto que ello le creaba una inestabilidad emocional tan grande que la llevaba a pensar que Dios no es infinitamente justo porque no se la llevaba al Cielo. Le dijiste: «Cuando sientas la amargura de la soledad y que nadie puede comunicarse contigo por tu enfermedad, debes profundizar en las verdades eternas. Dios sabe más y te ha enviado la dolencia que padeces, precisamente, para que le ames más a Él y para que, aceptando su voluntad, vivas lo mejor que puedas tus achaques y se los puedas ofrecer, por tantas necesidades como tiene el mundo. La desesperación es el resultado de tu falta de fe. Nunca debes reprochar a Dios lo que te ha enviado y mucho menos afirmar que no es justo contigo. Te está purificando para llevarte, cuando Él lo considere oportuno, al Paraíso. Procura ser feliz los días que te quedan en esta vida, haciendo la existencia agradable a los demás, a todas las personas que te rodean». Papá, qué valiente y audaz fuiste con tu compañera de universidad. Salió encantada y se marchó a su casa, feliz del encuentro contigo.

Me impresionó muchísimo aquel otro amigo tuyo, compañero de la milicia universitaria. Te invitó a su casa. Mamá había salido de compras y me llevaste contigo. Nos recibió con bastante cordialidad. Te apreciaba mucho. Te ofreció una copa de vino y a mí un refresco. Bebió mucho, hasta casi la ebriedad. Te contó que estaba alcoholizado y que el médico le había introducido un fármaco dentro de su cuerpo, por debajo de la cintura. Te enseñó la cicatriz. Cuando tomaba alguna bebida alcohólica, el preparado hacía efecto y sentía rechazo hacia el alcohol. El tiempo quita el efecto, ya que el organismo se adapta a cualquier cuerpo extraño que se le introduzca. No ha vuelto al médico por miedo a que volviera a incrustarle ese fármaco en el organismo y tener una recuperación penosa y doliente. Aquello era superior a sus fuerzas. La situación le llevaba a perder, ante los demás, toda credibilidad, al punto de que ya nadie confiaba en él. Contó que su padre sufría mucho cuando él llegaba ebrio a casa y que se refugiaba en sus brazos. En su trabajo era despreciado, no se tenían en cuenta sus opiniones. Se sentía el hombre más fracasado del mundo. Hasta le despidieron. Erraba como un indigente. Aquel amigo tuyo me causó tristeza. No podía resistir la curiosidad de que me explicaras, con cierto detalle, la razón de la embriaguez. Me dijiste: «Nacho, cada hombre es un misterio, como tantas veces te he expresado. En el caso de las personas que ingieren bebidas alcohólicas en abundancia, no son conscientes de ello. Están enfermas. No se pueden controlar. Lo importante es no beber, nunca, un vaso de más, ya que esa copa puede ser la definitiva para que pases a ser una persona alcoholizada». Te prometí que nunca bebería más de lo justo, y que sería, en lo que a consumo de las bebidas alcohólicas se refiere, muy sobrio.

Era el mes de mayo. Un sol radiante y con el cielo despejado. Todo invitaba a salir a la calle. Fuimos a la Macarena en romería. Yo creía que una romería era algo folclórico y que se hacía a la Virgen del

Rocío, que estaba en Huelva, pero me aclaraste que todas las advocaciones de la Virgen son piadosas, y que las romerías como tales se pueden hacer a cualquier templo, pues en todos se venera a la Virgen María. Tú siempre has sido muy devoto de la Macarena. Emprendimos el camino a pie y, en el trayecto, rezamos un poco. Al llegar ante la Macarena, se humedecieron tus ojos. ¡Cuánto querías a tu Virgen! Llegamos pronto. Había colas para confesarse. Te dije que me apetecía hacerlo a mí también. Al sacerdote le pedí que te cuidara, que te ibas a confesar y hacía mucho tiempo que no lo hacías. Quiero imaginar que le pedirías la absolución por tus amores prohibidos. De regreso a casa, cansado del camino, supliqué un helado o un refresco, pero tú, con la solemnidad que te distingue, me dijiste: «Hemos venido a honrar a la Virgen, que es nuestra Madre, debemos llevar con dignidad nuestra romería. No podemos dejar de ofrecerle este pequeño sacrificio. Tomaremos lo que sea ya en casa». Llegué a nuestro hogar extenuado, no podía casi caminar, me abrazaste y me preparaste el mejor aperitivo de toda mi vida. A mamá la sorprendiste mucho. Querías ser tú quien me agasajara. ¡Cuánto te quiero, papá! Tu corazón de oro, hecho para amar lo bueno y lo bello, derrochó toda su capacidad y grandeza para con su pequeño hijo. Eras como un volcán incandescente alimentado por la pasión de tu cariño.

Me sobrecogió una anécdota que me contaron una mañana algunos viejos de los que se sientan en la Plaza Nueva a pasar el tiempo y dejar que el sol los consuma. Sucedió en un bar de copas. Un chico joven, mientras tomaba algo, estaba llamando por teléfono a su novia. La conversación fue brusca y se enfadaron. Colgó y no disimulaba su disgusto, apoyado en la barra, cuando en ese momento se le acercó otro chico que le hizo unas carantoñas, le dijo que era homosexual y le propuso irse juntos a la calle y tener relaciones carnales como desagravio por el daño que la novia le había infligido. Mantuvieron contactos físicos durante un cierto tiempo, en tanto que el noviazgo heterosexual del chico continuaba también adelante, con lo que éste

vivió una doble vida durante meses. Te lo conté un poco escandalizado y me dijiste: «Hijo mío, lo entenderás cuando seas mayor. Sólo te puedo decir que el hombre es capaz de cometer los horrores más grandes del mundo, por encima de las bestias irracionales». Me tranquilicé. Comprendí que aquel comportamiento no era correcto.

Recuerdo con alegría uno de tus gestos de gran hombre de bien. Jugaban un partido de fútbol el Sevilla y el Real Madrid. Era un partido importante, nada menos que las semifinales del torneo de Copa, la segunda competición futbolística más importante después de la de Liga. Normalmente sólo veíamos el fútbol por la televisión. Me hizo mucha ilusión que me quisieras llevar, porque yo era madridista, y quería ver más de cerca a mis ídolos deportivos, aquellos que hasta ahora sólo contemplaba en las estampas de los álbumes. Mamá nos preparó unos bocadillos y unos refrescos y llenó para ti una bota de vino. Lo que más me impresionó del ambiente fueron los tenderetes que, por docenas, se arracimaban alrededor del estadio. Me dijiste que podía comprar lo que quisiera. Fue un derroche, ya que adquirí una gorra, una bandera, una bufanda y una camiseta. Todas estas prendas llevaban el escudo del Sevilla. Lo cierto es que yo tenía más simpatías por el Betis que por el conjunto del barrio de Nervión, y que mi equipo favorito era, indudablemente, el Madrid —aún hoy no he dejado de serlo, aunque «er Beti güeno» es «demasio» y comparto mis preferencias futboleras entre los dos clubes—. Pero ese día yo era del Sevilla. Había que hacer patria. Te pregunté si podía comprar una trompeta de ésas que suenan muy fuerte y me lo permitiste. Cuando el Sevilla metía el balón en el área del Madrid, gritaba y levantaba la bandera. Con la bufanda me abrigaba, pues hacía algo de fresco, estaba cayendo la tarde. Tomé una botella de agua y un refresco con gas, mi bocadillo e, incluso, parte del tuyo. En un descuido bebí un poco del vino de tu bota y me manché la camisa y el pantalón. Me dijiste: «Cuando te riña mamá yo te defenderé, no te preocupes». Me sentía feliz. Estaba siendo un partido muy bueno, con muchas alternativas

de ataque por ambos equipos. Yo me sentía eufórico. Hubo varios goles, alguno muy bonito. De vuelta a casa, cuando me besó mamá, soplé fuerte la trompeta y por poco se desmaya. Nos reímos muchísimo y ella ya no tenía fuerzas para reñirme por las manchas de vino que llevaba en la ropa. Después de cenar me tuviste que llevar a la cama, pues estaba un poco mareado.

Una entrañable amiga de mamá nos visitó. Tenía un defecto: hablaba con una voz muy fuerte. Estaba un poco sorda. Tomaba parte en todas las conversaciones y no captaba, por su limitación, casi nada de lo que hablábamos. Era todo muy grotesco. Tomó la buena señora la palabra, en un descuido de todos, y no la desenganchó hasta que alivió la pena que llevaba dentro de su corazón. Tenía un gran complejo de inferioridad que la llevaba a presionar sobre los demás de forma tiránica. Avasallaba a sus interlocutores y faltaba a la clemencia. No tenía amor a sus semejantes. La gran soledad en la que se encontraba provocaba una insondable amargura alrededor de sí misma. La abandonó el hombre que fue su primer amor y le dejó una huella imborrable. Esta situación la llevó a despreciar a todos los que la rodeaban. En muchas ocasiones ha provocado, en los demás, la amargura de la indiferencia y el desprecio más cruel. Fue expulsada del colegio donde era profesora. Organizó una academia con la indemnización que recibió por el despido. Fracasó y tuvo que liquidar el negocio. Con un pariente creó una institución benéfica para ayudar a los inmigrantes, que también se hundió. Con el poco dinero que le quedaba y con el dinero de su jubilación vivía sobriamente. Tenía todo tipo de dolencias: se le inflamaban los pies, el hígado no le funcionaba bien y tenía cataratas; una vida llena de dolencias físicas, pero ella afirmaba que estaba pagando con creces todo el daño que había hecho a los que la rodearon durante los últimos años. Decía que su angustia solitaria era tan grande que, alguna vez, había tocado la desesperación. Sólo deseaba que en el silencio de la oscuridad de la noche la luz se hiciera palabra y le trajera un mensaje de esperanza.

Papá, me angustió tanta y tan profunda tristeza. Comprendí aquella aseveración tuya de que el bien engendra el bien y la maldad genera tristeza, amargura y soledad. Su mirada era mortecina, hincada en un horizonte sin fin. Su vida le impedía ver la belleza de las cosas y el amor a las personas, a sus semejantes. Era un ser sin amor, solitaria y silenciosa en su amargura. Se encontraba en un camino sin retorno. Muy caro estaba pagando el despotismo hacia las personas que la rodeaban. La soberbia le había impedido volver a los valores trascendentales, su ceguera espiritual no le había permitido ver la luz del mas allá; su cortedad intelectual la llevaba a un callejón sin salida. Y es que, además, nunca había querido mirar de frente a Dios y pedirle perdón, y seguía sin quererlo. Y así estaba.

Yo conocía Sevilla muy poco. Tú, preparándome para mi futuro, forjándome al crisol como el oro, necesitabas informar mi corazón y mi alma de los encantos que tiene mi Sevilla natal. Ilusionado, un día de brillante sol, y derrochando el dinero que habías obtenido con tus ventas, alquilaste un coche de caballos. Ellos, al oír el silbido del látigo del cochero en el aire, comenzaron su andadura por las calles de Sevilla. Yo iba frente a ti; a tu lado se encontraba mamá, que estaba feliz. Ella agradecía una simple mirada de cariño. Montada en un coche de caballos para turistas se sentía la reina de la Feria de abril. Paseamos junto al Guadalquivir, y el conductor les hablaba a los jamelgos. Ellos le entendían, aunque no le podían rebatir. Vimos la Torre del Oro y paseamos por la catedral, contemplando muy de cerca la Giralda, la Puerta del Perdón, por la que se accede al patio de los naranjos, y la fachada principal de los Reales Alcázares. La charla era entrañable, mamá estaba feliz cogida de tu brazo y en silencio. Yo te preguntaba todo, era necesario que aprendiera deprisa las cosas. El cochero paró delante del Archivo General de Indias. Fuimos después a la Plaza de España. Acabó el viaje de vuelta al centro. Al finalizar el

día tomamos unas tapas en una de las terrazas que dan al mismo río. Papá, fue uno de los días más felices de mi corta existencia que he pasado contigo y mamá, juntos los tres. Poco tiempo después me abandonaríais en las garras del miserable franquista.

En el colegio teníamos, como ya sabes, conferencias sobre diversos temas de actualidad. Nos visitó un catedrático de la Universidad de Sevilla, especialista en demografía. Nada más comenzar afirmó: «El apoyo a la familia no es gasto, sino inversión». Aquella afirmación me agradó de modo especial. Tú siempre me has inculcado que la familia es muy importante, de vital importancia, y que el índice de natalidad debe subir. Los hijos son una gran riqueza para un país. El catedrático afirmó: «La desintegración de la familia conduce a la marginación social y a la pobreza, a las deficiencias de la formación y a conductas destructivas». Destacó la delincuencia juvenil, el consumo de drogas y los embarazos no deseados entre las jóvenes. La destrucción de la familia nos lleva, irremediamente, a un descenso de la natalidad que, a su vez, produce un envejecimiento de la población. Lo más barato a la larga para los gobiernos consiste en favorecer a la familia y premiar, además, a las numerosas». Yo estaba totalmente de acuerdo con la afirmación de este profesor. En la medida en que se premie la natalidad, los padres aceptarán procrear hijos, sin ningún freno económico. Yo, cuando sea mayor, además de aceptar todos los hijos que el Creador me envíe, fundaré, con otras personas que tengan mi ideario personal, una institución que tenga como objetivo potenciar a la familia y defenderla de los brutales ataques que está recibiendo.

Un compañero de colegio tuvo un grave enfrentamiento con el tutor que tenía asignado. Le contaba sus dificultades en los estudios, los problemas matemáticos que no entendía, los conflictos con los compañeros, las incomprensiones y, fundamentalmente, su estado de ánimo. El preceptor, el día que iniciaron la primera conversación, no estuvo muy acertado en sus consejos. El compañero miraba con fi-

jeza al profesor, que le respondió, de forma airada: «No me mires así». Siguieron la conversación y, en otro momento, afirmó que era uno de los preceptuados que peor le caían y que le aguantaba porque el chaval tenía un gran corazón. Lo cierto es que no encontró mi compañero de colegio la comprensión y el cariño que habitualmente recibía. La amargura de aquel educador, emitida desde lo más profundo de su corazón, salpicó a su pobre preceptuado. Le marcó y éste no pudo olvidar nunca la actitud de este profesor.

En la primera epístola de San Juan se lee: «Hemos sido trasladados de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte. El que no ama no conoce a Dios porque Dios es caridad. Si alguno dijere: “Amo a Dios”, pero aborrece a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve». Un día me dijiste: «De las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, la más excelsa es la caridad, como apunta San Pablo. Nacho, como has observado en el Nuevo Testamento, el amor es vida. Es un sentimiento que se tiene hacia una persona y que se manifiesta en desear su compañía, en alegrarse de aquello que es bueno para la persona amada y sufrir con lo que le hace penar. El amor es entrega generosa y abnegada a las personas que nos rodean: la mujer, los hijos, los amigos, los parientes, los compañeros de trabajo e, incluso, los conocidos y los que, siéndolo, nos desean el mal, nuestros enemigos. El que ama de verdad es capaz de entregar la vida por el ser amado. Nacho, debes abrir las puertas a las ansias de amar. Todo ha sido creado por Dios y, por lo tanto, todo es bueno y hermoso».

Papá, estoy delante de ti y te contemplo sonriendo, como siempre. Amable, altivo, fuerte, valiente, abnegado y lleno de amor por los demás y, de modo especial, por este tu pequeño hijo. Como es habitual, corté las hierbas que crecen alrededor de tu tumba, que llevaré a casa y colocaré en un jarro lleno de agua, para tenerte más tiempo cer-

ca de mí. Deposité, sin agua, claveles rojos en lo alto de tu sepultura para que llegue cuanto antes a ti su aroma. Sentía la necesidad de visitarte para abrir, de par en par, mi corazón. Hoy he tenido que soportar, de nuevo, el desprecio hacia tu persona de la sucia y asquerosa boca de tu enemigo político, el miserable franquista. Sentí un ardiente deseo de venganza. Me agarré a tus consejos y he vencido. Me has dicho, tantas veces, que debo ahogar el mal con mucho bien. Me cuesta mucho, papá, sólo me tienes a mí para defenderte. Mi lucha interior es muy grande y mayor mi sufrimiento, al ver degradado tanto tu honor como el mío propio. Humillaciones constantes que he soportado por consejo tuyo y por amor de Dios. Debo abrir todavía más mi corazón. Creo que ya tengo enamorada a la primera, la primogénita, de las tres primas. Su honor, que es el honor de tu enemigo, no ha sido mancillado. Tengo horribles tentaciones cuando su padre te insulta y avasalla. Te prometo luchar para no caer en la tentación de venganza y no de amor que brota de lo más profundo de mi corazón. Y estoy seguro de que, con ayuda de Dios, lo conseguiré.

Otro antiguo compañero tuyo del colegio nos visitó. Era médico y trabajaba en el mayor hospital de Andalucía, el Virgen del Rocío. Pese a ello, no estaba contento, y te dijo: «El director del centro no me comprende y, cada vez que voy a su despacho, salgo sin paz, no valoro mis cualidades ni las aprovecha para lo que considero que puedo ser útil. Buscaré otro trabajo en una clínica privada, pues no me encuentro satisfecho». Le aconsejaste que tuviera un poco de paciencia, ya que a los directores de los hospitales se les suele cambiar con cierta frecuencia. «Buscar otro trabajo —le dijiste— sería complicarte la vida y dejar abandonada a tu familia, que es lo más importante. Tu mujer y los cinco hijos tienen preferencia a cualquier situación personal que te apetezca. Paciencia; el tiempo lo arregla casi todo».

Un profesor explicó una vez que el mundo camina hacia la aprobación universal del aborto, la eutanasia y la droga, y yo me escandalicé. A pesar de que era una opinión personal, la autoridad que

imprime una cátedra influye en los alumnos. Más influencia, todavía, en los niños, que estamos aprendiendo a vivir y naciendo a las ciencias humanas. Te pregunté, como siempre, y fuiste como un dardo en la diana: «Mira, hijo mío, todo lo que ha comentado el profesor está en los titulares de los periódicos y se ha hecho eco de ello. No debes molestarte con él. Debes tener comprensión, está totalmente equivocado. Comprende y exculpa al profesor, pero debes ser celoso con la doctrina. Nacho, tanto el aborto como la eutanasia son dos crímenes horrendos que, por muy legislados que estén, siempre irán contra la vida. El único propietario de la vida humana es Dios. Es Él quien creó al hombre y, también, al no nacido pero engendrado. Nadie, ninguna autoridad de esta tierra puede legalizar el asesinato. También, aunque esté legalizada, la condena de muerte a través de una inyección letal es quitar la vida a un ser que es, como los anteriores, propiedad exclusiva de Dios. Estas leyes, Nacho, se pueden y se deben desobedecer. En cuanto a la droga, he de decirte que se puede utilizar para fines terapéuticos, para curar enfermedades, y nunca para el consumo humano». ¡Cuánta fuerza tienen tus argumentos, qué solidez tus afirmaciones! Nunca permitiré que, estando legalizada la eutanasia, te maten a ti. Yo te cuidaré hasta el final de tus días en esta tierra. Nunca permitiré el aborto de ninguno de mis hijos. La droga, la desprecio en su totalidad. ¡No a las drogas! Es un morir estando vivo.

Una tarde de domingo nos fuimos a pasear por el campo, una de nuestras costumbres más arraigadas. Mamá se quedaba cocinando y preparando la cena. Mientras tomábamos el sol, mirábamos el cielo azulado y contemplábamos las flores bucólicas, me dijiste con un tono solemne: «Hoy me gustaría hablarte de algo sublime: la caridad. Amar es lo más grande de esta vida. Sin amor no se puede vivir, se está muerto. Ya lo dijo San Mateo: “Amarás al Señor tu Dios con tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”. Éste es el primero y gran mandamiento. El segundo es semejante a éste: “Amarás al prójimo como a ti mismo”. Quisiera que te metieras esto en tu corazón. La

fuerza del amor consiste en amar, silenciar y exonerar. Si una persona hace sufrir al prójimo, se hace daño a sí misma. Por el contrario, el que ayuda a los demás se ayuda a sí mismo. Nacho, el amor egoísta es el peor de nuestros enemigos. Napoleón dijo: “El más peligroso de nuestros consejeros es el amor propio”. Cuando una persona sólo piensa en sí misma y en sus cosas, encuentra como compañera de viaje a la soledad. El amor a los demás nos concilia con el sufrimiento y hasta con la muerte, ya que el amor es una bondad sublime. El que ama con todo el corazón no tiene miedo a la muerte, ya que reserva la inmortalidad a los muertos y a los que viven la inmortalidad del amor. Por lo tanto, cuando existe un amor insondable, el padecer no es pena, sino alivio y gozo. El dolor es el alimento principal del amor, y todo amor que no se alimenta de dolor puro, muere».

Coincidía el dieciocho de julio en lunes. Salimos el viernes por la tarde hacia Salamanca. Habías reservado un hotel con dos habitaciones; una individual, para mí, y otra de matrimonio para ti y mamá. Estaba ilusionado, nunca había visitado Salamanca. En aquellos años tenía un gran prestigio su universidad. Durante todo el sábado y la mañana del domingo visitamos lo más importante de la ciudad. Te pedí que la primera visita fuera a la universidad, y accediste. Imaginaba a Unamuno cuando se trasladaba de su casa a la Facultad, caminando con la cabeza baja y las manos a la espalda. Vimos la Casa de las Conchas y, desde el puente romano, observamos con detenimiento el brillo del agua del río Tormes. También visitamos la Torre del Aire y en la Plaza Mayor merendamos lo mismo que los estudiantes. Me encandilé cuando, a la caída ya de la tarde, llegaron los componentes de una tuna, con largas capas y tiras multicolores, entonando «Estudiantina Portuguesa». Cenamos y tuvimos una larga tertulia en la terraza de una taberna típica. Al día siguiente, domingo, propusiste que asistiéramos a la Santa Misa en la Catedral Vieja para visitar luego, como turistas, la Catedral Nueva. Quedé gratamente sorprendido por la riqueza histórica de todos los edificios que visitábamos.

No entendía mucho de siglos, pero algo nos explicaste a mamá y a mí. Lógicamente, llevabas una guía completa de Salamanca que adquirimos en la oficina de turismo. Después visitamos el Convento de San Esteban para recalar en la Clerecía, tras vislumbrar, un poco de lejos, la Capilla de la Vera Cruz. Al mediodía, después de cargar las maletas en el coche, salimos hacia Sevilla. Cerca de Mérida almorzamos en un restaurante que estaba junto a la carretera y, a continuación, proseguimos el viaje. Llegamos un poco anochecido y cansados, pero muy contentos de la extraordinaria excursión. Mamá, como siempre tan afanosa, nos preparó una cena rápida, un tanto ligera, y nos acostamos rápido.

Deseo, papá, contarte un sueño que he tenido. Había terminado los estudios y, con mi brillante título de licenciado en Económicas y el máster en Márketing, había sido contratado por una multinacional. La división de márketing era mi responsabilidad, que atendía con auténtica pasión. Apliqué todas tus enseñanzas: un trabajo bien hecho y acabado, estudiar en profundidad los asuntos antes de dictaminar una solución, llegar puntual, no escatimar esfuerzos y ser un buen colaborador de mis compañeros. Esto me llevó rápidamente al éxito. Fui nombrado director general. Encontré en la cúpula del poder la soledad como compañera. Tenía que tomar decisiones que no podía examinar con nadie. De esas medidas dependían muchas familias. La oficina de mi empresa en Roma estaba dirigida por un personaje curioso fui en comisión de servicio para tratar de arreglar las dificultades. La mafia llegó al hotel donde me alojaba y procuró, con presiones de todo tipo, que firmara un documento injusto y que comprometía a la sociedad. Compré un billete de avión y, después de abonar en mi habitación la factura correspondiente, me escabullí por la puerta de servicio del hotel. Cuando estaba en el avión, de regreso a España, me desperté. Fue un sueño feliz y triste. La soledad que viví en el sueño

me atenazaba el corazón. La toma de decisiones en solitario y sin poder analizar con ninguna persona me asustaba. Pensé en ti. Querías que fuera un triunfador nato, pero nunca me hablaste de la soledad del que tiene el poder y debe tomar decisiones. Aquel sueño me estimuló a tomar en serio los estudios de entonces y los posteriores en la universidad para llegar, sólidamente formado, al liderazgo que tú me habías marcado.

Un día observé una valla publicitaria en Sevilla que, con un desnudo, anunciaba una bebida alcohólica. Posteriormente, encontré la misma proclama en una revista de información general. Arranqué la página y se la llevé al profesor de religión. Escribió una carta al anunciante y a una asociación para la defensa de los consumidores. La firmaba como profesor del colegio. Se montó un buen lío, pues no era la única denuncia que había respecto a esa campaña publicitaria soez e inmoral. Se suprimió la campaña y no volvió a aparecer ese mensaje libidinoso. Te comenté lo sucedido y me glosaste: «Tu actuación ha sido correcta, y la de tu profesor, más acertada todavía. Es necesario acudir a los órganos competentes para defender la moral y las buenas costumbres. Estar callados ante una agresión como la que has expuesto sería una cobardía».

Nos visitaban, con frecuencia, unas señoritas de la parroquia cercana al colegio, que nos instruían para recibir la Primera Comunión. Dos compañeras no solían asistir. Yo les pregunté el motivo de sus reiteradas ausencias. Me contestaron que a ellas las preparaban sus abuelos. Al investigar un poco más, me relataron toda la verdad. Se trataba de que sus padres, agnósticos, no las habían bautizado. Los abuelos batallaron para que recibieran el sacramento del Bautismo, pero no lo consiguieron. Las dos hermanas reivindicaron ante sus padres recibir, como todas las niñas del colegio, la Primera Comunión. Aceptaron con la condición de que los abuelos formaran a sus nietas en los barruntos de nuestra fe cristiana. Según relataban, los abuelos estaban felices forjando en la fe cristiana a sus dos nietas. Al

salir del colegio, alrededor de las cinco y media de la tarde, se marchaban a casa de sus ancianos abuelos, que les preparaban una succulenta merienda que devoraban como fieras. A continuación, las sesiones sobre el catecismo de la doctrina cristiana, hasta la hora de cenar. Las dos niñas recibieron en primer lugar el Bautismo y después la Primera Comuni3n. Vestían unos trajes muy bonitos.

Un día de verano, bajo el 3rbol partido por el rayo aquel día de la tormenta, mientras te refrescabas del bochorno del mediodía, querías hablarme en general de la mujer: «Nacho, la mujer est3 un poco degradada en la sociedad. No tiene las mismas oportunidades que el hombre. Est3 desvalorizada. En la historia de la humanidad han existido dos grandes mujeres sobre las que han girado, a su alrededor, todas las cosas: Eva, que nos llev3 a la p3rdida de la gracia preternatural, y la Virgen, que dio a luz al Salvador del mundo». Me impresion3 tu reflexi3n. Yo, ni3o sin formaci3n, pensaba que la mujer era inferior al hombre y que solamente estaba en la vida para unirse en matrimonio a un hombre, procrear hijos y educarlos.

Pap3, hoy necesito abrirte el coraz3n. Un compa3ero de colegio me ha hecho, a lo largo de todo el curso, mucho da3o: no me prest3 los apuntes, me difam3, minti3 sobre mis notas en los estudios, te degrad3 a ti por ser comercial... En fin, que no ha cesado de denigrarme. Recientemente me ha pedido un servicio muy importante para su propio beneficio. Necesitaba encontrar un determinado libro para un pr3ximo examen. No se acordaba del da3o que me había hecho repetidas veces, o quiz3s no quería acordarse porque no le convenía en este momento. Le conseguí el libro, pese a lo cual ha vuelto a atacarme y a difamarte. Estoy lleno de confusi3n, pap3, y necesito que me pongas luz: «Ver3s, hijo mío. Tu compa3ero de colegio tiene doble personalidad. En un determinado momento actúa el ni3o bueno y en otro momento el ni3o malo. No es consciente de ello. Es un enfermo mental

que necesita tratamiento médico». ¡Qué peso me has quitado de encima! Creía que el de la doble personalidad era yo y no él. ¡Cómo te admiro, papá! Siempre me sacas de mis pequeños y sencillos problemas. Sabes mucho, pero lo bueno que tienes consiste en que lo sabes comunicar perfectamente y, además, se te entiende a la perfección.

Un eslogan publicitario me llamó la atención: «Por lo menos dos hijos; tres, mejor; cuatro si os resulta posible». En un país de un crecimiento demográfico muy bajo se inició una campaña contra el descenso de la natalidad. En unos pocos años un alto porcentaje de la población estaría constituido por jubilados, que debían ser sostenidos, alimentados y cuidados por un número cada vez menor de jóvenes, y se trataba de intentar paliar esta tendencia. También se llegaría a una pérdida de dinamismo económico. El gobierno de turno lanzó una campaña publicitaria para incrementar la procreación a través del eslogan mencionado. En el nuevo presupuesto estatal se marcaron las siguientes medidas: «reembolso de algunos impuestos al nacer el tercer hijo, exenciones fiscales con el cuarto hijo, más ayudas escolares y facilidades para conseguir viviendas a las familias numerosas». En uno de nuestros largos paseos por el campo te pregunté: «¿Cuál es tu opinión sobre el comportamiento de este país?». Y me contestaste del siguiente modo: «Nacho, el mundo se está autodestruyendo. Intenta enmendar la plana al Creador. La naturaleza es muy sabia y, en todo momento, está la providencia divina, que dará soluciones a los problemas demográficos y de todo tipo. Los gobiernos han perdido la fe en Dios y pretenden organizar, a lo humano, la planificación familiar a través de un control demográfico. Nacho, esto es un absurdo. Todos los hijos son una bendición de Dios. Cada hijo, al nacer, trae su propio mantenimiento a corto y largo plazo. El país del que hemos hablado planifica y luego cambia la estrategia sobre la natalidad». Papá, cada vez veo más claro que cuando sea mayor y me case, aceptaré todos los hijos que me envíe Dios, me beneficie o no de las ayudas estatales.

Nos visitó, en el colegio, un representante del Ministerio de Sanidad para informarnos de un programa cuyo lema era «Juventud y anticonceptivos». Nos comentó que, de acuerdo con el Instituto de la Mujer y el Instituto de la Juventud, se habían editado unos folletos de difusión gratuita. En los panfletos que nos repartieron, con un lenguaje soez, se estimulaba al empleo de la sexualidad como simple fuente de satisfacción personal. Uno de los lemas lanzados en la campaña de publicidad decía lo siguiente: «No juegues con la suerte, elige tu anticonceptivo». Con el dinero de todos los contribuyentes el gobierno de este país estaba degradando a nuestra juventud con la excusa de evitar abortos y embarazos no deseados. Yo quería que me explicaras, sin detalles, sólo en líneas generales, tu opinión al respecto: «Nacho, la sociedad, con el apoyo de los gobiernos, se está volviendo materialista y pierde progresivamente los valores éticos. Las personas, por ósmosis, se están persuadiendo de que tanto el mal como el bien son relativos. Los jóvenes no tienen la formación ni humana ni ética ni espiritual necesaria para poder vivir en armonía y paz. Las civilizaciones están agonizando por estas crisis bárbaras, movidas por el hedonismo. Nacho, el placer sexual es bueno, lo concedió Dios a los hombres y las mujeres para la procreación. Cuando se utiliza como simple delectación egoísta se pierde el fin último y, por lo tanto, pasa de ser algo maravilloso a envilecer al ser humano».

Con gran alegría recibí la noticia de que el próximo domingo visitaríamos a los ancianos de el asilo de la tercera edad de tu entrañable amigo terrateniente. Les llevaríamos un poco de alegría dentro del gran dolor que les provoca la soledad y el abandono de sus allegados. Nos ataviaríamos un poco y les compramos unas golosinas, aunque ellos tenían de todo en el hospicio. También les llevaríamos algo de afecto y júbilo. Una gran dosis de cariño. Como siempre, nos lo pasamos muy bien: nos reímos, cantamos y entablamos una velada entrañable en la que les contaste muchas anécdotas y chistes graciosos. Una anciana se ahogaba de tanto reír. Otra, médico, se encontraba triste y sola en un

rincón de la sala de estar. Al final nos acercamos y, sonriéndole, le hablaste con mucha ternura. Al tener los estudios de Medicina conocía perfectamente que su enfermedad, cáncer de mama, no tenía curación y era irreversible. Su conversación giraba alrededor de su enfermedad: la evolución de la misma o los fármacos que le recomendaban los médicos que la atendían. En ocasiones simulaba un desmayo, con lo que conseguía llamar la atención y así podía compartir con los demás su desesperación. Le hablaste con delicadeza de que ella era un tesoro para la humanidad. La animaste a que ofreciera a Dios sus dolencias y así convertiría su enfermedad en holocausto para el bien de todo el mundo y por la paz. Empezaría a ser feliz y rompería esa desgarradora amargura de su corazón. Elevaría el alma hasta la Eternidad, siendo la suya una maravillosa inmolación. Al final de tus palabras te abrazó y, besándote la mano, te dijo: «Dios le bendiga, venga a visitarme más veces, nadie me ha hablado como usted». Tenías, desde que mamá se fue al Cielo, el don de las lágrimas. Lloraste y yo te abracé por la cintura e intentaba consolarte. Recibía tus caricias en mi largo pelo. No te importaba nada de esta vida, sólo deseabas amar a los demás, sin esperar ninguna recompensa; quizás una sonrisa de una pobre anciana sola y desamparada. Sólo esperabas la recompensa divina. Yo necesitaba llorar, pero no lo hice, tenía que ser fuerte ante tu debilidad. Así me forjaste. Deseabas que tu pequeño hijo desempeñara la función de padre cuando tú te convertías en un niño.

En una ocasión estabas contento, ya que habías logrado unir a dos familias que se estaban rechazando mutuamente. Me dijiste: «Nacho, el despecho, la vanidad y la envidia son despojos de la miseria humana. Estas dos familias se estaban enquistando por pequeñeces no restañadas en su momento. Un desprecio en un momento determinado, si no se pide perdón, produce a lo largo del tiempo despecho. El no tener un detalle con una persona en el momento oportuno produce una herida en su vanidad. El permanente elogio de uno mismo y la vanagloria constante de los éxitos personales produce el rechazo de

los demás y, como consecuencia, la envidia. Estos defectos son las mismas heces de la vileza del corazón, consecuencia de la miseria humana». Una vez más has culminado tu misión: forjar a tu hijo en el bien para que, el día de mañana, sea un triunfador que debe basar su éxito en la entrega a los demás. Evitar por encima de todo la envidia. Querer los éxitos profesionales y personales de mis compañeros de trabajo, de mi familia o de los amigos.

Un día te dije: «Papá, ¿qué será de mí cuando sea mayor? Estoy preocupado, ya que me has marcado una meta que, posiblemente, no pueda alcanzar...». No me dejaste continuar: «Nacho, las metas deben ser siempre ambiciosas. Sirven para luchar e intentar alcanzarlas. Si no se consiguen no pasa nada, ya que son únicamente objetivos marcados como máxima aspiración». Este consejo me animó para abrirte más, de par en par, mi corazón, y proseguí: «Estoy ilusionado. Cuando adquiera experiencia profesional constituiré mi propia empresa y seré solidario con todos mis empleados. Parte de los beneficios los emplearé en sufragar los gastos de una mejor formación, a través de cursos y seminarios, aumentar los sueldos o incentivar el número de hijos; no retiraré los dividendos, para que sean reinvertidos en la mejora de las instalaciones para que los empleados trabajen con más alegría, comodidad y entusiasmo. Crearé una empresa sólida eliminando mi egoísmo personal y el afán de conseguir riquezas». Sentí que latía tu corazón ufano por tener un hijo con unas aspiraciones tan nobles y altruistas. Esa tarde la dedicamos a jugar por el campo. Cortamos un ramillete de flores silvestres que le entregaste a mamá. No necesitabas darme ningún consejo más. Habías comprobado que yo iba por buen camino.

Te impresionaron aquellas dolorosas palabras de un viejo amigo, compañero del colegio, que nos visitó y te dijo, lleno de tristeza: «Estoy, constantemente, pidiendo una limosna de amor». Nadie acudía a

su humilde petición: sus hijos le habían abandonado en una total soledad; los vecinos se encontraban en la espiral del hedonismo y pasaban de un pobre viejo como él; los compañeros de colegio y de la universidad se habían olvidado del anciano amigo. Vivía rumiando su amargura. Siempre había latido en la intimidad de su corazón un sople de amor. Aquella afirmación te entristeció el corazón. Me miraste amorosamente, suplicándome que cuando fueras anciano no te abandonara. Nunca te dejaré, no te preocupes, en un asilo, aunque sea lujoso. Tú estarás siempre conmigo y tendrás todo el amor de tu hijo único al que tanto amor le diste. Amor con amor se paga. Los hijos de tu amigo sufrirán lo que cuenta el refranero: «Los que no saben amar no sabrán morir». Se vuelve a repetir la historia: el egoísmo deshumaniza a la persona y envilece el corazón.

Uno de mis profesores, impresionado por algo que le había sucedido, estaba feliz y nos trajo, para todos los de clase, unas golosinas. No pudo resistir la tentación de relatarnos lo que le había acontecido y yo estaba persuadido de que la historia iba a ser interesante: «Viajaba con mi mujer y tres de los cinco hijos con los que Dios me ha bendecido en dirección a Málaga, porque un pariente nuestro se había puesto repentinamente enfermo. Yo estaba un poco nervioso y empecé a llover. En una curva muy pronunciada, con gravilla en los bordes de la carretera, el coche inició un deslizamiento incontrolado. Íbamos a precipitarnos en un profundo barranco, cuando, asustado y sacando fuerzas de flaqueza, grité: “¡Dios mío, sálvanos!”. El coche se detuvo de pronto, quedó quieto. Ante mi estado de nervios, inició la conducción mi esposa, que estaba algo más serena y tranquila. Habían transcurrido unos breves minutos, en un absoluto y total silencio y, de nuevo, grité: “¡Esto funciona!”. Mi esposa, mientras conducía, me contestó que era lógico que no nos pasara nada. “Has invocado a nuestro padre Dios en el momento mas oportuno, y el Salvador no abandona nunca a un hijo suyo que le suplica. Ante la desesperación y el pánico, ante la inminente catástrofe, le invocaste con

fe y Él acudió en nuestra ayuda”». Nuestro profesor nos decía que había vuelto a nacer y, por esta razón, nos había invitado a las golosinas. Comprendí lo que tantas veces me explicaste: «Dios es nuestro padre y nunca abandona a sus hijos». Seré, de mayor, una persona que confiará, siempre, en nuestro padre Dios y, ante las hecatombes más grandes, no desmayaré.

Me propusiste una visita al cortijo de tu amigo, el dueño del asilo de ancianos de la tercera edad. Era una propuesta tuya. Querías visitarle. Accedí gustoso. Mamá se quedó en casa con sus muchas ocupaciones. Nada más llegar, tu amigo nos aposentó en un lugar privilegiado y nos preparó el aperitivo. Después de almorzar, y mientras tomabais el café, una copa y un puro habano, le dijiste, con mucha solemnidad: «Tu asilo dispone de las técnicas más avanzadas, está dotado de todos los adelantos y tiene un servicio personal esmerado: médico, psicólogo, enfermera y varios celadores, gimnasio y sala de rehabilitación. Sin embargo, no tiene una capilla para que los ancianos puedan asistir, al menos los domingos y festivos, a la Santa Misa. Si la construyes, yo me encargo de buscar un sacerdote que la atienda». Accedió y al cabo de pocos meses nos invitó a la inauguración. Celebró la primera Misa nuestro amigo el sacerdote, que era quien se hizo cargo finalmente del culto en la nueva capilla. También asistieron todos los ancianos y residentes. Anclados, todavía, en las costumbres del pasado, se acomodaron los hombres en los bancos de la derecha y las mujeres en los de la izquierda. Allí estaba muy satisfecho tu amigo, te habías situado a su derecha y mamá a su izquierda. A mí me instalaste al lado de mamá. No me querías dar el beso de la paz cuando el sacerdote lo solicitase. Ya te voy conociendo. A pesar de que nunca me has besado, ¡cuánto te quiero, papá! Todo fue entrañable. En la homilía, el sacerdote dijo a los asistentes: «Mis queridos hermanos de la tercera edad, vuestra asistencia me recuerda mis primeros años de sacerdocio. Estaba de párroco en la iglesia de un pueblo pequeño, los jóvenes habían emigrado a la ciudad para situarse en la vida profesio-

nal, los esposos de las mujeres, la mayoría ancianas, las esperaban en la puerta de la iglesia, fumando un tabaco liado con papel de fumar y sacado de la petaca. Estaban de tertulia mientras se celebraba la Santa Misa. Hoy han desaparecido vuestras discrepancias, estáis todos juntos. Es para mí un día muy feliz. A vosotros deseo felicitaros, ya que a partir de estos momentos tenéis, además de los que cuidan vuestro cuerpo, a Cristo, que cuidará de vuestra alma. Debéis ser fuertes y valientes sabiendo que el fundamento de vuestra felicidad consiste en no tener miedo ni a la vida ni a la muerte. El tránsito a la otra vida es como un cambiar de morada. Vuestra soledad está, ahora, acompañada; Dios está con vosotros. Debéis estar muy contentos hasta exhalar vuestro último aliento». Al final tomamos un pequeño aperitivo y mientras charlábamos le diste, con la dignidad que te caracteriza, la mano al clérigo amigo de la estirpe y, felicitándole, le dijiste: «Breves pero acertadas palabras. Estoy orgulloso de tener, como uno de mis mejores amigos, a un sacerdote como usted». Siempre has sabido finalizar todas tus actuaciones con gran temple, con el decoro y la elegancia de un hombre de bien. Dándome ejemplo para el día de mañana, cuando tenga que enfrentarme a la vida.

El rector del seminario mayor de Sevilla era un antiguo compañero de colegio. Sintió la llamada al sacerdocio y respondió. Dijo que sí al reclamo de Dios. Te llamó a su despacho que ocupaba en el seminario y acudiste rápidamente. No me llevaste contigo, posiblemente por delicadeza hacia tu amigo. Después, me referiste todo lo sucedido. Deseaba que le ayudaras a lograr, de entre tus clientes, becas para seminaristas necesitados, ya que sus padres no les podían costear su estancia en la institución. Con tu estilo magnánimo, generoso y olvidándote de ti mismo, te lanzaste a la captura de apoyos económicos. Lograste que un personaje importante e influyente (había comprado muchas alfombras persas) aceptase costear la beca a uno de los alumnos del seminario. Cuando te entregó el dinero, te dijo: «Estoy de acuerdo con tu propuesta —al contemplar tu pasmo, reiteró su acep-

tación—. Sí, acepto, ya que fui, siendo un niño, seminarista y abandoné, por debilidad, mi estancia en el seminario. Ya que no llegué al sacerdocio procuraré, con mi dinero, que pueda llegar al presbiterado el hijo de un hombre que no tiene medios económicos. Te doy las gracias, has hecho un gran bien a mi alma». ¡Cómo te entregas a las grandes causas! Quedé maravillado. Creo, papá, que tuviste un poco de suerte. Tu cliente fue generoso por remordimiento de conciencia. En tu primera gestión enlazaste con un mirlo blanco.

Os propuse a mamá y a ti salir al campo un domingo por la tarde, y lo aceptasteis. Mamá preparó la merienda y salimos con tu coche, que ese mismo día habías hecho lavar. Nos llevaste, por carretera, a la sierra Sur de Sevilla. En Algámitas, un pequeño pueblo blanco colindante con las provincias de Cádiz y Málaga, está la montaña más alta de la provincia de Sevilla. Aparcamos el coche y caminamos un poco por el campo, aunque fuimos despacio, pues mamá no estaba tan acostumbrada a grandes caminatas campestres como nosotros. Rodeados de un silencio profundo, surgido de las entrañas de la tierra, contemplamos un sol radiante, las flores silvestres, un paisaje bello, lleno de espacios verdes y marrones a lo lejos, de múltiples colores, bajo un cielo azul y, sobre todo, una brisa tenue y refrescante. Estabas feliz y lo demostrabas, mamá también, pero dentro de su corazón. Yo daba saltos de alegría. Después de comer sobre unas rocas grandes, buscamos un prado verde y, debajo de un gran castaño, rodeados de flores salvajes y madroños, tuvimos un entrañable coloquio. No era tu estilo cantar canciones, contar chistes o bromear sobre alguna cosa, excepto cuando estabas con los ancianos, los desvalidos longevos, abandonados de sus hijos. Te supliqué que nos contaras, al menos, un chiste, y aceptaste, como excepción, hacerlo aquella vez. Comenzaste: «Estaban viviendo en un hospital psiquiátrico hombres y mujeres que tenían todos sin excepción algún tipo de esquizofrenia. Se acercó

un hombre, poco lúcido, a una mujer, menos cuerda, y le dijo que si deseaba casarse con él. Le contestó que no, porque estaba loco. Él le contestó que si ella creía que estaba allí de vacaciones». Pusiste tanto afán por contarlo bien que tanto mamá como yo estuvimos riéndonos hasta que nos dolió todo el cuerpo. Estaba orgulloso de ti. Por hacer feliz a los que te rodean, por los que eres capaz de realizar cualquier cosa.

Mi vida con los tíos y las primas sigue siendo un auténtico suplicio. Me desprecian, no cuentan conmigo para ningún proyecto. No me llevan de excursión. Tengo que buscar a mis compañeros de colegio para hacer alguna marcha por el monte. Conté con grandes tentaciones de conquistar, por segunda vez, a la mayor de mis primas, la primogénita de tu enemigo político, el franquista mezquino. Tuve una gran oportunidad para ello. Una de las veces que me acompañó al colegio, me cogió de la mano y después me dio un casto beso en la mejilla que, por mi parte, no fue correspondido. Pensé que había llegado la hora de lavar tu honor, mancillado permanentemente por tu adversario, mi inhumano tío, pero tus enseñanzas me ayudaron a superar el trance. Tuve grandes tentaciones en los siguientes días, pero acudí a nuestro amigo el cura y le confesé mis turbaciones con mis primas mayores, así como el pecado cometido contra la menor de ellas. La mayor era hermosa, desde luego, la más apetecible de todas, y más todavía si consideraba que mancillándola restauraba tu dignidad humillando al franquista. La tentación había sido grande. El presbítero me dijo, como tú, con solemnidad: «Nacho, nunca cometas un acto humano por venganza, eso es una cosa vil e indigna de un hombre de bien. Lo has hecho muy mal, ¡está claro! Pero era de esperar, ya que tu tío, públicamente, degrada hasta términos insospechables el honor de tu padre. Nunca vuelvas a cometer vilezas así, ¿conforme?». Quedé envuelto en mi propia tortura interior. Lloraba desconsoladamente.

Soñé con mi hermano, tu hijo natural. Se parece a ti. Es alto, elegante, noble, leal y con un gran corazón, como el tuyo. Quedamos

para ir de excursión el domingo. Fue entrañable la conversación que mantuvimos, estaba llena de ternura y de bonitos recuerdos tuyos. Se sentía orgulloso de ser hijo tuyo, y yo de ser su hermano. En un momento determinado me sobrecogió una determinación que había tomado. «Como no estás contento con tus tíos —me dijo— le propondré a mi padre que te vengas a vivir al cortijo con nosotros. A mi mamá no es necesario que la convenza, porque lo desea con toda su alma, te quiere tanto como a mí. Le diré a mi papá que, como eres huérfano, somos muy amigos y vamos al mismo colegio, que te podrías venir a vivir a casa y ocupar una de las habitaciones libres». Papá, perdóname, no lo pude remediar, lloré de alegría al despertarme. Era una felicidad tan grande que no cabía en mi corazón. Vivir con mi propio hermano y tu amante, que ya la quiero casi como a mamá, que está contigo en el Paraíso. Le dije que lo tenía que pensar antes de que se lo pidiera a su padre. Deseaba ardientemente decirle que sí, pero era necesario que te lo consultase a ti. Mañana te visitaré.

Ya estoy contigo, papá. Podrás observar que vengo de punta en blanco. Elegante, risueño, digno, perfumado y alegre. No me he olvidado de los claveles rojos que, en este momento, dejo en lo alto de tu tumba, sin agua, para que llegue pronto a tu rostro su aroma y me sonrías como siempre. Corto las hierbas frescas del invierno. Llevo guantes, me los quito para recoger mejor el herbaje que crece alrededor de tu cuerpo. Algo de ti me llevo a casa para que estés cerca de mí. Las pondré en un jarro de agua para que perdure, en el tiempo, tu presencia. Tú estás en el Cielo con Dios y ya conoces el gran afecto que le tengo a tu hijo natural, no reconocido por amor a mamá. Estoy ilusionado y, a la vez, confuso. ¿Cómo seré aceptado en el cortijo? ¿Cómo le afectará al franquista ruin mi decisión? Lleno de desasosiego e intranquilidad, te pido que, como puedas, ¡se lo pidas a Dios!; dile que me ilumine lo que más me conviene. Que me ayude a no to-

mar una decisión equivocada. Papá, siento palpar en mi corazón una cálida voz que me dice: «Nacho, soy papá. Dile a mi hijo natural, como tú le llamas (no está bien que lo llames así), que aceptas vivir en el cortijo y abandona, cuanto antes, a los tíos. Quiero que te marches porque has cometido un grave error: has mancillado el honor de papá con tu venganza, derramando tu pasión sobre la pequeña de tus tres primas, y has tenido terribles tentaciones de hacerlo también sobre las otras dos, no faltándote tampoco ocasiones para ello. No te enseñé, en ningún momento, que te podías tomar la justicia por tu cuenta. Lo mejor que puedes hacer, ya que has hollado el hogar de los tíos y allí estás en permanente lucha y en peligro, es marcharte con tu hermano y mi entrañable amante, como tú dices, mi amor prohibido». Noté, sentía que me hablabas, sin verte, dentro de mi corazón. Sigo con mi sueño.

Ahora todo consiste en la lucha por habitar en el cortijo y abandonar a los tíos y las primas. Ellos seguirían siendo los administradores de la pequeña fortuna que me dejaste. No te llevaste nada al Cielo, todo me lo dejaste a mí. Dios te lo ha recompensado con creces. Me desperté sobresaltado. Alegre y triste al mismo tiempo.

Invité a merendar a casa de los tíos y las primas a tu hijo, mi hermano. Lo pasamos muy bien. Las primas quedaron encandiladas con su personalidad, propia de un hijo tuyo. Le presenté como un compañero de colegio y, a la vez, hijo de un buen cliente tuyo. Sus padres te compraron mucho género. Tu amante te llamaba con frecuencia para llevar a cabo un pedido y poder contemplar tu hidalguía, tu bien hacer, la jovialidad y, sobre todo, la gran fuerza persuasiva que tenías para convencer y, posteriormente, seducir a tu cliente. Era irresistible tu personalidad, eras el mejor vendedor del mundo. De regreso a su cortijo, le hablé. Le conté el sueño que había tenido, estaba dispuesto a aceptar su propuesta. Le comenté, siguiendo tus enseñanzas: «Acepto, pero tenemos que llevar a cabo una estrategia que no pueda fallar. Debemos pensar en todas las dificultades que se nos puedan

presentar. Creo que deberíamos dar pasos cortos, pero seguros. Por ejemplo, durante las vacaciones veraniegas del colegio, tres meses. Quizás se puedan alegrar mis tíos. Podrían hacer planes sin tener que contar conmigo. Después, a la vista de los resultados, haríamos la estrategia más adecuada para cada momento». Tu hijo, mi hermano, no reconocido por amor a mamá, se alegró y, lleno de entusiasmo, me dio un fuerte abrazo. Notaba que mi sangre, a borbotones, se unía a la suya que, a su vez, era la de tu propio linaje. Acordamos decírselo a su papá, avisando previamente a su mamá de los proyectos. Ella podría estar vigilando cualquier acontecimiento negativo. Ya no necesitaría que me acompañaran las primas al colegio. Acudiría con mi propio hermano desde su cortijo. Te pido que se lo digas a Dios y que me ayude en este paso tan importante para mi paz, sosiego y tranquilidad. Le puedes prometer que nunca, jamás, volveré a realizar, con mis primas, ninguna villanía.

Mientras, va fraguando la estratégica operación, y ante un posible fracaso que sería muy doloroso para tus dos hijos, recordé tus palabras enérgicas. Me estabas hablando del dolor, del sufrimiento y de las contrariedades de la vida. Me dijiste: «Cuando te llegue el dolor, piensa que, si lo ofreces a Dios, es dulce y alumbra las tinieblas. El sacrificio que tengas que soportar será algo que te llenará el corazón de gozo. Sabrás sobrellevar, con alegría, las dificultades que se te presenten en la vida. De esta forma tu alma manará dolor de amor. Es la felicidad plena en la tierra, casi el comienzo de la felicidad celestial». Con estos recuerdos me estoy preparando a los posibles, casi seguros, contra-tempos que tendré en la vida y, de modo especial, en estos momentos en que deseo ardientemente trasladarme a vivir al cortijo de mi hermano. Qué paz olvidar a los tíos y estar cerca de tu entrañable, aunque prohibido amor, y con mi hermano, tu hijo. Fue un sueño feliz.

Siguiendo el ciclo de conferencias que se vienen desarrollando en el colegio, hoy nos ha visitado un doctor especialista en medicina paliativa, especialidad que está iniciando su singladura en nuestro

país. Es la primera vez que oigo hablar de un tratamiento preferencial a los ancianos, a los desposeídos de amor. Afirmaba que cuando el ámbito de la familia es acogedor, sano y equilibrado, si los intercambios afectivos se desarrollan con normalidad, entonces sucede que a la familia en su totalidad le llega la seguridad psicológica y una gran capacidad para afrontar con mayor optimismo el futuro de los ancianos que viven dentro del hogar. «La familia, para los enfermos irreversibles, es de vital importancia —decía— ya que la afectividad es muy importante para las personas de avanzada edad que ven marchar su vida y despojarse de todo para una vida nueva. El cariño, la magnanimidad y la alegría del hogar estimulan al enfermo y le permiten vivir un tiempo más largo de lo normal. Lo importante es llevar a los ancianos, cuanto antes, al hogar y darles lo que, en otros lugares, no tienen: la alegría de vivir. En otros sitios únicamente esperan a su hermana la muerte, que tarda en llegar».

He tenido un sueño estremecedor. Me gustaría narrarte el contenido. ¡Verás! Se trataba de una cruel y mafiosa directora de una institución estatal. La soberbia la llevaba a un desordenado afán de protagonismo que le impedía razonar con mesura. Abusaba de las diversas situaciones en las que era necesaria su intervención. Poco inteligente y, sin embargo, muy suspicaz. No tenía escrúpulos, vencía a las personas sin tener en cuenta su dignidad humana. Era brusca, perversa e inhumana. Percibía a su alrededor desprecio y desatenciones que le hacían sufrir. Era inculta, y no había logrado ninguna licenciatura universitaria. No se preocupó de su formación desde el punto de vista cultural. Carecía de cualquier tipo de lectura. La literatura no existía para ella. Se dedicaba al entretenimiento vulgar y en absoluta soledad. La amargura y la tristeza la acompañaban, eran sus compañeras de viaje. La falta de civismo la llevaba a sentirse en la más profunda soledad y, como consecuencia, en el silencio más angustioso.

Ante las insolencias y los escarnios, muy merecidos, se replegaba en su trabajo y sufría en silencio. Papá, una existencia llena de egoísmo, sin amor a los demás, buscando aparentar y moviéndose por motivos estrictamente hedonistas, no vale la pena vivirla. El amor engrandece a las almas y las eleva a la paz, el gozo, el sosiego y la alegría aquí en la tierra para, después, gozar eternamente del deleite inmortal. La falta de amor no tiene en cuenta aquellas palabras que tú me enseñaste de Santa Teresa: «Cuán poco lo de acá y cuán mucho lo de allá». Al despertar sentí un gran escalofrío en todo mi cuerpo. Di gracias a Dios. Aquello fue, simplemente, una pesadilla, un simple sueño.

Me agradó extremadamente lo que nos leyeron en el colegio. El Papa hacía proclamas ante los auditores de la Rota Romana con motivo de las numerosas declaraciones de nulidad de matrimonial por motivos psíquicos. Afirmaba sin ambages de ningún tipo: «El escándalo de ver destruido en la práctica el valor del matrimonio cristiano por la multiplicación exagerada y casi automática de las declaraciones de nulidad, en caso de fracaso del matrimonio, bajo el pretexto de alguna inmadurez o debilidad psíquica de los contrayentes». Papá, tú siempre me has inculcado que el matrimonio es indisoluble, es compromiso, por parte de los contrayentes, para toda la vida. Según nos aclararon en el colegio, estos abusos proceden de los tribunales diocesanos, en su mayoría, de Estados Unidos y Gran Bretaña.

Sigo con el sueño. Te quería tanto el padre legal de tu hijo natural que, cuando le pidió mi hermano que fuera a vivir durante los tres meses de verano al cortijo, dijo que le parecía muy bien. El cortijo era espacioso, tenía todas las comodidades: piscina, campo de tenis, un frontón y caballos para montar. No viajaban fuera de Sevilla para buscar un lugar de descanso. Para los ocho hijos que habían procreado, uno de los cuales era el tuyo, se organizaban un sinfín de actividades de todo tipo; deportivas, culturales, festivas y gastronómicas. También solían invitar a los íntimos amigos en estas ocasiones. Aceptó encantado mi incorporación durante el tiempo estival; desconocía

por completo los planes que habíamos trazado los dos hermanos con la ayuda de tu apasionado amor prohibido. Ella siempre apoyaría mi integración en el seno familiar, me quería como a un hijo. El papá de mi hermano natural, tu hijo, quiso, antes de tomar ninguna decisión, hablar conmigo confidencialmente. Acudí a la cita y me preguntó: «¿Cuál es la razón por la que deseas venir a vivir con nosotros?». Siempre me has enseñado que hay que decir la verdad ante todo, aunque me cueste caro. Hasta la muerte. Le contesté: «En primer lugar, porque soy muy amigo de su hijo, vamos al mismo colegio, estamos en el mismo grupo, tenemos los mismos profesores y nos ayudamos con los apuntes. Por otra parte, mi tío no tiene las mismas ideas políticas que tenía mi papá y, por lo tanto, tenemos algunas discrepancias. Me aceptan con resignación y no manifiestan amor alguno hacia mi persona. Soy un pobre huérfano de un enemigo político». Se levantó con energía y, mirándome de hito en hito, me dijo: «Tú, Nacho, puedes venir durante las vacaciones veraniegas y siempre que lo consideres oportuno. Este cortijo es tu casa, tu hogar». Sonreí y le abracé, casi era tan alto como él. Lleno de gozo, girando sobre mi cuerpo, abracé a mi hermano y, con todo respeto, le di un beso a mi nueva madre. Ella me abrazó y me colmó de besos, como lo hacía mamá. Los tres habíamos ganado la primera batalla. Nos quedaba lo más difícil: ganar la guerra, esto es, vivir con ellos no solamente durante las vacaciones veraniegas.

Te narro lo más doloroso no para mí, que lo estaba deseando, sino para la tía y mis primas. Los reuní y, con elegancia y saber estar, guardando las formas, con verbo fácil y humilde, les transmití mi deseo. Tu enemigo político tenía la ocasión de desprenderse de mi presencia durante tres largos meses y aceptó sin rechistar mi sugerencia. La tía, que ya me quería un poco más, lloraba, y las primas sollozaban, ya que tampoco les gustó la idea. Menos aun a la pequeña. Preparé la maleta y una bolsa de deporte y partí al encuentro de mis seres queridos, mi segunda familia, mi nuevo hogar. Me recibieron con los brazos

abiertos y con lágrimas en los ojos y más besos de mi nueva madre, tu amor prohibido, que nunca imitaré, con la ayuda de Dios. La besé en la mejilla y le dije, muy por lo bajo, «mamá». Me abrazó y derramó su enorme alegría regando mi cuerpo con sus lágrimas. Después, saludé a mi segundo padre, le apreté la mano y me acarició la mejilla, diciéndome: «Bienvenido a tu nuevo hogar, aunque sea por una corta temporada». Nos miramos como cómplices tu hijo y yo. Corrí hacia él y nos abrazamos, dando saltos de alegría. Llegaron las presentaciones oficiales del resto de los hijos y del personal de servicio. Papá, aquello me parecía un sueño. Era el sueño que tuve convertido en realidad. Co-habitaría bajo el mismo techo con tu propia sangre, tu hijo, mi hermano. ¡Qué momentos más felices, papá! Desperté del delirante sueño. Un escalofrío invadió todo mi cuerpo. ¡Sólo era un sueño!

Sigo con el ensueño. Un domingo le propuse a mi hermano visitarte y narrarte todo lo sucedido. Mi nueva mamá, tu amante, quiso acompañarnos. Los tres, sentados, nos reíamos de la complicidad para lograr los objetivos propuestos. Yo dejé, como siempre (lo sabe tu otro hijo), los claveles rojos en lo alto de tu tumba. Ella cogió el más granado, lo besó y te lo dejó con una extraordinaria delicadeza amorosa. ¡Cuánto te quiere! Me dijo que los colocáramos con agua y, de esta forma, estarían frescos más tiempo. Le dije que los dejaba sobre tu sepultura, sin agua, para que se marchitaran lo antes posible y de esta forma su aroma llegara pronto a ti y tú, como siempre, me lanzaras una sonrisa. Le pareció muy bien y me ayudó a recortar las hierbas del verano que se arracimaban alrededor de tu tumba en una cantidad mayor de lo habitual. Sabía que mi nueva madre iba a pedirme algunas hierbas cuando conociera su destino. Acepté gustoso su petición y preparé dos gavillas. Ella y yo te íbamos a tener muy cerca, estarías unido a los dos. También me dijo que las pondría en agua para que tu presencia estuviera más tiempo con ella. Por el rabillo del ojo miré a mamá (su tumba no está muy lejos de la tuya) y le pedí perdón. Quizás la estaba ofendiendo.

Algún sábado por la tarde visitaba a la tía y a las primas. Procuraba acudir cuando no estuviera tu enemigo político, el franquista. No me apetecía saludarle ni verle ni tener que escuchar sus malvadas afirmaciones sobre ti y tener que esbozar una mueca complaciente. Solíamos merendar y les contaba la vida en el cortijo y lo contento que estaba. Mis primas me miraban con envidia. Ellas no tenían piscina ni caballos para montar. Saludé con todo el cariño y respeto que se merecen mis primas y con gran ternura a tu cuñada, mi tía, que sufre las dentelladas de su cruel marido, como yo las sufría cuando el franquista lanzaba contra ti, que estás en la presencia de Dios, tanta ignominia y tanto odio. La tía te quería; tú siempre has sido bueno con todo el mundo, hasta con tu enemigo político, el malvado y cruel franquista. Desperté del sueño. Estaba triste y alegre, deseaba que aquello hubiera sido una realidad.

Recibí una llamada de mi tutor. Tenía hacia mí un cierto cariño, quizás porque ya no tenía padres. Charlamos un rato muy largo, me preguntó por los estudios y por la situación familiar. Cuando terminé de contarle mis cosas, de forma desenfadada, me contó que un profesor de la Universidad de Maryland había publicado un libro titulado *El último recurso*. Afirmaba que el hombre, en sí mismo, es un recurso inagotable. «No es cierto —afirmaba rotundamente— que el crecimiento demográfico sea la pesadilla de nuestro tiempo, ya que la mortandad infantil disminuye y la esperanza de vida se alarga». Me quedé luego como cavilando. Te manifesté mi inquietud en este sentido. Me sacaste, como siempre, de mi pequeño dilema, sólo diciéndome que «el mundo tiene recursos suficientes para alimentar a toda su población: la tierra con sus riquezas y el mar en su infinitud. Pero debe ser mejor distribuida la riqueza del planeta. No deben morir más niños por inanición. Los silos de muchos países están repletos y en África o la India mueren muchos críos inocentes por no tener qué llevarse a la boca. Es urgente llevar a cabo una política distributiva más equilibrada en todo el mundo». Papá, me elevaste la moral. Me ima-

ginaba que, dentro de unos pocos años, pasaríamos por una tremenda hambruna. Como sabiamente me dijiste, el mar es inmenso y la tierra está sin explotar, aunque avanzan sofisticadas técnicas para el aumento de la producción.

Permíteme que te recuerde el día en que te acompañé al odontólogo. Tenías varias muelas que necesitaban ciertos arreglos. El dentista te preguntó si estabas dispuesto a que sustituyera la inyección de la anestesia por la hipnosis. Aceptaste. Cuando creía que estabas en trance, en un profundo sueño y con el cuerpo insensible, intentó atravesar tu mano con una aguja muy larga. Brincaste en el «sillón de las torturas». No lo había logrado. Lo intentó por segunda vez, poniendo todas sus energías al servicio del magnetismo. Al hundir de nuevo la larga púa, volviste a brincar en la cama mecánica donde estabas tendido. El odontólogo, con toda la humildad del mundo, te dijo: «No le puedo aletargar, por lo que tendré que emplear la anestesia convencional». Le preguntaste la razón por la que no consiguió hipnotizarte y te contestó, lleno de modestia por su parte y de admiración hacia ti: «Usted es uno de los escasos pacientes a los que no he podido hipnotizar. Tiene una gran personalidad y tanta fuerza interior que no puedo manipular su mente». Siempre he sido consciente de que eras un ser extraordinario, maravilloso y excepcional. Toda tu capacidad de persuasión y seducción y tu gran personalidad tienen un componente magnético que impide la hipnosis. Podrías haber hechizado al doctor, él nunca habría podido conseguirlo contigo. Yo quiero ser, y con la ayuda de Dios lo lograré, como tú, un hombre de una fuerte y notable personalidad y un gran carisma personal.

Tu vida afectiva, rebotante de alegría candorosa, fue truncada por la llegada de la muerte cuando mamá cruzó el umbral de la otra vida. Tú habías dejado de existir sin dejar este mundo todavía. Cuando hablabas de mamá, sollozabas siempre. El recuerdo era perma-

nente. Un día te propuse que visitáramos, los dos, la tumba de mamá para rezar una oración. Aceptaste, pero con el miedo de volver a enfrentarte, nuevamente, con el tránsito a la otra vida de mamá. Con tu elegante hidalguía, te pusiste delante de la tumba y firme, como en el ejército, no te moviste ni parpadeaste, solamente unas lágrimas bordearon tus mejillas cuando yo recé la oración del devocionario que tú me regalaste el día de mi Primera Comunión. Salimos del camposanto con el corazón encogido. Era la primera vez que acudíamos a visitar a mamá después de su tránsito al Cielo. Yo, por más atrevido, te sugerí que fuéramos a un parque, ya que en él habían instalado unas atracciones feriales. Tu recuperación anímica fue total, y hasta me acompañaste, muy pegado a mi pequeño cuerpo, a la montaña rusa. Después, montamos en los coches de choque. Venías de frente conduciendo y, cuando estabas cerca, desviabas el coche y quedaba todo en un buen susto para mí. Me compraste palomitas de maíz y algodón dulce y estuvimos toda la tarde paseando por el parque y mirando todas las instalaciones allí montadas. Finalmente, visitamos una caseta en la que podíamos conseguir, si atinábamos en el blanco, un juguete, una golosina o un balón. Acertaste en la diana y elegiste el balón, que me entregaste como un regalo. En ese momento parecías muy feliz, como si hubieras olvidado, por un rato, el dolor del encuentro con mamá en su tumba.

Lograste soportar la soledad que te esperaba. Superabas el sufrimiento porque amabas con ternura a mamá. Necesitabas mi cariño. Te consolaba mi presencia, no eran necesarias las palabras. Las voces silenciosas ensordecían el ambiente. Nadie nos escuchaba, pero todos los seres queridos que nos rodeaban nos amaban, comprendían nuestra pena silenciosa. Llorabas y gemías en la más profunda de las soledades.

«Papá, necesito tu ayuda, estoy un poco confundido o, más bien, aturdido. Se trata de una de las conferencias del colegio. El ponente disertó sobre “el respeto a la vida humana naciente y la dignidad

de la procreación”. No entendí el tema de la fecundación *in vitro*». Debes reconocer que no te fue muy fácil aclarar mis dudas. Me dijiste: «Nacho, es un tema un poco complejo. Ya te expliqué, en su momento, en qué consistía la procreación. Cómo habías llegado al mundo. La fecundación artificial consiste en que el espermatozoides del hombre se introduce en las vías genitales de la mujer sin relación personal. Esto es moralmente ilícito, incluso aunque el espermatozoides sea de su marido o el óvulo sea de su propia mujer. El matrimonio no confiere a los cónyuges el derecho a tener un hijo, sino sólo el derecho a realizar los actos naturales que, de suyo, se ordenan a la procreación». Algo más claras han quedado mis dudas. Creo que debo crecer, en edad y sabiduría, para poder llegar a comprender, con plenitud, todo lo que me has expuesto con tanta sabiduría.

Estabas encerrado en una quietud temporal. Tu misión en la vida, salvo forjar a tu pequeño hijo, había culminado. Sólo esperabas, como tantas veces me dijiste, a tu hermana la muerte. Ella te llevaría junto a mamá. Para sacarte de tu éxtasis te presenté, lleno de alegría, las buenas, magníficas notas que había logrado en los exámenes parciales del colegio. Con una sonrisa cansada, llena de tristeza, angustiada por la soledad y contemplando el vacío de tu vida, me dijiste: «Pelea, que vale la pena. Tienes que ser el mejor en este corto tiempo que nos permite Dios en la tierra. No olvides que un día que pasa es irre recuperable. ¡Yo tengo que redimir tantos tiempos perdidos! Sanear, limpiar y purificar tantas cosas que no he hecho bien y otras muchas que he dejado por hacer. ¡Cuántas faltas de omisión! Sigue adelante, Nacho, hijo mío, serás un gran hombre, un triunfador, como te dijo el buen sacerdote, entrañable de la familia». Me elevaste la moral. Llevaba en la mano varias matrículas de honor. Estabas orgulloso de tu hijo. Seré fuerte como tú. Comprendía que estuvieras inmerso en tus angustias solitarias, pero siempre esperando que la misericordia de Dios acudiera en tu ayuda, como así fue. Pronto me dejaste solo en esta tierra, inmerso en una brutal y salvaje soledad.

«Papá, quiero que me aclares un problema personal que tengo de niño pequeño. El profesor de religión nos explicó un dogma de nuestra fe: el misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Tú me explicaste que los hijos son el resultado de un gran amor entre los padres. Una relación física, la unión de los dos cuerpos en uno solo. Nos explicó el profesor que era un dogma de nuestra fe católica. Quisiera que me lo explicaras un poco mejor». Lo que se me quedó más claro es que se trataba de un dogma de fe, que consiste en creer lo que no se ve: «Dios quiso redimir al mundo enviando a su propio Hijo y lo hizo a través de la Encarnación en las purísimas entrañas de la Virgen. Se lee en los textos de la Misa de la festividad de la Maternidad de la Virgen María: “Virgen, madre de Dios: Aquel a quien los Cielos no pueden contener se ha encerrado en tu seno para tomar la carne de hombre”. Evidentemente, es un milagro que Dios determinase que viniera al mundo, para redimirnos, su propio Hijo, tomando la naturaleza humana. Era perfecto hombre y perfecto Dios. La perfección humana de Jesucristo era tal, que una mujer sencilla del pueblo, de forma espontánea, exclamó: “¡Bendita sea la madre que te trajo al mundo!”. Nacho, hijo mío, no te puedo dar ninguna explicación humana a lo que trasciende mis pobres conocimientos. Sólo Dios te lo podría explicar. Es un gran misterio de nuestra fe. El Espíritu Santo engendró, de forma milagrosa y, a la vez, misteriosa al hijo de Dios en las entrañas de la Virgen».

Hace varios meses que no te visito. Estoy delante de ti, a mamá le di un beso a distancia. Siento la necesidad de estar junto a ti y, como siempre, depositar unos claveles rojos en lo alto de tu sepultura, sin agua, para que su aroma llegue pronto a tu rostro y me puedas mirar sonriendo. Llevaré a mi habitación las hierbas frescas de primavera que crecen alrededor de tu cuerpo. Las pondré en un jarro, lleno de agua, para tenerte más tiempo junto a mí. Quisiera contarte una

anécdota, pues hoy no tengo ningún problema ni cuita que compartir contigo. Un entrañable compañero de colegio, de los amigos de verdad, como los tuyos, insistió en que le acompañase a un concurso de pintura en el que participaba. Yo estaba muy atareado con los exámenes y estaba obligado a dedicar bastantes horas al estudio. Analicé la situación y llegué a la conclusión de que no me ocuparía demasiado tiempo el acompañar a mi buen amigo al certamen de lienzo en el que participaba. Cuando le comenté que aceptaba su invitación se alegró, pero con una cierta amargura. Era un deseo alcanzado, había perdido todo su valor por haberlo obtenido. Me entristeció y, dentro de mi interior, noté el zarpazo de la soledad en mi profundo y obligado silencio. Papá, la entrega a los demás, me lo has explicado muchas veces, debe ser generosa y sin esperar ningún tipo de agradecimiento. Cumpliré tu consejo. Ante el desprecio de los demás, mayor entrega: sofocaré el mal con exuberancia de bien.

Llegó a mis manos una revista monográfica dedicada a la creatividad publicitaria en España. La portada era tan creativa que repelía a los más íntimos sentimientos. No te contaré su contenido. Únicamente mi impresión: era pornográfica, con una cierta carga erótica y de mal gusto, tosca y obscena. Se lo comenté al profesor de arte del colegio y me rogó le llevara la publicación. Al contemplar tamaña desfachatez, exclamó: «¡Qué barbaridad! Llamaré al director del anuario para indicarle que su órgano de difusión pronto fenecerá, por incurrir en errores de tamaña magnitud. El morbo erótico engendra siempre, el mal y la destrucción».

«Papá, deseo ardientemente que me lleves al campo. Necesito que me ilustres sobre cómo debe ser mi trabajo profesional en ese maravilloso futuro que me estás programando». Aceptaste y fuimos a contemplar el cielo añil, las flores silvestres y el sol fúlgido. Te pedí, con la fuerza que tú has metido en mi corazón, que me explicaras ese maravilloso quehacer laboral. Con una voz ronca, con una faz seria y, al mismo tiempo, una sonrisa afable, me dijiste: «Nacho, hijo mío,

cuando seas mayor y comiences el desarrollo de tu labor profesional, no debes olvidar que debes generar muchos ingresos, crear riqueza, y que redunde, directamente, en tus empleados. También puede trascender en los demás a través de instituciones que desarrollen obras sociales, asistenciales o benéficas. Debes procurar que en tu negocio, y serás un gran empresario, se viva con plenitud el humanismo. El beneficio se debe reflejar en la propia empresa, en sus trabajadores, en la mejora de las instalaciones y en atender los compromisos más inminentes del personal que trabaje a tu servicio. Con el dinero excedente debes crear una obra social dentro de tu organización empresarial. De esta forma, ganarás en todos los sentidos: en el espiritual, en el humano y en el económico». Como siempre, papá, me pusiste el listón muy alto. Una meta acaso asequible, pero de difícil y exigente consecución. Te prometí que pondré toda mi ilusión profesional para trabajar con constancia, sentido de responsabilidad y aprovechamiento del tiempo y, de esta forma, alcanzar los objetivos que me trazaste.

Deseabas que dedicara algún tiempo a pensar y, para ello, ilustraste tus enseñanzas una tarde con unas palabras de Pascal: «El hombre es como una caña que piensa». Cuando un hombre piensa, es. La caña puede ser destrozada por el viento, sepultada por las aguas, partida por la mano del hombre y hasta destruida por el fuego. Nunca dejará de pensar, porque es. Lo mismo sucede con el hombre: siempre tendrá la capacidad de pensar. Deberás evitar, siempre, que tu trabajo te impida que pululen burbujas por tu imaginación. Debes conseguir, en la medida de lo posible, que tu pensamiento sea ágil, independiente y nutritivo. Deberás dedicar todos los días unos instantes a pensar en la nada, en el futuro, de dónde venimos, a dónde vamos, por qué vivimos, quién nos mantiene en el ser, dónde nace la palabra y dónde muere. Nacho, tu pensamiento debe recalar en una pausa esfumada y mullida donde encuentre lugares y ámbitos que cobren vida en tu imaginación, por el imperio del recuerdo de las cosas. Sólo los animales irracionales no piensan». Me emocionó tu gran sa-

biduría y, a la vez, me aturdirían muchas cosas, porque ¿cómo siendo un licenciado universitario te dedicaste a la venta? Pensé que algún día me lo tendrías que explicar. Por tu extraordinaria inteligencia hubieras podido conseguir una cátedra y haber sido un gran y sabio profesor, muy elocuente, un investigador profundo o, quizás, hasta un líder político.

«Cada persona es un misterio», me repetiste. Presté atención, ya que estabas inspirado. Querías forjar mi débil y poco cultivada mente. Comenzaste la narración de dos encuentros recientes que habías mantenido. El primero se desarrolló en un restaurante, un almuerzo con un prestigioso periodista. Un ambiente frío y desangelado y sobriedad absoluta en los manjares. Me dijiste: «El comensal no tiene ningún compromiso, ninguna exigencia le persigue y nada importante tiene entre manos. Verás, hijo mío, llegó tarde al almuerzo, comió de prisa y se marchó con malas excusas. Es hijo de hombre importante y rico. Él es mediocre, no tiene sentido común y toma decisiones inoportunas y poco acertadas. No puede reconocer sus escasas cualidades y pretende demostrarse a sí mismo que posee valía e, indirectamente, demostrarlo a los demás, a las personas que le rodean. Cuando toma una decisión, es inamovible. Si se le rebate, se calla. No tiene criterio y está totalmente desorientado. No obstante, tiene gran corazón, pero ama a destiempo. Sin ninguna cintura política. Es querido, pero no comprendido. Es amable y afable. No sabe hacer felices a los que le rodean. Sonríe y parece que se está burlando. Es tan entrañable y tiene tanto corazón que su presencia es muy agradable mientras no se tengan que debatir temas de interés. El otro personaje era la directora de un congreso sobre ventas. Muy trabajadora y de una memoria prodigiosa, pero que no sabe estar. No coordina bien su aptitud con las cosas ordinarias. Suele angustiarse cualquier imprevisto. Se sacrifica para que los demás no sufran. Toma decisiones dudosas y teme consultarlas porque no está segura de que sean acertadas. Vive en un permanente agobio, en un vivir sin vivir. Su falta de inteligencia práctica la

suple llevando a cabo, incansablemente, muchas cosas, algunos de ellas inútiles. Desea que transcurra el tiempo para quedar inmersa en las tinieblas de las angustiosas dudas. Ordena que corran, que vayan más deprisa los relojes, pero eso no es posible. Su desasosiego la lleva a no ser feliz. Ni las cosas buenas la satisfacen. Está inmersa en la gran soledad de una mujer incomprendida y, al mismo tiempo, se refugia en un silencio angustioso ante sus intervenciones poco lógicas y fuera del tiempo». Cuando sea mayor, si Dios así lo permite, seré sencillo, abierto, leal, abnegado, transparente y sin miedo a nada ni a nadie. Me reiré de mí mismo. No me angustiaremos ante mis deficiencias o grandes errores.

El profesor de religión nos explicó unas palabras del Apóstol de las gentes: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero». Siendo un gran santo peleaba contra sí mismo, ya que la tendencia de sus miembros, de su cuerpo entero, le inclinaba hacia el mal. Después, nos animó con otras palabras de la Santa de Ávila. Decía así: «Nada te turbe, nada te espante, quien a Dios tiene, nada la falta. Sólo Dios basta». Me animó a luchar. Te pedí que me explicaras con más detalle todo esto, adecuándote a mi capacidad, para que pudiera entender estas verdades tan profundas. Me dijiste: «Nacho, hijo mío, lo importante en esta vida no consiste en no caer. Lo grande del hombre consiste en levantarse cuando ha cometido un error. Recomenzar de nuevo es lo que vale la pena. Lo normal del ser humano es caer, como decía San Pablo, el Apóstol de las gentes. Tú debes pelear con el convencimiento de que, si te dejas en las manos de Dios, Él no permitirá que caigas en ningún error, y si en alguna ocasión lo permite, será para tu bien. ¡Arriba prontamente! Santa Teresa es una doctora de la Iglesia y, por lo tanto, es sabia en sus afirmaciones. A pesar de nuestros errores, sólo Dios basta». Me convenciste. Recomenzaré siempre que tenga la debilidad de mancharme de barro, de las caídas que no deseo y que, por la impotencia humana, llevo a cabo. Seré valiente y humilde, papá, me levantaré siempre, aunque sea muy profunda la caída.

Tu gran corazón de oro, hecho para amar, supo que se perdona en la medida en que se ama. Amar a los semejantes es lo más grande, el acto más noble que puede llevar a cabo un hombre en esta tierra. Papá, así amabas a tu hijo único. En ningún momento fui mimado. Me amabas con toda el alma. Tu rebosante ternura estaba destinada para tu hijo. Notaba que, cuando estábamos juntos, la intensidad de los latidos de tu corazón se incrementaba. No lo manifestabas; tú, siempre fuerte, forjándome al crisol, curtiendo a un niño como si fuera un hombre. Una mañana festiva, mientras paseábamos por el campo, me atreví a llamarte la atención, tocar tu sensible corazón. Te dije: «Papá, has tenido debilidad por el amor prohibido y, sin embargo, con el amor permitido, tu hijo, nunca has caído en la tentación. Lo permitido lo quieres conservar intacto, fuerte y acrisolado. Deseas con toda tu pasión que tu hijo sea un gran triunfador, un hombre de bien y un luchador infatigable». Callaste, me abrazaste. Yo rodeé tu cintura, era suficiente. Estaba contigo. En lo más profundo de tu corazón existe una vida afectiva, candorosa y rebosante de alegría íntegra para mí y que nunca manifestarás.

Papá, qué pronto me abandonaste. Primero fue mamá, después tu tránsito al Cielo. Me he quedado en la más profunda soledad y, como cascadas rugientes, crece la intensidad del silencio que, como alfilerazos, viene silbando en mis oídos.

Amanecía. Yo estaba asomado a la ventana; reinaba un silencio de madrugada. Me atenazó el corazón, deseaba tenerte cerca de mí y, como siempre, abrazarme a ti, porque tú te dejabas y acariciabas mi pelo y yo era feliz. Ahora tengo que ser fuerte y poner en práctica todos los consejos, las sabias enseñanzas que siempre he recibido de ti. Me consuelan aquellas palabras tuyas: «Tienes que pelear fuerte, luchar sin desmayo. Tendrás grandes dificultades, pero, al final, vencerás. Serás un triunfador». Contigo era fácil, sin ti la muralla es inmensa. La debo saltar y no tengo fuerzas, no te tengo a ti para apoyarme, para que me ayudes a vencer los obstáculos. En la más ab-

solita soledad y en el más angustioso silencio. Te tengo a ti y tengo a Dios, que es un buen sustituto tuyo. Te contemplo con los ojos de la fe, pero me gustaría tenerte a mi lado.

«Para exterminar el mal del mundo, Dios debería eliminar al hombre. Nunca lo hará, lo creó con plena libertad hasta para tener la opción de poder negarle a Él mismo. Todos los hombres están destinados a la salvación eterna. Dios respeta el libre albedrío para que, con absoluta voluntariedad, decida sobre el bien o el mal. Dios ama al hombre libre. El hombre está destinado al bien, a lo bueno y lo bello. Nunca podrá dominar a la muerte que, inexorablemente, llegará. El mejor modo de esperarla consiste en pensar en el trance de la misma. Esta reflexión produce paz en el alma y serenidad en el corazón. Lo más noble y gallardo consiste en aceptar la voluntad de Dios y deslizarse hacia la muerte con entereza. Dios nos estará esperando con los brazos abiertos para darnos un fuerte abrazo». Éstas fueron las palabras del sacerdote en la homilía del funeral que se celebró en el colegio por el alma del director que, recientemente, había fallecido. Estas palabras, papá, me recordaron otras tuyas que me alentaron en un momento de desasosiego: «Debemos humillar este nuestro cuerpo de muerte para que no nos envilezca y aniquile».

Nos visitó, la mañana del domingo, un entrañable amigo de la milicia universitaria. Mamá se dedicaba a los preparativos del almuerzo. Yo estaba en mi lectura favorita, «El Guerrero del Antifaz». Como a todos tus amigos, le invitaste a un café y a una copa de brandy. Bebió una copa de más. Necesitaba manifestarte algo importante, abrirte el corazón, descargar contigo, con uno de sus mejores amigos, su amargura. Inició su desahogo contándote su dificultad: «Me encuentro en una total y absoluta tragedia interior. No tengo paz, siento un gran desasosiego, estoy viviendo una doble vida, necesito alguien que me entienda y que me pueda ayudar. No acepto un sacerdote sencillo, de una parroquia, formado en un seminario. Tengo una buena formación intelectual, soy doctor en Ciencias de la Información e ingeniero de

Telecomunicaciones, presido una importante empresa multinacional de componentes destinados a las empresas dedicadas a la construcción de aparatos de alta tecnología. Deseo un sacerdote que haya desempeñado una actividad profesional. Tengo un amigo que hizo la carrera de Medicina y, después, se doctoró en Teología y se ordenó sacerdote. No sé nada de él desde hace muchos años. ¡Verás! Lo que mi alma demanda es un sacerdote que entienda mi grave problema personal: soy homosexual, estoy casado y tengo siete hijos. También tengo un mancebo que cumple, muy bien, con mis desvaríos sentimentales». Le dijiste: «Tengo la persona indicada, un catedrático de la universidad que, después de estudiar lo previsto por las leyes eclesiásticas, se ordenó sacerdote. Desempeñó su trabajo como docente durante unos quince años. Posteriormente se ordenó. Tiene experiencia profesional y sacerdotal y dos doctorados, el civil y el eclesiástico». Te contestó que ése era el clérigo que buscaba. Concretasteis una cita. Se confesó, charló largo y tendido con el ungido y salió radiante, dispuesto a repetir la experiencia espiritual. Abandonó el deleite sucio con el mancebo. Papá, ¡cuánta labor llevas a cabo en favor de los demás, de los más necesitados! Cuando sea mayor, también ayudaré a los demás y, de modo especial, a los más despojados. Los que tengan graves problemas, como el de tu amigo homosexual. Serviré a los demás buscando, únicamente, la recompensa en la otra vida, en el Cielo.

Me gustaría contarte lo que le sucedió a uno de los profesores del colegio. Imparte Historia de la Filosofía. Un hombre amargado, triste y solitario. No se comunica con nadie y siempre quiere dominar el entorno que le rodea. Está enfrentado, por causas triviales, a gran parte de los profesores. Al dar las clases busca un afán desordenado de protagonismo. Los alumnos no cuentan para nada. Vive su mundo oscuro y sin horizontes. Está desquiciado. Pregunté a otro profesor, con el que tenía una cierta amistad y confianza, y me contó su historia: «Es un pobre hombre. Desempeñaba su función sacerdotal en una de las parroquias más importantes de Sevilla. Allí se enamoró de una

feligresa. Solicitó al obispo la secularización y contrajo matrimonio. Ella tenía muchas posesiones, fincas urbanas y rústicas y un próspero negocio. Era una mujer adinerada. No le pudo dar hijos por su avanzada edad. Sobrevivía amargado, triste y en un permanente desasosiego. Intentó, en dos ocasiones, suicidarse. Se salvó de puro milagro. Buscaba nuevas sensaciones. Gastaba el dinero con meretrices y con todo tipo de juegos de azar. Como necesitaba dinero, embaucaba a todos los amigos que tenía. Iba perdiendo todas sus amistades y, finalmente, se quedó solo. Prométeme, Nacho, que no contarás esto a nadie en el colegio». Se lo prometí, pero a ti no puedo dejar de contártelo, papá, pues qué profunda tristeza debe tener en su corazón una persona que ha encontrado el Amor, su consagración a Dios, y lo vendió por un plato de lentejas. La profunda amargura que debe sentir dentro de su alma, oscura y envilecida por sus infidelidades a Dios, le está llevando a no querer vivir. Ha perdido lo grande, Dios, por algo pequeño y pobre.

Me quisiste desvelar un secreto a voces. Tú, un licenciado universitario que se dedicaba a tareas comerciales. Fuimos a la biblioteca para no tener testigo alguno, ni los pájaros ni el cielo azul ni las flores silvestres ni el sol radiante. Querías estar solo conmigo. Me miraste a los ojos, como siempre, cuando has deseado transmitirme algo, casi trascendental. Me dijiste: «Nacho, pocas veces he narrado lo que te voy a contar. Tu pregunta del por qué me dedico a la venta tiene una explicación: un fracaso profesional de tu propio padre. Al finalizar mis estudios en la universidad, preparé unas oposiciones para profesor de instituto y conseguir una plaza, pero me suspendieron. Lo intenté una segunda vez y volví a fracasar. Mamá quería casarse y tomé la decisión de abandonar la oposición y dedicarme a la venta, que generaba suculentos ingresos. Tu nacimiento y, posteriormente, la operación de mamá troncharon mis aspiraciones docentes. Estaba metido en una

espiral de la que no podía salir. No pude ejercer mi vocación docente. Tener una buena preparación, una carrera universitaria, me ayudó a triunfar como vendedor, ya que mis compañeros no tienen estudios de ningún tipo. Tuve una segunda vocación, también frustrada por la falta de medios económicos: deseaba ser escritor. Ésta es la historia de papá. Y la razón por la que pondré todo mi esfuerzo y dinero para que te prepares bien y puedas triunfar en la vida profesional, ser un triunfador. Papá tuvo que trabajar y estudiar al mismo tiempo. La formación, en estas circunstancias, siempre es deficiente». En alguna ocasión he observado que cultivando tus cualidades literarias, que te rondaban en aquellos años de tu segunda vocación profesional, podías haber alcanzado muchos éxitos. Perdiste el tren, pasó tu oportunidad, pero ganaste, por tu generosidad, el Cielo. Saliste ganando, no te preocupes. Dios está contento con tu labor abnegada y generosa.

Nos visitó un compañero de colegio, entrañable amigo tuyo. Pertenece a una orden religiosa. Muchos de tus amigos se han entregado al servicio de los demás a través de una generosa donación a Dios: sacerdotes diocesanos, carmelitas, jesuitas, dominicos y hasta un misionero. Departimos animosamente a lo largo de la comida y durante el café. Le invitaste a una copa de buen brandy, que sólo sacas para los buenos amigos, y él te pidió cambiar impresiones en un reservado. Lo llevaste a la biblioteca. Saliste con el rostro demacrado. Yo intenté animarte. Sollozaste, te pregunté el por qué de tus lloros. Me dijiste: «Nacho, no sabes el dolor que tengo en mi corazón. Mi buen amigo me ha planteado el abandono de su vocación religiosa. Utilicé todos mis argumentos de venta: seducción y persuasión. Se marchó convencido de que no podía abandonar algo tan grande como era una vocación divina, recibida directamente de Dios. Le grité: “Eres un cobarde si abandonas el camino que has emprendido”. Lloró amargamente; dejé que se desahogara. Cuando se repuso, me dijo que no alcanzaba los frutos apostólicos, las metas espirituales que se había trazado. Yo le respondí que él se había trazado metas humanas sin

contar con Dios. Debe cambiar de actitud. Amar a Dios sobre todas las cosas, ser santo, y Dios pondrá los frutos apostólicos y espirituales. Dejar en las manos de Dios toda su vida y sus quehaceres y entregarse a la oración y la penitencia. Logré convencerle y me prometió que no abandonaría los hábitos. Lloro de alegría, de amargo regocijo. He contemplado a un buen amigo dispuesto a destrozarse su vida por una soberbia diabólica». Papá, ya te dije, el día que me explicaste la diferencia que existe entre un beato y un santo, que tú marcharías directamente al Cielo, sin pasar por beato. Eres un santo de altar. Le persuadiste, con tu verbo fácil y un gran afecto, de que debe seguir adelante. No salvaste a tu amigo, un hombre entregado a Dios, sino a todas las personas que le rodean. Un hombre de Dios nunca se marcha solo al Cielo, siempre va acompañado por una multitud de personas que ha convertido.

Aún recuerdo el primer amor que fue imposible y que destrozó mi vida de niño. Los años han cicatrizado la herida, el dolor que me provocó aquella situación tan desgarradora. Me enamoré, recordarás, de una niña de mejor posición social que la mía y tú me prohibiste que volviera a verla. No querías que fuera infeliz, que me arrepintiera, después, con el transcurso del tiempo. Tú amaste lo prohibido y nadie te lo impidió. La vida es muy injusta...

Quisiera exponerte una interpelación que, en el colegio, me ha hecho un compañero. No he sabido responderle. No he encontrado ningún argumento externo a nuestro dogma católico. La pregunta fue la siguiente: «Nacho, ¿por qué crees que Jesucristo es el Hijo de Dios?». «Es lógico que no puedas contestar a preguntas de tanto nivel teológico —me dijiste—, pero cuando te vuelva a preguntar, contéstale lo siguiente: “Creo que Jesucristo es Hijo de Dios porque resucitó de entre los muertos y ascendió a los Cielos y, por lo tanto, es el hombre más importante del mundo. Nacho, te voy a relatar lo que

ocurrió con un jesuita que se marchó a las misiones a un país lejano y sin cristianizar. Verás, postuló en la Compañía de Jesús, se ordenó sacerdote. Fue destinado a una selva tropical habitada sólo por mestizos aborígenes, en la que ningún hombre blanco había logrado llegar a su corazón sin ser aniquilado por sus pobladores. Varios padres jesuitas acudieron a esa misión, alejada del mundo civilizado, y fueron atormentados de la forma más primitiva y cruel. Mi amigo llegó a la isla en una barca. Trepó por una empinada montaña resbaladiza, junto a la que se despeñaba, con un ruido estrepitoso, una gran catarata. Logró alcanzar la cima. Como único equipaje una bolsa y dentro una flauta. Se sentó en un montículo para estar a la vista de los indígenas, ocultos en la maleza. Comenzó a tocar la flauta y, de entre la maleza, surgieron los aborígenes con sus flechas enfiladas al corazón del solitario misionero. Se colocaron alrededor del músico ocasional y empezaron a sonreír. Les ganó el alma. Estaban contentos. En un instante, un silencio sepulcral, había aparecido el jefe de la tribu. Se dirigió al flautista, al que le quitó, violentamente, el instrumento musical y, después de observarlo atentamente, lo apoyó en su rodilla derecha y lo partió por la mitad. El asombro cundió entre los pobladores y miembros de la tribu gobernada por el cabecilla. Todos tristes, respetaban la decisión del jefe. A la voz de muerte, se abalanzaron sobre el hombre blanco, enemigo histórico. Lo colocaron atado con cuerdas a una cruz, a la espera del próximo misionero. Fue trasladado a hombros y, al llegar al borde de la catarata, lo arrojaron al vacío. Iba saltando de borbotón de agua en borbotón. Se hundía en el sifón procurando no respirar. Cuando volvía a flotar respiraba de nuevo. Fue un verdadero martirio. Se ahogó. Un mártir más de la Compañía de Jesús. Fue realmente un hombre heroico, desde el punto de vista espiritual, un santo. Se hizo una película que llamaron *La Misión* sobre esta historia y sus consecuencias: aquel territorio no tardó en cristianizarse». Es maravillosa la historia. Sabiendo que le iban a martirizar, se marchó dispuesto a convertir a esas almas salvajes.

Un día de total inspiración me dijiste: «Nacho, la soberbia crece mucho más deprisa en las personas inteligentes. El primer pecado de la humanidad fue de soberbia. “Seréis como dioses”, le dijo la serpiente a Eva. Hoy como ayer, muchas personas que habitan en nuestro mundo están hinchidas de orgullo. Creen ser más de lo que son. Éste es el mal de nuestro siglo, la plaga del siglo veinte. Por el contrario, afirma Teresa de Ávila, “la humildad es andar en verdad”. El que se siente pequeño ante Dios puede ser poderoso ante los hombres. Nacho, el orgullo siempre ha dividido a los hombres y, al contrario, la humildad, habitualmente, los une. También es aplicable en el momento de llevar a cabo una venta de un artículo: el soberbio repele, el humilde genera la transacción. Capta a sus interlocutores por saber poca cosa y ese conocimiento le engrandece. Un filósofo francés del siglo dieciocho llamado Montesquieu dijo: “¡Hombres humildes! Vosotros creáis la dulzura y el encanto de la vida; creéis no poseer nada, yo os aseguro que lo tenéis todo. Suponéis que no humilláis a nadie, humilláis a todo el mundo. Y, cuando os comparo con esos hombres soberbios que veo por doquier, los precipito de sus cátedras para ponerlos a vuestros pies”». Maravillosa lección. Pondré todos los medios para evitar la soberbia y crecer en humildad. Será difícil, pero pelearé y, con la ayuda de Dios, venceré. Lucharé para tener buen humor, basado en la humildad, para que me libre del desaliento y tenga siempre un temple jovial.

La profesora de Geografía ha llegado a ser directora, según me contaron, a través de malas artes, amenazas, zancadillas, insultos, descalificaciones, mentiras, trapisondas y viles crueldades. Para ella el fin, alcanzar el poder, justifica todos los medios. Tú me enseñaste que «el fin nunca justifica los medios». Ya investida como directora, invadió el mejor despacho, saqueó los mejores muebles, utensilios, adornos, cuadros y demás materias decorativas. Instaló un despacho ministerial. En un desalmado abuso de poder, rechazó la matrícula de un alumno que tenía todos los requisitos y derechos legales. Respiraba antipatía hacia los papás del chico. Las profesoras le dijeron que los pa-

pás del aspirante podrían demandar al colegio y crear un grave problema. Contestó: «Mientras yo sea la directora, jamás se matriculará el vástago de mis despreciables enemigos». A la hora de la reelección solía amenazar al personal no docente: administrativos y personal de la limpieza. Les decía que si no la votaban peligraban sus puestos de trabajo. En las nuevas elecciones no pudo, con sus malas artes, conseguir los votos de los alumnos que formaban parte del claustro. Dependía de ellos, de unos pocos jóvenes, su expulsión o su continuidad. Eligieron arrancar el mal desde la raíz. No fue reelegida. Se la castigó; no tuvo despacho durante un largo tiempo, que se le hizo interminable. Ningún colega del claustro de profesores la aceptaba. Vivía en una constante amargura, preñada de soledad y en un silencio espantoso. Se sentía ignorada por los demás; el peor de los desprecios consiste en no hacer aprecio de una persona. Te pregunté sobre el comportamiento de sus colegas de claustro, y me dijiste: «Nacho, el mal siempre engendra el mal; por el contrario, el bien genera el bien. Ha sido una inhumana y páfida directora. Ha pagado su incorrecto proceder con su expulsión del cargo directivo. Los profesores la deben tratar como un miembro más del claustro, sin rencores. Lo contrario sería una brutal venganza y la represalia siempre se vuelve contra el que la comete. Hay que saber indultar, disculpar y comprender». Trataré de comportarme de este modo durante toda mi vida. La venganza quita la paz y el júbilo. El perdón, la magnanimidad y el olvido de las ofensas es el mejor estilo para poder convivir en paz con todos los seres que nos rodean. Perdonar sin rencor, no odiar al que te haya ofendido y renunciar a la venganza será el lema de mi vida. Tendré en cuenta que se perdona en la medida en que se ama.

Hoy necesito rememorar el sueño de aquellos tres meses que viví en el cortijo de tu hijo natural, mi hermano, con toda su familia. Fueron tres meses maravillosos. Además de las pocas excursiones que hi-

cimos, nos dedicábamos a cubrir lo mejor posible cada uno de los días de las vacaciones. Nos levantábamos un poco tarde, ya que no teníamos que asistir al colegio. Mi nueva madre, tu amor prohibido, nos preparaba a los once miembros que formábamos la familia (la mayoría de corta edad) un succulento desayuno. La mesa estaba repleta de todo tipo de bollería, además de pasteles, tostadas, frutas, café, leche y también chocolate con churros. Después íbamos a montar a caballo. Otros practicaban diversos deportes: natación, frontón, tenis, baloncesto o fútbol (aunque el campo era muy pequeño). Luego, siempre una buena ducha antes de asaltar el aperitivo.

Almuerzo con tertulia, distinta a la nuestra, un tanto bulliciosa. Mi nueva madre, todavía atractiva, me miraba con un cariño fuera de lo común, estaba contemplándote a ti a través de mi humilde y pequeño cuerpo. Iniciábamos todo tipo de juegos y cantábamos canciones (uno de los hijos «rasgaba» bien la guitarra). A media tarde, merienda, y a continuación, un rato de estudio para todos. Los mayores leían la prensa o su libro favorito, en silencio, cada uno en su habitación, hasta la hora de la cena, que solía ser opípara: huevos fritos como plato principal, que nos gustaban a todos, gran variedad de embutidos y abundante fruta, todo ello regado por gran variedad de zumos y refrescos para los pequeños y buen vino de Rioja para los mayores. La tertulia de la noche, debajo de uno de los grandes, milenarios, árboles del cortijo. Un día tuvimos que colocarnos ropa de abrigo, ya que refrescaba al anochecer. Ambiente distendido y cómodo. Eran auténticas veladas y coloquios de hogar en los que, con frecuencia, mis ojos se encontraban con los luceros muy oscuros y de profunda indulgencia de mi nueva madre. Ya la empezaba a querer como a mamá. Un sueño feliz imposible de que se convierta en una realidad.

¿Recuerdas, papá, las excursiones que planeábamos? Mamá vino algunas veces con nosotros. Tuvimos que hacer noche en Pastrana, un pueblo cercano a Guadalajara, y dormimos los tres en un mismo

apartamento; una salita que tenía un mueble-cama, así como un televisor y una nevera repleta de bebidas. También disponía de un baño completo y un dormitorio de matrimonio. Nos contaron que allí había fundado Santa Teresa, a la que tanto amabas por sus valiosos escritos, un convento de carmelitas. También fue sede de otro monasterio en el que vivió San Juan de la Cruz. Bajamos a la que fue su celda, una cueva enquistada en el corazón de la montaña, con un altar para celebrar la Santa Misa y una calavera auténtica, no de plástico. Allí se conserva un zarzal que no tiene espinas. Se atribuye a un milagro de San Juan de la Cruz: tuvo una tentación carnal (como tu amor prohibido), se abalanzó sobre el zarzal y desaparecieron todas las espinas para que no se hiriese. Nos hablaron de la princesa de Éboli, de vida frívola y desgarrada por la pasión. Era tuerta. Esta noble mujer se incorporó, como hermana carmelita, al convento fundado por Santa Teresa, y llevó a toda su corte con ella, para servirla. Una noche, la Madre Teresa llegó con un carromato, cargó con todas las monjas y se marcharon lejos. Dejó sola a la princesa y quedó aniquilado el convento. Fue encarcelada por sus múltiples intrigas y confinada en su propio palacio, situado en la plaza principal del pueblo. Nos mostraron «el balcón de la hora». Yo pregunté por el significado de ese nombre al guía que nos estaba enseñando todo el pueblo, y me contó que a la aristócrata princesa de Éboli únicamente se le permitía contemplar la luz del sol a través de ese balcón durante una hora cada día. A continuación, visitamos el gran museo situado en la iglesia principal de Pastrana, con mucha historia, que nos fue narrando el párroco de la mencionada iglesia. Al día siguiente, después del desayuno, continuamos el viaje de regreso.

¿Recuerdas, papá, la segunda vez que te acompañé a la revisión médica? Pura rutina. No te encontrabas en ninguna situación anómala. Después de revisar la analítica, la doctora te hizo unas reflexiones y te tomó la tensión. Mientras te aconsejaba, fijaste tu mirada en los ojos azules de la doctora, y la aguantaste. Tú hombría de bien, tu

sencillez, la gran magnanimidad, una sonrisa amable y una gran ternura fueron motivos más que suficientes para que cautivaras, irresistiblemente, a la doctora, que empezó a tartamudear. No sabía dónde colocar las manos. Se abrochó la bata blanca que cubría su cuerpo. Habías cautivado a la doctora, papá, delante de mí, de tu pequeño hijo. Siempre has estado forjado para el amor, te pueden tus nobles sentimientos, tu voluntad se quiebra ante los fuertes latidos de tu corazón hecho para amar, apasionadamente, todo aquello que es bello y bueno. La doctora era hermosísima y de cuerpo esbelto. Era la segunda vez que visitabas la clínica. La despedida fue muy bonita. Primero me besó a mí, un niño pequeño, y después, con una mirada que atravesaba tu corazón, te extendió la mano y te la estrechó, arrastrando sus dedos por el envés de tu mano, como haciendo más larga la despedida. Ella, quebrado su corazón, palidecía a la vez que su bochorno saltaba a los ojos. Tu alma, en esos momentos, manaba dolor de amor, no podías poseer lo que deseabas. Eras un auténtico seductor. Vendes muy bien; conquistas, cuando quieres, a las mujeres. Te comprendí, aunque, bien lo sabes, no quiero imitarte y lucharé para evitar todo asomo de frivolidad en mi vida que me conduzca a la insensatez de amar lo prohibido. En lo bueno derramaré todo mi corazón, apasionado como el tuyo. Exprimiré la vida gozando, plenamente, de ella. ¡Qué bonita es la vida bien vivida!

Papá, después del tránsito de mamá al Cielo, tu silencio levantaba a tu alrededor un auténtico griterío. Continuabas en tu quietud. Lo tuyo era la soledad marcada por un habitar en la linde misma entre la muerte y la vida. Deseabas unirme, para siempre, con mamá. Tu corazón no podía superar tan amargo sufrimiento. Me sorprendía tu silencio perfecto que brotaba de la oscuridad misma de la tierra con la mirada puesta en la eternidad llena de blancura y resplandor. A pesar de tu apesadumbrada existencia, tus virtudes fueron pauta de vida en un presente sin futuro: sufrir en silencio y trabajar con alegría. Estabas obligado a mantener la casa y cuidar a tu único hijo.

Papá, palpaste y sufriste la triste consecuencia del torbellino arrollador de la violencia. Fuiste de los caídos. Ganaron los franquistas, tu enemigo, mi tío. Sufriste mucho: cárcel, hambre, latigazos, insultos y destierro. Pasaste una noche llena de oscuridad. Por otra parte, tu familia fue tremendamente caótica. Ninguno de tus hermanos y hermanas dejaron su huella de amor en tu corazón. Nunca has tenido quien te quiera. Tú, que fuiste creado para amar con un corazón de oro, amabas lo bueno y lo bello. Soñabas con ilusión, en tu locura por los amores prohibidos. Lo comprendo. En tu vida ha escaseado el amor y con excesiva abundancia has tenido que soportar el dolor, el odio y la venganza. Has sido víctima de la envidia y la maldad que fomentan la hiriente ironía y un dolor sangrante. Papá, la vida ha sido muy ingrata y dura contigo. Un trato desigual ante un corazón noble, magnánimo y entregado al bien de los demás. Dios sabe más. Te ha preparado una maravillosa morada en la ciudad eterna.

El profesor de religión nos contó la conversión de una hebrea que decía ser atea. Era filósofa y vivía en Alemania. Una íntima amiga suya la llamó: su marido, también filósofo, había fallecido. Era joven y tenía cuatro hijos muy pequeños, entre dos y cinco años. Deseaba que toda la documentación, estudios, escritos y demás material elaborado por su marido lo clasificase para que, posteriormente, fuera publicado en un libro. La amiga, hebrea y atea, viajó a la ciudad alemana donde residía pensando cómo consolarla. Ella no creía en Dios, no aceptaba el más allá. ¿Cómo consolar a su entrañable amiga? No encontraba la fórmula. Llegó al hogar de su amiga y la encontró llena de serenidad. Descubrió que se había convertido en alegría todo el gran dolor, pues aceptaban todos, como buenos católicos, la voluntad de Todopoderoso. Dios la ayudó a entender con total claridad que la religión católica está basada en la cruz y que es la que da alegría y felicidad. Fue su primer paso para la conversión: descubrir la cruz de Cristo, el símbolo del cristiano. Profundizó en las obras de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús. Dios le concedió el don gratui-

to de la fe y también la cruz. Su conversión no fue comprendida por su madre, que había sido internada en un campo de concentración por ser judía, donde sufrió vejaciones de todo tipo. Al ganar la guerra los aliados, quedó liberada. Por ser hebrea no se le estimaban sus investigaciones filosóficas. Recibió de Dios, después de la fe cristiana, la vocación al estado religioso e ingresó en la orden carmelita reformada por Santa Teresa, su maestra y guía en el proceso de su conversión al catolicismo. «Con el paso de los años, estoy persuadido —nos decía el profesor— de que será beatificada y después canonizada. La Iglesia tiene la palabra». Papá, me emocionó la maravillosa y ejemplar historia de la conversión de esta mujer hebrea. Los caminos de Dios son inescrutables.

El día de tu tránsito al Cielo oías una voz sin cuerpo llamándote por tu nombre. Te decía que vivirías en la miseria espiritual y morirías más pobre todavía en lo material, pero que alcanzarías la paz celestial. Sentías lamentos tristísimos que se iban apagando poco a poco hasta desaparecer. Te estaba aguardando tu hermana la muerte, que siempre tiene un rostro, un nombre y una historia. La tuya, papá, estaba definida: un hombre que supo amar hasta su muerte sirviendo a los demás. Tus ojos emanaban una intensa ternura. Ansiaban mirar cara a cara a Dios.

Sigo soñando. Se terminó la felicidad, papá, he regresado al suplicio. Estoy de nuevo con los tíos y las primas. Fui recibido con una cierta cordialidad por las mujeres, pero el hombre, enemigo político tuyo, me recibió con un absoluto y total desprecio. Me dijo: «Ya ha llegado el hijo del infame republicano». Su mirada hacia tu pequeño y único hijo era homicida. Su odio hacia ti, que ya gozas de la eternidad, es venenoso. Si no fuera por tus enseñanzas, ya no podría más. Me atormenta tu enemigo político, el miserable franquista, pero no todo lo que él quisiera. No obstante, cuando pueda iré a vivir con

mi hermano, tu hijo natural. Prefiero ser el último en el cortijo que estar escuchando, permanentemente, humillaciones hacia ti en mi pobre y frágil persona. Acabó el sueño con un despertar desabrido y triste.

He comenzado las clases y me suele acompañar la prima mayor.

Mamá ya no está con nosotros. Hemos contratado una muchacha que nos atiende y que reside en casa. Me llevas al colegio, en tu pequeño coche, antes de salir al quehacer profesional. Estoy contento y triste al mismo tiempo. Eres todo mío, no comparto tu cariño con ninguna otra persona. Todo tu corazón, tus sentimientos, tus caricias y miradas penetrantes llenas de candor y ternura son para mí. Sin embargo, tu corazón está partido, desgarrado por el dolor. A mamá la querías como tal. Ahora no puedes vivir sin ella. Andas errante, vives metido en una burbuja rodeada de soledad y de un profundo silencio. No tienes rumbo, buscas y no encuentras a tu hermana la muerte y te vas deslizando, lentamente, al abismo siniestro y oscuro del más allá. ¡No sabes, papá, lo que te aguarda! Dios estará en la misma puerta del Cielo esperándote para darte un gran abrazo de bienvenida y sentarte en un trono de privilegio. Cambiará tu tenebrosa situación, y te transportará a una paz inmensa, llena de colorido, luz resplandeciente, sol deslumbrante, el cielo más azul todavía, las flores silvestres por doquier y unos prados verdes que no podrán abarcar tus ojos. Serás el elegido entre los Bienaventurados. ¡Ánimo, papá, se acerca tu gran día! Nunca imaginé que fuera tan pronto.

Tu buen amigo, el propietario del asilo de ancianos de la tercera edad, quiso que le acompañaras a Málaga para visitar una casa semejante a la que, un día, fundara él mismo. Me llevaste contigo para continuar forjándome en el dolor al contemplar el sufrimiento de mis semejantes, los más desvalidos y necesitados. Llegamos y nos mostraron todas las instalaciones, que superaban, pero no en mucho, las del asilo de Sevilla. Tenía una piscina con una grúa que elevaba a los disminuidos físicos y, lentamente, los iban introduciendo en el agua tibia. Idea genial para aplicarla en el asilo de tu amigo. Además de ce-

ladores fuertes, habían contratado mujeres celadoras que tenían la misma potencia física. Los celadores para los viejos, y las celadoras, para las ancianas. En cuanto al ambiente, no se distinguía en nada del asilo sevillano. Todos los ancianos tienen, más o menos, las mismas manías y puntos fijos en su mente. Un residente de Málaga —nos contaba el director— vivía solitario, no compartía nada con nadie. Siempre se le encontraba delante del televisor, en un silencio amargo y una soledad angustiosa. Cenaba antes que el resto de sus compañeros para no coincidir con ellos y estar obligado a conversar. Otro morador se había refugiado en su autor favorito. Tenía todas sus obras. Una anciana tenía la obsesión de que no se debía gastar más energía eléctrica que la necesaria; apagaba todas las luces que encontraba a su paso y no permitía que se conectara el aire acondicionado durante los meses de verano.

Sigue mi gozoso sueño. Planteé a los tíos la posibilidad de marcharme a vivir, durante todo el año, al cortijo de mi hermano natural. Los gritos fueron ensordecedores. Negación absoluta por parte de toda la familia. Únicamente permitieron que durante las vacaciones del colegio viviera con mi entrañable hermano y la ya muy querida nueva madre, esto es, durante el verano, Semana Santa y Navidad. Cada vez que contemplo a tu amor prohibido, alabo el buen gusto que tuviste. Pero fuiste contra la ley natural y contra la ley de Dios. Tu apasionado corazón no pudo sujetarse a esas dos leyes. Te prometió pelear, luchar y poner todos los medios humanos para no caer en tales vilezas. ¿Será realidad algún día este sueño?

A pesar de tener una naturaleza de acero, tu gran capacidad de trabajo y las ansias de trabajar bien, acabando las cosas, te llevaron al agotamiento. Tuviste que reposar durante unos días. Yo, al terminar las clases, corría a tu lado. Te cuidaba y te mimaba. Eras para mí lo más importante de esta vida. Tu pequeño hijo, tu único hijo, estaba

dispuesto a servirte y cuidarte. Te hacía todo tipo de servicios. Te contaba las incidencias de las clases y los problemas con los profesores. Tenía todo tu tiempo para mí. La muchacha que vivía con nosotros y que suplía a mamá en los quehaceres domésticos estaba orgullosa de que tuvieras un hijo tan bueno y aplicado en los menesteres de la casa y el cuidado de las cosas pequeñas que se relacionaban contigo. Te recuperaste de tus dolencias y volviste a tu quehacer ordinario.

El recuerdo perenne del amor, acuciado de pena y sacrificio, te impedía disfrutar de la vida como siempre había sido una constante en tu existir. La supervivencia tenía valor porque me tenías a mí y había perdido toda su estimación porque ya no estaba mamá contigo. Llorabas, en tu soledad, ante tan atroz suplicio, tan lento y despiadado. Estabas esperando que te rozara una suerte misteriosa y cruel: tu hermana la muerte. El día de tu desenlace final me cogiste de la mano y, abriendo tus ojos negros, inmensos, profundamente sombríos, quisiste despedirte de este mundo contemplando lo que más querías. Inclínaste la cabeza y expiraste. Yo, con la valentía que me inculcaste durante toda mi corta existencia, solté tu mano y te cerré los ojos. Te besé en la frente por última vez. Cambiaste de casa sin haberme dado un beso. Cuando llegue al Cielo te besaré y tú me besarás, sin descanso y sin cansancio.

Hoy, papá, te visito por última vez. Es el mes de noviembre, ya hace mucho frío. Se celebra la fiesta de Todos los Santos. Quise estar contigo, tu santidad es una realidad para mí. Tenía la certeza moral de que estás gozando de la plenitud de la Gloria con mamá. Vengo a despedirme de ti. Eres quien me ilumina, inspira y anima a vivir con pasión el amor verdadero. Tus recuerdos me llenan el corazón de alegría, y rememorar aquellos entrañables momentos paseando por el campo ha llenado mi alma de gozo. Gracias, papá, porque llevo tu impronta, tu sello y tu imagen. No me he olvidado de traer los claveles rojos, que

deposito en lo alto de tu tumba, sin agua, para que el aroma llegue pronto a ti y me sonrías. Corto las hierbas del otoño para llevarlas a casa y dejarlas, con agua, en un jarrón que me regaló mamá. Tú estarás junto a mí mientras tenga vida ese pequeño ramillete de hierbas frescas. Debo reprocharte que no tuvieras ninguna piedad de tu pequeño hijo, preferiste marcharte al Cielo con mamá. Yo estoy en este valle de lágrimas, multiplicadas por los ataques desgarradores de tu enemigo político, el amor desamorado de la tía y la indiferencia de las primas. Únicamente me consuela tu hermosa y esbelta amante, mi nueva madre y, cómo no, tu hijo natural, al que no quisiste reconocer por amor a mamá; todo ello es lo único que me une a ti. Circula tu misma sangre por sus venas, que es, también, la mía. Me encuentro preparado para vencer en la lucha; aunque caiga, me levantaré, dispuesto a pelear para no defraudarte. Sé que me enfrentaré, en solitario, a una proyección de vida marcada por ti, espinosa y dura. También acepto, como venida de la mano de Dios, la angustiosa soledad en que me encuentro y el más profundo de los silencios. Hasta pronto, papá.

Madrid, 9 de enero de 2003.

Este libro se acabó de imprimir
en los talleres gráficos
de Fernández Ciudad, S. L.
el día 26 de abril de 2003, festividad
de Nuestra Señora del Buen Consejo

